

MI GENERAL TORRIJOS

José de Jesús
Martínez

*premio
casa
las américas
1982*

TESTIMONIO

Mi General Torrijos es el fruto de las muchas y múltiples experiencias vividas por José de Jesús Martínez junto al desaparecido Jefe de la Guardia Nacional de Panamá, General Omar Torrijos. Cercano colaborador del General, el autor nos descubre en este singular testimonio a un Torrijos despojado de los efectismos que sus enemigos construyeron alrededor de su carismática personalidad y profundiza en el Torrijos verdadero, el personaje fundamental en el enfrentamiento del pueblo panameño a los Estados Unidos por conquistar la plena soberanía y la liquidación del enclave colonial, el Torrijos de ideario antimperialista y tercermundista, solidario, sagaz y generoso, merecedor de este homenaje en el que se percibe, a lo largo de su cuidada y sencilla prosa, el cariño y la admiración por un destacado hijo de Nuestra América.

Jurado/87

Mario Benedetti (Uruguay)

Fernando Morais (Brasil)

Carlos Morales (Venezuela)

Nohra Parra (Colombia)

Oswaldo Navarro (Cuba)

MI GENERAL TORRIJOS



MI GENERAL TORRIJOS

José de Jesús
Martínez



*premio
casa
de las américas
1982*

TESTIMONIO

© Sobre la presente edición:

Ediciones Casa de las Américas, 1987

Edición: Clara Hernández

Diseño: Orlando Díaz

Corrección: Arisel Arce

CASA DE LAS AMÉRICAS

**3ra. y G, El Vedado,
Ciudad de La Habana.**

a *Ricaurte Soler, hermano*

YO NUNCA LE LLAME OMAR

Bien entrada la noche del domingo, llegaron a visitarme Elda Maúd, su esposo, y Paulo Cannabrava. Elda es una de las mujeres más bellas que conozco. Su esposo, un compañero del Partido Comunista, y Paulo, un periodista brasileño que se quiso mucho con el General Torrijos. Bajo el manto de su conversación, sin mayor secuencia lógica, y toda llena de huacos de silencio, y de esas miradas que los poetas cursis, pero realistas, llaman «furtivas», y de la vergüenza que yo sentía, fue cristalizándose poco a poco mi decisión de ir a la Catedral.

Allí estaban, recibiendo pasivamente una larga fila de personas que iban a despedirse de él, los restos del General Torrijos. ¡Qué adecuada y precisa la palabra «restos», que casi siempre se la usa como una metáfora generosa, pero que en este caso era verdadera y justa al pie de la letra, en el sentido descarnado y cruel de restos, deshechos, huesos, sobras...!

Era perfectamente correcto pensar que a esa hora, casi las dos de la madrugada, habría poca gente. Y si los compañeros que habían ido a visitarme pudieron subordinar su propio dolor, que yo sé que era grande, para venir, no a consolar, a acompañar el mío, también yo debía poder subordinar el mío para cumplir con un ritual establecido.

Cuando las cosas no son importantes, no hay razones de peso para no hacerlas. Así, el rito católico funerario no tiene ninguna importancia, y por eso mismo yo estoy seguro de que el General Torrijos no se habría opuesto a que se lo practicara sobre su cadáver. Tampoco tenía importancia ir a la Catedral a despedirme de él, pero, por eso mismo también, no tenía ningún pretexto para dejar de ir. Ade-

más, yo tenía deseos muy íntimos de hacerlo. Casi necesidad física.

El que un ritual sea convencional no significa que carece de profundidad. Allí están, por ejemplo, el beso, el abrazo... Por otra parte, me embargaba un sentimiento confuso, mezcla de pena, pudor y vergüenza, en el que sólo la pena tenía su causa explícita y a la vista. Todo lo demás era oscuro, extraño. Me estaban viviendo, y yo no sabía qué, ni quiénes.

Hacia unos pocos meses atrás el General Torrijos, Rory González, que casi siempre lo acompañaba, yo, y no recuerdo quién más, habíamos ido a Costa Rica a enterrar a un amigo de ellos, un señor costarricense, bajito y delgado.

Una vez, cuando se comentaba disimuladamente su enfermedad, que yo supuse era cáncer, el señor costarricense de quien hablo dijo que el día que no pudiera beberse un vaso de champaña preferiría estar muerto. Como a mí no me gusta ni el champaña ni su contexto, tomé su frase más bien como un desplante taurino no exento de soberbia y elegancia.

Después del entierro comenzaron a beber todos, incluidos los hijos del muerto, y yo vi que la estaban pasando muy bien.

De vuelta en el avión, comenté con el General que la muerte de otra persona como que nos hace más conscientes de que estamos vivos, y que generalmente en esas ocasiones se siente un pequeño gozo que uno disimula y esconde de uno mismo. Uno siente que le ha ganado algo a alguien. Por lo menos al muerto. Que por el mero hecho de estar vivos somos mejores que cualquiera que ya no lo esté. ¿Acaso el propio Shakespearé no cambiaría todas sus obras por una mañana en la playa, debajo del sol? Por allí debe andar escondida la explicación de esa euforia soterrada, clandestina, que se siente en los entierros.

El General Torrijos se rió. Seguramente lo tomó como una ocurrencia mía, o como una disfrazada manifestación

de odio de clase, porque el muerto costarricense era, y se jactaba de serlo, muy rico. Mi reflexión, sin embargo, era de otro tipo.

Y entonces le conté que una vez, en una calle de París, vi a un joven motociclista accidentado, en un charco de sangre. Pasó por la acera un matrimonio anciano, ella dulcemente agarrada del brazo de él. El viejo se hizo el que no vio al motociclista, muerto o agonizando. La viejita, en cambio, lo vio con el rabillo del ojo, sin mover la cabeza. Y tuvo una leve pero diabólica sonrisa que le pillé in fraganti.

El General seguía sin convencerse, pero ya no reía.

Este concepto de la muerte del prójimo como triunfo personal parece verdadero porque, por un complejo que heredamos del idealismo, uno está acostumbrado a que la realidad material humille al espíritu, a que la verdad nos dé vergüenza. Pero seguramente es falso. Inmoral y vergonzoso, pero falso sin embargo. La muerte de una persona, sobre todo si es querida, es, por el contrario, un fracaso personal. Algo que «nos disminuye», como dijo aquel poeta inglés que nos advirtió que cuando tocan a muerto las campanas, es por nosotros que están tocando.

En ocasión de la muerte de un amigo y colaborador muy íntimo suyo, Ascanio Villalaz, que el General sufrió muy profundamente, yo le comentaba un argumento de San Agustín que parece exagerado, meramente literario, pero que, a diferencia del de más arriba, es rigurosamente verdadero: cuando muere un ser querido, muere la mitad de uno. Y uno quisiera morir también, si no fuera porque por la misma razón que uno siente que ha muerto la mitad de uno, uno siente también que la mitad del ser querido vive todavía en uno, y sería cruel matar lo único que queda vivo de él.

Me impresionó la forma como el General asintió a este argumento de San Agustín, tan aparentemente retórico. Me miró largamente en silencio, y después asintió levemente con la cabeza.

Hoy, ya muerto él mismo, pero vivo en los que morimos un poco con él en ese avión, tengo absolutamente confirmado el argumento de San Agustín.

En otra ocasión, recostado una tarde en la cama del depuesto Rey Idris de Libia, en un palacio muy lujoso de Trípoli, y sin ninguna razón aparente, el General Torrijos de pronto comenzó a hablarme de la religión y de la muerte. Fundamentalmente, dijo que creía en la religión que le habían dado en el pecho de su madre, y que le grabaron «como con un rayo láser. Pero en lo que yo no puedo creer, ni quiero creer» —dijo—, «es en Dios. Ni tampoco en la sobrevivencia después de la muerte».

No me dio razones. Se conoce que no sentía que las necesitaba. En todo caso, y lo digo por otras conversaciones que tuvimos al respecto, habrían sido estéticas o morales, pero no científicas. Porque se puede pensar que está feo creer en Dios. Y se puede pensar que a Dios mismo no le conviene existir. Pero lo que no se puede es pensar científicamente a Dios. Yo creo que a la ciencia no le interesa ni siquiera negar a Dios.

No le hice ningún comentario, pero sí me acordé de mi padre, un hombre normalmente católico que cuando supo que la muerte la tenía ya a la vuelta de la esquina, se convirtió al ateísmo. Como el torero, que le grita a su cuadrilla: «¡Dejarme solo con el toro!», quise quedarse a solas con la muerte.

¿Responsabilidad? ¿Soberbia? ¿Estética?

Como digo, no le hice ningún comentario al General Torrijos en ese momento. Había que respetarle la seriedad con la que hablaba. Pero después, y varias veces además, me atreví a comentarle, en son de chiste cariñoso, eso que él mismo decía algunas veces: que él creía en el Sagrado Corazón de Jesús, en San Martín de Porres y en la Mano Poderosa, pero no en Dios.

Se me quedaba viendo un rato, como pensando en lo que le había dicho, y en lugar de sonreírse, contestaba perfectamente serio, y hasta con un poco de agresividad: «Sí».

Yo creo que estaba afirmando una doble creencia: la que quería compartir con su pueblo, y la que tenía en el pueblo mismo.

Por lo demás, siempre se jactó de su capacidad de creer como si fuese más valiosa que la de saber. Estoy seguro de que si se le hubiese ofrecido la alternativa de saber algo o de creer en ello, la mayoría de las veces habría optado por la creencia.

La Catedral estaba llena de gente todavía, contrariamente a lo que había supuesto. Pero, también contrariamente a lo que había supuesto, la experiencia de ver su ataúd no fue demasiado dramática. Me acordé de cómo él, en vida, se refería siempre a su ataúd como su «piyama de pino». Ahora la tenía puesta.

Quise acercarme a él pero no pude. Había mucha gente y no me dejaron. Yo, que como escolta suya estaba acostumbrado a no dejar que la gente se le acercara demasiado, resultaba ahora rehazado por esa misma gente.

Tuve la sensación, dolorosa entonces pero muy reconfortante después, de que el General ya no pertenecía a su escolta, ni a la Guardia Nacional, ni a sus familiares, ni a él mismo siquiera, sino al pueblo. Como siempre, al pueblo le correspondían los restos, las sobras, los huesitos..., lo poco que habían dejado físicamente de él.

Pero también el honor y la responsabilidad de hospedar, en su corazón y en su mente, toda su idea, su imagen, su recuerdo, su profundo contenido político revolucionario, para que madure y fermente y hacer con él, tarde o temprano, una bandera y un estandarte de guerra. Por el momento, rodeaban sus restos con una gran avaricia y egoísmo, y hasta con violencia, y no me dejaron acercarme a él.

Casi un año después vino a Panamá Ricardo Lara Parada, un guerrillero colombiano a quien el General quería mucho porque representaba, bien en particular y concreto, todas las virtudes y los avatares del revolucionario latinoamericano. El General le había salvado la vida y ahora Ricardo me pedía que lo acompañara a ver la tumba del amigo.

En esa época todavía estaba en el cementerio del Chorrillo. Después lo cambiaron al campo de golf de Amador, donde antes había una base norteamericana. Seguramente se quería hacer algún tipo de simbolismo, pero lo que realmente lograron fue añadirle, a la humillación de estar muerto, dos humillaciones más.

En primer lugar, la de enterrarlo entre el escarnio del enemigo, que todavía juega al golf en esos campos. Y en segundo lugar, la de hacerlo con buenas intenciones, lo que implica creer que al General le habría gustado.

Pero pienso también que es posible que haya habido, por parte de alguno al menos, malas intenciones, bien malas intenciones, perversas: la de alejarlo de un barrio tan popular como es el del Chorrillo, y en consecuencia del pueblo, para que a éste se le haga más difícil visitarlo, recordarlo, revivirlo.

En el cementerio del Chorrillo hacía calor. Las moscas zumbaban. Dos militares hacían una guardia muy informal, conversando con un niño. Gerardo —porque Ricardo Lara Parada en Panamá se llamaba Gerardo, y Gerardo Martínez además—, me hablaba de un montón de cosas en las que yo no podía concentrarme. Más acostumbrado a la muerte que yo, trataba todo el asunto con una naturalidad seguramente justa, pero para mí inaceptable.

Era la primera vez que yo veía la tumba del General. La sensación fue cristalina, inequívoca: mi General no estaba ahí. Ni lo había estado. No había en su tumba, ni en la muerte, ningún tipo de presencia de él.

II

RANGO Y JERARQUÍA

El componente militar del General Torrijos ocupa bastante espacio en su personalidad y su pensamiento. El General era general en el pleno sentido de la palabra. En América Latina, para que eso no sea un insulto, necesita muchas precisiones. Él mismo contaba el chiste de: «Había una vez un militar estúpido..., perdonen la redundancia...».

En boca de él no podía ser más que un chiste que inmediatamente lo ponía a uno a pensar en héroes brillantes como Simón Bolívar, San Martín, Caamaño..., y tantos otros militares, de carrera también, que se distinguieron como patriotas.

Contrariamente a lo que se dice muchas veces, de que «el hábito no hace al monje», más cerca de la verdad está quien ve esa relación estrecha entre los dos significados que tiene en español la palabra «hábito». Por una parte significa vestido, y por otra, costumbre. No es gratuito que esas dos cosas se llamen igual. O son parientes cercanos o se parecen mucho.

Y no porque la costumbre sea una cosa superficial, epidérmica, como una ropa que se quita y se pone, sino porque el hábito que nos ponemos se nos cuele profundamente, como la costumbre. Y la costumbre no es naturaleza, decía un psicólogo muy serio, ¡es diez veces la naturaleza!

Qué bien lo sabe esto quien ha tratado de quitarse la costumbre, el hábito, de fumar, por ejemplo. Igualmente el otro hábito, el vestido, el uniforme, y muy particularmente algunos de ellos como el del monje precisamente, el del torero, el del militar, se cuele hasta muy hondo en la personalidad de quien lo usa. Vestirse es casi una manera de ser.

La forma como conocí al General Torrijos es una buena entrada a su pensamiento militar. Además, se hace coincidir así el orden cronológico con el temático.

Lo conocí en la plaza de armas de Río Hato, base militar que antes fuera de los norteamericanos, de quienes todavía conserva una presencia fantasmal. El rescate de esa base, que por cierto ahora se llama «Omar Torrijos», es una de las primeras confrontaciones del General con el imperialismo. En ella se le pone fin a un convenio, no reanudándolo, como gustosamente lo habría reanudado la oligarquía. Y nuestro país recupera la base de Río Hato.

En el pueblo cercano, llamado también Río Hato, hay un montón de cantinas cerradas. En las calles, gente desocupada viendo pasar los automóviles por esa carretera panamericana que les corta al pueblo por la mitad. En otra época vivían de venderles, a un precio desorbitado, pipas a los soldados yanquis. Ahora han perdido su oficio de labradores de la tierra, y se dedican a ver la vida pasar, sin ellos. En las calles también, niños rubios.

Allí decide vivir el General Torrijos, en esa cabeza de playa en el rescate de nuestra soberanía. Como para tenerla constantemente presente. Y allí también, en los terrenos que el ejército norteamericano utilizaba como polígono de tiro y como área de práctica para sus tanques, el General crea uno de los primeros asentamientos campesinos.

Como tiene dificultades con la mano de obra campesina del lugar, habituada ya a vivir del servicio a los yanquis, el asentamiento tiene que ser trabajado por las propias Fuerzas Armadas. Con esa misión el General les ha dado a los soldados una lección y una recompensa. La lección: la vida del campesino es dura y hay que respetarla. Y protegerla. La recompensa: saber que las Fuerzas Armadas pueden ser productivas y que se pueden autoabastecer de sobra.

Recuerdo la satisfacción de todos, y especialmente del General Torrijos, y el ambiente de fiesta infantil que había ese día en todas partes del asentamiento de Río Hato, cuando los camiones sacaban el primer cargamento de ñajú para la exportación. Nadie comía ese vegetal aquí en Panamá, pero

se lo vendía bien en el exterior. Era una lección, ésta para los campesinos y los otros asentamientos, sobre los beneficios de la planificación.

El día que lo conocí, el General estaba uniformado y le dirigí la palabra a unos mil reclutas que formaban el batallón que después se llamaría «Liberación». Yo había llegado unas horas antes a inscribirme como recluta. Me cortaron el pelo. La barba me la había cortado yo mismo para no darles ese gusto. Me uniformaron: camiseta color verde-sucio, blue jeans, unas botas que me quedaban enormes, y un gorrito ridículo. Me preguntaron si había desayunado. Como dije que no, me enviaron al comedor. Desayunándome estaba cuando llegó un sargento a decirme que el General Torrijos quería verme.

Con mi ropa de civil todavía debajo del brazo, me dirigí a la plaza donde estaba el General. Como iba caminando, el sargento me dio un puñetazo en los riñones, diciéndome en un lenguaje muy soez que cuando el General llamaba había que ir corriendo.

Estudí en un colegio medio militar en los Estados Unidos y más o menos sabía cuáles eran las reglas del juego en el que me estaba metiendo, de manera que fui corriendo a la plaza donde estaba el General. Llegué jadeando.

Toda la impresión que tuve procedía del pequeño estrado sobre el cual él estaba, del mástil de la bandera, junto al cual estaba, y del enorme espacio vacío con un silencio de mil reclutas vociferantes callando. No de él. De él no tuve ninguna impresión.

Allí me dijo frente a todo el mundo: «¡Crítiquenos! ¡Crítiquenos todo lo que quiera! ¡Pero venga a conocernos! ¡Vamos a ver si aguanta! ¡Vamos a ver si todavía está aquí cuando yo regrese!»

Esa agresividad me pareció injusta. Es verdad que yo no era torrijista todavía, pero tampoco era ya antitorrijista. La cosa es que el General se iba de viaje, a la Argentina, y yo

habría querido decirle que quien a lo mejor no estaría allí, cuando él regresara, iba a ser él mismo. No importa que esto no tuviera sentido. Él me estaba retando y yo aceptaba el reto.

Pero no pude. Me había quedado sin aliento por la carrera que acababa de pegar desde el comedor y no podía hablar.

En lo que yo pensaba era en los señorones del CONEP, Consejo Nacional de la Empresa Privada, que estaban revueltos y amenazantes en su avispero, corroborando aquello de don Quijote cuando dice: «Los perros ladran, Sancho, señal de que cabalgamos». Porque Torrijos ya estaba cabalgando, y la derecha, más inteligente que yo, se había dado perfecta cuenta de ello.

No entré a la Guardia Nacional atraído por el General Torrijos. Me habría gustado que así hubiese sido. Lo reconocería con mucho orgullo. Pero el caso es que en un principio lo vi como un dictador de derecha más, que seguía el mismo patrón que otros regímenes militares de América Latina.

Participé en la última manifestación de la Universidad contra el golpe de Estado del 11 de octubre de 1968, en el que los militares, encabezados por el Teniente Coronel Omar Torrijos y el Mayor Boris Martínez, que no pudo crecerse a la altura de los acontecimientos, le arrebataron el poder a Arnulfo Arias Madrid quien, para bochorno de Panamá, ha sido tres veces electo presidente de la República. Junto con ahora conspicuos miembros de la oposición, como Carlos Iván Zúñiga, que en esa época se distinguió por su verbo encendido en la Asamblea, canté el himno nacional llorando por los efectos de los gases lacrimógenos, pero también de rabia, de impotencia y de humillación.

Al final, terminamos sitiados en el Hospital del Seguro Social, adonde habíamos corrido a refugiarnos. Perdí mi trabajo en la Universidad y tuve que irme a trabajar a la de Honduras.

Cuando regresé, el perfil auténtico de Torrijos comenzaba a dibujarse, pero todavía no lo pude reconocer. A todo esto, la vida había metido su mano en la mía y mi mujer se había casado con un gringo. Por eso, años después, le bromeaba al General diciéndole que él me debía una mujer, porque por culpa suya había perdido la mía. Y que mi antimperialismo no era solamente político, sino que, además, un asunto personal.

Me fui becado a Francia por dos años a estudiar matemática. Allí me empaché de arte, de café, de vino... Hoy me doy cuenta de que en París llegué a una esquina, y que la angustia de mirar por todos lados era la de quien busca valores como puntos de referencia..., la de quien busca una dirección, un sentido..., aunque fuese un pretexto...

No encontré nada. Sólo Panamá, allá en la lejanía. Regresé a Panamá porque no tenía dónde ir.

De nuevo en la Universidad, ya no como profesor de filosofía sino de matemática, me refugié en un equipo de cine experimental universitario. Con ellos fui un día a la base militar de Río Hato a filmar la llegada de un grupo de estudiantes para una jornada de trabajo voluntario. Como llegaban temprano en la mañana, nosotros nos fuimos desde la tarde anterior.

Nos alojaron en unas barracas cerca del mar, muy cómodamente, pero dormí mal esa noche. Como a las cuatro o cinco de la madrugada me levanté y salí afuera a fumarme un cigarrillo. Era una noche estrellada, muy hermosa, tranquila y despierta, con un viento fresco del lugar que constantemente cambiaba de dirección y fuerza.

Oí entonces un como rumor de mar lejano, pero que no procedía del mar. El mar lo tenía allí mismo, a unos cuantos metros, y el rumor venía de lejos, entre los pliegues del viento. A veces se oía más alto, a veces más bajo, pero se venía acercando poco a poco.

Cuando por fin lo pude enfocar bien con el oído, resultó ser los cantos de los mil reclutas recién llegados a la base.

Para llevar todos el mismo paso, iban cantando con el ritmo del trote:

*Yo me acuerdo
de ese 9,
9 de Enero.
Masacraron
a mi pueblo
en la Zona
del Canal.
Esos yanquis
no los quiero.
Puerto Rico
no los quiere.
En Viet Nam
ahí los matan.
Fuera yanqui,
go home.
Ay mamita
mi bandera
en la Zona
del Canal.
Mi General,
dénos la orden
de penetrar
en la Zona
del Canal.
Aquí vamos
los mejores
a sembrar
soberanía
en la Zona
del Canal.
Por las buenas
o las malas,
por la razón
o la fuerza,
de huevo a huevo,*

*¡soberanía
o muerte!
¡Liberación,
revolución
o muerte!*

.....

De pronto tenía allí, en pleno centro de una noche estrelladísima, un gran chorro de todo aquello que no había encontrado en París: sentido, valores, inteligencia, entusiasmo.

Cuando amaneció les manifesté a los compañeros cineastas, Pedro, Enoch, Rafael, mis deseos de entrar al reclutamiento. Pero también mis dudas sobre si podría yo, a mis 45 años, aguantar un régimen de vida tan riguroso y de ejercicios tan violentos.

Ellos prefirieron no opinar. En eso acertó a pasar por ahí un oficial, el entonces Mayor Roberto Díaz, y yo le dije que quería hacerme recluta. Me dijo que lo consultaría, mirándome inquisitorialmente. Y yo pensé que todo quedaría allí.

Seguramente mi audacia y mi desenvoltura verbal cuentan con mi habitual fracaso de embonar con la realidad y de ver realizados mis proyectos. No solamente estoy acostumbrado a fracasar sino que incluso cuento con esos fracasos.

Pero esa vez también eso fracasó, porque media hora más tarde me dijo el Mayor Díaz que había hablado con el General Torrijos y que éste le había dado el visto bueno para que yo pudiera ingresar al reclutamiento. A condición de que me cortara la barba. Una larga barba de *clochard* que yo siempre he considerado que me hace parecerme a mí.

Después supe que el General había dicho, al enterarse de mi solicitud, que seguramente yo andaba buscando tema para escribir una novela. Y de verdad que en esos meses que duró el reclutamiento tuve unas experiencias buenísimas que andaban buscando autor. Pero el hecho, bueno o malo, es que yo siempre he querido mantenerlas bien aparte, la literatura y la vida, por respeto a ambas.

Grabé en cinta esos cantos que los reclutas improvisaban para llevar el paso y que brotaban muy espontáneamente de

ellos. Después, cuando conocí por dentro esos trotes de madrugada, observé que ahí no iba ningún oficial. A esa hora, es cosa de sargento segundo para abajo. Observé también que al principio la letra que sale no es patriótica. Más bien es humorística y grosera:

*Viva, viva la jarana
a las seis de la mañana.
Yo me culié a tu hermana
en casa de doña Juana.*

.....

Pero conforme se corría, el cuerpo se iba calentando, el espíritu se iba calentando, y comenzaba a surgir entonces, a brotar, con toda naturalidad, una letra sudada, agresiva, con esa madurez política que sólo tiene lo que procede del pueblo.

*Sin producción
no hay soberanía.
Sin producción
no hay liberación.
¡Producir!
¡Producir!
¡Liberación!
¡Revolución!*

.....

Una vez, cuando comenzaba a conocerlo, le puse la grabación al General Torrijos. Se le salieron dos lagrimones. «¿Quién es ése?», me preguntó, refiriéndose al soldado que daba la letra. «Ese es mi Sargento Sánchez» —le dije—, «de la Sexta Compañía».

No me hizo ningún comentario, pero al día siguiente, camino del aeropuerto, paró en el cuartel de la Sexta Compañía, que queda allí mismo en Río Hato, y preguntó: «¿Quién es el Sargento Sánchez?» Hubo un pequeño revuelo buscando al sargento. Cuando apareció y se le cuadró, el General le dijo: «Lo felicito, tiene usted muy buena voz». Y siguió su camino.

Fue su forma de firmar el pensamiento y el sentimiento de esa tropa suya que lo apoyaba y lo inspiraba. A partir de ese día, el General comenzó a hablar más de producción. Y a partir de ese día también, cada vez que pasaba por la Sexta Compañía, la tropa quería correr conmigo para grabar consignas, y que se las pasara al General. «Venga a correr con nosotros, mi Sargento» —me decían—, «que ahora tenemos una letra bien cachimbona».

Algunos años después, hace poco, ya muerto el General, me fui a correr, pero con otra Compañía, la Quinta. En esa ocasión se referían al General Torrijos como «mi General Omar». Y hay una pequeña contradicción entre «mi General», que es una fórmula militar de respeto, y «Omar», que implica mucha confianza porque es un nombre de pila. Hay que conocer bien el mundo de lo militar para darse cuenta del gran cariño que hay en esa expresión absolutamente inusual: «mi General Omar».

Ya no era Torrijos. A veces ni siquiera General. Ahora era Omar. ¡Y cómo se citaban sus pensamientos!: «Dijo Omar...», «Dijo Omar...», «Dijo Omar...». Y los pensamientos de Omar salían volando como palomas de las canciones de los soldados. Y lo que parecía un batir de alas, de una gran bandada de alas, era el sonido rítmico de botas trotando fuerte, con firmeza y decisión política, sobre lo que era la Zona del Canal. Estábamos en Fuerte Amador, una base militar de los gringos que gracias a la conducción de Omar había revertido a Panamá.

En vida del General Torrijos, yo nunca le llamé Omar.

En ningún momento me imaginé siquiera que se me plantearía como imperativo moral, y seguramente también político, escribir sobre mis experiencias en la Guardia Nacional al lado del General Torrijos, como lo estoy haciendo ahora. No tengo pretensiones históricas. A lo sumo, biográficas. Pero como trato a un personaje con dimensiones históricas, sin duda que los detalles también tienen de algún modo esas dimensiones. Lo que para Torrijos fue biografía, para Panamá es historia.

El lunes siguiente llegué temprano a la base en mi avioneta, y me reporté al entonces Capitán Herrera. Como ya lo dije anteriormente, me cortaron el pelo, me uniformaron y me mandaron a desayunar. Luego el General me llamó, y allí, frente a todo el batallón, cuando me dijo: «Vamos a ver si aguanta», sin darse cuenta (¿sin darse cuenta?), terminó de un solo tajo todas mis dudas sobre si iba o no a aguantar.

En un principio pensé que llamaría la atención entre el resto de los reclutas por mi edad y por mi status de catedrático universitario. Pero no fue así. Si bien casi todos eran adolescentes, por lo menos había otro viejo más. «La calle está dura», me dijo, cuando le pregunté qué hacía un viejo como él allí. Él a mí, en cambio, no me preguntó nada, dándome una lección de aristocracia popular.

Ni tampoco llamé la atención por ser catedrático universitario. La cultura universitaria está tan lejos de nuestro pueblo y de la cultura popular, que casi ni siquiera se ha oído hablar de ella en el mundo de los pobres.

Lo que sí llamó la atención, y poderosamente, fue el avión. Yo era el recluta con avión. La pista de Río Hato era, podía decirse, para dos aviones nada más. El del General Torrijos y el del recluta Martínez.

Pensando que los militares me preguntarían por qué un profesor universitario se había hecho guardia, yo había preparado mi respuesta. «Para dar un ejemplo», diría. Ellos seguramente iban a comentar mi respuesta diciendo algo así como: «Muy bien. Hay que darle un ejemplo a esos civilones. Que vengan aquí a hacerse hombres». Pero entonces yo les iba a decir: «Negativo, mi Sargento..., mi Teniente..., mi Capitán... El ejemplo es para ustedes. Así como yo les puedo aguantar a ustedes aquí la física, aguántenme ustedes a mí un curso de matemática en la Universidad.» Allí se le llama «física» a los ejercicios físicos.

Pero nadie me hacía la pregunta. A nadie le llamaba la atención el que a un profesor universitario se le hubiese ocurrido hacerse guardia.

Hasta que un día cayó uno, y me hace la pregunta: «Bueno, ¿y por qué te hiciste guardia?» No pude resistir la tentación de aprovechar mi respuesta prefabricada, y la usé. «Para dar un ejemplo, mi General». «Muy bien. Que vengan aquí esos amigos intelectuales tuyos, a ver si aguantan», me dijo, exactamente como estaba previsto. «No, mi General, el ejemplo no es para ellos, el ejemplo es para ustedes. Así como yo he venido aquí, vayan ustedes allá, a la Universidad». Y entonces me dijo él, fuera de todos mis cálculos: «¡Qué buena idea! Háblale al Mayor Díaz, y a Fellín, que hagan un proyecto». Fellín era el decano de la Facultad de Ciencias de la Universidad y el Mayor Roberto Díaz, Secretario Ejecutivo de la Comandancia.

Se lo dije al Mayor y al Decano, pero nunca se materializó la idea. O a lo mejor de ese entusiasmo germinaría la Escuela de Capacitación Política de la Guardia Nacional y posteriormente el Instituto Militar «General Tomás Herrera».

Pero todo esto fue después. En los primeros meses no llegué a tratarlo nunca al General Torrijos. De cuando en cuando lo veía pasar de lejos, del aeropuerto a su casa y de su casa al aeropuerto. Era una cabecita de perfil que pasaba en automóvil. Encontrarlo era un juego entre los reclutas, porque siempre iba en un auto diferente. Una vez pasó en chiva. En una de esas chivitas viejas toda pintada como para una fiesta, que en esa ocasión lo era para la chivita. Físicamente, pues, no era mucha su realidad.

Una tarde me mandó a llamar. Tuve un poco de pesar porque ese mismo día mi compañía se había conseguido, no sé cómo, una vaca, y nos la íbamos a comer asada en la playa. En lugar de estar en esa playa, donde ya estaba mi pensamiento, comiendo y divirtiéndome con los compañeros, iba a estar en la casa del General con un montón de ministros.

El General estaba en la puerta de su casa, comiéndose un mango, y al verme me dijo: «Entre. Quiero que vea cómo se gobierna un país». Dentro estaba el Ministro de Trabajo, Rolando Murgas. No recuerdo ahora si para entonces ya se había hecho el nuevo Código de Trabajo. También estaba el

Ministro de Economía, Nicolás Ardito Barletta, que años después, ya muerto el General, sería presidente.

Precisamente Barletta leía un informe técnico sobre algo de economía. Después de un rato el General lo interrumpió para preguntarme si yo estaba entendiendo. Dije que no. En primer lugar, porque no soy economista. Y en segundo lugar, yo llegué cuando el informe iba ya por la mitad. Entonces el General le dijo al Ministro que si yo, que era profesor de matemática no entendía, menos podría entender él. Le dijo que se lo tradujera al español, y dio por terminada la reunión.

Por dicha todavía era temprano y podía ir a la playa, de manera que me levanté con todo el mundo. Pero, por desgracia, el General me pidió que me quedara con él. Salimos a la terraza y él se instaló en su querida hamaca. Se quedó en silencio, fumando su puro lentamente y viendo y pensando a lo lejos.

Él sabía callar muy bien. Uno no se sentía en la necesidad de decir algo, cualquier cosa, para romper el silencio. Con él, el silencio era valioso, cargado de sentido, de ideas haciéndose, de paz interior.

De pronto me preguntó, como continuando muy naturalmente una conversación, que cómo me iba en el curso. Le dije que bien, pero no extraordinariamente bien. Es un ejercicio de historia, emulando a Keats, que en un soneto de todos modos muy hermoso confundió a Balboa con Hernán Cortés, me equivoqué con relación al primer nombre de Balboa. Dije que se llamaba Francisco, Francisco Balboa, en lugar de Vasco Núñez. Y en los ejercicios de aritmética me equivocaba sumando fracciones.

Yo, profesor universitario, no era el primero de un grupo en donde sólo uno de mis compañeros había terminado la secundaria. Justamente lo apodaban por eso «el bachiller». Más me distinguía en el campo de tiro y, a pesar de mi edad, en los largos trotes que hacíamos de madrugada, y que unos meses atrás me habían tirado una tabla de salvación en mi naufragio existencial.

Entonces me preguntó por la disciplina, y yo le comenté, honradamente, que nos estaban inculcando una disciplina

ciega, mecánica. Que si allí llegaba un oficial de mayor rango que él, y nos ordenaba que lo cogiéramos preso, ninguno vacilaría en hacerlo.

No me respondió nada. Cuando regresé al campamento la fiesta ya había terminado. La vaca había quedado suculenta, me dijeron, cachimbona.

Al día siguiente el General hizo una cosa insólita. En lugar de pasar por el campamento, se detuvo en él y convocó a todo el batallón en esa misma plaza de armas donde lo había conocido. Allí hizo el discurso más hermoso de todos los que le conozco. Desgraciadamente no fue grabado ni nadie tomó nota.

Comienza así: «Yo sé que a ustedes se les enseña a obedecer al rango superior. Pero distinguan entre "rango" y "jerarquía"». Y a continuación pasó a poner ejemplos que ilustraban lo que quería comunicarnos.

El rango se da por decreto. La jerarquía se conquista con actos ejemplares.

Tiene rango quien dice «Vayan». Tiene jerarquía quien dice «Siganme».

La razón tiene rango. La necesidad tiene jerarquía.

Los estudiantes, los obreros, los campesinos, los niños..., son las jerarquías a cuyas órdenes ustedes deben ponerse.

Y terminó:

Y en Panamá, la jerarquía máxima la tiene el hambre.

Para mí fueron unas palabras decisivas. Tanto el contenido de ellas como su contexto. Allí estaba dándoles nombres claros y precisos a muchos pensamientos confusos.

Luego de su discurso el General me llamó aparte y me pidió que le recogiera los comentarios de los reclutas. Al día siguiente le di el informe, exagerándole bastante el entusiasmo con que recibieron su mensaje. Yo comenzaba a cuidarlo.

Después, muchas veces, tuve la ocasión de comprobar la poca importancia que él le daba al rango, al título... No la «poca importancia», sino la importancia justa, sólo que en el caso de él, que siempre estaba atento a la jerarquía, la importancia del rango, en comparación con la de la jerarquía, parecía poca.

Por ejemplo, cuando viajaba con él, a pesar de no ser yo más que cabo, y después sargento, automáticamente adquiriría el rango, sólo nominalmente por supuesto, del oficial de enlace que le asignaban en el país que visitábamos. Siempre me tocaba ser mayor, y hasta coronel.

Es que si no, no había forma de hablar con el dicho oficial. La distancia que hay entre el rango de sargento y el de coronel, por ejemplo, hace toda comunicación punto menos que imposible. Es como la que hay entre un campesino y un latifundista.

No es «como», es la misma, porque los ejércitos reflejan la diferenciación de clases de la sociedad en la que existen. E incluso la acentúan, como si para proteger un sistema social fuese conveniente subrayar sus características.

Por ejemplo, la comida del oficial es diferente a la del soldado, y el comedor también. Y su mierda también debe ser diferente porque la deposita en un excusado diferente. El soldado debe estar tan atento a obedecer al oficial, que se le hace practicar el oír y obedecer el susurro del amo.

Por eso, en vida del General, yo nunca quise ser oficial, a pesar de que tenía derecho al rango por mis grados universitarios. Milito en un bando y no es el de los amos. Además, primero como cabo, y después como sargento, tenía más proximidad física al General, aunque esto último yo nunca lo calculé.

Recuerdo, sonreído, que una vez que se entrevistaba en Colombia con el Presidente de México, le dije al General: «El escolta del Presidente Portillo es un general, mi General». «Ah, no» —me dijo en broma y en serio—, «hasta ahí no».

En otra ocasión visitábamos al Papa en el Vaticano. Paulo VI era. El embajador nuestro ante la Santa Sede presentó al General y entonces comenzaron a desfilar los miem-

bros de la comitiva panameña frente al Papa. Dicho sea de paso, nadie, salvo el Embajador, le besó la mano.

El General, ya presentado él mismo, los iba presentando a todos conforme pasaban de uno en uno. A Rory González, gerente del proyecto minero de Cerro Colorado, lo presentó como Ministro de Minas. Un ministerio que en Panamá ni siquiera existe. A Ricardo de la Espriella, gerente del Banco Nacional, lo presentó como Ministro de Finanzas. Eso tampoco hay en Panamá. A Fernando Manfredo lo presentó como Ministro de la Presidencia. Pero ése sí lo era realmente.

Yo me había quedado discretamente cerca de la puerta, puesto que como escolta no pertenecía a la comitiva. De pronto el Papa me vio, se me quedó mirando y comenzó a caminar hacia mí con dificultad, por la gran carga de años que llevaba encima. Entonces yo me adelanté y le di la mano, esperando que el General me presentara.

Como no lo hacía, pensé que quizás le daba vergüenza presentarme como sargento, y habiéndome confirmado segundos atrás la poca importancia que él le daba a los títulos, yo mismo me presenté al Papa: «José de Jesús Martínez, Ministro de la Defensa».

A partir de ese momento me dieron protocolo de ministro. Al final nos pusimos todos en fila para recibir una medallita, supongo que bendita, y la consabida foto con el Pontífice. Como yo no formaba parte de la comitiva realmente, y esas cosas de protocolo son muy estrictas, sabía bien que no iba a haber una medallita para mí. Contaba a la gente en la fila, y las medallitas en la mesa, y para evitar una situación incómoda, me retiré discretamente de la fila.

Un ujier, vestido a la Edad Media, comenzó a decirme: «¡Prego..., prego...!», conminándome a que me volviera a poner en fila. El Papa me volvió a ver, como comenzando a sospechar que había algo raro, y no me quedó más remedio que resignarme a llegar a la mesa de las medallitas sin que hubiera una para mí. Pero allí se volvió a repetir el milagro de la reproducción de los peces y los panes, porque al llegar yo a la mesa, había una medallita esperándome.

Broma aparte, creo que la mejor forma de ilustrar su distinción entre rango y jerarquía es con él mismo, que tenía rango de General de Brigada y jerarquía de General de los Pobres, como se lo dice en una canción Luis Mejía Godoy.

Una vez, una vez cualquiera, sin ninguna importancia, pasando por un pueblo del interior del país, un niño desaharrapado y sin camisa lo reconoció y se le cuadró saludándolo militarmente. Ni jugando ni en serio. A la edad de ese niño, unos ocho años a lo sumo, no se puede hacer esa distinción. Pero el General le respondió el saludo mortalmente en serio, con una fibra militar que todavía hoy cuando la recuerdo se me hace un nudo en la garganta. No había la menor duda de que estaba respondiéndole el saludo a un superior.

Cuando terminó el reclutamiento solicité mi baja, tal y como lo había planeado, y advertido, desde un principio. Pero alguien me dijo que «no lo dejara solo». Y yo me quedé parado allí, bajo un árbol, sorprendido de esas palabras y sintiendo el peso de una responsabilidad que se posaba sobre mí y que ya no me abandonaría nunca. Ni siquiera con su muerte. Al contrario, después de ella ha ido creciendo, y ya me parece que es lo más serio que le queda al resto de mi vida.

El papel que la Guardia Nacional jugó siempre en la vida política del país, no difiere significativamente del que juegan los ejércitos latinoamericanos en general. Esto es, el de instrumento represivo armado de un Estado que a su vez es instrumento político de la patronal, la clase de los propietarios de los medios de producción y cambio. No me gusta llamarlos por su nombre propio, el de «burgueses», porque ellos mismos se han encargado de gastar y tergiversar el término.

Pero es lo que son. Y en Panamá es una clase particularmente fuerte, porque la proletaria, que le hace contrapeso y puede neutralizarla, es relativamente débil. Esto porque la geografía del país ha determinado una economía de ser-

vicio y de tiendas, y no de industria, que es la que genera proletarios.

Apoyándose sin duda en esa fuerza, y a diferencia de otros países latinoamericanos, en Panamá la patronal no ha considerado en general necesario manejar directamente la Institución Armada. Ni tampoco, en general, oligarquizar a los altos oficiales, casándolos con sus hijas, haciéndolos socios de sus empresas y de sus intereses de clase. Son gente soberbia, de una soberbia barata y ridícula, pero de mucha altanería y prepotencia. Pensaron siempre, además, y acertadamente, que la ideología importada de la metrópoli tenía ya suficientemente envilecidos a los mandos altos y medios para que fuesen gustosos guardianes de la propiedad de los ricos, y de las ideas que la consagran literalmente como «sagrada».

Además de esto, hay una razón muy fundamental: La presencia física y armada del imperialismo en Panamá le da a nuestra burguesía la seguridad y protección que de otra manera habría tenido que pedírsela a sus propias Fuerzas Armadas. Desde principios de siglo éstas quedan relegadas, por ley que los norteamericanos nos imponen, a no ser más que un mero cuerpo de policía.

Allí está 1925, año en el que los propietarios solicitan, y obtienen, con el natural baño de sangre panameña, la intervención armada del ejército norteamericano para resolver el problema de una huelga inquilinaria.

Esto determina, por una parte, una burguesía sin nacionalidad, y por la otra, unas Fuerzas Armadas que han tenido que crecer despacio, comiendo en la cocina, con la consiguiente relativa, muy relativa, independencia. Pero ese poco de relativa independencia bastó para que de allí surgieran, oportunamente, y en la primera ocasión y pretexto que le dieron a la historia, Omar Torrijos y los militares torrijistas.

Decía que, hasta la llegada de Torrijos, los militares eran gustosos guardianes de las propiedades de los ricos. Gustosos, pero no gratuitos. A los militares les dejaron los patrones el hueso de la corrupción, la coima, reservándose

para sí la de grueso calibre, la explotación institucionalizada, el robo protegido y legalizado por el Estado y la moral (?) del propietario.

La corrupción de los militares, por lo menos, lleva en sí misma el freno de la ilegalidad. La de los patrones, en cambio, el acicate del triunfo y el aplauso cómplice del sistema.

Además, la corrupción de los militares, que el sistema de la patronal auspicia y promueve dándole a los militares unos sueldos ridículos, sirve para desviar la atención de la propia de ella. Ese es el papel que juegan los «moralistas» del sistema: el de poodle inglés, perrito que no muerde, porque eso sería romper el acuerdo tácito, pero que ladra y hace escándalo. Es una maniobra de diversión.

Esta solución cómoda y barata al problema de la repartición de la riqueza creada por el pueblo se facilitó mucho en Panamá. Desde la época de la Colonia, Panamá ha sido país privilegiado para los comerciantes. Eso fue bueno cuando había que superar el esclavismo y el feudalismo. Pero de allí para acá ha sido al revés.

Por esa condición geográfica e histórica a la que ya aludí, Panamá ha sido siempre un país de servicios, que por eso mismo inculca en sus ciudadanos, con variado éxito, la mentalidad del sirviente, del «waiter», y en sus soldados la del «perro bravo, no entre, propiedad privada». Los perros bravos ladrándoles a los pobres, y los poodles ladrándoles a los perros bravos. Es una imagen de mi país.

Contra el servilismo perruno a la patronal, y particularmente y en concreto a los patrones del Canal y de la Chiriquí Land Company, el General Torrijos predicó la dignidad, cuyo concepto fue para él tan político como moral. Esa reiteración casi obsesiva de los llamados en sus discursos y en sus conversaciones a la dignidad nacional y personal, es indicativo de cuán profundamente pensaba él que teníamos enraizada una servidumbre histórica y geográfica. Y que había que arrancar. Tanto la referente a la patronal doméstica, como la referente al imperialismo norteamericano. Torrijos siempre los identificó como dos caras de

una misma moneda: «Decir imperialismo y oligarquía es una redundancia, porque es decir lo mismo».

El General sabía, y lo tuvo siempre bien en cuenta, que nuestra dependencia de estos dos amos era profunda, congénita, y que por eso mismo nuestra liberación sería dolorosa. Admitir el carácter sagrado de sus propiedades, como lo proclamaban ellos, era admitir tácitamente que a ellos les asistía un derecho divino. No es casual que siempre tuviesen buenas relaciones con los «malos curas». Ni lo es tampoco el que el General haya querido rescatar, para su causa política de liberación nacional, una connotación religiosa. «La soberanía sobre la Zona del Canal es la religión de todos los panameños», decía.

Torrijos, por eso, despertó siempre entre los que tuvieron alma de waiter, un odio personal e íntimo que ni con su muerte se aplacó, y que en intensidad es sólo comparable al cariño que despertó en los que quieren mantener de pie y erguidos el alma y el pensamiento. Torrijos había osado alzarse contra el espíritu santo de los propietarios, y eso, para unos no tiene perdón de Dios, y para los otros fue una declaración de guerra, y de dignidad, nacional y personal. En el panameño, según Torrijos, también éstas son dos caras de la misma moneda.

La dignidad, en el General Torrijos, es mucho más que una cualidad moral. Es un arma de liberación. Y, además, un criterio político. Porque es cierto que «a la patria no se le pone condiciones», pero, por otra parte, «ninguna causa justa nos exigirá jamás que sacrifiquemos nuestra dignidad».

Podemos, pues, estar dispuestos a todo, por una causa justa, como la de la patria. Pero si una causa nos pide el sacrificio de nuestra dignidad, es absolutamente seguro que ésa no es una causa justa, que ésa no es la voz de la patria. Abraham, el personaje bíblico, debió haber concluido que la voz que le pedía el sacrificio de su hijo, no era la voz de Dios.

Si el ser humano es la causa final, el valor supremo, el objetivo último de la política o de cualquiera otra actividad

humana, entonces nada que atente contra él puede ser justo. Dicho de otro modo: el fin no justifica los medios. Los determina, los elige..., pero no los justifica. Un fin justo determina y elige siempre un medio correcto, a la altura del fin, cónsono con él. Y por eso mismo, el medio es síntoma, indicativo del fin.

Es un problema moral muy agudo que actualmente se le plantea a los revolucionarios que necesitan financiar su lucha.

Para darle a las Fuerzas Armadas esa dignidad cargada de contenido político, Torrijos insistió en que debían «divorciarse» de los intereses de la oligarquía-imperialismo. Sólo entonces podrán unirse, «en segundas nupcias», con los intereses populares.

«Es diabólico» —decía— «el talento de los explotadores, que ha sabido armar al pueblo contra el pueblo mismo». Ese es el papel que juegan las Fuerzas Armadas. Y el que deben jugar es el de «cambiar la dirección de sus fusiles». Es decir, cambiarse de bando.

Torrijos saca fuerza de la debilidad panameña y aprovecha el desprecio que la patronal criolla le tiene a los militares en quienes ha delegado la misión de cuidar sus propiedades. La patronal panameña además, como decíamos anteriormente, cuenta en última instancia con las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, y no le hacen falta las propias más que para la labor represiva en los barrios populares y la canina en los elegantes.

Este desprecio engendra en la Guardia Nacional una cierta capacidad de resentimiento positivo y hasta de independencia, lo que le permite, si no tomar decididamente el bando de los pobres, de los intereses populares, sí, por lo menos, «arbitrar» en la lucha de clases que éstos sostienen contra la patronal. Y entonces Torrijos convierte el «arbitraje» en «negociación». Es muy fundamental tener esto claro.

Si alguien pudiera ser neutral en un combate entre un explotador, con todas las ventajas, y un explotado, sin ninguna, y si Torrijos hubiese sido ese alguien, seguramente

se merecería el mote de «bonapartista». Los politólogos le dan ese significado al término. Algunos se lo aplicaron al General Torrijos. Algunos de estos algunos rectificaron después, cuando el pensamiento del General fue creciendo con el tiempo y haciéndose cada vez más claro y explícito. Y algunos otros sólo se corrigieron para añadirle al mote el apellido de «burgués». Es decir, el árbitro, tomaba el bando de la derecha.

Nada más injusto y superficial que esto. Injusto porque es verdad que el General Torrijos no fue el árbitro imparcial y neutral como en algunas ocasiones, por razones tácticas, quiso presentarse. Pero su complicidad no fue nunca con la derecha, aunque la derecha era la que casi invariablemente salía victoriosa. Gabriel García Márquez, en un artículo suyo, dio en todo el centro del blanco cuando descubre en el General y los campesinos una «complicidad de clase».

Y superficial, porque quien se contenta con lanzar nombres desde la barrera, me refiero sobre todo a ese de «bonapartismo», en lugar de ingresar en el equipo de su predilección, está jugando para el otro equipo.

Ser intelectual no es una buena excusa para marginarse de la participación activa y material. Los que le reprocharon a Torrijos no hacer la revolución, son en parte responsables de haber dicho la verdad. Y están satisfechos de no haberse equivocado, porque para ellos la verdad es más importante que la revolución.

Para el General Torrijos, más importante que decir la verdad era transformar la realidad. No me importa que esto sea un lugar común de determinada filosofía. Aunque decir la verdad no sea lo más importante, no decirlo porque es un lugar común es una coquetería literaria.

Muchas veces me reprochó, pero siempre con una ironía que no perdía su carácter cariñoso, el que yo, «profesor de altas matemáticas, de álgebras modernas y abstractas, y filosofías profundas», estuviese en condiciones de «resolver los problemas del Universo, pero no los de la comunidad». Yo me defendía alegando que lo ideal sería que los

problemas de la comunidad fuesen los del Universo, las cuestiones universales. Pero ésa es una frase que ni a mí mismo me convence.

Abundan los textos suyos cuyo objetivo, más que el de descubrir la realidad, develándola, levantando sutilmente el velo, el peplo que la cubre, como lo sugiere la palabra griega para «verdad», «aleteia» (que significa «descubrimiento»), era el de incidir virilmente en ella, penetrarla como un arado, preñarla de acontecimientos.

No conoció Torrijos el delicado placer intelectual de nombrar las cosas con la palabra exacta y hecha a la medida. Es célebre el desparpajo con el que inventaba términos, tales como «escuelizar», «telefonizar», etc..., para nombrar cosas que en ese momento no tenían a la mano un nombre conocido.

Cuentan que una vez un ministro, Materno Vázquez, purista del lenguaje, se quejó de que el General andaba diciendo que iba a «telefonizar» el país. «Esa palabra no existe», dijo el Ministro. Y se lo dijeron al General. Entonces el General mandó a imprimir, en la portada del directorio telefónico del INTEL, Instituto Nacional de Comunicaciones, la frase: «El INTEL, telefonizando el país.» Y dijo: «Díganle a Materno que ahora sí existe.»

Más de una vez, cuando yo le corregí algunas de esas palabras, tuyas nada más, me dijo: «Respete mi estilo». Y la verdad es que hizo algunas palabras muy buenas, como aquella de «cocacolizado», para referirse a los alienados por el imperialismo.

Eso me recuerda la ocasión en la que, visitando la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, el General le pasaba revista a una serie de esculturas modernas con las que tienen adornados los pasillos, y allí se le ocurrió a él la idea de una escultura dedicada al antimperialismo: encima del pedestal, una botella de Coca Cola rota.

La realidad le planteaba al General un problema moral, no artístico..., político, no teórico. Y nunca escatimó ins-

trumento para transformarla. Por ejemplo, y éste es otro punto fundamental para entender su pensamiento, el concepto de «verdad agradable», opuesto muchas veces al de la verdad objetiva, que él, contrariando los textos académicos, llamaba «lógica». Así, en *Soy un Soldado de América Latina*, afirma tajantemente que la época de las intervenciones de los Estados Unidos ya había sido superada. Esto no mucho antes de lo de las Malvinas, Granada, y las amenazas a Nicaragua y El Salvador.

El General Torrijos, más amigo de la realidad y su transformación, que de la verdad objetiva y de la consistencia teórica, muchas veces decía las cosas no como son, sino como deberían ser, precisamente con el propósito de que lo fueran, de que se movieran en esa dirección.

Es una de las especies de verdad que él distinguía y que llamaba, no peyorativamente en este caso, «verdad agradable» (concordancia con lo que debiera ser). Tan válida para él como la elemental «verdad lógica» (concordancia con lo que es). E igualmente como la muy importante «verdad social» (concordancia con los intereses de la clase social a la que se pertenece) y la «verdad íntima» (concordancia con uno mismo).

En *Soy un Soldado de América Latina* se ilustra muy bien esa multivocidad del concepto de verdad, cuya distinción es uno de los aspectos formales más originales del pensamiento del General Torrijos. Le faltó, eso sí, lo que los textos académicos llaman «verdad lógica» (concordancia con el propio discuso). Quizás es lo que el General llamaba «corrección». Todos los que lo conocieron recuerdan la frecuencia, y el uso que le daba, a la expresión «Es correcto».

En *Soy un Soldado...*, como decíamos, se ilustra bien esa mutiplicidad de sentidos que para él tenía la palabra y el concepto de «verdad». Por ejemplo cuando dice que «la verdad del soldado está mucho más cerca de la verdad social de su pueblo que de la verdad social de aquellos que lo dirigen».

En ese pivote se funda el proyecto militar del General Torrijos. No es el de darle el poder a los militares, sino el

de quitárselo a los enemigos del pueblo. Está convencido de que los intereses de la mayoría de los militares son los mismos que los del pueblo. Son de la misma clase y tienen los mismos enemigos, dentro y fuera del país, porque también estos últimos son de una misma clase internacionalmente.

De ellos es que deben defenderse y defendernos las Fuerzas Armadas, y no de un imaginario enemigo en las fronteras, ni del famoso comunismo. Reprimir el comunismo fue la filosofía macartista que se tomó como pretexto para hacer de nuestros ejércitos «fuerzas de ocupación y no ejércitos nacionales».

Torrijos advierte que la revolución se hace con el ejército, sin el ejército o contra el ejército.

La posibilidad de una revolución sin el ejército, ni a favor ni en contra, es una cuestión meramente de sinetría lógica, no tiene que ver nada con la realidad. Pensar o decir que las Fuerzas Armadas pueden mantenerse al margen de las luchas sociales, o ser «apolíticas», como tradicional y cínicamente se las considera en América Latina, por ejemplo en el Chile de Salvador Allende, es una mentira que propagan los regímenes explotadores que precisamente se apoyan políticamente en esas mismas Fuerzas Armadas. En el mejor de los casos es una posición idealista, aparentemente ingenua pero a la postre cómplice.

Justamente uno de los puntos más certeros de la Constitución de 1972 del General Torrijos, fue el famoso Artículo 2, en el que se reconoce el papel beligerante de las Fuerzas Armadas en la conducción del Estado. Es un artículo apuntado a la posibilidad de hacer la revolución con el concurso del ejército, como fue el proyecto del «modelo peruano» y, definitivamente, del de Torrijos.

Por supuesto, el Artículo 2 fue violentamente atacado hasta que, con la muerte del General Torrijos, la reacción logra borrarlo de la Constitución. Alegaban que era una forma de legalizar la presencia de las Fuerzas Armadas en la estructura política del país, como si se pudiera decretar

la no existencia de algo bien real. El Artículo ayudaba a quienes, por su propia calidad moral, querían ser legales. Y a los reaccionarios no los fortalecía, porque ellos no necesitan esa ayuda: la legalidad les importa un bledo.

Hacer la revolución con el ejército, como fue el caso sólito de muchos países europeos, donde se la impuso a punta de bayoneta, sin duda es la forma de menor costo social posible. Cuando se trata de un precio o costo social, que siempre es en sangre, y en sangre ardiente y heroica de pueblo, y de aquellos jóvenes que más profundamente sienten los dolores de la patria y de los humildes, el General Torrijos era infinitamente tacaño.

Esa avaricia de lo que para él fue el tesoro máximo, es el factor determinante de esa larga paciencia suya en la negociación de los Tratados. Y es esa misma avaricia la que justifica el meollo de su proyecto político: el papel que deben jugar en él las Fuerzas Armadas. Es una de sus «verdades agradables» que aparece también en *Soy un Soldado de América Latina*: «Muchos..., y son muchos más de los que ustedes piensan..., soldaditos, sargentos, tenientes..., hombres que viven en la misma miseria en la que vive el pueblo, se están dando rápidamente cuenta de que la dirección de fuego y de ataque de sus fusiles debe ser apuntada hacia los que esclavizan y no hacia los que liberan.»

Es un texto fundamental que amerita que se cuente la circunstancia en la que lo escribe.

Habíamos ido a La Habana a la creo que VI Reunión Cumbre de los Países No Alineados. De alguna manera se enteró él de que se iba a pasar una resolución condenando al TIAR y al CONDECA, Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, y Consejo de Defensa Centroamericano, respectivamente. El General Torrijos, que distingue entre los elementos de un organismo y el organismo mismo, sabe bien que estos dos organismos han sido siempre represivos, pero piensa, espera, que en el futuro podrían jugar un papel revolucionario, y se opone a la resolución.

Allí en esa reunión estaban ya los sandinistas: Tomás Borge, Modesto, Daniel y Humberto Ortega..., no recuerdo

quién más..., vestidos todos en uniforme de fatiga y todavía con el olor a pólvora.

Pero ahí no estaba Eduardo Contreras. Ahí no estaba Germán Pomares. Faltaban muchos. Faltaban los mejores. Porque todos ellos eran los mejores. Fueron la moneda con la que se pagó la esperanza que ahora tienen los nicaragüenses y cuya ausencia tenía una presencia silenciosa pero espesa y misteriosa.

El General Torrijos, que conoció, trató y quiso a muchos de los héroes y mártires que ahí no estaban, pero que ahí sí estaban, entonces, más que nunca, se aferró a su teoría de la «revolución barata», es decir, la que se hace «con el ejército», a un bajo costo social.

Sin embargo él sabe bien que hacerla contra el ejército tiene la virtud de que el triunfo que se logra es sin duda definitivo, porque nunca es más nuestra una cosa que cuando hemos pagado caro por ella. En ese mismo documento dice: «Cuando un pueblo se decide a conseguir su liberación como remedio para sus males, no hay componente de fuerza que la pueda impedir. La liberación sólo la determina el costo social que el pueblo esté dispuesto a pagar por ella. Nicaragua es un buen ejemplo.»

Fidel Castro conoció el documento del General y mandó a parar la resolución.

Yo tenía una grabadora, pequeña, barata. Sesenta dólares me costó. Para mí era ya un hábito ponerla cuando él me dictaba algún trabajo. Es que algunas veces yo no le entendía bien y me daba vergüenza pedirle que me repitiera.

Gracias a esa debilidad mía y a su dicción a veces borrosa, tengo ahora la mayoría de sus trabajos principales grabados con su propia voz. En particular, tengo *Soy un Soldado...*, con la gran fortuna, porque es uno de sus escritos más preñados de contenido revolucionario, de que quedó grabado con mucha claridad. Incluso se puede escuchar, al fondo, el canto de los pajaritos de ese hermoso parque habanero, *El Laguito*, en donde estábamos hospedados en una casa de protocolo para huéspedes ilustres.

Cuento esto porque quiero confesar algo que el pudor me debería hacer callar. Y es que en esa grabación tengo la versión original en la que el General dice una cosa que, por consejo mío, después quitó. Dice que «el soldado le debe más obediencia a su clase social que al oficial que lo dirige».

Esta es una idea muy subversiva que atenta contra el alma misma del ejército como institución. Yo le dije que estaba feo ser tan revolucionario así estando en Cuba, porque daba la impresión de que nos estábamos aprovechando de esa coyuntura. Y la quitó.

En lugar de ayudarlo a mejorar sus textos, a veces yo se los empeoraba.

Como la resolución abortó, el General Torrijos no tuvo ocasión de leer su trabajo, y permaneció inédito durante mucho tiempo. Cuando lo matan a él, yo saqué muchas copias y las distribuí entre sus familiares, el G-2, y otras personas. Yo quería asegurarme de que no se perdiera, porque, vanidosamente, pensé que, para matar también la herencia ideológica de sus escritos, me matarían también a mí que los guardaba.

En ese ensayo el General denuncia dos conceptos errados, dos mitos muy difundidos que él siempre quiso rectificar. El primero es el que muchos revolucionarios tienen cuando «engloban a las Fuerzas Armadas en su totalidad dentro de una sola definición». Por supuesto, la del gorila. Y el segundo es el que los militares tienen de los revolucionarios cuando los consideran «asaltantes y bandoleros».

Con relación al primer mito, el de «todos los militares como gorilas», el General Torrijos, en 1980, condecora al General Liber Seregni con la orden «Gran Cruz de Vasco Núñez de Balboa». Lo significativo de este gesto es que el General Seregni estaba preso en una cárcel del Uruguay. Fue su manera de recordarnos que hay militares patriotas que sufren la represión reaccionaria. Y fue un gesto valiente y honrado, porque Panamá tenía relaciones diplomáticas con el Uruguay.

Y con relación al mito de los revolucionarios como bandoleros, soy testigo de una ocasión que influyó en el pensamiento del General. Habíamos ido a Cartagena donde él se entrevista con Turbay Ayala, entonces Presidente de Colombia. Yo no sé de qué hablaron, pero viendo de lejos la cara del General, sabía que estaba conteniéndose rabia y enojo. Al final se levantó y vino hacia el automóvil que estaba esperándolo para llevarlo al hotel. Le abrí la puerta y conforme entraba dijo, como hablando consigo mismo: «Ese hijo de la gran puta les llama “bandoleros”.»

Todo el poder que el General Torrijos quiso para él y en parte tuvo, lo quiso sólo para poder dárselo al pueblo. La estructura de Poder Popular sobre la base de los Representantes de Corregimientos, tenía la finalidad de que el Estado, y un Estado económicamente poderoso, estuviese en manos populares. De otro modo habría estado propugnando un «capitalismo estatal» tan cruel e inhumano como el capitalismo dirigido directamente por la empresa privada.

Nunca logró consolidar del todo el Poder Popular, porque él mismo nunca tuvo todo el poder, contrariamente a lo que algunos equivocadamente piensan.

Tuvo poder, pero ni mucho ni mucho menos todo. Tengo bien presente un mural que mandé a hacer (con dinero que él mismo me daba, por supuesto), en las paredes de la vieja aduana, en la Avenida B. El mural, grande, bonito, representaba la lucha de los sandinistas. Como uno de los pintores, Cáncer (así se hace llamar él), es bien pro-árabe, metió por allí a un guerrillero palestino. Inmediatamente nos borraron el mural.

Cuando fui a plantearle la queja al General, me dijo: «¿Es que tú no sabías que el enemigo es poderoso?» Pero me lo dijo con una cara que expresaba, por una parte, su impotencia, y por otra, una fingida sorpresa de que yo no lo supiera.

Primero me quedé un poco en el aire, porque no me esperaba esa reacción suya. Después me conmoví, viendo

al supuesto «dictador» tan sujeto al poderío de los que se quejaban de haber perdido el poder. Era una clara confirmación del aforismo clásico de que «quien ostenta el poder económico ostenta el poder político». Porque ellos, los oligarcas, nunca perdieron el poder económico.

Tercos, seguimos insistiendo en pintar murales por la ciudad. Las paredes del Instituto Nacional, en la Avenida de los Mártires, tenía uno muy bonito. Incluso en la propia base militar de Río Hato hicimos uno muy bueno, con el águila imperial toda desplumada. Parecía un pollo.

Pero, tercos también ellos, los fueron borrando todos. Y poniendo los suyos.

¡Qué diferencia! De mensaje, de calidad, de gusto. Aunque solamente fuese por razones de elegancia, habría que ser de izquierda. Por si no bastaran las razones morales y científicas, tenemos también estéticas. Entre otras cosas, como estúpido y malo, el enemigo es feo.

Al final nos vengamos, aunque sea un poquito. Después del triunfo de los sandinistas los pintores van a Nicaragua y hacen murales por todas partes. Sobre todo es muy bonito uno que hicieron en el aeropuerto, en la cafetería del aeropuerto, y que allí está todavía.

¡Que borren esos! Puede que el General Torrijos, por el momento, haya perdido en Panamá. Pero lo que es en Nicaragua está en el poder.

III

YO NO CREO EN LAS BRUJAS

Por lo menos la mitad de lo que somos es lo que somos para los demás. Esto es particularmente cierto dicho de los hombres públicos, que trabajan y viven en función de los demás. Pero, sobre todo, dicho de un hombre como Omar Torrijos, que para sí mismo, de su vida, se reservó bien poco. Su vida siempre estuvo de par en par abierta, para que la gente humilde entrara y se acomodara en ella como en su propia casa.

Literalmente, y no sólo literariamente, así se movía en ella «la abuela», una señora mayor que trabajaba como su ama de casa y casi que como su ama de vida. Era la única que podía pretender administrársela, por lo menos un poco. La abuela tenía un hijo preso en la isla penal de Coiba y le había pedido al «dictador» que la metieran presa también a ella en la isla, para estar cerca de su hijo. Entonces el General, conmovido por ese ejemplar amor de madre, hace que trasladen al preso a los Macho 'e Monte, que tienen su cuartel en la vecindad de su casa en Farallón, y a la abuela la contrata como cocinera. Así están juntos, madre e hijo, y él tiene quien le quiera cotidianamente.

Y también quien desorienta a los gringos. Porque en una ocasión el General se entera de que los gringos, que le habían intervenido sus teléfonos de Farallón, habían dedicado los servicios de un analista para interpretar las conversaciones de la abuela con las otras abuelas de la vecindad, que ellos suponían en clave, y que no eran más que comentarios sobre la telenovela en curso. Yo estaba ahí cuando, entre ofendido e irónico, el General Torrijos le comunica esto al ex-Embajador de los Estados Unidos, Bill Jorden.

A veces me pongo en el lugar del enemigo y debo controlarme para no compadecerlo. Debe ser bien ridículo estar

en guerra, con un equipo electrónico sofisticado, contra unos cholitos que, en el fondo, realmente están comentando una telenovela cursi venezolana. Y estar perdiendo esa guerra.

No de manera muy diferente recluta el General a otro de sus servidores más íntimos y de confianza; el cabo Omar, su ordenanza, quien a partir de mi experiencia con el Papa, que él festejó mucho por cierto, se decía ser el «Ministro de la Ropa».

De la cárcel lo sacó el General Torrijos, donde lo habían metido por robar comida, es decir, por pobre, cuando no tenía más de unos trece o catorce años.

Recuerdo una vez que llegamos al aeropuerto de Tel Aviv. Le habían puesto al General la alfombra roja que le correspondía como Jefe de Estado, y todo el cuerpo diplomático estaba en fila para saludarlo. Bajó él del avión, bajé yo y me hice a un lado. De pronto veo que el cabo Omar, vestido de rojo y masticando chicle, iba detrás del General dándole la mano a los diplomáticos.

Cuando yo se lo reproché, el cabo Omar me dijo que él sólo había sacado la cabeza por la puerta del avión, cuando uno de los diplomáticos le extendió la mano. Omar se la dio, pero ya le habían tirado la otra, en una cadena que no pudo parar. Yo le dije a la seguridad judía que era hijo del General. Como buen pobre, no me gusta hacer el ridículo en casa de los ricos.

Esa es la clase de gente de las que se rodeó mi General Torrijos, y entre los cuales, por la forma como pienso, y para jerarquía mía, me incluyó a mí.

Es desde los sótanos de esa clase proletaria y campesina, para la cual el General Torrijos nunca tuvo ningún secreto, que conspiraba hundido en los problemas de su gente. Porque siempre fue un gran conspirador en la oposición al statu quo del sistema. Fue en la oposición, en la verdadera oposición, que él siempre estuvo, y no en el poder.

Al caso, no está de más señalar que yo, que trabajaba bien cerca de él, que se suponía que estaba en el poder, a pesar de mis títulos, mis años, mi experiencia, no podía, no pude, y por supuesto no puedo aún, reintegrarme a la Fa-

cultad de Filosofía en la que trabajé desde el inicio de mi carrera docente.

Los profesores demócrata-cristianos, por ejemplo, que están en la oposición, dicen ellos, sin embargo cobran su cheque, reciben su chimbilín, y viven en casas y a un nivel completamente fuera del alcance, y aquí entre nosotros, también del deseo, de una persona cercana a lo que se suponía ser la fuente del poder: el General Torrijos.

¿Qué clase de oposición es esa, que recibe sin embargo un hermoso cheque del Gobierno? Verga. Que vayan a misa todo lo que quieran, que al Dios de ellos sí podrán engañar, porque seguramente también está en la jugada. Pero a más nadie en el mundo.

Así, pues, los «otros», que constituyen el meollo, la médula, del ser del dirigente, en el caso de Omar Torrijos son las masas, la chusma, las turbas, como le llaman en Nicaragua, es decir, el pueblo «el indio, el campesino, el pobre, el que está anémico, el que anda agachado», con las palabras de él.

A pesar de no haber llegado al poder, entiéndase «poder» con las precisiones adecuadas, por la vía electorera, el General Torrijos estuvo siempre muy consciente de que lo mejor de su ser, su «mejor yo», se lo debía al pueblo, porque eso mismo era. Y esa deuda, entre más se cancela, más se contrae.

Precisamente por esa responsabilidad ante quien tanto le debía, tuvo como principio muy básico no perder el poder. Mejor dicho, no perder poder. Ganarlo. Recuerdo que una vez, volando en ese mismo avión, FAP-205, en el que poco tiempo después moriría, Graham Greene le preguntó por la norma fundamental de su moral política, y él le contestó: «Es la misma que la de ese piloto: No caerme.»

Esto, que Luis Guagnini, de quien hablaré después, llamó su «pragmatismo político», no ha sido en general bien entendido. Aparentemente, alegan algunos, justifica la permanencia en el poder de todo gobernante. Pero el hecho es que Torrijos se refiere al *dirigente*, que es algo que el pueblo hace de un gobernante, y que es mucho más que un gober-

nante. Y del dirigente «en función revolucionaria». No caerse, pero para hacer la revolución. Es un deber para con los otros, y en consecuencia, en el caso del General Torrijos, para con lo mejor de uno.

En este reconocimiento suyo de que estaba «lleno de gente», como en una ocasión lo dijo, se funda su concepto y su vivencia de clase social. Muy pocas veces lo abordó frontalmente. Quizás porque el concepto de clase está muy vinculado al de «lucha de clases», que reiteradamente atacó cuando se la presentaba como una finalidad política.

El General Torrijos no se cansó, ni despreció ocasión, de denunciar todas las formas de fetichización, o divinización, como la llamaba él. La del partido, cualquiera fuese éste, cuando en lugar de ser el instrumento para transformar las estructuras sociales y económicas, se convierte en la razón de ser misma de la vida política.

La de la cultura y la ciencia, cuando en lugar de servirle al hombre para ensanchar y profundizar su vida y su mundo, se las presenta de perfil para que las hagamos objetos de boba admiración.

La de la misma revolución, cuando en lugar de ser el camino, el método de la felicidad, se convierte en un altar en el que se debe sacrificar, como si fuese una diosa, no sólo la vida de los sacerdotes, los dirigentes revolucionarios, sino que masiva e irresponsablemente la del pueblo entero.

Por eso decía el General Torrijos que el exceso de mística revolucionaria es malo. Nos lleva a pensar, sentir y hacer, como frente a un altar. Y ante los altares, todo es sacrificio. No sólo sacrificio del oficiante, del dirigente revolucionario, sino el sacrificio de todos y de todo.

Y por último, pero en un sitio muy cercano al mero centro del blanco hacia donde Omar Torrijos apunta sus dardos envenenados, denunció siempre la «divinización» de la lucha de clases, que en lugar de ser el medio, el instrumento, odioso pero necesario, para eliminar la diferencia de clases y la misma lucha y odio de clases, se convierte en bandera y estandarte de «amargados sociales» movidos por el odio de clase, y no por el amor a la humanidad, concepto éste

más amplio que implica al primero, pero con el cual no se identifica.

Cuando en alguna ocasión Torrijos dijo que él no creía en la lucha de clases, no está afirmando absolutamente nada más que su posición contra la fetichización de la lucha de clases. Y además, con el verbo adecuado: «creer».

Esto no quiere decir, por supuesto, que dudara de su existencia. Ni en lo nacional ni en lo internacional. Porque la lucha de clases, de explotados y explotadores, tiene también su escala internacional, entre naciones explotadas y explotadoras.

Por una parte es anti-oligarquía, y por la otra, anti-imperialismo. Pero en esencia es una misma cosa y el General Torrijos explícitamente las identificó. ¿Cómo va a dudar de la existencia de lo que es el componente más profundo y fundamental de su teoría y su práctica política?

Tampoco pone nunca en duda la eficacia de esa lucha de clases como motor político, tanto en lo nacional, por reivindicaciones sociales, como en lo internacional, por la soberanía y la verdadera independencia. Al caso, él mismo citaba ese refrán de nuestros campesinos que dice: «Yo no creo en las brujas, pero de que las hay, las hay.»

Entiendo que los enemigos de Torrijos, abiertos o solapados, o incluso disfrazados de torrijistas, quieran hacer de Torrijos una figura amable solamente, sin voluntad ni capacidad de odiar, ni de atacar, ni de ganar, en consecuencia. Pero una cosa es que no le haya gustado odiar, y otra muy diferente que no haya odiado, y muy profundamente, a los enemigos de sus pobres y de su país.

Yo personalmente pienso que no solamente creía en la existencia del odio y de la lucha de clases, sino que hasta sentía un poco de placer odiando. La palabra no es «placer». Más bien, satisfacción de que se está cumpliendo con un deber cuando se odia al enemigo.

Una vez, pasando de incógnito por los Estados Unidos, aterrizamos bien de noche en un aeropuerto donde debíamos cambiar de avión, Él estaba cansado y con sueño, y se fue a sentar en un sitio donde aparentemente estaba prohibido

estar. En eso llegó un policía yanqui, seguramente parecido a uno que el General Torrijos conoció de niño, y regañó al General con mucho odio, en inglés.

Por ahí había un barredor humilde mexicano, o «pocho» como les llaman allá, y se acercó a conducir al General a un sitio donde podía sentarse. En ese momento llegué yo, que había ido a hacer algo con los boletos, y me dijo el General: «¡Y después dicen que no hay odio de clase!» Entonces volvió a ver al mexicano y no dijo, pero yo sé que lo pensó, porque se lo vi en el rostro: «Y también cariño de clase, solidaridad.»

Otra vez se estaba bañando en el río de Coclesito, donde estaba su proyecto más mimado. Como siempre cuando iba ahí, estaba rodeado de niños que también se bañaban y que con él podían ser muy felices. Entonces, viendo una niña particularmente linda, comentó que le daba pena pensar en cómo las futuras minas de cobre de Cerro Colorado y de Petaquilla iban a cambiar la vida de esos niños. «Todo esto se va a llenar de mineros» —me dijo—, «hombres rudos que los fines de semana bajan al pueblo a chupar aguardiente y a buscar mujeres».

Entonces me comentó que le había comunicado eso mismo a un amigo suyo muy rico. «¿Y sabes lo que me dijo, Chuchú?: “No te preocupes, Omar, que eso se lava”.» Nunca he visto una cara de repugnancia y odio tan intenso y entrañable como la que en ese momento puso. Y lo volvió a repetir: «¡Que eso se lava!»

Otra mentira a la que hay que salirle al paso es la que algunos sostienen cuando afirman que la posición del General Torrijos frente a la lucha de clase fue la del árbitro. Ya comenté esto. Habría tenido que mantenerse neutral ante la saña inmisericorde del explotador y del imperialismo, y neutral es algo que, un hombre tan emotivo como él ni fue, ni quiso ser, ni habría podido serlo.

El General Torrijos militaba en el equipo de los pobres, pero jugaba a ganar, no a pensar, no a figurar, no a decir o pregonar..., a ganar, y a ganar el poder completo, para hacerlo popular.

Esto lo obligaba a seguir un rumbo que desgraciadamente no es la recta que algunos «deducen» de los libros de teoría revolucionaria. Él mismo la llamó «trocha», senda de campesino que culebrea por los obstáculos del monte. Seguramente daba muchas vueltas, pero nadie puede dudar de que el pueblito hacia donde se dirigía era el Poder Popular en un Estado próspero e independiente.

Quizás en Europa, donde las aristas de la realidad han sido culturalmente limadas, todavía sea posible conservar la decencia y la moral individual sin militar decididamente en el bando de los pobres. Es decir, ser individualmente bueno sin serlo socialmente. Eso no es posible en América Latina. Eso no es posible en Panamá. Aquí no se puede ser bueno sin ser de izquierda. Aquí no se puede ser de derecha sin ser una palabra sucia que no quiero decir.

Una vez fui a visitar al Doctor Renán Esquivel en el Hospital del Niño, del cual es Director. Estábamos haciendo una película para la televisión y necesitábamos filmar a un niño desnutrido. El Doctor Esquivel nos llevó donde uno, que se llamaba Abrahán por cierto, y que era de Penonomé. Y lo filmamos.

Abrahán tenía una mano vendada, la derecha, y yo le dije al compañero que filmaba que no tomara la mano, porque el espectador podría creer, equivocadamente, que estaba allí por esa mano enferma y no por desnutrición. Y así se hizo.

Cuando terminamos los rollos de película llegó nuevamente el Doctor Esquivel y yo le pregunté, sin mayor interés, muy casualmente, qué tenía Abrahán en su manita. Y me lo dijo: ¡Se la había comido él mismo, de hambre!

Eso se llama «autofagia». Y eso existe en Panamá contemporáneamente con los ciento y pico bancos de nuestro Centro Financiero, con sus altos edificios que comunican una impresión de prosperidad. Y en efecto la hay, esa prosperidad, pero del capitalismo, no de los niños como Abrahán.

Yo no puedo decir lo que sentí. Lo que todavía siento cuando lo recuerdo. Era una mezcla de amor y de odio, de ganas de estrujar amorosamente al niño, y también de matar

a los responsables, con un cuchillo o con una ametralladora. Abrahán me miraba y como que quería sonreírme, pero no tenía fuerza ni para eso, de manera que la sonrisa apenas si llegaba a esbozarse en una especie de mueca que salía del fondo de un pozo profundo.

Hice mi película y se pasó por un programa de televisión que tiene la Guardia los domingos. Yo me fui a Farallón para asegurarme de que el General la viera. Además, yo quería verlo viéndola.

Cuando Abrahán salió en la pantalla el General volvió hacia mí los ojos como preguntándome quién sabe qué. «Biafra», dijo el Ministro de Salud que casualmente estaba ahí con nosotros. «Negativo» —le corregí yo—: «Penonomé».

El General Torrijos se me quedó viendo pero no hizo ningún comentario. Me enteré, sin embargo, que al día siguiente dio la orden de que todos los subtenientes de las Fuerzas Armadas fueran a visitar la sala de los niños desnutridos del Hospital de Penonomé. Fue su forma de decirles hacia dónde deben apuntar sus armas.

Dicho sea de paso, yo también fui, acompañando a un escritor argentino, Luis Guagnini, que estaba en Panamá y que cité anteriormente, y de quien tendré que hablar más adelante. Es otro de los muertos queridos que mi General y yo tenemos.

La cosa es que fue un espectáculo ver a los subtenientes expuestos frontalmente a la realidad panameña. Quién sabe de qué forma dio la orden el General, porque los médicos hicieron algunos arreglos. Por ejemplo, a un niño que no tenía ni fuerza para levantar el tenedor, lo pusieron frente a un plato con un enorme pedazo de carne.

Un subteniente, entonces protestó airado de que no se tomaba en consideración la debilidad del niño. El niño hacía unos esfuerzos grotescos pero inútiles por llevarse la carne a la boca, que además tampoco habría podido masticar. El subteniente estaba indignado de santa ira.

Eso es exactamente lo que el General quería.

Con los mismos fierros conceptuales analizaba los problemas de otros países. En una entrevista que le hace, y publica, la revista *Cuadernos del Tercer Mundo*, el General Torrijos afirma que el caso del conflicto salvadoreño no es más, ni menos, que «una violenta lucha de clases, con la diferencia de que ahora los dos lados están armados». Más claro no canta un gallo. Pero tampoco hay peor sordo que el que no quiere oír.

Lucha de clases, dijo, no conflicto entre dos extremos, el de la izquierda y el de la derecha. Ni tampoco consecuencia de una maltenencia de la tierra por parte de catorce familias. Sencillamente lucha de clases. Con «la diferencia de que ahora los dos lados están armados», porque lo normal y corriente es que solamente uno lo esté.

No tendría ningún mérito el que Torrijos haya dicho esto si no fuera porque, a pesar de que todo el mundo lo sabe, digo, todo el mundo inteligente y honrado, pocos lo dicen, por lo menos muy pocos de talla y resonancia internacionales. Además, porque no sé si todavía, pero en esa época circulaban dos tesis reaccionarias detrás de las cuales se esconden reaccionarios vergonzantes y frustrados, que ni eso se atreven a serlo abiertamente.

Las acabo de señalar, de paso, más arriba. La primera afirma que el conflicto se debe a una maltenencia de la tierra por las famosas catorce familias. Una tibia reforma agraria, apoyada por los Estados Unidos, sofocaría la expansión del conflicto social salvadoreño.

La segunda afirma que se trata de un conflicto entre dos ultras, la de la izquierda y la de la derecha. El problema se resuelve, afirma esa tesis, eliminando los escuadrones de la muerte, por una parte, y por la parte de enfrente, toda la izquierda. Toda la izquierda, porque la reacción entiende que todo lo que está a la izquierda del liberalismo burgués es ultraizquierda.

Ni una cosa ni la otra, dice Torrijos, lucha de clases, vulgar y llana lucha de clases. Así de sencillo. Así de profundo.

Y así de claro lo dejó dicho. Pero también es verdad que en algunas ocasiones dijo: «Yo no creo en la lucha de clases, yo creo en la lucha en la clase.» Es decir, en el aula de clases.

Pienso que aquí está hablando de «finalidad». Porque efectivamente es la lucha en el aula de clase, la competencia del talento, hacia lo que uno quisiera que la sociedad apuntara como objetivo, como finalidad. No está hablando de «medio», no está diciendo que la lucha de clases no sirva. Y menos aún que no exista, como las brujas del refrán.

El General Torrijos tenía perfecta conciencia de lo que es, para qué sirve, y cómo se siente, la lucha y el odio de clase. Y esta conciencia, que quizás haya sido un poco borrosa en el inicio de su carrera como gobernante, se le fue irritando cada vez más, y haciendo más precisa y más profunda. Esa fue su mejor virtud, siempre lo he pensado así: Omar Torrijos aprendía.

Ya anteriormente, en las líneas que anteceden, di por sentado que la traducción de la lucha de clases al lenguaje de la política internacional es la lucha de los pueblos por su soberanía y su independencia total. Nadie se ha atrevido a llamarlo «árbitro» de esa contienda. «Lo que quiero, lo compro con el alma», decía Heráclito. El General Torrijos pagó con su vida por ese compromiso que tanto valía para él. Y él sabía que tarde o temprano le pasarían la factura y le pondrían su «piyama de pino», como poéticamente llamaba al cajón en el que lo iban a meter. Y metieron.

No se puede estar tan claro en política internacional sin estarlo igualmente en la nacional. Y viceversa. Porque la letra será diferente, pero la música es la misma, y se baila de la misma manera.

Para el General Torrijos la lucha de clases no solamente se da a escala nacional e internacional, sino también a escala personal, a nivel de la vida cotidiana. Allí también se la plantea y tiene algo que decir al respecto.

Él llamaba «relación conceptual», contraponiéndola a la «relación personal», a la que se establece entre dos personas

en tanto que sujetos de una misma ideología de clase social. Un amigo conceptual es, así, un compañero en la lucha de clases, un compañero de trinchera, no importa que me caiga bien o mal. De acuerdo al General Torrijos, esta relación es mucho más profunda, mucho más valiosa, que la personal. Sin que esto quiera decir, por supuesto, que para él la relación personal haya sido superficial. En los extremos de la relación personal hay dos individuos. En los extremos de la relación conceptual, hay dos mundos.

Desgraciadamente se me ha perdido una carta que me dictó una vez para su hijo Martín, en donde ampliaba esta idea al «llanto conceptual» y al «amor conceptual». Allí distinguía entre el llanto de padre y el llanto social. Entre el amor de padre y el amor social, porque así estaba llamando a lo que con relación a la amistad llamaba amistad o relación conceptual.

Básicamente sin embargo la idea era esa. En la relación conceptual, en el llanto conceptual, en el amor conceptual, somos un mundo que se relaciona, un mundo que llora y sufre, un mundo que ama. De más está decir que, en su caso, se trata del mundo de los pobres.

Lo usual en la filosofía liberal-individualista-burguesa es poner la relación personal por encima de la política. Para el General Torrijos no era así, porque logró superar ese liberalismo de tanta y tan buena tradición en Panamá.

A menos de dos metros de Jimmy Carter, con un montón de testigos, en su discurso en ocasión de la ratificación en Panamá de los Tratados del Canal, le dice el General Torrijos al Presidente de los Estados Unidos, y por ende, máximo representante oficial de una clase social, que él, Torrijos, reconoce el «rostro moral» de Carter, su calidad humana, «pero» —añade con un lenguaje bien incisivo— «distingo la diferencia entre la moral individual y la moral social».

Era una forma de decirle que lo consideraba su amigo personal, pero no conceptual. Como papá de Amy, como marido de la Rosalyn, eso es una cosa. Pero como Presidente del imperio del mal, eso es ya harina de otro costal para lo cual mejor no le busquemos ningún adjetivo. La contradicción

entre clases y entre naciones, también se da entre personas.

Yo nunca se lo dije, pero esa vez, en el Gimnasio Nuevo Panamá, donde leyó su discurso junto a Carter, me sentí muy orgulloso de él. Siempre me ha extrañado mucho que nadie haya comentado ese discurso. Pero, como decía antes, no hay peor sordo que el que no quiere oír.

La relación Torrijos-Pueblo fue siempre simétrica, de ida y vuelta, de flujo y reflujo de teoría y práctica revolucionarias. El pueblo del General Torrijos lo sabe suyo, de su bando, de su equipo, en sus filas, y esta relación de pertenencia se acentúa y explicita en su muerte y después de ella. Los pobres toman cada día más conciencia de que son ellos los guardianes que deben proteger, por sus propios intereses de clase, el pensamiento del General Torrijos, y, sobre todo, dejarlo crecer, dejarlo que se desarrolle hasta sus últimas consecuencias revolucionarias.

Los más peligrosos de sus enemigos, como no pueden denigrarlo ni refutarlo, querrán embalsamarlo, congelarlo, para que no se desarrolle, para que no crezca, para que no llegue hacia donde caminaba y en donde, él mismo lo dijo, estará esperándonos «en posición de firme y con un patriótico saludo militar».

Cuando a mí me preguntaban si el General Torrijos era marxista, yo contestaba que no, que no lo era. Pero añadía en voz baja: «todavía». Porque su mejor virtud es que él aprendía todos los días, y yo creo que el cuerpo doctrinario que nos legó también tiene esa misma virtud.

Esos enemigos inteligentes, que son los peores y los más peligrosos, querrán hacer de él una estatua sagrada, un ídolo, y bajo el manto del halago, clavarle un puñal que lo remate. Contra ellos es conveniente, y bien fácil, oponer un Omar Torrijos humanísimo y vivo. Porque todo lo vivo crece, y el pensamiento del General Torrijos está más vivo que nunca, y cada día es más revolucionario.

REUNIÓN EN FARALLÓN

Cuando los embajadores, los ministros de Estado, o cualquiera otra persona, visitaban al General Torrijos para consultarlo o proponerle algo, éste los recibía, invariablemente, recostado en su hamaca. Es una costumbre que tomó de los caciques indios.

Pero cuando el General Torrijos se reunía con los caciques indios, entonces se sentaba en una silla. Y no frente a ellos, sino que con ellos, en torno a una imaginaria mesa redonda.

En una de esas reuniones, tres caciques, en una comitiva de nueve personas, se enfrentaban con un equipo del Gobierno, en el que había igualmente tres ministros de Estado en una comitiva más numerosa que la indígena. Sin embargo, no habría desigualdad. Caso de darse ese choque que uno presentía, no había la menor duda de que el General tomaría el bando de los indios.

Eran indios cunas, de la comarca de San Blas. Dos de ellos eran intérpretes. Un cacique no habla otra lengua que la suya. Aunque la conozca.

Me dediqué a observarlos atentamente cuando el General hablaba, y percibí con toda claridad esos pequeños movimientos de cabeza que se hacen inconscientemente cuando se sigue una argumentación. Nadie podrá convencerme de que no entendían.

Recuerdo que en una ocasión, el novelista inglés Graham Greene, gran amigo del General, y mío también, que en esos días nos visitaba, tuvo una entrevista con un cacique de la región del Bayano. Al lado del cacique estaba su intérprete que le traducía todo del español al idioma cuna. Pero el cacique se reía del humorismo de Greene antes de que se lo tradujeran, y en una oportunidad incluso corrigió a su intérprete. Estaba meridianamente claro que el cacique sabía cas-

tellano. Sin embargo, no dijo una sola palabra en español y obligó a que se lo tradujeran todo.

Me cementó después Graham Green que ni hablando con la Reina de Inglaterra había sentido tanto el peso de la tradición y de la solemnidad.

No son turistas en el mundo, son habitantes, residentes. Turistas son los que llegan a retratarlos, los que vienen de alguna parte y van a otra, y tienen prisa, y todo les llama la atención.

Puede que el mundo sea «ancho y ajeno», como dijo un poeta peruano, pero solamente porque se lo han robado. Legalmente, en el código de la naturaleza, sigue siendo de ellos.

Lo siguiente, en cambio, es no tener fundamento, ni tradición, ni porvenir..., sólo dinero. En la turística isla de Contadora he oído este diálogo entre una esposa y un esposo, ambos de nuestra élite burguesa: «Darling, ¿dónde están los children?» «Están en el swimming pool».

Hablando una vez con Kadafi, en misión del General, quise comunicarme con él en inglés. Después de todo, estudió en Sandhurst, Inglaterra, y estoy seguro de que domina el idioma inglés perfectamente. Pero Kadafi, a lo cacique cuna, y por la misma razón y el mismo sentimiento, se hizo el que no lo sabía e insistió en valerse de su intérprete árabe.

Recuerdo a ese intérprete porque fue el mismo que nos asignaron en una visita a Libia que hizo después el General. Y lo recuerdo bien porque me enteré de que murió en un atentado a un helicóptero donde se pensaba que iría Kadafi.

Cuando Reagan manda a bombardear recientemente la casa de Kadafi, para matarlo, pero sólo logra asesinar a su hijita de seis meses, está siguiendo una ya inveterada tradición norteamericana. En la letra del himno de los marines se hace una alusión a Trípoli, como bocado que fue en el siglo pasado de los colmillos imperialistas.

Pero no importa, porque en la letra del himno sandinista se hace una alusión a los imperialistas norteamericanos llamándolos «enemigos de la humanidad».

Es importante saber que la cara fea y arrugada de Reagan es la que siempre ha tenido el imperialismo.

El problema central que en esa ocasión los indios ponían sobre el tapete era el incumplimiento de un acuerdo sobre unas indemnizaciones. La represa que el Gobierno había construido en el Bayano inundó parte de sus tierras y había que pagarles con otras tierras y con dinero. El Gobierno tenía ya una morosidad de dos meses en ese pago que se hacía en abonos mensuales.

«¿Qué pasaría» —dijo uno de los caciques— «si a los burócratas del Gobierno se les retrasara su sueldo una quincena?»

Nadie dio respuesta a la pregunta. No hacía falta.

«No tenemos armas» —dijo otro cacique— «pero sí la decisión de defender nuestras tierras y nuestros derechos con la vida misma si es necesario».

«Por favor, no me hablen así» —les pidió el General—. «Así es como les hablo yo a los gringos».

El General sabía que esa no era una amenaza en el aire ni un desplante infantil. Ya la han cumplido varias veces en el pasado. Precisamente uno de los caciques que estaba allí había participado de muchacho en el levantamiento de 1925, cuando los indios insurrectos de San Blas se declararon independientes y en guerra contra Panamá.

El propio General Torrijos, en la época de los gobiernos oligárquicos, estuvo al mando de un pelotón al que se le había encomendado reprimir una revuelta indígena en la región de Coeléc. La sangre no llegó al río porque el entonces Capitán Torrijos se puso de parte de los indios y hubo entendimiento.

El problema de la tierra, de su ubicación espacial, del sitio en donde se está, es muy importante para el indio. Hasta el punto de que en alguna lengua indígena «yo» se dice «aquí», «tú» se dice «ahí», «él» se dice «allá». Uno se identifica con el lugar en el que se está, con el sitio, el espacio que se ocupa.

El espacio, y no el tiempo como en la concepción occidental, es la ventana a través de la cual se ve la realidad. Algo tiene que ver con esto la concepción rica de color y dibujo, como en las célebres «molas», por ejemplo, que contrasta

con la elementalísima y repetitiva música indígena. Es una particularidad, lo veremos más adelante, que también tiene el pensamiento de Torrijos, mucho más determinado por el espacio, la geografía, que por el tiempo, la historia. En el equipo del tiempo está la historia, la música, la aritmética, la vida que pasa como río. En el del espacio está la geografía, la pintura, la geometría, la muerte que permanece como roca.

Algunos indios, sobre todo los jóvenes, han comprendido ya que su tierra y su espacio, y en consecuencia su ser, no es sólo San Blas y el Bayano, sino que toda la República. Que son panameños, no solamente indios.

Pero para los viejos todavía es difícil y doloroso el trasplante. Me cuentan que una comunidad indígena que la represa iba a inundar y que debía ser reubicada en tierras altas, exigió que también se les reubicara el cementerio. Y hubo que llevarles sus muertos.

Cuando al fin se llegó a un acuerdo sobre el asunto del pago, surgió una discusión entre el General y el cacique del Bayano. El General le ofreció al cacique su helicóptero para que llevara él mismo el dinero a la población. De esa manera, alegaba el General, aumentaría su apoyo popular.

Pero el cacique insistía en que el dinero lo llevara el propio General, dando a entender, con esa sutileza propia de los indios, que él, el General, estaba en mayor necesidad de ese apoyo popular.

Al final ganó el cacique, pero el General salvó su honor: el dinero lo llevarían unos ministros y funcionarios que eran los que en mayor necesidad estaban de prestigio y estima.

Luego salió a relucir un problema interno que los caciques están afrontando: el de su juventud. La zanja o cortadura entre las nuevas generaciones y los dirigentes ancianos es más honda y azaña cada día. Se ha convertido ya en una amenaza política, porque los jóvenes cunas no se conforman con la comprensión de sus padres. Quieren el poder. Por eso la llamo «zanja» y no «brecha generacional».

La escisión es histórica, no biográfica o personal. Se puede decir que los jóvenes indios son mayores en edad que sus

progenitores, en la medida en que la mentalidad primitiva es semejante a la infantil.

Ese no es un juicio de valor, y si lo fuera jamás sería peyorativo. Al revés en todo caso.

La antropología ha descubierto y subrayado muchas características infantiles en el hombre primitivo. «Son como niños», se dice. Por eso mismo, geniales y peligrosos. O, si se prefiere, características primitivas en el niño. «Son unos salvajes» —se dice—. «Unos pequeños caníbales.»

Como cuando el niño patea, castiga, el piso en el que ha caído, para devolverle el daño que le causó al caer, dando por supuesto que el piso tiene alma, ánima, y siente el castigo. En el estudio del hombre primitivo esto se llama «animismo».

¿Quién duda de que están vivos los vientos de San Blas, sus aguas niñas, transparentes de día, y negras y prehistóricas de noche..., la selva del Bayano, donde todo cruje y palpita y susurra y habla, y de pronto grita y los pájaros huyen espantados? Allí es donde tenía que haberse dicho aquello de «Todo está lleno de dioses». Por lo menos espíritus, duendes, tuliviejas.

Como me dijo una vez el General sobrevolando los Alpes suizos, si fuera verdad la teoría creacionista, habría que pensar que Dios creó nuestra naturaleza, nuestras montañas, los Andes, los ríos nuestros, nuestras selvas, y con las sobras hizo a Europa, sus montañitas de tarjeta postal, sus riños idílicos, su naturalecita domesticada, puesta en pose para que los turistas le tomen una foto.

La naturaleza nuestra, sin embargo, a diferencia de la europea, no comunica una impresión de «creada», hecha, mandada a hacer, a la medida de la gente. Si se hubiera escrito aquí la Biblia, habría dicho que en el principio fueron los ruidos de la selva, las lluvias, los chaparrones torrenciales del trópico, y entonces el hombre surgió del barro y creó a Dios, y vio que no era bueno, que no le había salido bien, que le salió chiquito y torpe, y entonces lo hizo otra vez, y tampoco le salió bien, y probó un par de veces más, hasta que se dio por vencido y decidió conformarse con un montón de diositos que los regó por la selva y los ríos. La fruta prohibida

habría sido el mango, no me cabe la menor duda. Y el paraíso un sitio donde no hubiese mosquitos.

Por eso es que «primitivo» para mí no es peyorativo. Lo mejor del arte griego es primitivo. Pero ¿cómo salvar ese zanjón cuando de un lado está el brujo curandero, y del otro un joven médico cuna?

El Ministro de Salud, que estaba allí en la reunión, acusó ante el General a una comunidad indígena, cuyo cacique también estaba presente, de no dejarse vacunar en represalia por el retraso del pago de las indemnizaciones.

Eso también es muy infantil: castigarse uno mismo para castigar a otro. Claro, se supone que el otro lo quiere a uno, y que sufre cuando nos tiramos de nuestro propio pelo. O cuando no nos dejamos vacunar, y nos enfermamos.

Hay algo, pues, de vanidad, de dar por supuesto un amor al que sin duda el niño tiene derecho, pero el indio no, al indio se le ha negado el privilegio de sentirse que tiene derecho a que lo quieran.

Y el cacique se avergonzó. Entonces dijo que estaba bien, pues, que vacunaran a su gente. Pero no a las mujeres encinta.

El Ministro de Salud le argumentó que había vacunas especiales para esas mujeres. Pero el cacique no aceptó. La derrota no podía ser total.

Estaba bien clara la sensación de que los caciques están en retirada. Pero quieren una retirada honrosa.

Uno de ellos se paró en medio del jorón donde estábamos e hizo una bella apología de sus costumbres, de sus conocimientos de música y de matemática. de lo que llamó «el arte de las parábolas», y del arte y la técnica de combatir las epidemias..., pero todo ello con el entusiasmo melancólico de quien está perdiendo sus tesoros.

Y entonces pasó una cosa extraordinaria. Uno de los caciques, para lucir su magia, se levantó y dijo que él podía convocar allí mismo una serpiente, y retó al General a que se lo pidiera: «¡Pídamelo!» —le decía—. «¡Pídamelo! ¡Pídamelo!» Hablando con mucha agresividad, y señalando el piso con el dedo cada vez que decía: «¡Pídamelo!»

Yo creo que todos tuvimos un poco de miedo de que pudiera hacerlo y de que lo fuera a hacer. Pero el General le pidió, por favor, que no lo hiciera. Y el cacique, luego de una breve pausa, regresó despacio a su asiento, todavía alterado y respirando fuerte.

Después le pregunté al General Torrijos si realmente le había dado miedo la amenaza del indio de convocar la serpiente. Después de todo, él siempre se jactaba de compartir las creencias populares, y hasta las supersticiones. Y me dijo: «Sí, me dio miedo..., de que no pudiera hacerlo».

Están en retirada, pero quieren una retirada honrosa. ¿De qué otra manera se puede explicar el que ellos mismos manden a sus hijos a estudiar a la Universidad?

Precisamente se discutió el caso de dos estudiantes cunas que iban próximamente a Cuba a estudiar agronomía. Cuando el General le preguntó a los caciques si no tenían miedo de que los muchachos regresaran con otras ideas, respondieron tranquilamente que no. ¿Acaso no es el sistema de gobierno y de vida de ellos, al igual que el de los cubanos, un sistema comunista? Sólo que el de ellos es un comunismo primitivo, y «primitivo» no quiere decir «inferior», quiere decir «primero».

«Y tampoco los cubanos deben tener miedo de venir aquí, a visitarnos», dijo uno de ellos, con una sonrisita más de picardía que de candor, como quien sabe exactamente lo que está pasando.

Están confiados y necesitaban la técnica de los cubanos. La proporción del hambre y la enfermedad que los asedia, es aterradora. Se están retirando, pero con todas sus banderas enarboladas.

Seguramente con el ánimo de cubrirles la retirada, el General Torrijos le preguntó al hechizador de serpientes cómo se podría curar un resfriado que lo tenía postrado. El médico brujo le recetó unas yerbas.

Entonces el Ministro de Salud, que también es médico, pero que debe saber bien poco de tática y táctica psicológica, comentó socarronamente: «Cuidado se equivoca de yerba, General.» «La última gripe que tuve» — respondió el

General— «te la llevé al hospital y no pudiste curármela. Deja que ésta me la curen aquí». El cacique entonces le recomendó, además, unos aceites de pescado.

Están cediendo, pero ceden despacio y con dignidad. Con esa gran dignidad que sólo tiene la aristocracia del espíritu.

Todavía hace bien pocos años, el cacique Yaviquiliquiña, padre de uno de los caciques presentes, combatía ferozmente la presencia de maestros y escuelas como fuentes de corrupción y de pereza.

Yo creo que Yaviquiliquiña tenía razón. Después de todo, se refería a una cultura burguesa que se autoproclama como hija del juego, en su famosa teoría del *homo ludens*. Casi como una diversión que jamás va a entender quien ni siquiera está jugando en serio, porque no está jugando, porque para él no hay ninguna mentira de por medio.

Y aunque parezca paradójico, esto también es muy infantil. Los adultos le llaman «juego» a lo que hacen los niños, pero ellos no están jugando, por lo menos en el sentido que le dan los adultos a la palabra.

El otro día una hijita mía de cinco años que estaba «jugando» en la playa a que hacía una comidita, hizo una tortilla de arena y se la comió de verdad.

Y tenía razón también, Yaviquiliquiña, en cuanto que exportamos a San Blas una cultura en lata importada de la metrópolis capitalista, diseñada para nuestra servidumbre y nuestra explotación. Y los indios lo saben.

En París, hace muchos años, cuando yo era estudiante, un indio peruano entró al Louvre, fue directamente donde está la Gioconda de Leonardo da Vinci, y le tiró una piedra. Con odio porque la amaba.

«Ustedes están colonizados mentalmente», dijo el hijo de Yaviquiliquiña, defendiendo la memoria de su padre. Entonces el General Torrijos, asintiendo con un movimiento de cabeza, lo apoyó añadiendo: «Cocacolonizados».

«Constitúyanse en grupos de presión» —les pidió el General—. «Como los estudiantes, como los negros, como los blanquitos comerciantes que se reúnen en la isla de Contadora. No sean objetos folklóricos, sean sujetos históricos.

Hagan cárceles del pueblo, cárceles populares, y metan allí a los funcionarios del Gobierno que no les cumplan, o amárralos a un árbol. Ustedes son una parte fundamental de la Nación panameña.»

No eran consejos lo que el General les daba. Eran solicitudes vehementes de un gobernante que está en necesidad. Así lo comprendieron los indios, con la íntima satisfacción de quien va a pedir, y resulta que sale dando.

Por último, se discutió el nombramiento de un tercer cacique. Estanislao López, el primer cacique, ya era demasiado anciano y había que comenzar a pensar en su sucesor. «Pero que se vaya con todas las honras», solicitó el General.

Entonces recordó una bella parábola que el propio Estanislao le había contado hace algunos años: «Los hombres deben irse, pero no a empujones, sino como esos viejos troncos que el mar anega y levanta y que las mareas se llevan lentamente.»

Seguramente así habría querido irse él mismo, y no deshecho y carbonizado como lo dejó el enemigo.

MI GENERAL OMAR

El pensamiento del General Torrijos ni procedía principalmente de la lectura, ni estaba principalmente destinado a ella. Su principal fuente de información fue la experiencia directa con la realidad, y la consulta, también directa, con la gente ahogándose en sus problemas.

Literalmente «concibió» sus ideas, porque el acto suyo de relacionarse con la realidad fue un acto de amor y de entrega incondicional. Esa reunión que tuvo con los indios, como tantas otras que él mismo iba a buscar en lo que llamaba su «patrullaje doméstico», da la tónica de su relación con el pueblo, de sujeto a sujeto, nunca de sujeto a objeto. Ni siquiera de tú a tú, sino de tú a usted, porque el pueblo era la fuente y la autoridad.

Pensaba y hablaba siempre desde el pueblo, no para el pueblo. Con el resultado de que el pueblo lo entendía bien, pues era su propio lenguaje. Esta actitud popular del General Torrijos fue perfectamente consciente y deliberada, hasta el punto de que debía cuidarse para no caer en lo artificial. Alguna vez, por ejemplo, le dio por andar en cutarras.

Realmente tenía extracción humilde, campesina. Sus padres fueron maestros rurales. Pero la verdad es que su acento y su lenguaje, bien campesinos ambos, eran en buena parte más cultivados que heredados, más cultura que naturaleza. Pero eso implica una escala de valores y lo hace más que naturaleza.

Allí en el pueblito de Farallón donde vivía hay una cooperativa de pescadores. Siempre tuvieron todo el apoyo del General Torrijos. Pero parece que un día los pescadores descubrieron que, en lugar de pescar, era más práctico y lucra-

tivo ir en sus lanchitas a donde están los barcos camaroneros y comprarles el pescado que salía en las redes revuelto con los camarones. De pescadores, pues, pasaron a ser revendedores. Y eso le produjo alguna fricción con el General. Seguramente el pescador tiene una jerarquía superior a la del revendedor, pero el revendedor gana más dinero. El pescador es poeta, el revendedor, comerciante.

Por ejemplo, los pescadores hicieron un equipo de beisbol y le pidieron al General los uniformes. Torrijos no se los dio. Por esa fricción de la que hablo. Entonces los pescadores, sin uniformes, ni gorras, ni nada, jugaron con los Macho'e Monte, y les dieron paliza. Cuando veían al General, le sonreían.

Después jugaron con la Sexta Compañía, sita también ahí mismo en Río Hato. Y también le dieron la misma paliza. Veían al General, y le sonreían.

Entonces el General les dijo que les iba a traer un equipo de beisbol que tenía la Guardia en la ciudad de Colón, y lo que hizo fue contratar un equipo profesional. Esa vez sí perdieron los pescadores, y el General vengó su honor.

Pero los pescadores le argumentaron, y fuerte, en voz alta, que esos no eran guardias, porque algunos tenían bigote. «Es que son del G-2», les decía Torrijos, esta vez sonriéndose él.

En ese mismo contexto fraternal, de tú a usted, que tenía con su pueblo, y que el pueblo tenía con su General, hay que ver también su relación con uno de los pescadores. Es uno alto él, moreno, enjuto. Religiosamente los sábados se lo ve pasar por la playa de su casa al pueblo. Si el General está en la terraza, lo vuelve a ver y le da un saludo seco con un movimiento de cabeza: «Buenos días, General.» Le dice «General», no «mi General». «Buenos días», le contesta el General.

A eso de las cinco de la tarde, el hombre regresa a su casa, pero va ya completamente borracho, casi sin poder caminar. Entonces al pasar por la terraza, se para y llama: «¡General Torrijos!» Cuando el General, recostado en su hamaca, alza el cuello para ver, el borracho le grita: «¡Hijo de la gran puta!» El General pega un brinco, se pone de pie y le contesta: «¡Hijo de la gran puta eres tú, borracho de mierda!»

A todo esto, la escolta se ha movilizado, pero el General la para, por supuesto. El borracho en cambio, al ver la escolta, se pone en posición de boxeo y reta al General: «¡Ven! ¡Ven tú y tu escolta, montonero!» El borracho termina por irse, y el General queda de mal humor.

Esto sucede casi todos los sábados. Al día siguiente por la mañana el pescador, ya sobrio, pasa por la playa, ve al General y le dice, con ese rostro curtido al sol que tiene: «Buenos días, General». El General lo ve y tarda en contestar, pero al final contesta: «Buenos días».

Ese respeto por la persona humana, por el misterio, la sorpresa, el peligro y el resorte impredecible del sujeto, lo mantuvo siempre lejos de la objetividad. Lo que de ella necesitaba, se la encargaba a los tecnócratas. Por eso incluso se resistió siempre a admirar el folklore, y eso que el de Panamá es uno de los más ricos de América Latina.

El pueblo era para él un sujeto, un ojo que mira, y no un objeto, ni siquiera de admiración. Ojo porque te ve, no porque lo miras, como decía Antenio Machado y el mismo General comentaba. Antonio Machado era su poeta. Yo nunca supe cómo le llegó. Quizás por Felipe González.

Las décimas de Changmarín, que tanto le gustaban, la voz de Pille Coyado cantándolas, que tanto le gustaba, era porque oyéndolas las iba cantando él mismo por dentro. Siempre subjetividad, absolutamente parcial, con respecto al pueblo. Nunca esa objetividad fría, científica, que las profundas necesidades de nuestro pueblo requerían, pero que era tan difícil, si no imposible, para él, ante la mirada sin fondo de los pobres.

Por eso le reprochaba a los artistas de izquierda, pintores, poetas, y sobre todo cineastas, el que destacaran lo feo de la miseria, la boca sin dientes, la cara arrugada, la barriguita panzona, porque quien se veía feo era el pobre, no la pobreza. La pobreza es abstracta y no se la ve. Y el General Torrijos veía a los pobres hermosos, incluso físicamente hermosos. Y esto me lo decía en Coclesito, rodeado de niños realmente

bellos. Claro que era una trampa, esos niños ya estaban tomando leche, pero él no daba el brazo a torcer: «Es un error destacar lo feo de la miseria, porque donde se lo ve es en el pobre».

No se puede descartar la idea de que su decisión de no considerar nunca al pueblo como objeto científicamente tratable, le impidió encontrar algunas soluciones ya elaboradas en textos de sociología, economía y política. En él era prioritario que estas soluciones emergieran del propio problema como «remedio propio». No consideró que hubiese problemas básicos comunes que requerían una solución básica igualmente común.

Los amigos enemigos del General Torrijos aprovecharon esta posición respetuosa suya para declarar que nuestra miseria era original y que necesitaba un tratamiento original que aún debía pensarse.

Pero no hay nada más carente de originalidad que un niño desnutrido. Porque el hambre tiene la misma cara huecucha en todas partes.

Puede que la teoría política y económica del General Torrijos oscilara dialécticamente entre diversas opciones, pero él sí sabía que en el socialismo el hambre tenía solución. Eso de que siempre habrá pobres entre nosotros no lo dijo Dios, lo dice el Diablo del capitalismo. «El hambre sí tiene solución, distribuyendo bien lo que existe», escribió el General Torrijos en una ocasión.

Me acuerdo de una vez que estaba con un señor colombiano y me mandó a llamar. Al entrar a la sala, y para tomarme el pelo, me dijo el colombiano: «¿Cómo está Carlitos?» «¿Qué Carlitos?», le pregunté yo. «Carlitos Marx», me dijo el señor colombiano riéndose. A lo que yo le dije que a ese señor yo lo conozco con el nombre de «Don Carlos», no «Carlitos». El General festejó mi salida y me invitó a que me sentara con ellos.

El señor colombiano atacaba al socialismo en general y en particular a Cuba, con saña, con burla, con ironía. Y el General no le decía nada. De pronto, vio su reloj de pulsera y dijo: «Ve, son las once de la noche. A esta hora no todos los

niños panañemos han comido. No todos los niños colombianos han comido. Pero todos los niños cubanos han tenido sus tres golpes.» Se levantó y se fue a dormir, sin decir más nada, porque pensaba que no había más nada que decir, dejando un silencio que a mí me molestaba porque, sin verlo a la cara, yo sentía la vergüenza del colombiano.

La «especie de socialismo» de la que él hablaba y que quería para Panamá, era una «especie» de compromiso entre la verdad objetiva, científica, y su subjetivismo que le hacía reclamar una «aspirina propia». Al final, sin embargo, ya no hablaba de «aspirina», que él mismo reconoció era una metáfora mala. Hablaba de «cirugía», y no de una cirugía propia. Hablaba de «cáncer», no hablaba de «fiebre». Torrijos se fue haciendo cada vez más peligroso. Pero nunca perdió del todo su subjetivismo.

Es a la luz de este subjetivismo que hay que verlo con Daniel Santos, el cantante, de quien fue muy amigo. Con Carlos Mejía Godoy, el gran compositor nicaragüense y militante sandinista, con quien en lugar de hablar de cosas más serias, porque estábamos en plena guerra de Nicaragua, se quedaron toda una tarde recordando boleros viejos y al Benny Moré. Con el poeta-sacerdote-sandinista Ernesto Cardenal, tres grandes hombres en una sola persona, recitando algunos de esos poemas malísimos que el General se sabía de memoria, como «El duelo de la cañada» y el «Brindis del bohemio».

Como el poeta Cardenal andaba buscando «cosas» para su guerra santa, le festejaba los poemas al General, supongo yo que para halagarlo y ponerlo en ánimo más generoso. Y yo le decía: «Poeta, dígame la verdad. Dígame que esos son poemas cursis.» «No es cierto» —decía el poeta—. «Son poemas fresquísimos.»

El poeta que el General Torrijos leía con más devoción fue Antonio Machado. Esto es algo bien extraño. Machado no es un poeta fácil. Desde luego no es compatible con «El duelo de la cañada». Yo nunca supe cómo lo descubrió, pero me consta que en su maletita de lectura, donde llevaba papeles y los informes que debía leer, no faltaba nunca unas *Poesías*

completas de Antonio Machado. Un libro ya maltratado por el frecuente manoseo que una vez hubo que mandar a buscar bien lejos porque se había quedado olvidado.

O puede ser que «El duelo de la cañada» se lo aprendió de joven, y a Machado se lo aprendió de viejo. O puede ser que con «El duelo de la cañada» se la estaba dando de popular. Eso sí era propio de él. O, por último, puede ser que yo esté equivocado y el «Duelo» famoso ese sea un buen poema. No, no es cierto.

Yo recuerdo que una vez, en los Estados Unidos, le enseñé a Lupita, secretaria del General, un soneto que hice, muy mal hablado, con mucha mala palabra. Algo le habrá dicho Lupita al General porque éste me llamó y me dijo: «A ver, léame ese poema malcriado que dice Lupita que usted ha escrito.» Y yo se lo leí:

*Diez años ha, me cago en Dios, que te amo,
cada vez con más odio, cada día
con un nuevo rencor, y todavía
te busco y huyo, te maldigo y llamo.*

*Putá madre, mamita, cómo lamo
la espada de tu ausencia, larga y fría,
y cómo me odian, mamá, el alma mía
y el cuerpo en el que a diario me encaramo.*

*Se me ha podrido el corazón de tanto
odiarte, amarte, verte y de no verte,
y tanta pena, Lisi, tanto llanto.*

*Diez años ya, carajo, de quererte,
comiendo mierda, soledad y espanto,
mierda con mierda, coño, hasta la muerte.*

«¡Jol!» —me dijo el General—. «Usted tiene que haber amado mucho a esa mujer. Así dispararía yo si escribiera. ¡Pueblo panameño...!» Y siguió improvisando un poema chuchuesco. «No» —le dije yo—. «Se lo he dedicado a Lisi, el gran amor de Quevedo.»

«Vea» —me dijo—. «Esta vez no le voy a dar viáticos. Le voy a dar un mes en una suite del Holiday Inn, con la mujer que quiera de cualquier parte del mundo.»

Como veníamos del Japón, en donde yo había flirtado muy inocentemente con la muchacha japonesa que nos habían puesto de traductora, estoy seguro de que él pensaba que ésa era la que yo elegiría. Al final, le salió más barato.

Porque no solamente le gustaba la poesía, sino también el estilo, la forma esa de ser, romántica y cursilona, de los personajes de «El duelo de la cañada». A Don Rogelio Sinán, por ejemplo, le mandaba una caja de vino cada quince días.

Una vez invité al General a mi casa a comerse unos camarones, y le leí ese poema maravilloso del poeta nicaragüense Carlos Martínez Rivas, «La puesta en el sepulcro». Quedó tan embebido por el poema que mientras lo oía hipnotizado, Matisse, mi perro famoso, se le comió los camarones.

La razón por la que le llamo famoso a mi perro es que Graham Greene le escribió, de su puño y letra, en uno de sus libros una dedicatoria donde le dice que lo odia, porque a Matisse le encantaba masturbarse en sus rodillas, y que lo iba a poner de personaje horrible en una de sus novelas. No deben de ser muchos los perros que tengan una dedicatoria de un autor como Graham Greene, aunque sea un poco ofensiva.

Y cuento esto porque una vez, en casa de Tomás Borge, ya triunfante en Nicaragua libre como su Ministro del Interior, con el gobierno nicaragüense en pleno allí presente, llegué acompañado de Carlos Martínez Rivas. Yo estaba en tragos, y entonces, en un desplante taurino que quiero llamar torrijista, en nombre de Torrijos nombré a Carlos funcionario del gobierno panameño, con el cargo oficial de «cónsul de la poesía». Todo poema que entrara o saliera de Nicaragua, dijo el sargento borracho, debía llevar el sello de Carlos.

Entre tímido y avergonzado, le conté al General el asunto, y ahí mismo me dijo: «¡Qué buena cosa hiciste! Háblale a Fulano de Tal, para que le haga efectivo el nombramiento». Y Carlos Martínez Rivas, el gran poeta, fue funcionario del gobierno de Torrijos, hasta el día en que éste murió.

Entre las cosas que no digo en este libro, están unos papelitos del General. Cuando Ernesto Cardenal, ante más de trescientos intelectuales reunidos en La Habana, se refirió a Torrijos y le llamó no sólo un gran estadista, sino también poeta, no se equivocaba. Seguramente no fue un poeta literario pero fue un gran poeta hombre.

En este capítulo he querido señalar las virtudes y los defectos de ser subjetivista. Cuando el amor y el respeto a la persona humana le impiden a uno tratarla como objeto de ciencia económica, de ciencia política, sociológica, el amor y el respeto se equivocan. Me gusta mucho el principio de San Agustín: «¡Ama, y haz lo que quieras!» Supone que del amor no puede salir nada malo. Pero parece que el amor no es suficiente para que salga todo lo bueno.

Quiero terminar este capítulo recordando una experiencia que tuvo en la India, y que el mismo cuenta en uno de sus escritos.

Estábamos en Bombay, la India. Afuera del hotel había un faquir haciendo el famoso acto de encantamiento de una serpiente, una cobra. Con mucha más técnica que el brujo cuna del capítulo anterior. Luego de encantarla con la música, la ponía a luchar con una mangosta, una especie de ratón grande, que rápidamente ganaba el combate mortal.

En alguna ocasión yo lo había oído hablar de un proyecto de llevar mangostas de la India a nuestra selva del Darién, para acabar con las serpientes que allí abundan. Quién sabe qué pueda significar eso para el equilibrio ecológico. El General pensaba sólo en la miseria de tantos indios picados por las serpientes.

Edilsa, la secretaria que nos acompañaba, subió a las habitaciones del General para comentarle el espectáculo. Él se interesó mucho y se vistió para bajar a verlo. Ya vestido y caminando hacia la puerta, de pronto se detuvo y dijo: «No. Me daría vergüenza ver a ese hombre como un objeto turístico. Otra cosa sería si pudiésemos hablar. No voy». Y no fue.

Le admiré mucho su conducta ese día, mi General. Pero hoy, ya muerto usted, y pasando revista a las instituciones y proyectos que dejó en el país, pienso que habría preferido

que bajara, que viera al pueblo un poco como objeto. Que además de amarlo, como yo sé que lo hizo profundamente, hubiese también pensado en él con la fría y nada original lógica del científico y del economista. Porque lo que usted pensó en borrar, el enemigo lo está borrando en limpio.

VI

PENSAR EN BORRADOR

De nada sirve el pensamiento más profundo y sistemático, si es hipócrita, si contradice y humilla al sujeto que lo piensa. Un pensamiento tal puede que comprenda e incluso transforme la realidad, pero se olvida, deja atrás abandonado, a lo que se supone es la finalidad de todo pensamiento político, filosófico o cultural: el hombre, el hombre concreto inscrito en una realidad concreta, que debe el alquiler de su casa, que no tiene trabajo, pero sí hijos que lloran, sí mujer que lo mira, no lugar donde estar, no país donde ir..., el sujeto de ese pensamiento, el dizque rey de la creación.

Tal es el caso, exactamente, del idealismo, cuyo pensamiento, como el de Berkeley, puede demostrar con todo rigor que el mundo no existe, pero que, sin embargo, cuando el filósofo lo piensa, no cruza una calle si viene un camión. Por muy apariencia que sea, debe esperar, humillado, que pase esa apariencia vana que puede aplastarlo.

Tal es el caso, también, de un pensamiento político que guía una revolución por los cauces de las transformaciones económicas solamente. Por atender los cambios estructurales se olvida de cambiar al hombre. Desembocando, así, en una situación híbrida donde un hombre viejo se ve forzado a vivir en una sociedad nueva que por supuesto le es hostil.

Esa lección la aprendió bien el General Torrijos en Colesito, su proyecto más mimado de todos, que para él fue un laboratorio. El pueblo tiene incluso la asepsia de un laboratorio. La tienda que hay se llama «Tienda». En el parque, hay un letrero con el nombre «Parque». Por supuesto, la escuela se llama «Escuela», el comedor «Comedor», y el aeropuerto, «Aeropuerto». Todo con su letrerito, por si les da la enfermedad del olvido, de la que habla García

Márquez en una de sus novelas, y se les olvida el nombre de las cosas.

Allí en Coclesito los campesinos, inteligentemente, le hicieron al General una casa. Una casa como la de ellos, chiquita por fuera pero grande por dentro, con todo ese espacio de sobra que le daba la falta de muebles superficiales, y con el piso de tierra y un balcón orientado a la brisa y a la paz de la tarde. En ninguna otra parte del universo vivía el General más a sus anchas, con más gusto y comodidad que allí.

Pero una vez llegó un banquero, a quien el General debía pedirle un préstamo millonario para Panamá, y hablando de eso estaban cuando entró un perro e hizo su necesidad a los pies del banquero. Yo no sé si conseguimos o no el préstamo, pero entonces el General se mandó a hacer una casa con piso de madera, y de dos plantas además, donde no pudieran entrar los perros.

Es una casa bien linda que cuando él estaba allí los niños del pueblo entraban y salían y jugaban por la casa entera, todos ellos vestiditos de domingo, para que el General los viera.

Y allí también, en Coclesito, el General hacía sus experimentos. Leche gratis para los niños y los ancianos. Quiso eliminar el dinero. Quiso planificar la producción. Quiso socializar todos los bienes.

Cuando uno le preguntaba a Rosita, una niña famosa del pueblo, de quién eran las vacas y los búfalos que allí habían, ella decía: «De toíto el pueblo. Pa'que coman la carne con las verduras».

Por cierto que los búfalos, que fue un experimento que resultó muy exitoso, no entendían español. Eran originarios de Trinidad Tobago. Y los campesinos los llamaban en inglés: «¡Búfalo, come! ¡Búfalo come!»

La casa del General Torrijos en Coclesito, sobre uno de los puntos más altos del pueblo, ahora ya está vacía para siempre y ha adquirido fama de embrujada. Dicen que de noche en ella se oyen los pasos del General.

Pero otros experimentos no salían tan bien como el de los búfalos. En muchos había un desfase entre los cambios estructurales y la mentalidad del campesino. Eso produjo roces.

Recuerdo que una vez llegó el General Torrijos a Coclesito, en plena mitad de la semana, y uno de los campesinos que estaba a cargo de un proyecto tenía olor a guaro. Y en Coclesito el guaro se permite sólo para las fiestas. «Te estabas emborrachando», le dijo el General. «Cuando nosotros los pobres bebemos, se llama “borrachera”. Pero cuando lo hacen ustedes los ricos, entonces se llama “fiesta”», le contestó el campesino.

Entonces el General, para herirlo en su orgullo, le dijo, mirando una manada de reses que había en un potrero de enfrente: «Voy a ver si les traigo a ustedes un montón de gringas, para mejorar la raza.» «Sí» —le contestó el campesino allí mismo, pillándosela al vuelo—. «La de ellos.»

Esa no fue la única vez, ni iba a ser la última, en la que un campesino le ganaba al General Torrijos un cruce de palabras, para satisfacción íntima del General que cuando perdía, aprendía, y que por eso mismo apostaba siempre al campesino.

Por ejemplo, esa distinción que el campesino le hizo entre «fiesta» y «borrachera» se la quiso aplicar a Graham Greene el General Torrijos. Una vez le dijo al novelista inglés: «Cuando ustedes los europeos toman, es porque “tienen un problema alcohólico”, pero si tomamos nosotros, entonces lo que somos es “borrachos”.» Como vio que no le había salido muy bien, porque eso de tener un problema alcohólico no es nada bueno, añadió, quién sabe por qué: «Yo te voy a invitar el sábado a que bebas conmigo».

Durante toda la semana Graham Greene estuvo preocupado viendo cómo se aproximaba el sábado. En un momento dado me dijo que creía que le estaba dando gripe y que no iba a poder asistir al encuentro del sábado. La cosa es que fue. Y por supuesto la pasaron muy bien.

Yo pienso que el resultado principal del experimento de Coclesito, fue la conclusión de que no es suficiente cambiar las estructuras económicas y materiales. Esa es sólo la mitad de la tarea. Hay que cambiar también al hombre. No es del todo verdad que basta cambiar las condiciones materiales para que inmediatamente cambien también las estructuras mentales. Atender sólo las necesidades materiales produce, en una sociedad nueva, un hombre viejo, y en consecuencia, desgraciado, no ese hombre feliz «con los brazos llenos de los frutos de la tierra», que es como decía él que «visualizaba al hombre del futuro».

Comentando precisamente ese desfase con Humberto Ortega, el Comandante del Ejército Popular Sandinista, en un almuerzo que le dio a Graham Greene, con todo su Estado Mayor, allí mismo el Comandante dio la orden de que todos los militares guerrilleros que estaban presentes vieran la película del cubano Pastor Vega, *Retrato de Teresa*, que trataba ese tema.

Lo cuento porque no debe ser sólo el que el Comandante de un Ejército, con todo su Estado Mayor, le dé un almuerzo a un escritor como Graham Greene, y menos aún que haga obligatorio ver una película de Pastor Vega. Por eso pienso que un ejército así no puede perder, es absolutamente imprevisible. Nadie puede saber, de antemano, con qué locura van a salir. Son las ventajas del subdesarrollo.

De Pastor Vega habría más cosas que decir. Hizo una película sobre Panamá, *La Quinta Frontera*, y fue uno de los que primero reconoció el carácter revolucionario del General Torrijos, cuando yo apenas si lo veía esbozado.

Torrijos le llamaba «verdad íntima» a la propiedad que lucía un pensamiento o un discurso cuando se adecuaba, no a aquello que se pensaba o sobre lo cual se hablaba, sino al sujeto que lo pensaba o decía. Por ejemplo, la proposición: «Dios existe», es una verdad íntima para el hombre esencialmente religioso independientemente de que sea objetivamente verdadera o no, si es que tiene sentido eso.

Obsérvese que el concepto torrijista de «verdad íntima» no coincide con el de «sinceridad». Ésta es una propiedad del sujeto que piensa o habla, y no del pensamiento o discurso, como es el caso de la verdad íntima. Se dice que un sujeto es sincero cuando no está mintiendo, cuando no esconde lo que él considera ser óbjetivamente verdadero. Por supuesto, se puede ser sincero y estar diciendo o pensando una falsedad. Pero también se puede ser sincero y no estar diciendo la verdad íntima. Este último sería el caso de un hombre esencialmente religioso que sin embargo ha llegado a la conclusión científica de que Dios no existe, y así lo declara. Naturalmente, también se puede decir una verdad íntima sin ser sincero. Por ejemplo, cuando digo que mis hijos son los mejores del mundo.

Por ser una adecuación conmigo mismo, la verdad íntima es mía. Es mi verdad. Cada cual tiene la suya, y ninguna compite con ninguna otra, porque de antemano gana. De antemano, cualquiera otra que no sea la propia, pierde. Pero eso no significa que cada cual debe tener su sistema político propio, su propia matemática, su propio gusto literario, su propia física nuclear. El ideal es que la verdad propia sea la de todos, que la verdad íntima sea la científica. Que no haya contradicción entre la ciencia y el individuo.

La verdad íntima, y no solamente la verdad objetiva, o lógica, como la llamaba él, fue siempre una de las finalidades esenciales del pensamiento de Omar Torrijos. Pretendía una aplicación tanto a los problemas y los objetos de la realidad, como a los sujetos que los piensan.

Torrijos nunca pretendió profundidad ni sistematización, independientemente de que las lograra o no. Pero sí verdad íntima y esa simple sinceridad que fue tan fácil para él. Insistió mucho en la verdad íntima porque tenía clara conciencia de que era un concepto nuevo, y de que de nada valía la verdad de los textos y de los tratados científicos si contradecían al sujeto a cuyo servicio debían estar esos textos y esos tratados.

Por esa dedicación suya a la verdad íntima y a la sinceridad, su vida, tanto pública como privada, fue uno de

los mejores y más fuertes argumentos de su teoría, y de los más convincentes, con más fuerza probatoria. De manera que a quien quiera refutarlo, o incluso adversarlo, no le va a ser suficiente tener razones, cifras, conceptos, palabras... Tiene que contar además, y como premisa muy fundamental, con lo que personalmente es.

Pensar y vivir, si no son verbos sinónimos, deben ser actividades que compartan espacio y tiempo. No practicó el General Torrijos un pensamiento sólo de despacho con aire acondicionado, ni una vida sólo de calle, monte y helicóptero. Pensaba caminando por el monte o asomado a la ventana de su avión o del helicóptero.

A diferencia del de un hombre sólo académicamente culto, que se basa mucho en la historia, en el tiempo, el concepto del General Torrijos de patria era esencialmente espacial, geográfico. Seguramente que el problema de la Zona del Canal tuvo mucho que ver con eso, pero yo creo que además había en él una fuerte vocación y sensibilidad por el espacio, por el lugar, por la ubicación. Ya anteriormente lo señalé: Es cosa muy de indio.

El General Torrijos creía que lo que uno es, o por lo menos lo que uno piensa y lo que uno siente, está determinado por el espacio en el que se está. De allí que conscientemente haya querido que su pensamiento se desarrollara al aire libre, en el contexto del campesino, con quien siempre tuvo esa «complicidad de clase» ya citada y observada por García Márquez.

Por otra parte, así como volcó al exterior su pensamiento, trajo a la soledad de su despacho todo el ajeteo del mundo exterior. Pensaba caminando por el monte, confundiendo la dificultad del problema con lo empinado de la cuesta. Y vivía, y con mucha intensidad, en ese despacho suyo en la casa de la Calle 50 al que se le llamó irónicamente «el bunker», porque desde él enviaba y recibía mensajes durante la guerra de Nicaragua.

Allí recibió la noticia de la muerte de muchos guerrilleros ejemplares. Entre ellos, la de Germán Pomares, un héroe más puro que el cual ningún otro puede pensarse.

apenas sólo un par de semanas antes del triunfo, lo que la hizo particularmente dolorosa.

Además, el General rescata a Pomares de una cárcel de Honduras. Eso lo hacía un poquito nuestro. En Panamá se movilizó mucha gente para presionar a las autoridades hondureñas a que le entreguen Pomares al General Torrijos. Ahí se distinguió don Rogelio Sinán, maestro para esta y para cualquiera otra generación de genio literario, pero también de dignidad y calidad humanas. Precisamente fue en su casa donde se hospedó primero el guerrillero heroico cuando por fin llega a Panamá.

Recuerdo que la primera noche lo llevé a cenar al restaurante *El Jade*. Él venía con un compañero de una gran calidad igualmente, pero que no sabía leer. Cuando la camarera nos dio el menú, también este compañero toma uno y hace como si lo estuviese leyendo. A la hora de ordenar, pidió: «A mí deme un pollo muerto».

El mismo Germán no leía ni escribía de corrido. Se había alfabetizado en la guerrilla, pero seguía estudiando y practicando sus palitos. Con lo poco que sabía leer, estudiaba, bajo la dirección del profesor universitario Juan Jované, economía, matemáticas. Yo no he conocido mucha gente como él. No en balde el nombre que le puse, a él y al compañero que vino con él, fueron los de Mateo y Juan, respectivamente. Pensando, por supuesto, en los evangelistas.

A Mateo le gustan los niños, y a los niños les gusta Mateo. Muchas veces lo vi, a cuatro patas, para hacer de caballito a Miguelito y a Juan Antonio, los hijos de Pilar y Juan. Así dicen que lo hizo también el gran Aristóteles, pero éste para obtener los favores de una mujer. Mateo era para darle felicidad a un niño.

Cuando Germán Pomares, nuestro Mateo, dormía en mi casa, lo hacía en el suelo. Estirado, boca para arriba. Parecía un muerto. Pero cuando sonreía, la boca le corría de oreja a oreja, y era lo más abierto y cristalino que conozco.

Y cuando Mateo caminaba, con las piernas abiertas y torcidas, con ese estilo que da la montaña, daba la impresión de que venía detrás de la historia, pisándole los talo-

nes. Y al mismo tiempo, daba también la impresión de que iba adelante, guiando una multitud de campesinos que se iban a almorzar la historia.

Cuando nos matan a Mateo, el General llora. Y a mí me pasa una cosa curiosa. Eran las tres de la madrugada de esa noche y yo me estoy bañando en la piscina de la casa de la Calle 50. Todos duermen en la casa. Sólo la escolta anda por ahí, rondando en la oscuridad. Había luna y el cielo estaba convulsionado con nubes. Parecía el cerebro de un gigante con fiebre. Yo estoy flotando en el agua, boca arriba. Y entonces, lo juro por mi madre, siento que Germán Pomares llega a mí y se me mete en el cuerpo para sentir él esa sensación fresca del agua. No sé por qué, la metáfora que se me ocurrió es la de un venado que en mitad de la noche se acerca a un río a beber agua. Sólo que el río era yo, y el agua que Mateo estaba bebiendo a sorbos, era mi vida. Como si todavía no estuviese acostumbrado a la muerte y estaba separándose de las sensaciones poco a poco. No me dio miedo. Al revés. Me dejaba beber por el amigo.

Dentro, nada más lejos de un despacho dispuesto al pensamiento abstracto y frío, que ese pequeño y modesto «bunker» del General. En el silencio de la noche parecían oírse en él voces confusas, fuego de fusilería y de ametralladoras, y el himno sandinista:

*Luchamos contra el yanqui
enemigo de la humanidad.*

Que, dicho sea de paso, yo había visto componer unos días atrás a Carlos Mejía Godoy en casa de María Isabel, la que fuera amiga de Eduardo Contreras, de quien hablaré después, y que ahora estaba viviendo con el hermano de éste, Ramiro.

Durante la guerra de Nicaragua me tocó dormir en ese despacho casi todas las noches. Había que estar atentos a las llamadas telefónicas que podían entrar a cualquier hora, y también a un receptor de radio muy potente con el que

podíamos monitorear, no sé cómo se diga, las transmisiones de los guerrilleros.

Durante el día siempre estaba lleno del humo de los tabacos del General, que Fidel Castro le mandaba, y de tazas de café. Pensar en ese despacho era como pensar en un campo de batalla, lleno de muertos conocidos, pero también de esperanza de una victoria próxima y definitiva.

Allí no tenía cabida una filosofía de asombro bobo, como decía Aristóteles, quitándole lo de «bobo». Ni de una angustia personal académicamente culta, a la existencialista, por la que siempre tuve, y tengo, inclinación. Allí la cultura se llamaba Sánchez, Contreras, Pomares..., y no admitía que se la pensase con la cabeza solamente. Había que pensarla, y sentirla, y sobre todo hacerla, con el cuerpo entero.

Hay mucha gente en Panamá que de jóvenes enarbolaron banderas políticas de dignidad, pero que después, con «la vida», como se dice eufemísticamente, fueron arreándolas a cambio de un empleo, un automóvil, una casa. Con el General Torrijos tuvieron la oportunidad de volver a izar esas banderas de dignidad de su juventud, y eso ellos se lo debían a él. Y se lo agradecían.

Yo no le debo menos. A mí me sacudió una costra pseudocultural y me puso en contacto directo con la realidad, las necesidades de la gente, los amigos que todas las semanas morían, y el pensamiento revolucionario de verdad, acero y plomo.

Cuando algunos amigos intelectuales, que se dicen revolucionarios y que realmente lo son, en otra escala, me preguntan si el General Torrijos era revolucionario, yo les digo que «sí, más o menos». Porque la otra alternativa, la de tomarlos en serio, sería darles con un palo en la cabeza.

En una de las paredes del «bunker» se había colocado un mapa grande de Nicaragua. Allí, con banderitas de diferentes colores, y círculos y rayas, se iban ilustrando las noticias que llegaban. El único pensamiento que cabía en esos días era el de terminar, ganando, una guerra llena de un sin fin de detalles concretos.

Cuando se ganó la guerra de Nicaragua, se substituyó su mapa por uno de El Salvador. Y entonces lo asesinaron.

Es importante ubicar el tiempo, ¿cómo no?, pero sobre todo los lugares, en los que se genera el pensamiento del General Torrijos. Para él el contexto histórico, pero fundamentalmente el geográfico, el espacial, determinan lo que se piensa y la forma en que se lo piensa. Pensar no es una actividad químicamente pura, aséptica, que se hace con guantes blancos en un laboratorio desinfectado. El pensamiento está embarrado de vida, y todos sabemos la cantidad de porquerías, y de misterios, que hay en la vida.

El propio Aristóteles decía de uno de sus inventitos más queridos, Dios, que no pensaba en el mundo, precisamente para que no se embarrara de él. Sólo en sí mismo. Dios no solamente no había creado el mundo, sino que ni siquiera sabía que existía. A los cristianos no les quedó más remedio que hacerle algunos ajustes a la teología aristotélica para ponerla de sostén a la suya, que no tenía otro.

A lo que voy es a esto: no es lo mismo pensar en el Chorrillo, que es un barrio bien popular, que pensar en los Altos del Golf, barrio de gente rica. Ni se piensa lo mismo ni se lo piensa de la misma forma. Quién sabe cuánto le deba el General a la ubicación del Cuartel Central, donde trabajó durante tantos años, en ese barrio pobre y popular del Chorrillo. Y él esto lo sabía bien. Por eso se resistió siempre a las recomendaciones de que cambiara la ubicación del Cuartel Central. «En la medida en que dejamos de ver la pobreza, nos olvidamos de ella», le decía al Coronel Díaz, su secretario ejecutivo y además primo hermano suyo. Y ése era su argumento para permanecer en el Chorrillo, con la miseria restregándose en los ojos de todos los miembros de las Fuerzas Armadas.

Recuerdo que una vez, caminando por las calles de París, le mostré la Ópera y le dije medio en broma, aludiendo a mi época de estudiante: «Vea usted, mi General, mientras usted trabajaba en un radio patrulla dirimiendo pleitos de

vecinos que se tiran los orines, yo estaba allí adentro, oyendo ópera». «Sí» —me dijo—, «pero por eso mismo tú eres sargento y yo soy general».

Seguramente tenía razón, pero estaba respirando por la herida, porque yo sé que siempre envidió la vida medio bohemia del estudiante en Europa y la cultura refinada a la que no tuvo acceso. Su universidad fue, literalmente, la de la calle. Y en ella se doctoró, magna cum laude.

Le gustaba mucho París, y Europa en general, pero insistiendo en la importancia que el contexto tiene para lo que uno piensa y lo que uno es, ponía siempre mucho reparo en que los panameños fuesen a estudiar a París. «París es demasiado bonito» —decía—. «Se come a cualquiera. Y uno tiene que defenderse».

Cuando el General Torrijos hablaba mal de París, París se sentía halagada, porque el defecto que le encontraba era su hermosura y su poder de cautivar, que él conoció en carne y espíritu propios.

En una ocasión, comentándole el caso de Renato Pereira, un cuadro político que estudiaba en París, alguien dijo que ya se había acostumbrado a comer con vino. «Déjalo que venga» —dijo el General—. «A Puerto Armuelles lo voy a mandar».

Yo pensé que lo decía en broma, pero después resultó que efectivamente lo mandó ahí, en el extremo opuesto de París, para consternación del panameño parisino.

A mí me tomaba el pelo diciéndome que la cara se me iluminaba cuando llegábamos a París. Lo cual seguramente es cierto, y además perfectamente justo. Pero yo siempre le respondí que era más lamentable el caso de otros acompañantes suyos que al llegar a los Estados Unidos los ojitos les brillaban de contentos.

Con frecuencia citaba el pensamiento de Ortega y Gasset: «Yo soy yo y mi circunstancia», y quiso siempre, para sí y para sus cuadros políticos, una circunstancia panameña. No otra cosa buscaba en Coclesito y en sus caminatas por la selva y los caseríos del interior de la República. No solamente iba a dar soluciones a los problemas que encontraba.

También iba a pedir raíces, nacionalidad, «el barro con el que se construye la patria» decía él.

Y los campesinos, con esa sabiduría inconsciente suya, percibieron siempre con toda claridad esa actitud del General de quien pide, y se portaban generosos con él.

Una particularidad muy característica de su pensamiento es que tenía niveles. En la superficie oponía poca o ninguna resistencia a cualquier tesis que se le propusiera. Todo era, más o menos, aceptable. Todo era, más o menos, verdad.

Ese vaivén dialéctico de superficie con el que trataba cualquier proposición, tenía como resultado, si no función, el de cribar los detalles para separar la verdad y lo útil del afrecho. A ese nivel de superficie, nunca le oí refutar tajantemente ningún disparate. Nunca le vi despreciar ninguna pregunta, pero sí, y profundamente además, a quien lo hiciera.

En una ocasión me tocó informarle que solicitaba una entrevista con él un hombre que venía a proponerle un invento. Nada menos que el de un motor de movimiento perpetuo. La gente que estaba con el General sonrieron sarcásticamente y se cruzaron miradas de inteligencia, pero el General hizo pasar al inventor y le pidió que, por favor, le explicara las ideas básicas de su invento.

No tenían ninguna solidez. Era un auto que, al avanzar, hacía girar un abanico que, a su vez, hacía avanzar al auto.

Al final de la explicación se me pidió mi opinión. Como el inventor era un hombre muy humilde, yo me sentí obligado a decirle la verdad, y le cité el principio físico que hace imposible el movimiento perpetuo. Era mi forma de respetarlo.

Entonces el General salió en defensa del inventor, arrinconado por la ciencia, y me ordenó darle todo el apoyo al proyecto del inventor. Lo que primero debía hacer, era conseguir un automóvil viejo para hacerle las adaptaciones.

Al ver esto y sentirse tomado realmente en serio, el hombre, comenzó a hablar de su vida personal, de sus problemas y de sus frustraciones. Él tenía mujer pero no sabía dónde estaba, y los ojos se le enrojecieron, comenzaba a llorar, había estado preso, acababa de salir, en la cárcel los maricones se lo cogieron, él tenía hijos pero no sabía dónde estaban, no tenía trabajo, no tenía plata, no sabía qué hacer, pero él era un hombre honrado, se lo juro, mi General, lo único que quiero es un chance, aquí donde usted me ve voy a cumplir cuarenta años, mi General...

Y nosotros lo veíamos. Y los que al principio se sourieron sarcásticamente, estaban comiendo mierda ahora, avergonzados, sin poder quitarle los ojos de encima.

El motor, poco a poco, y sin darse nadie cuenta, pasó discretamente a segundo plano, relegando su puesto al otro tema, el fundamental, y que seguramente el General había sospechado, o intuido, desde un principio.

Después me dijo el General, comprensivo también de la posición mía, que seguramente un motor de movimiento perpetuo es imposible científicamente, pero lo que no es imposible es encontrar un buen mecánico, y que pusiera a trabajar al inventor en el equipo de la Guardia que le da mantenimiento a los camiones.

En otra ocasión llegó del extranjero un científico importante a proponerle un plan ambicioso y caro de agricultura. Estábamos en la casa de la Calle 50 y de pronto le interrumpió su exposición para trasladarnos en helicóptero a Coclesito. Allí, dijo, tendría mejor contexto. Invitó al científico a que continuara su exposición en un aula de la escuela, frente a la pizarra, como un maestro rural. El General, yo, y un grupo de campesinos a los que también invitó, nos sentamos en los pupitres. Bien incómodamente, porque estaban hechos para niños, no para adultos.

Al final de la exposición, profunda y complicada, el científico se ofreció a responder preguntas. Uno de los campesinos, entonces, hizo una pregunta que no tenía que ver nada con el tema que se había tratado: ¿que por qué no se

pueden talar algunos árboles cuando hay luna llena. Es una superstición muy arraigada en nuestro campo.

El científico, en lugar de despreciar la pregunta, observó cómo, efectivamente, la luz tiene un efecto físico sobre algunos insectos, y que posiblemente por ahí se pueda investigar una respuesta. Es decir, consideró la pregunta en serio y con respeto. Con eso se ganó ahí mismo la simpatía del General y su mejor disposición para el proyecto que había venido a proponer.

Recuerdo también que en otra ocasión, en Hawaii, estábamos visitando una Universidad dirigida por mormones. El guía que nos conducía, un joven mormón argentino, durante una pausa para tomarnos un refresco, me comentó que el dirigente de ellos literalmente hablaba con Dios.

Siempre me ha impresionado el contraste entre la eficiente y desarrollada tecnología norteamericana y la ínfima calidad de su vida espiritual. Yo le pregunté si era en inglés que hablaban, y me dijo que sí, con un candor que no sé si era sincero o cínico. Supuse lo primero y me reí, quién sabe con qué cara de satisfacción y burla. Entonces el General me llamó aparte para pedirme, por favor, que no le hiciera pasar más vergüenza. Yo nunca lo vi burlarse de nadie.

Algo de judo mental tenía su forma de discutir, en el sentido de que no oponía resistencia a nada, pero que terminaba por imponer su punto de vista apoyándose en los argumentos de su contrario. Por eso siempre daba la impresión de que era uno mismo quien ganaba toda discusión. Las razones eran de uno, pero la tesis de él.

Así era en la superficie. La certeza, incluso el dogmatismo, lo guardaba para el fondo. Por ejemplo. Omar Torrijos fue dogmáticamente antimperialista. Porque por dogma se entiende una cosa que no se discute. Y Torrijos nunca discutió la maldad del imperio. A ese nivel, ya fuera del alcance de la lógica, donde ni se argumenta ni hay necesidad de hacerlo, el dogmatismo no era moralmente reprochable. Incluso tenía algo de religioso. Justamente como «religión de América» llamó Torrijos a su lucha por la

soberanía contra el imperialismo yanqui, y en consecuencia «santas» las guerras de liberación.

Él contaba, no sé si como chiste o si le pasó de verdad, que una vez le preguntó a un hondureño que cómo era el partido comunista de su país, y el hondureño le contestó: «Es chiquito» —y añadió, inflándosele el pecho de orgullo— «pero bien dogmático». No, así entendido, el dogmatismo no tenía que ser necesariamente malo. Malo puede ser el dogma, pero no el dogmatismo.

El pensamiento de Torrijos no culminó nunca en un sistema compacto, acabado y consistente. Nunca tuvo, de antemano, las soluciones y respuestas que cotidianamente le pedían. Muchas veces no respondía ni sí ni no, sino algo intermedio, una fracción o decimal, una aproximación, algo difícil para quien lo conocía, y completamente imposible para los demás.

Un apologista suyo podría querer justificar esto declarando como no sistemática y no consistente esa realidad en marcha a cuyo ritmo y paso había que ir pensando. Justamente una de sus metáforas preferidas para el proceso político que conducía, era el de un auto desplazándose por una carretera mala, llena de huecos y baches, capaces de dismantelar la carrocería más firme y compacta. Pero yo pienso más bien que le interrumpieron y acabaron la vida antes de que la terminara, antes de que su pensamiento lograra alcanzar el término hacia el que claramente apuntaba y se dirigía con una velocidad de trote descansado, pero constante. Porque él nunca tuvo ínfulas de más filósofo de lo que se necesitaba para liberar a su pueblo. Después de todo, también es posible sistematizar y organizar con rigor una teoría que se haga cargo de una realidad asistemática y contradictoria.

Y sin embargo, su pensamiento tuvo algunos principios, algunas proposiciones claves, que si bien no eran una llave maestra guardada en una gaveta de su ideario, capaz de abrir y desentrañar cualquier problema, le dieron siempre la actitud mental para no precipitarse y poder crear un espacio en el cual acomodarse y pensar el problema.

Uno de ellos, muy básico, fue la conciencia de que entre el 1 y el 0, entre el todo y la nada, entre el sí y el no, entre lo blanco y lo negro, había toda una gama de decimales, de clarososcuros, de matices, de aproximaciones..., un espectro, un teclado con una infinidad de notas más ricas que la absolutamente grave y la absolutamente aguda de los extremos.

Desde el principio dijo el General Torrijos: «Con la izquierda y con la derecha». Y parece que algún asesor le cambió la frase a «Ni con la izquierda ni con la derecha», pensamiento éste mucho más cerca del espíritu pusilánime de «Ni chicha ni limonada» del asesor, pero bien lejos de la concepción del General según la cual, como lo dijo él mismo: «En política no se puede estar “ligeramente encinta”. O se está o no se está». Posteriormente volvió a decir, en un discurso ante un sindicato obrero: «Con las dos manos estamos pegando».

Si bien es cierto, pues, que Torrijos no dijo esa frase doblemente manca, también es verdad que no la contradijo. Obviamente quería sumar a los que no son ni chicha ni limonada.

Es a esa concepción lógica suya que le corresponde su decisión de rodearse de asesores que iban desde la izquierda hasta la extrema derecha. Necesitaba tener ante sí, abierto, un teclado amplio con el cual tocar, con las dos manos, una canción de izquierda que tuviera sin embargo notas de derecha.

Como por ejemplo, de nota de derecha, la creación en Panamá del Centro Financiero. El General Torrijos pensaba que «no se puede distribuir una riqueza imaginaria. Hay que crearla primero». Y por lo visto pensaba, o alguien lo convenció de ello, que el Centro Financiero podía ayudar a crearla.

En este punto hay que señalar una de las grandes fallas en la que incurrió la izquierda panañema.

Los asesores de izquierda, en lugar de sonar con el tono y el color que se correspondía a su ubicación ideológica, y que el General necesitaba y con el que contaba, quisieron tener, también ellos, esa multiplicidad de todos. En lugar de

torrijistas, quisieron ser torrijitos, saboteando, inconscientemente, la estrategia global del General.

La derecha, en cambio, nunca cayó en ese error. Fue siempre un puño cerrado, compacto, cuyos golpes, sólidos, contrastaban con los de una mano izquierda dividida en dedos. Sabía el papel que debía jugar, y lo jugó, para nuestra desgracia, bien.

La izquierda, en cambio, todavía a estas alturas, cuando ya casi no queda nada del espíritu del General Torrijos en las instituciones que dejó, en el caso de que haya quedado la institución misma, siguen negociando componendas en nombre de un torrijismo que o desconocen o traicionan.

Para el General Torrijos no valía ese principio de no contradicción que declara la imposibilidad de que una cosa, y su negación, sean ambas simultáneamente verdaderas. Sus adversarios le reprochaban, hasta con burla, el estar infringiendo una ley que para él no lo era. Como tampoco lo es para la dialéctica y la lógica moderna. Efectivamente, la negación de una verdad es una falsedad, y la de una falsedad, una verdad. Pero la negación de una media verdad es otra media verdad. Ambas tienen su componente de verdad. En ese sentido la realidad es como una arena fina que siempre se nos escapa un poco entre los dedos cuando queremos agarrarla. Y por eso mismo la tarea de aprehenderla no tiene límite. La cultura es infinita.

Muy pocas verdades absolutas manejó el General Torrijos. Ante la mayoría de los problemas tenía la capacidad teórica, y la paciencia humana, para escuchar con provecho cualquier argumento. Como el de los campesinos, que no talan determinados árboles durante la luna llena.

Cuando fuimos a la India encontró, y admiró mucho, esa lógica que también era la suya propia: «Me impresionó mucho —en la India— comprobar que estos pueblos tienen otra lógica. No son como nosotros para quienes las cosas son sí o no, blancas o negras, verdaderas o falsas. Para ellos estos son extremos en medio de los cuales hay una zona de penumbra, un claroscuro en el que nosotros no podemos comprender».

Por eso fue norma suya siempre, ante esa clase de problemas y de verdades claro-oscuras, entre el 1 y el 0, respetarles su penumbra. Porque quien ve claro lo que no lo es, es porque no lo está viendo claro.

«No hay que saber demasiado», le aconsejaba con frecuencia a sus asesores, que a veces querían lucirse mostrando la gran cantidad de información, muchas veces inútil, que habían recabado, y lo claro que veían las cosas.

No saber demasiado es una forma de saber, no de no saber. Quien conoce demasiados detalles no puede ver la totalidad. Es el dilema clásico entre ver los árboles y ver el bosque, porque la suma de detalles no da nunca la totalidad. Y no solamente no la da, sino que la hace inaccesible. Además, decía el General: «Todas las grandes acciones necesitan de mucha audacia, y la audacia necesita de un poco de ignorancia».

El soldado de infantería, como lo fue él, sabe que es malo estar demasiado equipado. Esa es la razón por la que los profesores, que saben mucho, y que están muy equipados intelectualmente, no inventan nunca nada. Generalmente los descubrimientos los hacen hombres jóvenes que todavía no saben demasiado. Esto es particularmente válido en la historia y en la política, donde es el conocimiento global el que captura lo esencial.

El conocimiento científico tiene dos direcciones: del detalle a la generalidad, por la vía ascendente de la abstracción. Y luego, de lo general de regreso a lo particular, por la vía descendente de la práctica y la aplicación. Más grave que quedarse en la pura abstracción de ideas que, como decía él, «no aterrizan», es quedarse en el detallismo que «no despega». Porque quien anda perdido por las nubes por lo menos está a mitad de camino. Sólo le falta caer. En tanto que quien anda coleccionando hechos, ni siquiera ha iniciado ese proceso conceptual que, además, no cuenta con la ayuda de una ley como la de la gravedad.

Además, y esta es una de sus características más nobles que habría que subrayar: Torrijos subordina la razón y el pensamiento a la necesidad. No olvidaré nunca una vez en la

que el director del Instituto de Recursos Hidráulicos, Edwin Fábrega, le argumentaba las razones por las que no podía bajar las tarifas de consumo de luz. Todas eran razones muy científicas y de mucho peso, y seguramente irrefutables.

«Sí, Edwin» —le contestó el General—, «tú tienes razón, tú tienes toda la razón. Pero el pueblo tiene la necesidad. Baja esa tarifa, coño».

Después me comentó el ingeniero Blandón, subdirector del Instituto, que todavía al día siguiente el General Torrijos había seguido insistiendo en esa tesis tan suya de que es la necesidad, y no la razón, la que tiene razón.

Hay otro componente en el pensamiento del General Torrijos que posiblemente pueda llamarse «inteligencia». La palabra procede del vocablo latino «intus-legere», que significa «entre-leer», esto es, leer entre líneas, leer los espacios en blanco, los silencios, lo que no se dice pero se da que decir. La información así obtenida, inteligentemente, realmente no está basada en nada explícito. No tiene apoyo racional, nadie se quiere hacer responsable de ella. Sólo dos humildes y proletarias formas de conocimiento se atreven a avalarla: la intuición, es decir, la corazonada, y la superstición. Resulta así que, por lo menos etimológicamente, el pueblo con sus sueños, sus amuletos, sus historias fantásticas, es justamente quien mejor realiza la inteligencia.

Omar Torrijos, con una audacia realmente notable, definía así su realismo: «Para mí es una mezcla de muchas cosas: Intuición, lógica, sentimiento, y hasta un poco de superstición». Lo que realmente quería de la superstición, era exonerarse de la obligación de tener que explicarla o justificarla racionalmente. Cuando las razones son demasiado sutiles o vaporosas, lo mejor es dejarlas entre las líneas.

Una vez habían venido a Panamá unos periodistas mexicanos a entrevistar al General. Parece que eran gente importante porque fue el propio López Portillo, entonces presidente de México, quien les gestiona la entrevista. Cuando llegaron aquí el General se resistía a recibirlos, iba postergándoles

y postergándolos hasta que les mandó a decir, conmigo, que fueran a David, que allá les iba a dar la entrevista.

Nos fuimos a David y al poco rato llegaban los periodistas. Pero tampoco les daba la entrevista. Supongo que llamaron a López Portillo por teléfono para ponerle la queja, porque el Presidente mexicano llamó al General. Yo oí cuando éste le decía: «No te preocupes, enseguida los recibo». Cuando colgó el teléfono, le pregunto: «¿Bajo a buscarle los periodistas, mi General?» Y entonces me dijo: «Por favor, respeta mi superstición». Y no los recibió.

En el patiecito de su casa en Farallón sembró una mata que le había dado un campesino y que tenía la virtud de protegerlo contra el mal de ojo y el mal de amores. Cuando en una ocasión alguien se sonrió sarcásticamente al oír las propiedades de la mata, el General Torrijos, más por pereza que por venganza, se justificó diciendo: «Es que es una planta muy bonita».

Igualmente tenía un poco de superstición la forma como se apegaba a ciertas cosas. Por ejemplo su manta. Una manta militar vieja pero que era la que le daba el calor más cariñoso. Otro ejemplo, su arma. Siempre tenía más o menos a la mano una metralleta thompson 45, que seguramente no es la mejor arma, y menos ésa de él, bien vieja y maltratada, pero es con la que se sentía mejor protegido.

Como yo le decía que me debía una mujer, porque por culpa del golpe de Estado que da en el 68 yo tengo que irme a Honduras, y cuando vuelvo mi mujer se había enamorado de otro, él, siguiéndome la broma, me respondía que me la iba a reponer, que él mismo me iba a conseguir esposa. Y que la iba a elegir él, porque ese era un acto de demasiada responsabilidad para que se me confiara a mí solo. Y una vez, hablando con Lidia de Rosas, la esposa italiana de Rogelio, gran amigo mío, se entera de que tiene una hermana soltera. Allí mismo saltó el General y dijo: «¡Esa es la mujer de Chuchú!» Como le dicen que el año próximo vendría a Panamá, algunas veces se hacía broma con relación a eso, pero poco a poco el asunto se va diluyendo. Además, como es natural, a mí esa broma no me gustaba.

Como un año después, una noche, me pregunta casualmente el General: «¿Y qué pasó con Silvana, la hermana de Lidia, que iba a venir?» «Usted es brujo, mi General» —le dije, viendo la hora de mi reloj—. «Precisamente en estos instantes debe estar aterrizando el avión en el que viene.» «¿Y qué hace usted aquí? ¿Por qué no ha ido a buscarla?», me reprochó. Entonces yo le dije que con todo respeto quería pedirle que no me hiciera más esa broma, porque yo me sentía que me estaban casando por correo. Y entonces me dijo, en un tono realmente áspero. «¡En el aeropuerto se la van a quitar! ¡Coja el Mercedes Benz verde y vaya a buscarla enseguida!» Y añadió, con una sonrisa que compensaba con creces el tono agresivo con el que me había hablado: «Por orden superior».

Cuando llegué al aeropuerto, efectivamente, ya había allí alguien esperando a Silvana. Pero al final todo salió bien. Sin que el General hiciera nada, las cosas se desarrollaron en el sentido que él había previsto intuitivamente.

Me nace una hija más o menos por la época en la que también tiene una el General. Él la llama Taira, que es el nombre de un río en el Darién. Taira Torrijos. T. T. Yo le digo que la mía quiero llamarla Paloma, a pesar de que en Panamá eso significa también otra cosa. Él, entonces, se levanta y va a su cuarto. Al rato regresa con un mapa grande de Panamá que extiende sobre el suelo, y de rodillas se pone a buscar, entre los nombres de los ríos, uno para mi hija. También yo me pongo a buscar y encuentro uno perfecto: Mariabé, Mariabé Martínez, M. M.

En otras ocasiones el conocimiento intuitivo del General Torrijos tenía campos más serios. Por ejemplo, cuando nadie sospechaba que François Mitterrand pudiera salir electo en Francia, porque la tendencia europea era más bien hacia la derecha, el General Torrijos apuesta al candidato socialista, y gana. Lo mismo pasa en España. Desde que conoció a Felipe González, en esa época apenas si algo más que un mozalbete en la oposición, el General Torrijos ve enseguida sus virtudes y sus posibilidades. El General Torrijos apoya la lucha sandinista en Nicaragua absolutamente convencido de

un triunfo que no se veía en el horizonte. Recuerdo con toda claridad lo que una mañana dice de la revolución de los militares portugueses: «Se van a caer». Y lo dijo sin ninguna razón aparente, con una seguridad que me impresionó y creo que hasta me molestó un poco. Recuerdo muchas otras cosas en las que el General Torrijos acierta con una puntería extraordinaria, porque pareciera que apunta con los ojos cerrados, pero bien abierta la intuición, la corazonada, lo que podría llamarse la «razón vaporosa», la única capaz de entender lo que precisamente es así, vago, vaporoso, fluido, indefinible. Porque conviene distinguirla de la razón pura, fría, sólida, desinteresada y abstracta que heredamos de los griegos. Movido, y urgentemente, por las necesidades de los pobres, el General Torrijos se asistía de la intuición y del entusiasmo para ir avanzando hacia los objetivos propuestos de liberación y de justicia social.

En resumen, el pensamiento del General Torrijos no quedó geoméricamente sistematizado, ni se apoyó en esa lógica fácil de los extremos de cierto y falso. Esa desventaja teórica lo capacitó en la práctica para penetrar más profundamente en el conocimiento de una realidad no cartesiana donde no existen triángulos, ni círculos, ni rectas, pero sí trochas, lomas y ríos que con las crecidas del invierno todos los años mataban niños.

Esa es la realidad en la que el panameño vive, trabaja, quiere, sufre y muere. Y en consecuencia la que debe plantearse. No a un alto nivel de ideas, sino a ras de la vida y de la tierra.

No se trata de negar la filosofía y la cultura clásica, sino de ponerlas en su lugar. Un lugar muy distinguido, ciertamente, pero para después de que todos hayan desayunado.

Mientras tanto, el General Torrijos fue desarrollando una filosofía para los pobres bien rica conceptual y vivencialmente. Nunca llegó a pensarla o a pasarla en limpio, pero su dirección quedó claramente definida: contra el imperialismo

y contra los explotadores, inequívocamente en el bando de los oprimidos, de los pobres y de los revolucionarios.

Y mientras tanto, también, fue desarrollando una acción política en toda el área centroamericana íntimamente ligada a su teoría revolucionaria. Pero antes de verla, quiero hacer un breve comentario, desgraciadamente muy pertinente en la actualidad, porque para quejarnos de la falta de torrijismo, debemos fijar un poco lo que el torrijismo es.

VII

TORRIJISTAS VERSUS TORRIJITOS

Decía en el capítulo anterior que una cosa era ser torrijista y otra muy diferente ser torrijito. Torrijos, basta uno solo. Torrijistas, necesitamos muchos. Conviene entonces distinguir entre el «torrijismo» y el «torrijitismo», y tomar partido, porque, sin ser posiciones contradictorias, son posiciones contrarias.

Torrijos es una política exterior independiente. Torrijos es el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba. Diplomáticas, y cordiales, y políticas. Torrijos es una política exterior no alineada, pero de hecho, no sólo de palabra. Y en los foros internacionales, Torrijos es la defensa del derecho de Bolivia al mar, la condena moral y material al apartheid, «que Panamá conoce en carne propia», como lo dijo él mismo ante más de cien naciones reunidas en Sri Lanka.

Torrijos es la militancia contra el fascismo y contra la Doctrina de Seguridad Nacional de los Estados Unidos.

Torrijos es el primero en el Continente americano en reconocer a la República Árabe Saharaui Democrática. Recuerdo que cuando llega a Panamá la primera delegación de ellos, el General les regala a cada uno una camisilla de campesino nuestro. Era una forma de decirles que la clase de los humildes no tiene nacionalidad. Pero no porque no tiene ninguna, como la de los ricos, sino porque las tiene todas. Yo fui quien les entregó el regalo, y así lo entendieron ellos.

Torrijos es solidaridad con Belice, con Bolivia, con Granada. Torrijos es el apoyo moral y material al sandinismo, desde mucho antes de que estuviese el triunfo a la vista, y hasta la hora de su muerte, cuando la presión política norteamericana había hecho culitrانquearse a los timoratos que

en un momento dado, sin embargo, se cuadraron junto a Nicaragua.

Torrijos es la identificación con todos los pueblos que luchan por su liberación. Torrijos es un gruñido al imperialismo, una queja que a la vez es una amenaza. Torrijos es una amenaza.

Torrijismo, en consecuencia, debe ser una política exterior que continúe y ensanche la de Torrijos. Debe ser el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y con la República Popular China, y con todos los países socialistas. El torrijismo debe engrosar el capital ideológico heredado. Según la parábola evangélica, por lo menos en un 10%.

Torrijos es un nuevo estilo de diplomacia, personal, directa y cariñosa, que debe compensar aquello de que «los países no van a la escuela juntos, ni a robar mangos», como decía él, lamentándose de esas relaciones puramente económicas, protocolarias y frías que privan entre las naciones.

Torrijismo es tomar conciencia de que las relaciones internacionales son relaciones de clase, y que con las naciones pobres debemos ser solidarios y cariñosos, y con las ricas, dignos e independientes.

En una ocasión Alexander Haig, Secretario de Estado de los Estados Unidos, y altanero en el país de los altaneros, le manda una «nota verbal» al General Torrijos, en donde le comunica su «preocupación» por la presencia de la flota camaronera cubana en nuestro Puerto de Vacamonte. Torrijos le contesta, de su puño y letra, no verbalmente, que da esa nota por «no recibida», pues seguramente «se ha equivocado de destinatario. Éste, sin duda, era el Gobernador de Puerto Rico».

Yo me enteré de todo esto porque el General Torrijos quiere compartir con Fidel Castro la felicidad de haber mandado a Haig a comer caca y se lo cuenta todo en una nota que yo le llevé a García Márquez al aeropuerto. García Márquez iba a Cuba a entrevistarse con Fidel. Al final de la nota le dice, textualmente: «Pa'lante, Fidel. El que se aflige, lo afloja».

En otra ocasión, en la que las relaciones entre los Estados Unidos y Panamá estaban tensas, no recuerdo por qué razón, el ejército norteamericano decide hacer unas maniobras militares en la Zona del Canal con el óbvio propósito de siempre: mostrar su fuerza y amedrentar. Se llamaban «Operación Furia Negra», o algo así. Entonces el General Torrijos responde también con unas maniobras militares, del otro lado de la cerca, y que se llaman, literalmente, «Operación ¡uy, uy, uy, qué miedo!»

Torrijos fue una política económica apuntada hacia la creación de un Estado productor. La nacionalización de la Fuerza y Luz, la nacionalización de la Boston Coconut Company (los campesinos la llamaban «la Coconúa»), que tenía enormes extensiones de tierra, unas 180 000 hectáreas, en la península de Azuero. La creación de los grandes ingenios azucareros de la Victoria y Felipillo, el proyecto de desarrollo integral de la región del Bayano, y de toda la región del Atlántico, que juntas constituyen fácilmente un tercio del país. Grandes proyectos estatales mineros. Fábricas estatales, grandes, pequeñas, medianas... Proyectos turísticos, como el de la isla de Contadora, hoteles como El Panamá. Y poder económico significa poder político, independencia, dignidad.

En un momento dado de la administración del General Torrijos, el 20% de la producción nacional es estatal. Un quinto de lo que se produce, lo produce el Estado. En América Latina, solamente Cuba nos ganaba.

Torrijismo entonces es elevar ese 20% a un 40%, o más. Torrijismo es estar plenamente consciente de que se trata de ser patriota, no comerciante, y que toda esa inversión estatal no tiene como objetivo único un interés crematístico, sino sobre todo político. Patria, no negocio, es lo que el torrijista debe hacer. Pero como decía el General Torrijos, «la dignidad incluso es rentable».

Recuerdo cuando, desde el mismo inicio del proceso torrijista, se nacionaliza la Fuerza y Luz, compañía norteamericana que generaba, administraba y vendía toda la electricidad del país. Recuerdo, digo, que los *waiters* del imperialismo

atacaban la nacionalización alegando que era un «mal negocio» porque la compañía perdía dinero. Por «patriotismo» había que dejársela a los norteamericanos. ¡Cínicos!

De no haberse nacionalizado, ¿dónde se iría el chorro de centavos que las nuevas represas hidroeléctricas producen? «La dignidad incluso es rentable», efectivamente.

Decía el General Torrijos que la nacionalización es una figura redundante, porque «los recursos tienen la nacionalidad del país en el que están». El cobre chileno es chileno, y el Canal de Panamá es de Panamá.

Torrijismo, entonces, es que el banano panameño sea panameño. Que los camarones panameños sean panameños. Que las aguas de nuestros ríos sean panameñas. Que toda Panamá sea panameña.

Torrijos es también la participación del Estado en empresas de propiedad mixta, y muy de Torrijos es la creación del sector asociativo de la economía, con los asentamientos campesinos en el lugar de honor. Torrijismo es hacer que este sector crezca y se multiplique.

Torrijos es una Reforma Agraria que tuvo que aprender a fuerza de golpes la forma de imponerse. Torrijismo es no olvidar esa lección, pero sobre todo el objetivo. Recuerdo dos mapas que levantó el Doctor Renán Esquivel, Director del Hospital del Niño y, en algún momento, Ministro de Salud: uno, de la maltenencia de la tierra, y otro, del hambre. Ambos eran idénticos. Las tierras que más comida producen, son también las que producen más hambre y más mortandad infantil. En las regiones donde hay más ricos, casi todos son pobres. Y en sus cementerios casi todos son niños.

Los asentamientos campesinos, las cooperativas, han sido el experimento más rico en conclusiones que se haya hecho en la región centroamericana durante los años 70. Incluso algunos resultados fueron sorprendentes. Los asentamientos campesinos, por ejemplo, se propusieron como cooperativas, para respetar esa vocación entrañable por la propiedad de la tierra que tiene el hombre que vive de la tierra. Al final, sin embargo, muchos campesinos prefirieron que la tierra fuese explotada en el marco de empresas estatales. Confiaban en

que no les serían arrebatadas. Confiaban en Torrijos. Sabían que estaba del lado de ellos para garantizar que «en la producción en que se organicen, tendrán la tierra».

Torrijos es la Reforma Educativa, donde el trabajo se une con el estudio, para que aquél no «embrutezca» ni éste «deforme», para que el hombre del futuro piense con las manos, y haga cosas con la cabeza. Torrijos es un hombre que va a Coclesito y se dedica, de rodillas pero sin estar rezando, a sembrar verduras con los niños de la escuelita.

Torrijismo, entonces, es ser como Torrijos, es decir, mejor que Torrijos, porque Torrijos se superaba constantemente, y no dejar que los ricos le arrebaten a los pobres ese proyecto de Reforma Educativa, como se lo arrebataron a él, diciendo que era comunismo, porque educación para ellos es que sus hijos estudien para propietarios y los de los pobres para pobres. A los niños de Coclesito los quieren para limpiabotas, y a las niñas para empleadas, y para cogérselas. Después de todo, «eso se lava», como ellos mismos dicen.

Torrijos es un concepto de salud y un concepto de enfermedad. De la enfermedad piensa que debe ser tratada independientemente de quién sea el enfermo, asegurado o no. De allí la integración que propuso de los servicios del Seguro Social con los del Estado, y que logró en parte, «Salud igual para todos», fue el lema de esa campaña de darle a todos los pobres acceso a la misma calidad de servicio que tienen los asegurados.

De la salud, piensa que «es un estado de bienestar general», y en consecuencia que lo incluye todo, desde el estado físico hasta el económico, pasando por el psicológico o mental. Estar sano, pues, significa, también, tener un par de balboas en el bolsillo, conversar con una mujer hermosa, tener un buen empleo. Salud es todo eso, y más.

La «producción de salud» es así cuestión de todos los ministerios, y no solamente del de la Salud. Y la función de éste es primordialmente la de prevenir la enfermedad, no la de curarla. Porque es agradable curarse, pero es más agradable no estar enfermo.

Esta es la filosofía que anima la proliferación de los Centros de Salud por toda la República. El General Torrijos tuvo la gran fortuna de poder contar con el Doctor Renán Esquivel como teórico y práctico de esta concepción.

Torrijismo es partir de Torrijos, arrancar de sus conquistas, y ser inmisericorde con los que lo son con el dolor del pobre y que sólo piensan en su riqueza personal. Ya están hablando de venderle el Seguro Social a la empresa privada. Cuando nosotros comezábamos a pensar en socializar la medicina.

Torrijos hablaba de que también había que atender la miseria moral y espiritual de estos médicos reaccionarios y miserables. Torrijismo es saber que mi General se equivocó.

Torrijos es una redefinición de las Fuerzas Armadas, en términos de pueblo y de dignidad. Torrijismo es echar a andar esa definición.

Torrijos es una moral, política y cotidiana, basada en la esperanza, el optimismo y la negociación. Torrijismo es saber que estamos cumpliendo con nuestro deber, y que por eso mismo tenemos derecho a la alegría que queremos para todos. Torrijismo es alegría.

Torrijos es un Tratado que le devuelve a Panamá, inmediatamente, la dignidad y el respeto nacional. Pero de una forma condicionada, de poquito en poquito, y de mala gana por parte de los gringos, y haciéndonos trampa.

Torrijismo es no querer esperar hasta el año dos mil, descondicionar nuestra soberanía, no ser tan «pendejos» como para dejarnos quitar lo que hemos conseguido, según dijo él mismo, pero sí «vivos» para quitarles a ellos lo que todavía no nos han devuelto. Y sobre todo, torrijismo es «no perder nunca la capacidad de destruir el Canal».

Torrijos es un concepto bien determinado de negociación, tanto las contradicciones nacionales como las internacionales, que le permite al explotado arrancarle conquistas al explotador y avanzar hacia la victoria total.

Torrijismo es no perder nunca de vista que «explotador» es tanto un imperio como una clase, y que la pelea es contra ambos, al mismo tiempo, porque en el fondo se identifican.

«Decir imperialismo y oligarquía es una redundancia, porque es decir lo mismo», decía Torrijos.

Torrijos es una estructura parlamentaria que pone el poder político y legislativo en manos populares. En el lugar de los diputados politiqueros, verborrágicos, se sentaron los Representantes de Corregimientos, hombres sencillos, que representaban a su comunidad, no un partido oligárquico, como lo son todos, salvo el comunista y los de algunos jóvenes.

Torrijos son las Juntas Comunales, unidades políticas y de producción, a nivel de la comunidad. Las Juntas Locales, todavía más reducidas, y por ende más cerca del vecino, del inquilino, del problema concreto, y con poder político concreto para resolverlo.

Todo eso se fue a la porra.

Torrijismo es enraizar esas estructuras revolucionarias en un movimiento popular, como no lo alcanzó a hacer el General Torrijos, para que no se vayan a la porra en cuanto que sople un mal viento. No importa que Torrijos no lo haya hecho. Nosotros no somos Torrijos, ni torrijitos, somos torrijistas. Y eso es Torrijos más más.

Torrijos es un Instituto Nacional de Cultura, que él crea a nivel de ministerio, reconociendo la importancia de la cultura. Torrijismo es desencuadernar ese Instituto y apuntarlo hacia la cultura auténtica, que busca transformar al hombre, haciéndolo mejor y más profundo, y no hacerle cosquillitas en los sobacos del alma. Porque cambiar las estructuras sociales sin cambiar al hombre, es como ponerse ropa limpia sin haberse bañado. Eso lo aprendió bien el General con los problemas que tuvo en Coclesito, su laboratorio revolucionario.

Torrijos es una búsqueda y un encuentro con nuestra nacionalidad. Es rescatar, con el poder del Estado, la significación histórica de Victoriano Lorenzo. A partir de él, las cosas y las instituciones, se llaman «Felipillo», «los cholos», «Victoriano Lorenzo»... Y ahora también «Omar Torrijos».

Torrijos es un Código de Trabajo y una Ley de la Vivienda diseñados para aliviar la carga del trabajador que no tiene ni dónde ni cómo vivir, y comenzar a fortalecerlo de modo que algún día pueda arrebatarse la justicia que le pertenece.

Cuando en nuestros días reforman el Código del Trabajo del General Torrijos los siervos de los siervos del capitalismo, la escoria, la basura del sistema, sostienen esta lindísima tesis: para generar más empleo y aliviar la carga del pobre, se debe ayudar y permitir que al rico le vaya mejor, que gane más dinero, es decir, que explote y robe más, porque sólo así va a abrir más fábricas.

San Anselmo de Canterbury en el siglo XI no razona más fino que eso. El solo concepto de Dios, decía, prueba que Dios existe. Los oligarcas panameños dicen hoy, siguiendo al FMI, que el solo concepto de bienestar implica en primer lugar el del rico, y solamente en segundo lugar, como corolaric, el del pobre. Para que los pobres sean menos pobres, tiene que haber más pobres. Y para que haya menos pobres, los pobres tienen que ser más pobres. Realmente, el único adjetivo que le queda justo a este sistema, lo encontró Torrijos: diabólico.

Habría que llamarla «Teoría de la Sobreabundancia», porque fundamentalmente consiste en pensar que sólo cuando a los ricos les sobre habrá algo para los pobres. O «Teoría del Derrame»: la única comida que puede tener el pobre, es la que se derrama de la mesa del rico. «Teoría del Empleo»: para que haya más empleos para los pobres, y en consecuencia que los pobres sean menos pobres, que haya más fábricas de los ricos, y en consecuencia que los ricos sean más ricos. Se la puede llamar de cualquiera de esas formas, pero lo que es, es la «Teoría Cínica del Hijo de la Gran Puta».

Cuando oía por la televisión los argumentos, todos ellos muy «cristianos» y muy cínicos, que se esgrimieron para reformar el Código del Trabajo, a mí me daba vergüenza de haber nacido. ¿Qué tal si Dios existe y está viendo toda esta porquería? ¿Qué va a decir la gente del año 3000, cuando se encuentren los restos del capitalismo?

No lo van a poder creer. Van a tener que convencerse despacio, excavando en las ruinas del Hospital del Niño, estudiando documentos, fotos amarillas, grabaciones... Y entonces a ellos también les va a dar vergüenza.

Ser de izquierda es cosa de justicia, de moral, de estética, pero también de pudor.

En definitiva, torrijismo es Torrijos, más una cuarta más. Y es algo que, por lo menos como cuerpo doctrinal, existe, está chorreado por todos los discursos, los escritos del General, y sobre todo por sus obras.

Torrijos es el santo de la procesión panameña, pero, como lo dijo él mismo, «aunque no hay procesión sin santo, el santo no hace la procesión». Es decir, Torrijos es necesario, pero no suficiente. Lo dijo él mismo.

No hay pretexto, pues, para que el que se diga torrijista no tenga una línea de acción bien determinada. No hay pretexto para que el torrijismo sea solamente una palabra, hueca, sin contenido. Y sobre todo, no debe haber pretexto para confundirlo con Torrijos mismo y cometer sus mismos errores. Encaramados sobre los hombros de Torrijos, vemos más lejos que Torrijos.

Siempre he pensado, y sentido, que Dios protege a los ateos. Es decir, que lo que primero hay que heredar del maestro es su dignidad y esa amistad con la verdad que supera a la que le tenemos al maestro, pero que hemos heredado del maestro. No puedo resistir la tentación de citar a Aristóteles: «Soy amigo de Platón, pero más amigo soy de la verdad». Y esto lo dice después de veinte años de haber sido discípulo de Platón, cuya mejor lección, que Aristóteles asimiló bien, fue sobre la amistad y la lealtad que debe tenerse a la verdad.

El torrijismo, pues, supera a Torrijos, gracias a Torrijos. Esa es la esencia misma del torrijismo: que puede crecer, que está hecho para crecer, que Torrijos lo pensó para que creciera y se superara a sí mismo, tanto en la teoría como en la práctica revolucionaria.

Con la muerte violenta del General Torrijos se le ha puesto un punto final a sus escritos, pero no a su espíritu libertador, que ya no podrá faltarnos nunca en los combates de nuestra América. La enormidad, la magnitud de nuestro fracaso con su muerte es sin embargo menor que la del triunfo al que nos conducirá su recuerdo y su teoría revolucionaria. Porque no nos han matado al General Torrijos. Nos lo han convertido en una bandera.

VIII

MEMORIAS DE UN SARGENTO ILUSTRADO

Eso fue Torrijos. Eso es torrijismo. Pero, y Omar, ¿que es? Por supuesto, la misma cosa. Uno de los postulados del torrijismo es la verdad íntima, es decir, la concordancia entre lo que se es y lo que se piensa. Ser una cosa y hacer o decir otra, lleva un vicio de raíz. Es ser malo con una máscara de bueno, que es ser dos veces malo. Ese es el caso de los moralistas sinvergüenzas a quienes habría que aplicarles el refrán de nuestros campesinos: «Escrúpulos de las gallinas, comen mierda y se limpian el pico».

Por otra parte, se puede ser un gran hombre sin ser un gran estadista. Pero no se puede ser un gran estadista sin ser un gran hombre. No se puede ser nada bueno, si antes no se es bueno. Y Omar Torrijos fue un gran estadista. Y un gran hombre. Es decir, un hombre bueno.

Si estaba comiendo y había algo que le gustara particularmente, por ejemplo un queso cubano o una lasagna con pasta casera, cortaba un pedazo, y a lo mejor un pedazo incluso mordido, y se lo mandaba ahí mismo, desde la mesa o la cocina, a alguna persona que estimaba, para que lo probara.

Si se enteraba de que un conocido suyo pasaba por un problema o por una pena, lo invitaba a su casa a que viviera con él un par de días. Y no para hablarle o aconsejarle, sino para que la pena y el problema supieran que esa persona no estaba sola.

Ese fue el caso de un guardia que accidentalmente ocasionó la muerte de un compañero suyo. Quedó como en una especie de shock. No quería comer, no quería hablar. Un día me preguntó, casi en un susurro, si mi General se había enterado del accidente. Le dije que suponía que no. «Dígaselo», me pidió. Y se lo dije.

El General entendió el mensaje inmediatamente y lo mandó a llamar, con el pretexto de que viniera a ver una película que los muchachos del grupo de cine experimental universitario le iban a proyectar en su casa. Santo remedio. Al día siguiente el guardia amaneció curado.

Quiero contar otra anécdota que a mí me impresionó mucho, y que tiene sentido hacerlo en este capítulo, porque uno no es sólo sujeto de relaciones con la gente. Uno es también objeto de esas relaciones. Es decir, uno no es sólo ojo que ve, sino también ojo que es visto. Y en esta anécdota se lo ve a Omar.

Eran como las dos de la madrugada. Me tocaba hacer de centinela en la terraza de la casa del General en Farallón. Cuando salí del carro-casa en el que dormía la escolta, me encontré con la noche más estrellada que he visto en mi vida. Ni luces de ciudad, ni luna, para competir con las estrellas. Estas se habían chorreado por todo el cielo con una profusión y un titileo que contrastaban con su silencio y con esa distancia que uno sabe a la que están. Recordé un pensamiento de Pascal, y lo recordé en francés: «Le silence de ces espaces infinis m'éffraie». «El silencio de esos espacios infinitos me aterra».

Dentro del terror, sin embargo, yo me sentía grande. Todo eso cabía dentro de mí. Era una especie de medida de la muerte, por lo infinito y por ese silencio absoluto que de pronto se tachonaba de cantos de sapos y de cigarras con el que comenzaron a sonar las estrellas. Y cabía dentro de mí. Yo era mortal. ¡Yo podía morir! Todo ese silencio infinito y aterrador me hablaba, me estaba esperando en el dintel de la muerte para que yo lo llenara. Luego yo también era infinito. La muerte nos hace mierda por una parte, pero eternos por la otra.

A todo esto había llegado ya al puesto donde tendría que pasar un par de horas vigilando. Como ahí cerca hay una garita de los Macho e Monte, comencé a pisar duro el suelo, para hacer ruido. Siempre me ha dado miedo de que a esa hora el centinela esté medio dormido, lo asuste, y que

en un sobresalto me pegue un tiro. Así mataron una vez, cerca de la pista, a un caballo.

Chitré (lo voy a llamar así), y se lo llamaba así porque de ahí era oriundo, estaba perfectamente despabilado. Es mi amigo, hicimos juntos el reclutamiento, y me saludó con cariño. Portaba su fusil de una manera extraña, y le pregunté por qué lo llevaba así. Entonces me dijo que era una forma que él había inventado y que le permitía ponerlo en posición de tiro en menos tiempo del que necesita un ñato para persignarse. Y me hizo una demostración.

Realmente lo hacía bien rápido pero los movimientos que había que hacer eran complicadísimos y difíciles. El método sólo le podía servir a él.

Apoyé los codos en una baranda cerca de la garita donde estaba Chitré y me dispuse a seguir mi veta filosófica existencial.

Pero Chitré me interrumpió. Salió de la garita y me dijo, volviendo la mirada hacia la terraza donde tanto tiempo pasa el General: «¡Jo! Qué tal si un día estoy aquí de guardia y viene mi General y me dice: “Hola, Macho”. Y yo le digo: “Buenas noches, mi General”. Y él me dice: “¿Cómo estás, Macho?” y yo le digo: “Bien, mi general”. Hago una pausa y después le digo: “Bueno, mi General, no tan bien”. Entonces él me pregunta: “¿Qué te pasa, Macho? ¿Cuál es tu problema?” Entonces yo le digo: “Estoy haciendo mi casita y me falta plata para comprar el zinc del techo”. Y él me pregunta: “¿Tú tienes hijos, Macho?” Y yo le digo: “Tres, mi General”».

En este punto Chitré me vuelve a ver a mí y haciendo con la mano ese gesto convencional, y conmovedoramente ingenuo, que en el teatro del siglo pasado significa que los otros actores no oyen, pero sí el público, me dice: «Mentira, sólo tengo dos. Pero le digo que tres para, ve...» Y hace un gesto un poco grosero que significa algo así como «De todas maneras le voy a ganar la partida».

Chitré continúa: «Entonces mi General me pregunta: “¿Y cuánta plata tú necesitas, Macho, para terminar el techo de tu casita?” “Trescientos dólares, mi General”, le digo».

Y aquí Chitré vuelve a hacer el gesto con la mano, para indicar que el General Torrijos no oye lo que va a decirme, y me dice: «Mentira. Doscientos dólares serían suficientes. Pero le digo qué trescientos para que, ve...» Y nuevamente hace el gesto que significa que va a estafar al General.

El diálogo continúa. Yo, que estoy en vena filosófica, gozo de esa experiencia tan humana en ese marco increíble: las dos de la madrugada en pleno centro de una noche infinita.

Llega un momento en el que el General, mejor dicho, el General de Chitré, dice: «Esther... (Así se llama una de sus secretarias), trae acá mi chequera.» Y entonces el General hace una cosa que yo nunca le vi hacer: un cheque. Y se lo da a Chitré.

Por simpatía en parte, pero también para seguir gozando de esa experiencia, le digo a Chitré: «Mira, Chitré, vamos a practicar. Yo voy a hacer de General.» Y me retiro unos pasos.

Inmediatamente avanzo, imitando la forma de andar del General, y entonces Chitré hace alarde de su invento. Primero pone el fusil en posición de tiro, pero al ver que es el General, con una serie de maniobras complicadas, lo pone en posición de saludo y se me cuadra.

Yo, con la displicencia que por lo visto tendría si fuese General, ni le contesto el saludo. El verdadero General Torrijos sí le habría contestado. Sólo después de un rato, cuando veo que Chitré sigue en posición de firme, le digo: «Continuar. Continuar.» Y Chitré se pone en posición de descanso.

Hago como si fumara un puro, con los gestos de él que conozco bien, me echo el mechón de pelo para atrás con un movimiento equino muy característico de él, y le digo:

YO.—: Buenas noches, Macho.

CHITRÉ.—: Buenas noches, mi General.

YO.—: (Pausa.) ¿Cómo estás, Macho?

CHITRÉ.—: Bien, mi General. (Hace esa pausa larga que me había anunciado que haría, y luego dice.) Bueno, no tan bien, mi General.

YO.—: ¿Y cuál es tu problema, Macho?

CHITRÉ.—: Bueno, vea, mi General. Mi problema es que estoy haciendo mi casita, pero me falta el techo.

YO.—: (Hago una pausa larga para fumar mi puro, dejando que la mirada se me pierda en la oscuridad del mar. El puro se me apaga y, conforme lo vuelvo a encender con unos fosforitos igualmente imaginarios, le pregunto.) ¿Tú tienes hijos, Macho?

CHITRÉ.—: Tres, mi General. (Me lo ha dicho descaradamente.)

Poco a poco va habiendo una transformación. La seriedad, la absoluta seriedad de Chitré, sus necesidades, sus hijos, el techo de su casita, lo van haciendo crecer y crecer, del objeto que era en el inicio, cuando yo lo veía desde Pascal en francés y mi orgullo encuadrado de ser mortal, mi doctorado en filosofía, mis lecturas de poemas, mi cultura europea..., hasta transformarse en un enorme sujeto universal, con la noche de fondo, y las estrellas, y el mar que sonaba..., dejándome a mí en ridículo. Por fortuna ni Chitré ni nadie se ha dado cuenta, y yo me cambio al bando de Chitré y tomo en serio mi papel.

YO.—: Oye, Esther, trae acá mi chequera, que le voy a hacer un cheque de doscientos dólares aquí a Chitré.

CHITRÉ.—: Trescientos, mi General.

YO.—: Está bien, trescientos. (Le escribo un cheque imaginario y se lo doy.)

Chitré coge el cheque invisible y se lo queda viendo, con mucha satisfacción. Después de un rato, al ver yo que no dice nada, le pregunto: «¿No le vas a agradecer?» «¡Chucha madre, ve» —dice sorprendido—, «no había pensado en eso!»

La imaginación de Chitré llegaba hasta el cheque. Quién sabe cuántas veces, en mitad de la noche, en la so-

ledad de las estrellas, frente al mar, no había él pensado y repensado ese diálogo, sólo para regresar al amanecer, más solo que nunca, al desayuno en sus barracas y al sueño en el que poner su cansancio, sus preocupaciones, y el problema que tenía con el techo de su casita.

De pronto pensé que seguramente Chitré me había visto hablando con el General en esa terraza, y que todo ese teatro que me había hecho era un teatro a la segunda potencia, una forma disimulada de hacer que yo le cuente al General su problema para que le dé los 200 dólares.

Pero, entonces, ¿por qué me dijo que eran 300? ¿Por qué le mentía descaradamente al General sobre la cantidad de hijos que tenía? La trampa no podía ser tan sutil. Pero, ¿por qué no podía ser tan sutil? Además, ¿qué tenía de malo? ¿Pero por qué no me lo decía directamente: «Dígale a mi General que me ayude. Necesito trescientos dólares»?

«Mira, Chitré» —le dije—, «yo hablo con mi General muchas veces. Si tú quieres yo le cuento tu problema, y seguro que te ayuda.»

Entonces Chitré, con una mirada salvaje que le saltó quién sabe desde dónde, me dijo: «Le prohíbo que le diga a mi General nada de esto.» Y se me quedó mirando como para que su silencio corroborara la amenaza que había detrás de sus palabras. Un raso no le habla así a un sargento a menos que esté dispuesto a fajarse con él de hombre a hombre.

Yo no sentí miedo, como habría querido él que sintiera, pero sí vergüenza de no haber estado a la altura de su problema, del mar, las estrellas, la noche, la confianza que había depositado en mí..., porque todos ellos formaban una unidad, una familia universal, y yo era el único extraño en el universo.

Le conté este cuento al General Torrijos en una ocasión de intimidad personal. Temeroso de que volviera a defraudar a Chitré, me dijo al final: «¡No me diga quién es él!» «No se lo iba a decir», le contesté herido. «Disculpe», me dijo él.

En otra ocasión tuve también una caída estrepitosa desde el alto nivel de las ideas al de la realidad a ras del suelo. Iba a dar una conferencia en la Universidad sobre el concepto matemático del infinito, un tema que me ha apasionado. Y la noche anterior a la conferencia, comiendo pollo, accidentalmente mordí un hueso y se me rompió un diente, un diente delantero. Como resultado de ese hueco, no podía pronunciar la f, porque se me escapaba el chorrito de aire, y en su lugar decía s. La palabra «infinito», que tendría que decir, como es natural, muchas veces en mi conferencia, me salía «insinito». La única solución era la de ponerme el dedo sobre el muñón del diente roto cada vez que fuese a decir una palabra con f. De otro modo, mi conferencia sería sobre el concepto del insinito.

Primero, pensé no darla. Me iba a dar vergüenza estar me poniendo el dedo en los labios a cada rato. La gente se iba a dar cuenta de por qué lo hacía. Me iban a «pillar» una limitación grotesca justamente en el momento en que hablaba grandilocuentemente de lo ilimitado. Pero después llegué a la conclusión de que era más noble y más profundo el concepto cantoriano del infinito desde lo finito, desde la condición bien finita del ser humano. Nuestra vida toda es infinita, nuestro sueldo, los amores, los dientes, las facultades... Es por eso que tiene importancia el arrojito con el que Cantor, el creador de la teoría, «se tomó el cielo por asalto», como dijo alguien. Sólo la muerte nos hace eternos. Pero incluso se podría alegar que también nuestra muerte es finita, porque por mucho tiempo que tenga un muerto de estarlo, siempre será una cantidad finita. Es casi como si fuese infinitamente finita. Y sin embargo, en este marco finito, limitado por todas partes por el tiempo o el cansancio, la incapacidad, la vida dada con gotero, cabe lo infinito, y cabe holgadamente. Por ejemplo, en la experiencia de ver un cielo estrellado en plena noche y sentirnos «como si fuésemos eternos», que es una forma de serlo. En quince días se puede amar a una mujer infinitamente, aunque quince días después ya no podemos ni recordar su nombre. En media hora podemos vivir una eternidad, ese «instante sólo,

pero sin límite» que comienza, que acaba, pero que no tiene fondo. Yo le llamo «teoría del insinito» a esta extrapolación de la teoría del infinito de Cantor. Me convencí de que tenía todas las razones para dar mi conferencia con orgullo y la di. Pero la verdad es que sí me dio vergüenza y hablé sólo del infinito. Y esa vergüenza vino a confirmarme mi teoría del insinito, que considero más profunda que la del infinito.

Decía el General Torrijos que los intelectuales éramos de «cristal de murano», en tanto que la realidad era de «tierra y roca». Por eso eran tan desastrosos nuestros choques, nuestras contradicciones con la realidad. Fue un poco lo que me sucedió con Chitré. Y definitivamente con mi conferencia sobre el insinito.

El General contaba muy complacido el cuento de un intelectual al que le había confiado la dirección de un proyecto agrícola. Un día el General lo va a visitar y le pregunta cómo le va. «Mal» —le dice el intelectual—, «la realidad no se ajusta a la teoría». «¿Cambiamos la realidad, compañero?», le pregunta el General. «Mejor cambiamos la teoría, General», le contestó el intelectual.

No para refutarlo, al revés, para reírme junto con él, yo le conté al General lo que se dice del gran filósofo idealista de estirpe española, Benito Espinosa, que cuando le argumentaron que su teoría se contradecía con la experiencia, contestó: «Nego experientiam». Que es como se dice en latín «Me vale verga la realidad». Y eso le daba más cuerda a la risa del General.

Y sin embargo él mismo era un intelectual, y sus críticas constantes a la filosofía, a la cultura elaborada, eran filosóficas y culturalmente elaboradas ellas mismas. Lo dijo Pascal, para citarlo de nuevo a pesar de todo: «Burlarse de la filosofía, eso sí que es filosofar de verdad». Y el General Torrijos, en el fondo, siempre tuvo un gran respeto por esos valores académicos que él mismo no había podido perseguir formalmente.

Por ejemplo, cuando viajaba de incógnito, su «profesión u oficio» era el de «profesor». Nunca le pregunté profesor

de qué cosa pensaba él que era la profesión de su doble, pero yo creo que era algo de humanidades. Posiblemente de filosofía.

En una ocasión lo invitaron a que diera una clase de derecho en la Universidad de Bengazi, Libia, y rápidamente aceptó. Se vistió apropiadamente y durante un par de horas le habló a los estudiantes sobre cómo la carrera que habían elegido no tenía futuro en el futuro. Eso les encantó a los estudiantes. Sólo el derecho internacional se salvaba. Todo lo demás desaparecería junto con la explotación y la injusticia. En el futuro no iba a haber abogados.

Los estudiantes se pusieron de pie para aplaudirle. La conferencia que les dio el «profesor» estaba sazónada de anécdotas de política internacional, y de ideas originales y hasta de algún chiste. Yo estoy seguro de que ese día el General Torrijos le dio de comer a una boquita íntima y secreta.

Siempre que llegaba a un país extranjero, como España por ejemplo, o Brasil, visitaba a los estudiantes panameños para solucionarles algún problema, informarles de cómo iba el paisito lejano, y ver, y envidiar un poco también, la vida que llevaban y que él habría querido vivir.

En París, por ejemplo, le gustaba ir a comer al Boulevard Saint Michel, «bul mich», como dicen los estudiantes. En la esquina de la Sorbona se compraba un sandwichón enorme de media baguete que costaba un dólar y se lo comía caminando por las calles del barrio latino, inclinándose hacia adelante para no chorrearse la ropa. Así lo voy a recordar siempre.

Cuando el General Torrijos recibe un cheque en concepto de derechos de autor, por su libro *La Quinta Frontera* que le publican en Costa Rica, manda a poner el cheque en un marco. Yo le digo que le saquemos fotocopia, la enmarcamos, y el original lo cambiamos y mandamos el dinero a pelear a Nicaragua.

No quiere. Es el primer dinero que gana como escritor y eso para él satisface también un deseo íntimo.

Lo que sí está dispuesto a hacer, para que su vanidad no vaya contra su responsabilidad política, es darme los ejemplares que le corresponden como autor para que yo los venda. El dinero que recaude que sea para Nicaragua.

Da la casualidad que en ese momento hay un par de ricos con él y ahí mismo les ofrezco el libro. Por supuesto, me lo compran. Cuando me preguntan cuánto es, les digo que mil dólares. Uno de los ricos entonces me quedó viendo, cogido en la trampa, porque ya había metido la mano en el bolsillo. Pero salió con gracia, porque me dijo: «Entonces deme dos.» Muerto el General Torrijos, nadie ha vuelto a tener gestos así con sus libros que he ido publicando.

Es sólo teniendo en cuenta esta dimensión del General Torrijos que se explica la sangre dulce que tiene para los intelectuales. Se lleva muy bien con ellos, entre los que cuenta con amigos íntimos e incondicionales. Gabriel García Márquez y Graham Greene son los más famosos.

Recuerdo que una vez, en Bahía, salimos a buscar la casa de Jorge Amado. Al final la encontramos, pero a él le daba vergüenza tocar a su puerta sin conocerlo personalmente. Afortunadamente el novelista brasileño salió a la puerta, porque uno de sus perros estaba ladrando. Era uno de esos perros chinos a los que el pellejo les queda grande, como si fuera ajeno, y lo tiene todo arremangado, esperando en vano que el perro crezca.

Allí fue que el General, con la humildad y el respeto de un autor novel para con un maestro, se le acercó y se identificó. Media hora después ya tenían años de haberse conocido.

En una ocasión Graham Greene escribió un artículo sobre Panamá y el problema de las negociaciones con los norteamericanos. En ese artículo Graham Greene, que escribe con mucho filo, se refiere con ironía y burla al entonces jefe de Estado Mayor de la Guardia Nacional. A mí me toca traducir el artículo para publicarlo en Panamá. Se lo leo al General y al llegar al punto en donde se ofende al coronel panameño, le digo al General: «Yo creo que esta parte mejor la quitamos, mi General.» A lo que él me res-

ponde con un tono incluso un poco amenazante: «A Graham Greene no se le toca ni una coma.»

Cuento esto para referirme al respeto que el General Torrijos tuvo siempre por los valores de la cultura, pero también por la siguiente razón. Muchos años después, ya muerto el General Torrijos, Graham Greene escribe un libro sobre él. Antes de publicarlo, sin embargo, me invita a Francia, donde vive, para que yo lea el manuscrito y quite cualquier cosa que considere conveniente quitar.

Voy a Francia, leo el manuscrito, y efectivamente hay algunas cosas que habría que quitar, incluso algunos errores históricos. Pero recuerdo aquello de «A Graham Greene no se le toca ni una coma». Y cumplo las órdenes del jefe.

La primera misión internacional que el General me confía fue allá por el año 1975. Una revista guatemalteca, *Alero*, había dedicado uno de sus números a la causa panameña de la recuperación de nuestra soberanía en la zona canalera. El General entonces invita al Rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala, Roberto Valdeavellano, y a los directores de la revista, Carlos Enrique Centeno y Roberto Díaz Castillo. A este último, con el tiempo, llegué a llamarlo Piqui Díaz, que es como sus íntimos lo conocen.

El asunto es que el General Torrijos me da una carta para el Rector Valdeavellano en donde le hace la invitación. Recuerdo con un poco de vergüenza que yo le pregunté al General si no era más práctico, y desde luego más barato, mandarle la carta por correo. Él se me quedó viendo y no me dijo nada, para que yo mismo encontrara la respuesta.

En la ciudad de Guatemala me hospedé en un hotelito bien modesto. Pensión Rivera, porque yo sabía que allí se había hospedado el Che Guevara, y eso le daba una categoría mil leguas por encima del hotel más lujoso y caro. Entregué la carta y me llevaron a conocer la Universidad. No hacía mucho tiempo la reacción había asesinado a Miss Guatemala, una muchacha universitaria muy linda, tanto por fuera como por dentro, porque era de izquierda. Y lo había hecho con

la sevicia y la saña que se necesita para impresionar a esas mayorías populares que no se dejan impresionar fácilmente.

Me sorprendí un poco del cuidado que tenían con mi persona. Cuando me iban a dejar al hotel, estacionaban el automóvil a unos cien metros y se quedaban allí hasta que me veían entrar.

Una vez estábamos en una refresquería y de pronto, yo no sé por qué, me dijeron que saliéramos de allí enseguida. Nos montamos en el auto y el que conducía comenzó a girar en todas las esquinas como para impedir que nos siguieran.

Cuando llegaron a Panamá, unas semanas después, se hospedaron en el Hotel Granada. Yo estaba en la habitación con ellos cuando sonó el teléfono y lo cogió el Rector. Puso cara de sorprendido y tapó el teléfono con una mano, diciéndome: «Dice que es Torrijos.»

Efectivamente, era el General. Los invitaba a su casa y allá nos fuimos. Fue una reunión muy buena en la que el General les exponía algunos de sus proyectos. Muy particularmente el de la Asamblea de Representantes, que fue la estructura política con la que el General sustituyó la de los diputados de partidos. Uno de los representantes, les decía el General, es analfabeto. Eso, en lugar de ser algo vergonzoso, era prueba del carácter popular de dicha Asamblea. Varios otros, representantes indígenas, casi no hablaban español. Y había mujeres representantes, que resultaron ser bien combativas.

La reunión se prolongó hasta altas horas de la noche. Carlos Enrique Centeno, el más joven, era también el que le planteaba al General las mejores preguntas. «Para que esto sea una revolución» —le decía—, «¿qué es lo que usted ha pensado?»

Roberto Díaz Castillo era el que menos hablaba. Daba la impresión de que estaba recogiendo mentalmente notas. Efectivamente, después escribió un artículo muy bueno sobre esa entrevista.

El doctor Roberto Valdeavellano, por otra parte, tenía toda la pinta de un rector de una universidad con tanto abolengo como la de San Carlos de Guatemala, seguramente

una de las primeras en el continente. Pero, a la vez, tenía un gran sentido del humor, como muchas ganas de reír, como hambre de felicidad.

Eso es muy latinoamericano. Cualquier chistecito tonto es un buen pretexto para reír un poco y ser un poquito feliz. Así también era el General Torrijos, con la risa fácil, abierta siempre al riesgo de tropezarse en medio de la risa, de pronto, con la dura realidad. Sólo que cuando eso pasaba, daba la impresión de que ya lo estaba esperando y de que no lo habían cogido por sorpresa.

El General invitó a sus huéspedes guatemaltecos a que fueran dentro de un par de días a David, donde justamente iba a haber una reunión con los 505 representantes de corregimientos. Y mandó a comprar con un miembro de la escolta unos sandwiches a un restaurante muy muy popular que le llaman «La Puñalada». El Rector los encontró deliciosos y dijo: «Seguramente vienen de un restaurante muy exclusivo.» «Sí» —le dijo el General—, «allí no entra un rico».

Al día siguiente los llevé a David. El plan era partir el viaje de siete horas en dos mitades, pernoctando a medio camino en Santiago. Pero no encontramos hotel en Santiago. Se conoce que mucha gente iba a esa reunión con los representantes y habían tenido la misma idea nuestra de dormir en Santiago. No nos quedó más remedio que seguir hacia David.

A David llegamos como a las dos de la madrugada. Tampoco había hotel disponible. De nada valía decir que eran invitados del General. Pensé incluso que durmieran en la cárcel, pero hasta eso estaba lleno. Entonces nos fuimos a dormir al parque. No había otra alternativa.

Como eso está prohibido, yo me quité el uniforme. Cada uno se encontró su banca y nos acostamos a dormir en nuestra camita de cemento. Cuando ya habíamos conciliado el sueño, llegó un policía. Afortunadamente me conocía y se me cuadró. Conversamos un rato y se fue. Nosotros nos acostamos de nuevo.

No tardó en regresar. Había hecho una batida él solito y traía presos a unos seis homosexuales, que a esa hora, y en ese parque, abundan. Como yo era cabo, debía decidir qué se iba a hacer con ellos. El compañero policía me hacía depositario de la justicia y yo debía impartirla.

El Doctor Roberto Valdeavellano, medio dormido, me contemplaba desde su banca. Yo, como catedrático universitario, debía mostrar cultura y humanismo. Pero también me estaba viendo el compañero policía, y si yo no mostraba rigor, corría el riesgo de que él mismo se lo aplicara a los pobres maricas. Quise cumplir con los dos, ser a la vez duro y suave. Me trepé a la banca y les arengué a los detenidos: «Miren, maricones de mierda, no les voy a hacer nada esta vez. Los voy a dejar libres. Pero se van a ir de aquí corriendo, ¡y es ya que lo van a hacer!»

¡Entonces los muy desgraciados se me insubordinaron! Yo creo que ellos querían ir a la cárcel. Como allí los otros prisioneros se los cogen. La cosa es que uno de ellos me lanzó un discurso en el que me decía: «¿Quiénes se creen que son ustedes? Gorilas, eso es lo que son. Tratan a todo el mundo a patadas. Están arruinando este país. Aquí ya no hay democracia...» Y un montón de cosas. Realmente, yo me sentí avergonzado. Para terminar dijo: «Nos vamos a ir de aquí, sí, pero nos vamos a ir caminandito.»

Y caminandito se fueron, y contoneándose. Y dejándome en ridículo.

Cuando le contamos la historia al General, más tarde esa mañana, la risa casi lo ahogaba.

De esto hace ya más de diez años. Poco tiempo después le ponen una bomba al automóvil del Rector Valdeavellano pero por fortuna éste sobrevive el atentado. No tuvo esa suerte Carlos Enrique Centeno, que cae asesinado por una ráfaga afuera de su casa. Al Piqui Díaz van a buscarlo a su casa, pero no lo encuentran. Entonces se llevan a su hijo y lo asesinan en su lugar. Al General Torrijos lo matan el 31 de julio de 1981. Poco tiempo después reforman la Constitución y liquidan la Asamblea de los Representantes de Corregimientos.

Lo que quiero decir es que a los latinoamericanos nos encanta reír, hacer broma, echarnos un par de tragos y estar, por lo menos un ratito, alegres y despreocupados. Pero es peligroso. Y sobre todo reírse, es peligroso. En la mitad del chiste, el enemigo nos manda el cadáver del hermano y nos cuajan la risa, nos la convierten en una mueca grotesca en todo el centro del camino entre el dolor y el asco.

Así como el odio y el amor están muy vinculados, incluso políticamente, socialmente, porque no hay forma de amar a la víctima sin odiar a su verdugo, así también parece que hay una relación entre la arrogancia y la sencillez. Nadie es más humilde y rastroso ante el patrón que el arrogante y altanero ante el subordinado. El caso del General Torrijos era al revés. Su arrogancia y soberbia ante el imperialismo norteamericano se compensaba con su sencillez frente a los humildes y frente a la vida en general. Una sencillez moral, y por supuesto que política, pero también filosófica.

Una vez le estaban ofreciendo a la Fuerza Aérea un avión, y el General pidió como demostración un vuelo a las islas Galápagos. Desde el inicio mismo, cuando bajamos del avión, salió a encontrarnos una sensación extraña, un sentimiento religioso ateo.

Hay ahí una presencia constante de Darwin y de su teoría de la evolución. Parece ser que fue en un viaje por estas islas que el gran científico confirmó su teoría. En la isla principal hay un instituto de investigación que lleva su nombre, pero la verdad es que Darwin está allí por todas partes, especialmente en la selva, que parece una catedral de la naturaleza dedicada al humanismo.

Hay muchísimas iguanas, focas, leones marinos, tortugas enormes, pájaros, pero sobre todo iguanas. Como está prohibido hacerles daño, no le tienen miedo a la gente y se trepan tranquilamente a las mesas donde uno está comiendo.

Decía el General que esas iguanas sin duda conocían la teoría de Darwin y que por eso nos trataban con una familiaridad que para ellas lo era en el sentido literal del tér-

mino. Eran nuestros «antepasados insolentes», como les llamaba el General, y nos exigían solidaridad biológica, veneración y respeto. Y nos quedaban viendo fijamente a los ojos como para confirmar lo que el General acababa de decir.

Al día siguiente él se levantó bien temprano, antes que todos. Como no había nadie despierto en el hotel, cogimos dos bicicletas que había en la puerta y nos fuimos a recorrer el pueblo para ver si encontrábamos donde nos vendieran café. Nos costó encontrarlo.

Allí, mientras pedaleábamos por el pueblo, que en ese momento comenzaba a despertar, el General tradujo a lenguaje y a concepto serios todo lo que el día anterior había sido objeto festivo de chiste. No somos un don de Dios. Somos una conquista lenta, dolorosa, larga, pero nuestra, que nos ha conducido a través de los siglos desde formas elementales de vida hasta la racional y espiritual que tenemos ahora. Hemos tenido que irnos adaptando, superando, compitiendo con la adversidad, ganándonos palmo a palmo, y todavía estamos a mitad de camino. Ser hombre es un premio, no un regalo. Aun cuando Dios existiera, habría que ser humanista.

El General se sentía satisfecho. Nuevamente había podido ser sencillo, esta vez frente a las iguanas de Galápagos, que él aceptaba humildemente como antepasados.

Entonces de pronto sonaron unos chillidos espantosos. Era un cerdo enorme que estaban degollando en el patio de una casa. La pura animalidad de sus gritos era un punto de referencia en el extremo opuesto de las reflexiones del General. Esa era la distancia que habíamos recorrido, la que iba desde esos gritos salvajes y agónicos de la bestia hasta ese humanismo espiritual y filosófico del General.

La sencillez era su forma de ser ante la naturaleza y el origen humilde y material del hombre y su espíritu. Y eso para él era un argumento más en favor del reconocimiento de la importancia enorme que tienen las condiciones materiales, y en consecuencia la urgencia de mejorarla a los pobres.

Pero la sencillez era también su forma de ser natural ante los hombres. En más de una ocasión me mandó en misión oficial a ver jefes de Estado siendo yo apenas un cabo, y con las instrucciones de presentarme como tal.

Una vez, cuando se me preguntó por mi rango, con el propósito de darme el protocolo adecuado, y yo dije que era «caporal», es decir, cabo, querían saber si eso era más o menos que coronel. «Es diferente» —les dije yo—, «en mi país tenemos un sistema diferente». En todo caso, me pusieron en una limosina enorme, que algún presidente me habría envidiado, precedida por dos motocicletas con las sirenas aullando. La sonrisa de satisfacción que tenía, por dentro era risa desatada pensando en lo que dirían los compañeros de la escolta si me pudieran ver.

Al terminar la misión me llevaron al aeropuerto y me pusieron una alfombra hasta la escalera del avión. Pero por la parte delantera, por donde entran los pasajeros de primera clase. Y mi boleto era de segunda. Hice todo lo posible para que la despedida fuese al pie de la escalera, porque si subían se iban a dar cuenta de que la azafata me iba a mandar a la cola del avión. Como en efecto fue el caso. Subieron a despedirme hasta arriba y se dieron cuenta de todo.

La historia no termina aquí. Tres meses después el jefe de Estado a quien había ido a visitar, mandó a un escolta suyo con un mensaje para el General. O entendió bien la forma de pensar la diplomacia que tenía el General Torrijos, o creyó que en estos países de indios no sabemos lo que es un embajador plenipotenciario.

Pero no era verdad, no era ningún escolta. Era un señor muy serio y culto, con anteojos. Y ya se sabe que los escoltas, si usan anteojos, son los oscuros de sol.

En una ocasión que fuimos a Belgrado. Yugoslavia, en un país como el nuestro en donde sólo los explotadores son ricos, lo que tiene de malo ser pobre no es una cuestión que tenga nada que ver con la moral.

En una ocasión que fuimos a Belgrado, Yugoslavia, en visita oficial, el General Torrijos le dio instrucciones a nuestro embajador allá para que eliminara todo protocolo. Pero

le esperaba en el aeropuerto una sorpresa bien desagradable, porque lo recibieron con toda la fanfarria diplomática y militar, y los 21 cañonazos solemnes y oficiales. En un aparte le dijo el General a Virgilio Brandford, nuestro embaajador: «¿No te di instrucciones de que no quería protocolo?» «Sí» —le dijo Brandford—, «pero es que también Tito me dio instrucciones».

Esa misma noche había una cena. El jefe de protocolo, un señor alto y espigado que parecía ministro, quiso confirmar lo de la cena con el General, y entonces éste, a lo mejor para vengarse un poquito de los 21 cañonazos, le dijo: «posiblemente vaya, posiblemente no, y posiblemente todo lo contrario».

No fue. Pero en lugar de eso dio él mismo una cena, dedicada a la servidumbre del palacio lujosísimo en el que nos habían hospedado. Y la pasó muy bien, brindando con los camareros y los cocineros, que percibieron claramente la sinceridad del gesto del General.

No durmió en la cama gigantesca que tenía reservada. Prefirió una camita modesta en una habitación vecina seguramente destinada a un siervo del rey, porque eso había sido un palacio real. Pero por la mañanita me pidió que lo ayudara a deshacer las sábanas de la camota real. Pensó que habría podido ofender a alguien si se dieran cuenta de que no había dormido en el camón de lujo.

El General Torrijos fue un gran estadista. Pero antes que eso, fue un hombre bueno. Todo su proyecto político revolucionario para Panamá y la región entera tenía como fundamento una concepción del hombre y de la vida. Y el hombre y la vida son dos cosas que se deben ser y vivir, no pensar o sentir solamente. Omar Torrijos, pues, es también una moral, una ética revolucionaria y cotidiana.

Se habla de una «ética del fracaso», que sería la de los católicos de la vieja guardia, donde el dolor, los sacrificios, son vistos como monedas para comprar la entrada al cielo.

Se habla de una «ética del éxito», que sería la de los protestantes, también de la vieja guardia, donde el éxito.

en los negocios, en la vida, es el signo del amor de Dios, de estar cobijado por su «gracia».

En ambos casos he dicho «de la vieja guardia» porque la impresión que yo tengo es que el capitalismo moderno es amoral, que es la forma más profunda de ser inmoral.

Lo que quiero decir es que el día que se sistematice la moral revolucionaria, ésta va a ser una ética de la alegría y del optimismo. De la alegría, porque quien está cumpliendo con su deber puede darse el lujo de participar de esa alegría por la cual lucha para todos. Para cualquier otro, la alegría es inmoral.

Y del optimismo, porque quien tiene la razón tiene también el apoyo de la historia. Eso no le garantiza el triunfo, pero le da una ventaja enorme.

La alegría y el optimismo son precisamente las dos características del talante moral del General Torrijos. Fue una moral revolucionaria la suya. Pero a veces, repasando las cosas que cuento, temo dar una falsa impresión de él, como si siempre hubiese estado riendo. Y la verdad es que el General Torrijos fue un hombre mortalmente serio, con un dejo de tristeza en su alegría que comentaré después. No podía ser de otra manera, habiendo tantos asuntos graves que resolver, tantas dificultades superables sólo a muy largo plazo y tantos amigos que morían por tener sus mismas ideas.

Una vez le pidió a Graham Greene que se uniformara de capitán de la Guardia Nacional de Panamá y que fuera a los Estados Unidos como miembro de una comitiva que iría a ver unos ejercicios militares. Graham Greene ha tenido problemas con la visa de los Estados Unidos. La broma del General Torrijos, a la que dicho sea de paso no se prestó el novelista inglés, tenía una connotación política.

Estoy hablando del humor, del talante del General Torrijos.

Cuando estaba con él, sobre todo en el exterior, me presentaba de diversas formas. Todo dependía de la gente con la que estábamos. Por ejemplo, si era con estudiantes, me presentaba como «profesor». Si era gente rica, como

«doctor». Si no me presentaba, inmediatamente adquiriría mi papel de sargento. O el del rango del oficial de enlace, si había alguno.

Antes de tomar cualquier pose, yo esperaba que me presentara, porque las poses son diferentes. Por ejemplo, un profesor puede cruzar las piernas completamente, pero un militar no. El militar las cruza hasta el tobillo, nunca hasta la rodilla. El único militar que he visto cruzar las piernas hasta la rodilla fue el General Torrijos, pero él era una excepción. Digamos que fue un poco un profesor frustrado.

Una vez veníamos volando en el Concorde, el avión supersónico que vuela más rápido que una bala de fusil. De alguna manera se enteraron de que él venía a bordo y un miembro de la tripulación se acercó a saludarlo. ¡Entonces a mí me presentó como su piloto personal!

Cuando el capitán del Concorde lo supo, me mandó a llamar a la cabina, y tuve miedo de que me fuera a dar la cortesía de probar los mandos del avión. Eso se acostumbra entre pilotos. Y el General lo sabía. Afortunadamente no lo hizo. Estoy hablando del humor del General Torrijos.

Una vez me dijo: «Vea, mi Sargento, me han dicho que una prueba de que yo estoy ñame es que ando con usted. ¿A usted qué le parece eso?» «Que es una prueba irrefutable», le contesté. Porque yo sabía que lo que él andaba buscando era una excusa para reírse y que tuviera algún pretexto de ser esa alegría que se le desbordaba de la vida derramándosele por los ojos y la risa.

Él tenía una forma de castigar a sus subalternos mediante lo que llamaba un «castigo premial». Por ejemplo, si el subalterno no se levantaba temprano, el General le mandaba el desayuno y los periódicos a la cama. O peor aún, se los llevaba él mismo.

A mí me lo aplicó una mañana en la que se me pegaron las sábanas. Seguramente estaba amanecido. Un compañero de la escolta, el Cabo Jaén, me llevó el desayuno a la cama, por órdenes de mi General Torrijos. En lugar de acusar recibo del castigo, le dije a Jaén que muchas gracias y que por qué no me había llevado los periódicos. El Cabo, enton-

ces, seguramente pensando que así lo habría querido el General fingió que se tropezaba y me tiró encima todo el desayuno.

Porque el castigo premial implica la calidad moral del ofensor. Si no la tiene, no es castigo. Esto es precisamente lo que lo hace ser un castigo fuerte, tan fuerte como la calidad moral de uno.

No estaría completo el cuadro del General Torrijos, especialmente lo referente a su moral revolucionaria alegre y optimista, si no se la enmarca en un contexto que casi la convierte en una moral trágica. Graham Greene, en el libro que escribe sobre el General Torrijos, vio con toda claridad el aspecto trágico del General, pero se lo atribuye a una convivencia cotidiana con la idea de la muerte.

Yo, en cambio, pienso que ese pathos trágico del General Torrijos le venía de la conciencia clara, lúcida, de que la revolución en Panamá será posible sólo a muy largo plazo. Nunca se engañó sobre las limitaciones de sus mejores cuadros. Nunca se engañó sobre el oportunismo con el que necesariamente tenía que contar porque lo tenía rampante en todas partes y a todos los niveles. Nunca se engañó sobre las deformaciones que el enemigo le había causado a su pueblo que tanto amaba.

Si el General Torrijos hubiera pensado que la revolución en Panamá era imposible, habría sido un héroe trágico, en el sentido clásico, griego, de la palabra. Porque aun así habría sido revolucionario. Pero él piensa que sí es posible la revolución en Panamá, sólo que a largo plazo, cuando haya pasado por los otros países de la región. Mientras tanto, nuestro papel es estar en la retaguardia de la revolución prestándole servicio logístico y preparándonos para salir a recibirla.

Sin llegar a decir que había tristeza detrás de esa risa abundante del General Torrijos, no hay la menor duda de que su alegría revolucionaria tenía un sabor agridulce que le venía de la circunstancia panameña. Esa es una de las razones posiblemente, por las que en un momento dado se repliega del frente doméstico para lanzar una ofensiva en el internacional. La otra razón, por supuesto, es que la distancia

más corta a la revolución panameña era una larga curva que pasaba por toda Centroamérica. Es el momento en el que lo matan.

Omar Torrijos, el hombre, es el mejor argumento del torrijismo. El torrijismo es un contenido político bien determinado que quise esbozar en el capítulo anterior. Pero también es una moral revolucionaria, una ética de la alegría, del optimismo, de la esperanza, aunque sea a largo plazo, aunque nos toque ser los últimos en llegar a la justicia. Eso incluso nos hace más valiosos moralmente. No nos exonera de las tareas revolucionarias nacionales y nos compromete profundamente en las internacionales.

El torrijismo, pues, es una manera de pensar, pero también un estilo de ser y de vivir.

IX

NICARAGUA, NICARAGÜITA

Nicaragua, la revolucionaria, la vergona, la arrecha, como se dice allá, llega a Panamá a comienzos de 1975. No recuerdo qué día, no recuerdo qué mes. La historia es como las procesiones. O se la está viendo pasar desde la acera, o se la está viviendo desde dentro. Y llega en la persona de Eduardo Contreras. «Marcos», se llamaba aquí.

Marcos era miembro de la Dirección Nacional del Frente Sandinista y hacía sólo unas pocas semanas había dirigido una acción contra la casa de un oligarca nicaragüense, Chema Castillo. En lo mejor de una fiesta estaban cuando irrumpió el comando tomándolos a todos como rehenes.

Marcos, que allí se le llama «Comandante Cero», los negocia con Somoza, el de turno, que le tocó ser el último, y logra canjearlos por prisioneros políticos. También consigue no sé ahora si medio millón de dólares o el millón completo. Trajo el dinero aquí a Panamá en una bolsa que se la dio a guardar a Ricaurte Soler, historiador muy connotado y hermano mío desde la infancia.

Entre los presos políticos que Marcos libera hay muchos que posteriormente juegan un papel importante. Lenín Cerna, por ejemplo, actual Jefe de Seguridad de Estado. Daniel Ortega, el Presidente... Gracias a la cárcel de Somoza, estos cuadros llegan vivos al triunfo de la Revolución y no se produce ese «apagón» del que Torrijos tanto hablaba.

El General Torrijos siempre hacía hincapié en que los mejores cuadros, los que más «sobresienten» la causa revolucionaria, precisamente por eso mismo son también los más arrojados y los que primero mueren. Produciéndose así un apagón de cuadros en el momento en que más necesidad hay de ellos.

Esa fue una de las razones por las que, contrariando su vocación íntima por el heroísmo y el romanticismo, se decidió siempre en favor de la negociación antes de llegar a la confrontación armada para resolver el problema de la Zona del Canal.

La acción de Eduardo Contreras, Comandante Cero, hizo posible que al triunfo de la revolución nicaragüense, en lugar del apagón, se diera un gran potencial de claridad política.

Marcos llega a Panamá de la siguiente forma: un día me dice el profesor Ricaurte Soler que un colega suyo, el sociólogo René Zavaleta, boliviano, enviaba a este joven nicaragüense con el propósito de que se entrevistara con el General Torrijos.

Yo veo la cosa con un poco de desconfianza. Los profesores no son la gente en quien más puede uno confiar. Esa profesión, como la de los médicos, atrae sobre todo, con valiosísimas excepciones, a los que ponen en primer lugar su seguridad y su estabilidad económica. O sea, la peor gente, y en los oficios más delicados.

En segundo lugar, todo nicaragüense era realmente un agente potencial de Somoza. Y aunque Torrijos y Somoza todavía se trataban, Somoza era lo suficientemente inteligente como para saber que Torrijos era un peligroso enemigo suyo.

El General Torrijos contaba el chiste de que cuando Somoza preguntaba la hora, sus coroneles le respondían: «La que usted ordene, mi General.»

Igualmente comentaba con mucha frecuencia que Nicaragua, paradójicamente, era el país del continente más cerca del socialismo: bastaba confiscarle a la familia Somoza su riqueza mal habida para que un buen porcentaje de los bienes de producción y cambio fuesen estatales. «Nicaragua es el único país del mundo inscrito en el Registro de la Propiedad», comentaba.

Somoza mismo, pues, es responsable, en parte, de la filosofía económica que el sandinismo aplica y que los todavía-somocistas tachan de comunismo.

Reconozco que estoy equivocado en mi antintelectualismo. En primer lugar, es bien intelectualista. Un hecho real es que

la saña, la crueldad con la que el fascismo persigue a los intelectuales es bien indicativo de que, por lo menos para ellos, y ellos son malos pero no tontos, los intelectuales tienen mucha importancia y son peligrosos.

Me entrevisté con el compañero nicaragüense en un restaurante. Desde esa primera vez que comimos juntos, me impresionó el gusto, el detallismo con el que aderezaba la comida. Sin gula, ni vicio, ni voracidad, pero sí con mucho placer, incluso con un poco de erotismo.

Así mismo también comía Ricardo Lara Parada, el guerrillero colombiano que mencioné al principio del libro. Quizás sea ésa una característica de los que se saben en peligro de muerte y que por lo mismo son más conscientes de las entretelas de todo lo que pasa y le chupan los huesitos a la vida.

Yo pedí vino para bajar la comida. O comida para bajar el vino. Marcos no me dijo nada pero sí tuvo un leve gesto de desagrado. Después, cuando la amistad se fue consolidando, me reprochaba abiertamente mi gusto por el vino. Decía, claro que con ironía, que a Somoza y a mí nos gustaba la misma marca de vino: *Chateaufeuf du Pape, mille neuf cent vingt neuf*. Con lo que quería ser el acento francés de una persona muy refinada.

Actualmente han construido en Managua un centro comercial popular que lleva su nombre, «Eduardo Contreras». Es muy limpio, hay de todo, y lo más importante que tiene es un comedor donde por muy poco dinero se puede comer a la nicaragüense, como se me enseñó a comer a mí de niño, porque yo nací en Nicaragua.

Allí como, cuando estoy en Managua, y, sin ánimo de hacer literatura, estoy al borde de oír la voz de Marcos, entre el ruido de la gente, diciéndome: «Comé, que ahora te invito yo».

Hace poco regresó Graham Greene a Nicaragua. Desde que el General Torrijos lo mandó la primera vez, ha vuelto todos los años. Acaba de publicar un libro sobre el General, como lo dije anteriormente, en el que da cuenta de sus expe-

riencias por estas tierras «donde la política es un asunto de vida o muerte», como lo dice él mismo.

La cosa es que Graham Greene, que nos quiere de verdad y que está en nuestro bando, en el libro se queja de nuestros restaurantes. Claro, ¿cómo competir con *La Touru d'Argent* de París, o con tanto restaurante bueno alrededor del mundo que este sibarita de la comida conoce?

El Comandante Tomás Borge, que leyó el libro, estaba preocupado, y me dijo: «¿Dónde podemos llevar a comer a este jodido?» «Al “Eduardo Contreras”» —le dije—. «Sería la primera vez que come en un mercado.»

Y allí comió con Tomás Borge, encantado, rodeado de las «turbas», como le llaman a la gente humilde del pueblo los burgueses nicaragüenses que todavía no se han ido a Miami.

«El que no es turba, es-torba», les contestaba el pueblo. Y ellas mismas se llaman «turbas divinas», apropiándose descaradamente de ese atributo teológico, como si fuese el producto de un «recupere».

Nacatamal, bajo, pinolillo, indio viejo, pupusas salvadoreñas..., comida de gente pobre, revolucionaria, comimos ese día, frente a una presencia de Eduardo Contreras. Como los que comíamos éramos nosotros, y no Eduardo, más presentes estábamos nosotros en el espíritu de él, que él en la conciencia nuestra, dedicada toda entera a la sinfonía de sabores que nos estábamos hartando.

Eduardo Contreras me dijo, esa primera vez que cenaba con él, que efectivamente tenía mucho interés en hablar con el General, pero sin decirme nada concreto ni sobre el asunto que quería conversar ni sobre su propia identidad. También me preguntó si el General había recibido un regalito chcco que le había enviado.

Esa misma tarde, o al día siguiente, no recuerdo bien, hablando con el General le comenté que había un joven nicaragüense con deseos de hablar con él. También le comenté lo del regalo.

«Vaya, tráigamelo inmediatamente», me dijo. Le objeté con algún gesto y le dije que solamente traía la recomendación de unos intelectuales, y que nosotros no sabíamos quién era él realmente.

«A un revolucionario no se le pide carnet de identidad», me dijo.

Luego vaciló y me pidió que se lo llevara más bien a su casa de Farallón, más discreta que la de la Calle 50 en la que estábamos. Pero inmediatamente, como si tuviese prisa, urgencia de verlo, me dijo que se lo llevara allí, enseguida.

Me extrañé un poco de su comportamiento pero salí a cumplir la orden. Y me extrañé aún más cuando veo que Marcos estaba esperándome, con una sonrisita, entre pícaro e irónica, que él tenía.

Después me enteré de que me habían hecho una trampa. El regalito checo era una pistola de lujo que Marcos había encontrado en la casa de Chema Castillo y que se la había mandado al General, supongo que a través de los cubanos. De manera que el General había identificado a Marcos inmediatamente, cuando yo no tenía ni idea de quién se trataba.

Llevé a Marcos a la casa del General y tuvieron una entrevista larga. No pude oír nada de lo que trataron porque había una puerta de vidrio de por medio. Pero me conmovió mucho la vehemencia con la que acompañaba ese lenguaje mudo con el que estaba tratando, infinitamente, de convencer de algo al General.

El General escuchaba. ¡Y qué bien sabía hacerlo! Puede que no haya tenido mucho talento para hablar, pero en el arte de escuchar era un prodigio. Sin que lo hiciera sentir a uno que debía decir mucho, porque él estaba escuchando mucho, uno sin embargo sí sentía la responsabilidad de decir las cosas con absoluto respeto por la verdad. Porque él oía con los oídos, con la nariz, con los ojos, y en ningún momento distraía la mirada.

Un poeta y periodista guatemalteco que lo conoció bien, Arqueles Morales, dijo una vez que el General Torrijos «escuchaba a raudales».

Marcos estaba sentado al borde del sillón, sin usar en ningún momento el respaldar. Hacía gestos con las manos, pequeños pero intensos, y apretaba los ojos como si fueran dos pequeñas bocas que también quisieran hablar.

Terminó la entrevista. El General Torrijos me dijo que llevara a Marcos a ver a Fulano de Tal, en un Tal país. «Y cuidelo», añadió.

Algunos días después el General me contó lo que sabía de la biografía de Marcos. Del hogar de clase media del que procedía, de que había estudiado en Alemania, de la acción contra la casa de Chema Castillo, y al final, con una cara de asco que solamente él podía poner, de que Somoza había jurado beberse la sangre de ese muchacho.

Marcos salió feliz de su entrevista. Le encontré una habitación en una casa de familia en Villa Lilla, San Francisco, y no lo dejaba salir de allí. Me dijeron que lo cuidara y yo estaba cuidándolo. Sólo en una ocasión lo llevé a comer carne asada con la gente del Cine Experimental de la Universidad. Allí conoció a María Isabel, una muchacha con la que después se enamoró mucho.

Preparamos nuestro viaje. Hicimos una cita en la entrada de un cine determinado, un día y una hora que fijamos, y decidimos hacer el viaje por separado.

Como anécdota divertida, debo contar que resultó que viajamos el mismo día, en el mismo avión. Pero ni nos saludamos siquiera. Al llegar allá, lo vi salir del aeropuerto, y yo tomé un taxi «a un buen hotel, no demasiado caro».

Registrándome estaba cuando, ¿a quién veo a mi lado haciendo lo mismo? A Marcos, por supuesto. Los dos reímos un poco, sin mirarnos, y él se fue a buscar alojamiento en otra parte.

Al día siguiente fui al cine sobre el que habíamos convenido, a las ocho de la noche en punto, la hora prefijada.

El no llegaba. Pasó una media hora más larga que una entera, arrastrándose despacio como un mono perezoso. Recordé que hubo uno poco de vacilación cuando la decidíamos, y pensé que posiblemente había habido un mal entendido y que la cita era a las nueve. Me metí a ver la película. Esta-

ban dando una que en inglés se llamaba *The Towering Inferno*, y que trataba de un rascacielos que se incendiaba.

Hoy me sorprendo de cuántos detalles recuerdo de esa película a la que no le puse la más mínima atención. Yo tengo la impresión de que es una mano extraña la que nos graba las cosas en la memoria, de que no depende de uno lo que después se va a recordar.

Por ejemplo, recuerdo, vívidamente además, un hombre gordo que viajaba en un autobús, en México. Le faltaba un botón en la camisa. De esto hace casi cuarenta años. Pero no recuerdo el acto en el que me doctoré, por ejemplo. Tendría que ponerme a escarbar. Y a lo mejor ni así.

Esta observación es pertinente. Precisamente, estoy recordando.

Yo estaba muy preocupado. El Fulano de Tal que habíamos ido a ver, y con el que me había entrevistado esa mañana, me dijo: «Dígale a su amigo que se cuide, porque ya lo detectaron». Cuando salí, a las nueve, justamente llegaba él, feliz, despreocupado, pidiéndome disculpas por el atraso.

Allí comencé a elaborar una teoría sobre la «irresponsabilidad revolucionaria» que después no me ha quedado más remedio que ir confirmando. Consiste más o menos en lo siguiente: para ser revolucionario y pretender realmente cambiar el sistema tan profundamente enraizado, tan bien defendido militarmente, hay que ser un poco irresponsable, o un mucho. Ninguna persona seria y responsable va a lanzarse a una acción revolucionaria en condiciones tan difíciles, casi imposibles, y con tan pocos medios. Enfréntarsele a un ejército profesional, con rifles calibre 22. Meterse a guerrear en la selva, teniendo los ojos y el corazón enfermos, como lo hizo Germán Pomares. O siendo asmático, como fue el caso del Che. Realmente, hay que ser irresponsable, digo, revolucionario.

En esa época todavía no había formulado bien mi teoría y tuve una discusión muy seria con Marcos, por su irresponsabilidad de haber llegado tarde. Lo ofendí. Él me miraba

con esa misma sonrisita suya, pero que ya no era de conocimiento sino que de inocencia.

Después me fui acostumbrando al estilo nicaragüense y revolucionario. Recuerdo que una vez Lenin Cerna, el actual Jefe de Seguridad del Estado de Nicaragua, me citó en un hora determinada en el vestíbulo de un hotel en México. Cuando llegué al aeropuerto y le dije a un taxista que me condujera a ese hotel, resultó que el taxista no lo conocía. Salimos a buscarlo, pero sin ningún éxito. Al final me convencí de que el famoso hotel ni siquiera existía.

Estaba cansado y con un poco de rabia, pero se me ocurrió una idea ingeniosa para restablecer contacto. Me fui al hotel más lujoso y caro de la ciudad de México. Porque una irresponsabilidad saca otra. A la media hora sonó el teléfono, me habían encontrado, y se me quitó la rabia.

Marcos y yo habíamos ido al país de marras, para decirlo de algún modo, porque él andaba comprando, pidiendo o gestionando unas carabinas. Nunca supe si las consiguió o no. El General Torrijos tenía la costumbre de dividir los proyectos en muchos pedazos, y los compartimentaba todos, de manera que nadie sabía más de lo que había en su pedacito.

En una ocasión cenaba con Marcos en un restaurante más o menos modesto de Tegucigalpa. Discutíamos filosofía. Como yo soy doctor en eso, no quería dar mi brazo a torcer. Quién sabe qué tesis existencialista yo defendía, la cosa es que le eché mano a mi título para callarlo.

Entonces llegó un niño pordiosero (¡que palabra tremenda esa!) y me pidió las sobras. Yo había ordenado pollo pero seguramente tenía hambre, porque no dejé nada. Así se lo dije al niño, como pidiéndole disculpas. «No importa» —me dijo el niño—, «deme los huesitos». Y cogió los huesitos, los puso todos en una mano y se los fue comiendo con la otra.

Entonces Marcos, victorioso, con su acento y sintaxis nicaragüense, se me tiró encima a rematarme: «Ajá, niño, habló ahora, habló...» Porque sabía que no existía en todo el universo una palabra que osara tapar el hueco de silencio hondo que el muchachito nos dejó.

Nuevamente la sonrisita de Marcos. Aparentemente eso era exactamente lo que quería decirme, decir.

Algún tiempo después de eso el General Torrijos y su escolta de seguridad veníamos de la Presidencia, por la Avenida Balboa. Venía manejando él mismo, acompañado sólo de un Mayor, el jefe de la escolta. Entonces paró el auto, se bajó el Mayor y vino a decirme que el General me llamaba.

En cuanto entré me dijo: «Mataron a nuestro amigo».

«No es cierto, mi General», me apresuré a decirle, como para consolarlo, porque yo sabía que la frialdad con la que estaba hablando era absolutamente artificial. «He visto la foto en el periódico y ése no es él.» «Sí, sí es él» —me dijo, ahora sí ya con mucho sentimiento—. «Me lo dijeron los cubanos.»

Después supe que el de la foto no era Eduardo Contreras, como erróneamente lo decía el pie de imprenta, sino Carlos Fonseca Amador, muerto en la montaña un día antes, o uno después del día en que cae Marcos en una esquina de Managua.

Más o menos por esa época hice un viaje a Honduras, en un avión pequeño. Iba también el entonces Coronel Noriega, actual Comandante de la Guardia Nacional, o, mejor dicho, Fuerzas de Defensa, que es como ahora se llaman. A la altura de Nicaragua nos cogió el mal tiempo y tuvimos que aterrizar. Por una parte sentí alivio, porque traía muchas ganas de orinar y en ese avioncito no había forma.

Allí en el aeropuerto nos recibieron unos coroneles somocistas y nos prestaron un automóvil para ir a Masaya, mientras pasaba el mal tiempo. El chofer, un gordo asqueroso, con una metralleta uzi entre las piernas, como para sentirse más hombre, en el sentido que él le daría a la palabra, comenzó a contarnos, por iniciativa propia y con lujo de detalle, y con placer y gusto de chanco hartándose, la muerte de Eduardo Contreras, en la que aparentemente había participado. Hablaba de que hubo una delación, de que le pusieron una trampa, de que lo cazaron en la calle como un perro, y de sesos regados por la acera.

Como cuando uno está en un cine, y encienden las luces, y hay mucha gente pero también mucho silencio, y uno siente ganas de gritar, más bien miedo de gritar, miedo de no poder aguantarse las ganas de gritar. Así me sentía yo. El Coronel Noriega me volvió a ver como diciéndome con los ojos que tuviera cuidado.

Marcos tenía una personalidad tan segura y convincente, pero a la vez suave y delicada, que cuentan que cuando estaba encerrado en la casa de Chema Castillo, que resultó muerto en el operativo, le habló a la propia hija de éste, una muchacha llamada Marisol, para explicarle la acción y justificarla.

A pesar de estar enmascarado y armado, pudo consolarla en algo por la muerte de su padre, cuyo cadáver estaba allí mismo, en una habitación contigua. Algún tiempo después Marisol se hace sandinista.

Pasó por Panamá, como casi todos ellos. Aquí la conocí yo. Y aquí se hizo novia de otro sandinista llamado Edgard Lang. A Lang lo masacran en León.

Cuento esto porque junto a Lang masacran también, en frío, a Idania Fernández, una muchacha muy hermosa, panameño-nicaragüense, que aquí en Panamá, donde vivía, se la recuerda mucho.

Vi su foto en un periódico nicaragüense. Estaba totalmente destrozada.

La última vez que había visto a Idania fue en el restaurante *Sorrento*. Se veía muy linda esa noche. Había venido a recuperarse de una herida en la mano derecha, que le hicieron en un asalto a San Carlos, pueblo vecino de la frontera con Costa Rica.

Y como en un mundo finito todo está relacionado con todo, quien la saca de allí, herida, para llevarla a curar a Liberia, una ciudad cercana en Costa Rica, es precisamente el hermano de Eduardo Contreras, Ramiro, que también estuvo mucho tiempo en Panamá y que cosechó todo el cariño que nuestro hermano dejó aquí sembrado.

Y la última vez que vi a Marisol, la novia de Lang, la hija de Chema Castillo, con quien tanto habló el Comandante Cero,

fue hace unos pocos días, uniformada con el verde olivo del Ejército Popular Sandinista.

Es importante tomar nota de la fecha en la que se inicia la relación del General Torrijos con el sandinismo: 1975. Antes que ningún otro gobernante. Excepción hecha de Fidel Castro, por supuesto.

Meterse con Somoza era también meterse con los norteamericanos. Ellos mismos habían dicho textualmente: «Somoza es un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta». Y lo dijo nada menos que Franklin Delano Roosevelt, uno de los santones de su «democracia».

Es más, cuando Carlos Andrés Pérez, entonces Presidente de Venezuela, decide darle un apoyo financiero al Frente Sandinista, no se atreve a hacerlo directamente y se lo da a Torrijos. Y el General entonces me mandó a mí a Costa Rica para llevarles la maletita llena de dinero. Medio millón de dólares era. Y aquí viene una anécdota del carajo.

El dinero lo trajeron dos tipos malencarados que trabajaban con Carlos Andrés Pérez. Lo traían en una maletita de ejecutivo que me entregaron, sin recibo ni testigos. Inmediatamente me dirigí a Costa Rica.

Me paré a comprar algo en una tienda del aeropuerto y no lo encontré. Entonces fui a otra y después a otra. Cuando voy a buscar mi pasaporte, caigo en la cuenta de que no tenía la maletita, y de que quién sabe desde hace cuánto tiempo la había perdido.

Me quedé quieto, con esa tranquilidad a la que echo mano cuando estoy en mi avioneta cogido por el mal tiempo o por un fallo de máquina. Estaba parado frente a un pensamiento que no me atrevía a pensar: ¡Había perdido medio millón de dólares! Un dinero difícil de conseguir, y sagrado, porque era para la revolución.

Yo habré estado tranquilo, pero comencé a sudar frío. «Me van a matar» —me dije—, «no por ladrón, porque nadie va a pensar que me robé el dinero. Por irresponsable».

Recorrí las tiendas que había visitado, caminando despacio, como para que no me alcanzara el pánico. Pero sentía que me estaba ya pisando los talones. Fue la media hora más larga de mi vida. Afortunadamente había llegado con bastante tiempo de anticipación y me salvé de la extra de tener que preocuparme también de la posibilidad de perder el avión. Los dependientes de las tiendas me miraban con una compasión que para mí era culpabilidad disimulada.

Aquello fue bien horrible. Mil años después, cuando ya estaba al borde del llanto, veo allá, lejos, paradita en la mitad del pasillo, a mi adorada maletita. La alegría que me explotó por dentro entonces fue tan grande que yo sentí que se me derramaba por la vida entera, desde mi niñez hasta la hora de mi muerte.

Yo estaba seguro de que ya nunca sufriría por nada ni tendría nunca un problema. Iba a bastar que recordara el encuentro de la maletita para que cualquiera otra angustia o problema desapareciera ante esa alegría que sin duda me iba a durar toda la vida.

Seguramente alguien la encontró, vio lo que llevaba dentro, supuso que era de algún mafioso narcotraficante, de esos que no perdonan, se asustó y la dejó allí en el pasillo. Mi pasaporte y mi boleto de avión los tiró al suelo.

Hasta eso encontré después. De pura casualidad oí a una señora hablar de unos papeles que había encontrado, me acerqué, y eran mi pasaporte y mi boleto.

Nunca le dije esto a nadie. Me daba vergüenza. Y además porque resultó verdad eso de que la alegría de encontrar la maletita me iba a durar siempre, pero la cosa es que también me dura la angustia de haberla perdido. A veces estoy distraído con algo cuando de pronto siento el zarpazo de aquel angustión sin fondo, y siento vértigo.

Después he vuelto a perder, y encontrar, cantidades respetables de dinero. Pero no ha sido ni remotamente lo mismo. Aquel dinero era para la revolución nicaragüense, para Marcos, cuya sangre todavía chorreaba fresca en mi imaginación.

A mí siempre se me han perdido las cosas con mucha facilidad. Como si yo no las tratara lo suficientemente bien

y deciden ellas buscarse otro dueño más cariñoso. Hasta tal punto que he tenido que idear una trampa para aliviarme un poco el dolor de tanta pérdida. Una vez me robaron una grabadora grande, profesional, trescientos dólares me había costado. ¡Y se me aguaron los ojos! Eso no podía continuar así. Calculé la cantidad de dinero que perdería en el transcurso de mi vida por ser descuidado, distraído, confiado, y llegué a la cifra de unos cincuenta mil dólares. Entonces decidí pagarlos. Era el precio de la vida como yo la quería, sin andar echando llave y desconfiando de la gente, concentrado en las cosas que considero importantes y completamente distraído de las otras. Es como si hubiese comprado un seguro imaginario de cincuenta mil dólares. Ahora, cuando pierdo algo, pienso que está cubierto por el seguro, y quedo tranquilo, no me da ningún dolor, ni remordimiento ni nada. El ladrón, o quien se encuentre la cosa, algo gana, y yo en cambio no pierdo nada. Mi seguro cubre pérdida o robo de cámaras fotográficas, sobre todo plumas, ropa, incluso documentos, las molestias y pérdida de tiempo para volver a sacarlos. El problema es que algunas cosas no las cubre ese seguro. Por ejemplo, no cubre la pérdida de un poema, ni de la pistola, ni de muchas cosas que tienen un valor diferente al económico. Y definitivamente tampoco cubre medio millón de dólares para la revolución.

Cuando se lo di a Sergio Ramírez, en San José, Costa Rica, sentí un gran alivio. Y recuerdo bien que el traspaso de responsabilidades lo tenía nervioso. «¿Dónde lo escondo?», me preguntaba Sergio, que ahora es el Vicepresidente de Nicaragua.

Más o menos por esa época, con el apoyo del General Torrijos, me compré una avioneta nueva. Digo, nueva para mí, porque era un avión de segunda mano. De segundo cielo, habría que decir. Incluso más viejo que el que ya tenía, pero con unas características más convenientes para el uso que pensaba darle.

Era el cuarto avión en mi vida. Eso es como decir: mi cuarta mujer, mi cuarta parte de la vida. El que yo tenía era un *Cardinal*, muy bonito y bastante nuevo. Espacioso por dentro, y silencioso. Le tenía instalada una tocadora de cassette, de manera que podía subir más arriba de las nubes y oír los conciertos brandenburgueses. Eso era como tener quince años, tenerle miedo a la muerte e ir a misa.

Mi avión volaba como una reina, sin esfuerzos, pero, así mismo como una reina, sin ninguna capacidad de carga. Y tardaba mucho en despertarse, en espiritualizarse, en despejarse de la tierra, donde pasaba todo el día durmiendo. Necesitaba mucha pista. Y además, que fuese de cemento. No quería tener nada que ver con pista de tierra.

Pero la reina tenía una mancha en su biografía: había matado a un hombre. Con la hélice le cortó la cabeza. Y esas cosas cuentan en la personalidad y performance de un avión.

Yo recuerdo, y que no se piense que esto es literatura: venía volando hacia Panamá, ya casi llegando, sobre Punta Chame, con la ciudad a la vista, cuando de pronto tuve la sensación, clarita, límpida, absolutamente inequívoca, de que ese avión, esa avioneta, me quería matar.

Hay muchas clases de miedos. Desde el vulgar culillo infantil hasta ese terror que habría que llamar religioso porque es el horno en el que se cocina la idea de Dios: el miedo a la muerte. Y cerca de éste estaba el que inexplicablemente de pronto me había saltado encima.

Me gusta esa expresión castellana de ser «presa del miedo». Porque así he visto en películas documentales que el tigre le salta encima al venado.

Pensé entonces, en voz baja para que no me oyera la loca histérica a cuya merced estaba, que, si lograba llegar al aeropuerto que ya tenía a la vista, jamás volvería a volar en ella.

Y así fue. Llegué a Paitilla, bajé del avión, y más nunca me volví a montar en él, en ella.

George, el norteamericano a quien se lo vendí, me pedía como es lo usual en estos casos, que lo «chequeara» en el avión. Esto es, que volara con él para enseñarle las mañas

y pormenores que todo avión tiene. Pero yo no quería. Como George comenzaba a sospechar algo, tuve que confesárselo todo. Él, que es piloto viejo, comprendió perfectamente, y ya no me volvió a pedir que volara con él.

Con el dinero que conseguí por mi avión, más un préstamo del banco, compré otro, un Cessna 185 que tenía y tiene, todo lo que yo quería que tuviese. Incluso un defecto bastante pronunciado: vuela con un ala baja. Si uno hace los ajustes para enderezarlo, entonces comienza a girar solo, de modo que no hay más remedio que acostumbrarse a volar torcido.

Por lo demás, es un avión magnífico, muy noble, bien fuerte. La pregunta «¿Cuánta carga es capaz de llevar?», tiene como respuesta: «Toda la que puedas meterle».

Con 500 libras de combustible, llega sobrado de Panamá a Honduras.

Desgraciadamente es muy ruidoso. La única música que se puede oír allí es la del motor. Me gustaría decir que no es inferior a la de Bach, pero no quiero mezclar la vida con la literatura. Además, que después de media hora el ruido monótono e hipnótico del motor se convierte en silencio, y la cabina comienza entonces a llenarse de todas las voces interiores de uno y hasta una que otra colada que no podemos identificar.

He llegado a tenerle mucho cariño a ese avión. Ha transportado a gente muy distinguida, entre los que puedo mencionar a Graham Greene, Ernesto Cardenal, Carlos Mejía Godoy, y muchos comandantes guerrilleros.

Una vez, volando con el poeta Cardenal, le dejé que tomara los mandos del avión. Como hacen todos los que no saben pilotear, cogió la cabrilla muy duro, con grosería. Entonces yo le dije: «No, poeta, suavécito, como si fuese una mujer». Me miró como para recordarme que era sacerdote. Y entonces le dije: «Está bien, padre, como si fuese una hostia». Eso sí lo entendió bien.

Cuento mucho esta anécdota en Nicaragua, para regocijo de los amigos y admiradores del poeta-ministro-sacerdote. Pero él siempre la desmiente. «Lo de la hostia es verdad»

—dice—, «pero no lo de la mujer». Y tantas veces me lo ha dicho que comienzo a pensar que tiene razón.

Quien sí no lo montó nunca fue el propio General Torrijos. Muchas veces me pidió que lo llevara a alguna parte, pero yo siempre me negué, alegando que el avión estaba dañado, cosa que era falsa, por supuesto. Un día me dijo que lo mandara a arreglar, que él mismo me daría el dinero. Aproveché su oferta y le hice instalar un transponder y un equipo alterno de radio, y un ADF nuevecito.

Pero tampoco lo llevé. Un monomotor, con veintiséis años de edad, y que encima vuela torcido, no es lo que se le puede recomendar a una persona con la responsabilidad histórica que él tenía.

Además, yo me ponía a pensar en la posibilidad de que nos estrelláramos, que se matara él y quedara yo vivo.

Al final, algo de esto pasó. El murió y yo quedé vivo, con una vergüenza que el tiempo ni me cura ni me alivia.

Después de Eduardo Contreras, el sandinista que entra en contacto directo y frecuente con el General Torrijos fue Henry Ruiz, conocido casi exclusivamente con su nombre de guerra, «Modesto».

Modesto era una leyenda en la guerra de Nicaragua. Como él mismo no se dejaba ver ni identificar, pasó a tener la ubicuidad del secreto compartido, del nombre que salía de las montañas volando con el viento, o como el eco de un trueno lejano, donde él combatía por los pobres de su país. Todavía hoy, años después de la guerra, hay muchas paredes en Nicaragua que gritan: «Viva Modesto».

Un día me dijo Lenín Cerna: «Creo que te van a presentar a Modesto», como diciéndome: «Creo que te van a condecorar». Es decir, me iban a materializar la leyenda.

Modesto resultó ser mejor que la leyenda: revolucionario, explícitamente humano, eficiente en su oficio de topo nocturno, de guerrero clandestino, revolucionario profesional.

No lo conocí en la montaña, seguramente su contexto más natural. Allí tiene que haber sido comparable solamente a los grandes: al propio Sandino, al Che Guevara mismo.

Precisamente, una vez en Costa Rica, adonde había ido yo a buscarlo en mi avión para traerlo clandestinamente a Panamá, me preguntó al final de nuestra primera conversación larga: «¿sabe usted qué día es hoy?» Pensé un rato y le dije: «no». «Hoy es el aniversario de la muerte del Che Guevara», me dijo, obviamente con el propósito de que tomara ese dato como la referencia, la coordenada fundamental, en la ubicación de lo que habíamos estado hablando.

Si yo tuviera que darle un nombre a Modesto, y un adjetivo sólo, le daría el de «revolucionario ejemplar». Es que me acuerdo de ese pensamiento del Che Guevara donde dice que «la única forma de enseñar es el ejemplo». Y Modesto, en eso de ser revolucionario, es un maestro.

Lo recogí en un aeropuertito secreto y hubo un poco de mal tiempo en el camino. Me sorprendió su inocencia, o su ignorancia, porque en lugar de tener miedo, que era lo inteligente y natural, se durmió tranquilamente como un niño. Llegamos a Farallón y allí se entrevistó con el General Torrijos por primera vez.

Esa primera conversación, de la que yo oí solamente retazos, como todas las demás que le siguieron, y como, tratándose de ellos, no habría podido ser de otra manera, fue abierta, porque ambos eran muy sinceros, clara, ambos eran inteligentes, y muy profunda, porque ambos eran humildes.

Menciono esto porque posteriormente, cuando el General Torrijos no está ya en condiciones materiales de defenderse, algunos reaccionarios, tan enemigos de la revolución nicaragüense como del propio General Torrijos, han querido propagar el infundio de que los sandinistas «engañaron» al General, presentándose como demócratas al estilo suizo, costarricense o yanqui, y no como los revolucionarios que ya eran, que todavía son, y que, el pueblo mediante, seguirán siendo. Son los que hablan de la «revolución traicionada».

No han logrado convencer a nadie porque ese infundio implica dos cosas, a cuál más falsa y estúpida de las dos. En primer lugar, que los sandinistas son mentirosos. Y en segundo lugar, que Torrijos era un bobo.

Con relación a lo primero hay que decir que si de algo pecaron los revolucionarios nicas, en todo caso fue de exceso de veracidad y hasta de exageración. Por ejemplo, cuando la televisión yanqui entrevistó a Tomás Borge aquí en Panamá, en el cuartel de Tinajita, recién liberado por la toma del Palacio Nacional. Yo estaba allí, y me acuerdo cuando la periodista norteamericana le pregunta a Tomás qué eran, qué filiación política tenían. «La compañera» —dijo Tomás, refiriéndose a una que estaba sentada a su lado— «es católica. El compañero» —refiriéndose ahora a Edén Pastora, con un tono y un gesto en el que se asomaba, en la lejanía, un poco de desprecio, de asquillo y de burla— «es socialdemócrata». Hizo una pausa, para subrayar lo que iba a decir, y dijo: «Y yo soy marxista-leninista».

Hubo un pequeño revuelo por lo que se consideró una metida de pata de Tomás. No llegó a retractarse, pero se quedó callado. Me recuerdo bien que el General Torrijos le dijo por teléfono: «Tomás, no es comunista el que quiere, sino el que puede».

No me extrañó la forma un poco despectiva con la que Tomás trató a Edén Pastora, su libertador, porque ya había oído hablar de Pastora a Modesto, que lo conoció bien desde mucho tiempo atrás y que tenía sobradas razones para despreciarlo. Todo parece indicar que, con la traición, Pastora se convierte en sí mismo.

Yo creo que si la revolución nicaragüense ha sido traicionada por los propios sandinistas, en todo caso es sólo porque no se ha radicalizado más. Si de algo es culpable, es de ser, por lo menos hasta el momento, demasiado complaciente con los que sólo piensan en conservar sus canongías y sus fuentes inmorales y crueles de riqueza.

No podemos olvidar el compromiso que los dirigentes sandinistas tienen con sus muertos. Y que es fundamentalmente a ellos, a Carlos Fonseca Amador, a Eduardo Contreras, a

Germán Pomares, a los mártires, a quienes tienen que darle el parte diario y rendirle cuentas. A los mártires y al pueblo. Hace poco un subcomandante, que todavía usa su nombre de guerra, «J. C.», me decía: «Ve, yo tengo un cachimbal de muertos que me están mirando». Para decirme que esa constelación de ojos, todos ellos de compañeros muertos, no lo dejarían nunca separarse ni un ápice de la línea y la moral revolucionaria por la que dieron la vida. Por no decir nada de las futuras generaciones con respecto a las cuales están en la obligación moral de transmitirles un pasado heroico, como el que ellos mismos recibieron. Bastante hacen con no hacer más.

Con relación a esto, recuerdo que una vez llegó de una visita a Nicaragua Felipe González. Todavía no era Presidente de España, pero ya ocupaba un puesto muy importante en la Internacional Socialista.

Felipe traía una página de periódico con muchas fotos de milicianos practicando tiro. Le comentaba al General Torrijos su preocupación de que la revolución nicaragüense se estuviese radicalizando demasiado.

Yo estaba en una habitación contigua, no con ellos. Pero había oído toda la conversación. Entonces el General, que sabía perfectamente lo que yo pensaba sobre ese asunto, me llamó y me dijo, mostrándome la hoja del periódico: «¿Qué opina usted de esto, mi Sargento?»

No entendí bien su juego. Pero para seguírsele y sorprenderlo un poco, le dije: «Pues que se van a caer, mi General».

El ingeniero Blandón, que estaba allí con ellos sin hablar mucho, en ese momento exclamó: «¿Ven? Hasta Chuchú, que es el más radical, piensa lo mismo».

«No, mi General» —le dije—. «Yo pienso que se van a caer, pero no porque se estén radicalizando demasiado, sino por no radicalizarse lo suficiente. Todas las revoluciones moderadas se han caído: Se cayeron los portugueses. Se cayó Allende, se cayó Velasco, se cayó Torres... La única revolución que no se ha caído es la cubana, porque es la única que se radicalizó».

«Nosotros no nos hemos caído», dijo Blandón. «Mi General» —le dije—, «nosotros nos caímos y no nos dimos ni cuenta». Entonces él, ya riéndose descaradamente, comentó: «Como un parto sin dolor, ¿verdad?»

Al día siguiente, en la mañanita, ya fuera de todo chiste, absolutamente serio, comentó el General Torrijos lo que la noche anterior alguien había llamado «verborrea de izquierda». «Esa revolución se apoya en la gente» —comentó el General—. «Eso es lo que éstos no tienen en cuenta. Y tienen que entusiasmar a la gente porque ese entusiasmo popular es el combustible que mueve a su proceso.»

Yo no le dije nada, porque además en esa época yo no estaba muy seguro, pero precisamente eso que reconoció en la revolución nicaragüense, y que lo reconoció como fundamental, es lo que faltó en Panamá: apoyarse en la gente.

En una ocasión me dijo Daniel Ortega, un poco sentido, que cómo era posible que el General Torrijos hablara con Modesto y no con él. Daniel era uno de los dirigentes de la llamada «tendencia tercerista», en tanto que Modesto, junto con Tomás Borge, lo era de la GPP, «guerra popular prolongada». Era la época en la que todavía no se habían unificado las tendencias. Cuando se lo informé al General, me dijo que se lo llevara primero al Coronel Noriega. Así lo hice, y a la salida de la entrevista que tuvieron le pregunté a Daniel cómo le había ido. Daniel estaba encantado con el Coronel. Hablaba de él con un entusiasmo y un cariño que yo espero se tengan mutuamente todavía, ahora que uno es Presidente de Nicaragua y el otro Comandante en Jefe de las Fuerzas de Defensa de Panamá.

Después las relaciones del General con Daniel, y sobre todo con su hermano Humberto, fueron tan buenas que superaron las que tenía con Modesto. La estrategia tercerista de la insurrección y las alianzas, que en definitiva fue la que ganó la guerra, fue también la que obtuvo mayor consenso entre todos los que colaboraban para tumbar a Somoza y construir una revolución.

Los últimos quince días de la vida del General Torrijos fueron de una actividad política inusitada. Su intensidad, y sobre todo su signo, su dirección, nos presentan la muerte del General de una forma más trágica y menos casual de lo que uno podría imaginar.

Gabriel García Márquez, la cúpula del movimiento revolucionario guatemalteco, y el propio Tomás Borge, fueron las últimas personas que estuvieron con él. Yo creo que Tomás está en la obligación de declarar esto para darle un mentís a los que, no pudiendo romper con el General Torrijos, porque siguen pelechando de él, quieren romper con la revolución nicaragüense porque ya no pueden estar a la altura de ella, ni les da el imperialismo permiso para que lo intenten. Son los que dicen que el General murió decepcionado de la revolución nica y disgustado con sus dirigentes.

¿Cómo va a estar disgustado con sus dirigentes, cuando uno de los principales, Tomás Borge, lo visita precisamente en esos días y en un marco que recuerdo de mucha camaradería, amabilidad, esperanza y proyectos políticos? Pero también de conciencia de que se está arrinconando históricamente a la bestia y que por eso mismo es más peligrosa que nunca. La peligrosidad se la sentía por todas partes. Todo tenía dos sentidos, dos aspectos, dos realidades. En principio, todo podía ser parte de una conspiración.

Me cuenta Damián Castillo, entonces Contralor de la República, que en esos días, estando él presente, pero también Martín, hijo del General, y también el Ingeniero Blandón, le dijo el General a Edén Pastora: «Tú vas a ser el Hubert Matos de la revolución nicaragüense». Porque el General Torrijos tenía un olfato muy fino, y si había una pulga podrida en una habitación, él la detectaba.

Y con relación a las famosas elecciones de las que Felipe González hablaba y que en esa época los nicaragüenses todavía no habían hecho, comentó el General Torrijos varias veces, y a diferentes personas: «Bien pendejos tienen que ser si se dejan quitar con papelitos lo que se ganaron con balas».

Por lo demás, él tenía aquí mismo en Panamá un buen ejemplo de lo que la democracia «electorera» podía ser. «Los

negros que Arnulfo mandó a capar, votan por Arnulfo», decía. «No hay pueblos malos, pero sí pueblos envilecidos, domesticados a rejo limpio.»

Y tenía también aquí, a la vuelta de la esquina. el ejemplo de Costa Rica, tan querido y citado por los norteamericanos. La Suiza de América era un buen ejemplo de democracia, pero no en el sentido que la burguesía tica piensa, sino al revés, como una prueba contundente de que la democracia electorera no sirve para nada. En todo caso, más sirve para ocultarle a los pobres el origen de sus problemas que para resolvérselos de una manera efectiva.

Una vez, volando sobre Suiza, me dijo el General: «Mira Chuchú, la Costa Rica de Europa». Había ironía en la forma como lo dijo. Pero también un dejo de honda tristeza pensando en un pueblo centroamericano que también era suyo.

En otra ocasión, dentro de esa misma línea, pero con otro ánimo, se refirió a Atenas como «la Bogotá de Occidente». Qué olímpico desprecio sentía por los alienados culturalmente.

Y sin embargo ni él mismo estuvo del todo exento de esa tentación europeizante. Una vez, en pleno Palacio de los Eliseos, donde Giscard D'Estaing, Presidente de los franceses, le daba una cena de Estado, en un aparte me dijo: «Vámonos a Coclesito, Chuchú, que esto comienza a gustarme».

¿Y cómo no va a gustarle? Pero una cosa es que a uno le guste algo, y otra que a uno le guste que le guste. Esto segundo es más. Querer querer es dos veces querer. Porque además del corazón va incluida la voluntad. Y al General Torrijos no solamente le gustaba su pueblo, sus costumbres, su particular manera de ser y de sentir, sino que también le gustaba que le gustara. Por ejemplo, esa especie tan particular de tristeza y melancolía que nuestros campesinos llaman «cabanga», y que se la come y mastica como un chicle insípido, sin sabor, que es a lo que sabe la soledad.

Nunca me dijo que estaba comiendo cabanga, porque cuando se la come no se lo dice. Pero la gente de su escolta sí se la vimos comer muchas veces. Y entonces nos pasábamos la consigna de que ese día había que protegerle la soledad.

Como no fue un hombre objetivo, nunca le interesó el folklore, ni podía distinguir mucho entre un campesino nicaragüense o salvadoreño y uno panameño o costarricense. Para él, el pueblo era un concepto de clase, no de nacionalidad.

Había que verlo en Ciudad Romero, tan cerca de Cocle-sito y en consecuencia también de su corazón. Se la llamó «Ciudad» para expresar el orgullo y la dignidad de los campesinos refugiados salvadoreños que la componen. Y se la llamó «Romero» por el Monseñor, para que se sepa la filiación política de sus ciudadanos.

Omar Torrijos, y unas cuantas familias pobres salvadoreñas, fundan Ciudad Romero en plena selva de la Costa Atlántica. Al principio hay que llevarles todo, primero por avión, hasta una pista, media pista, que da al mar, y luego río adentro, selva espesa adentro, en lancha.

Poco a poco, sin embargo, se han ido haciendo autosuficientes. Tienen un aserradero y todas las casitas, de madera, son iguales, con su balcón y sus zancos, porque el terreno es muy quebrado. La última vez que fui, ya tenían un muerto, un muerto solitario, pero que estaba estrenando cementerio. Realmente es bien bonito. Parece un nacimiento de Navidad. Y seguramente lo es, del niño hombre.

En una ocasión un grupo de ellos se entrevistó con el General para solicitarle los medios y el permiso de regresar a El Salvador. Querían ir a traer a familiares que estaban pasando páramos, hijos perdidos, padres enfermos... Todas eran historias muy conmovedoras.

Esa noche, sin embargo, y con mucho silencio y sigilo, llegaron las mujeres de ellos, para pedirle al General que no les diera el permiso solicitado, porque a lo que realmente iban era a pelear en la guerra.

Así son los pipiles salvadoreños, «guanacos hijos de puta», como amorosa y rabiosamente les llamó Roque Dalton, guanaco él mismo como el que más.

Actualmente en Ciudad Romero hay un monumento. Es muy humilde. De madera, con una especie de techito, para

proteger la imagen de los dos varones que el monumento honra: Monseñor Romero y el General Torrijos.

Quizás me he salido un poco del tema, pero yo considero que es importante ver la relación de clase que unía al General Torrijos con los pobres, para poder comprender su compromiso con la revolución nicaragüense y la de otros pueblos en las que también combatía.

Esa relación era simétrica, de ida y vuelta, porque los pobres, aun sin conocerlo, lo reconocían. Recuerdo el entusiasmo con el que lo reciben en Managua y en Estelí, a raíz del triunfo.

En Estelí sucede algo muy bonito: un campesino que está en la multitud que ha salido a la calle a verlo pasar, se acerca a él y lo invita a comer a su casa. Haóló de un queso, muy especial y muy sabroso, que tenía.

Como él no podía ir porque estaba siendo atendido por todos los Comandantes, me pidió que acompañara a su hijo Martín a la casa del campesino, porque él lo sentía mucho, pero no podía ir. Y de verdad que lo sentía mucho.

Algunos meses después, para el primer aniversario del triunfo, lo volvieron a invitar a Nicaragua. Ya estábamos con un pie en el estribo cuando se le informa que Fidel Castro también va a asistir. El General Torrijos vacila un poco. También en esos días andaba por acá Felipe González y Felipe le aconseja que vaya. Esa no era la opinión del Coronel Roberto Díaz Herrera, que en esa época era el Secretario Ejecutivo de la Comandancia.

El General Torrijos me mandó a llamar a la terraza donde estaban los tres y me pidió mi opinión. Yo le aconsejé que no fuera.

No porque temiera que la proximidad de Fidel fuese a teñirlo, o por lo menos pringarlo, de rojo. Para mí ése no es un color malo. Sino porque yo tenía la impresión de que lo invitaban, aunque solamente sea en parte, para hacerle contrapeso a Fidel. Esto supone que mi General Torrijos pesaba

en el sentido contrario. Y eso es falso y es humillante. Le aconsejé que no fuera. Y no fue.

Como era de esperarse, porque la sinceridad es el mejor abono que la amistad tiene, sus relaciones con Fidel Castro y con los Comandantes sandinistas se hicieron aún más profundas.

Una de las acciones más dramáticas en las que el General Torrijos colabora con sus amigos de la Dirección Nacional del Frente Sandinista, es la siguiente: Había una brigada, llamada «Simón Bolívar», compuesta por internacionalistas que no vacilaron en ir a Nicaragua a echar el hombro. Muchos de ellos, antes del triunfo. Y combatieron.

Estos muchachos eran trotskistas. Había alemanes, suecos, muchos colombianos, ticos, y por lo menos un panameño, José Cambra.

Como buenos trotskistas, promovían la causa de los obreros y los campesinos. El problema era que como el único sitio donde podían trabajar, porque solamente allí los permitían, era en las empresas estatales sandinistas, los brigadistas troskos estaban, cómodamente, creándole problemas al sector estatal, para gusto y regusto del sector privado reaccionario.

Eso no podía continuar así. Pero era muy difícil congregarlos y deportarlos, porque estaban regados por todo el país. Entonces a los sandinistas se les ocurrió una estratagema un poco dudosa, pero eficaz: les mandaron a decir a todos que la Dirección Nacional del Frente quería reunirse con ellos en Managua. Y acudieron a la cita, orgullosos y entusiasmados, vestidos de verde olivo y con el banderín rojo y negro atado al brazo izquierdo.

No sé si fue Tomás Borge o algún otro comandante. El asunto es que le pidieron a Torrijos que los ayudara en el problema. Y el amigo panameño, por supuesto, accedió con gusto: les facilitaría un avión grande para sacar de Nicaragua a los brigadistas problemáticos.

El General Torrijos, que tiene mucho respeto por mi rango civil de catedrático, me pide que vaya en el avión como jefe de seguridad. Bien explícitamente me explica que mi función es la de asegurarme de que a esos muchachos se los trate bien. Y me voy en el avión, a media noche. Un Electra de la Fuerza Aérea.

A todo estos los trotskistas se han congregado en el lugar de la cita. Y en ese momento los rodean y los toman prisioneros a todos. De allí, a punta de cañón de fusil, se los llevaron en camiones al aeropuerto, en donde estoy yo, y unos seis guardias más, esperándolos con el Electra.

Y entonces suceden algunos incidentes que no serán importantes para la historia, pero sí para la biografía, se entiendo que de Nicaragua y de Panamá. Porque si hay hombres que tienen historia, ¿por qué no va a haber países que tengan biografía?

Por ejemplo el incidente de Cambrá, el joven panameño, muy conocido mío en la vida universitaria. En cuanto que lo ve e identifica un oficial panameño, lo maltrata y allí mismo le espasa las manos. Sentadito en el avión, con su barba negra y las manos cruzadas, parecía un Cristo. Me pregunta qué les van a hacer, porque temía lo peor. Yo le dije que los llevaban a Panamá. Me pidió que le avisara a su familia. Le prometí hacerlo, y lo hice.

Un detalle que debe decirse, porque es indicativo de la calidad de Cambrá, es que todo el incidente ese no le hizo cambiar en lo más mínimo su apoyo a la revolución nicaragüense. Cuando volvió a Panamá siguió escribiendo en su favor y colaborando en todos los actos de solidaridad con el pueblo de Nicaragua. Desgraciadamente no es frecuente esa unidad entre las diversas tendencias de la izquierda. Quizás sea el precio que hay que pagar por el entusiasmo propio de los revolucionarios. Les falta el frío cálculo de los reaccionarios porque les falta el frío en general.

Asociación de ideas: como eran alrededor de las dos de la madrugada, hacía frío en la pista. Mientras esperábamos que llegara el resto de los ratones cogidos en la trampa, los brigadistas estaban sentados en el suelo, bajo el ojo atento del

cañón de los fusiles. Uno de ellos tiritaba de frío. Me quité una chaqueta que tenía y se la presté. Parece que estaba enfermo. Por lo menos tenía fiebre. Seguramente mi gesto le dio confianza, y entonces me pidió en secreto que tratara de avisarle a la Dirección Nacional lo que estaban haciendo con ellos. Cuando era precisamente la Dirección Nacional la que lo estaba haciendo.

Conforme iban llegando, lo primero que hacían era pasarlos al edificio del aeropuerto. Allí los revisaban para confiscarles las armas, si las tenían.

Un caso dramático fue el de un joven alemán. Hablando español con un fuerte acento, se quitó él mismo la banda roja y negra sandinista que llevaba en el brazo, y se la ofreció al compañero nicaragüense que lo apuntaba con su fusil: «¿No quiere usted guardar esto, como recuerdo?», le dijo, mirándolo fijamente a los ojos.

Se quedaron viendo ojo con ojo, en un reto tácito de ver quién bajaba primero la mirada, quién era moralmente más fuerte. El que había venido desde tierras lejanas, abandonando todo lo suyo, para echarle una mano a los revolucionarios nicas, o el revolucionario nica que cuidaba su revolucioncita recién nacida de los que podrían ponerla en peligro, por muy bien intencionados que fueran. Porque cuando no se trata de la salvación personal del alma de uno, sino de la salvación del mundo de todos, lo que cuenta es lo que se hace, y no la intención con que se lo hace.

Se hizo un silencio espeso. Como yo era partidario de ambos, me decidí a intervenir pidiendo para mí la cinta roja y negra. Pero antes de abrir la boca, un sandinista se adelantó y, sin decir una palabra, tomó la cinta y la puso junto a unas granadas y un par de pistolas que le habían confiscado a los trotskistas. Ahora mismo yo no sé por qué, pero eso salvó el honor de los dos contrincantes. Volvió el sonido y la noche siguió su curso.

Despegamos como a las tres de la madrugada. Venía el avión cargado de silencio, de miedo, y sobre todo de preguntas. A los cinco minutos falló una de las cuatro máqui-

nas, pero no era cuestión de regresarse. Además, la pista no tenía luces, y el piloto no la conocía.

Por fortuna venían todas las luces encendidas. Después de todo, eran prisioneros y había que vigilarlos. Hicimos el viaje distraídos, viéndonos la cara. En la oscuridad habría sido todo demasiado dramático.

No sé si al día siguiente, o un par de días después, Daniel o Humberto Ortega hace un discurso en donde se menciona el caso de la brigada «Simón Bolívar». Los brigadistas, desde la cárcel, donde oyen y ven el discurso por la televisión, se enfurecen y, me cuentan, le tiran platos a la pantalla y la rompen.

Luego de un par de días, los brigadistas son deportados a su país de origen, y yo espero que hayan tenido la misma madurez política de Cambra. La revolución es cosa de hombres. No de ángeles ni de maricones. De hombres.

Durante la guerra, la colaboración del General Torrijos, que primero es clandestina, poco a poco se va haciendo más abierta y «descarada». A pesar de que ya tenía desatada su propia confrontación diplomática con los Estados Unidos, en ocasión de los tratados que entonces se negociaban, no vaciló en poner en peligro su propio éxito para asegurar el ajeno.

Claro está que nunca lo consideró ajeno. Nada de la causa popular, independientemente de la nacionalidad, le fue nunca ajeno. Además, como voy a decir más adelante citándolo a él mismo: «La única forma de negociar con los norteamericanos, es con una granada en la mano.»

Por otra parte, la batalla diplomática en la que él estaba embarcado, no era, no podía ser tan definitiva como la guerra de tiros que el FSLN libraba. A pesar de haber optado por la vía de la negociación y no la de la confrontación, no se cansó nunca de observar que «no hay forma jurídica de liberar a un país».

Desde Panamá sale con regularidad un avión grande, cargado de pertrechos de guerra, hasta una pista a unos cuantos kilómetros de Liberia, cerca de la frontera con Nicaragua. Por cierto que ese mismo avión, en parte por la compartimentación con la que todo esto se lleva a cabo, se le vende a Modesto. Modesto carga su avión con militantes y se dirige a Nicaragua a tomarse una población importante. Desgraciadamente encuentran malas condiciones atmosféricas al llegar, y el piloto, panameño por cierto, no aterriza. Regresan a Panamá y aquí le quitan a Modesto su avión, pero para seguir usándolo en la misma guerra.

Para entonces se ha avanzado bastante hacia esa unidad del Frente que realmente era indispensable para el triunfo. Anteriormente cada tendencia tiraba para su lado, sin demasiada fuerza cada una de ellas, y quitándole fuerza a todas las demás. Los llamados «terceristas» decididos a obtener el triunfo lo más rápidamente posible y aunque fuera mediante alianzas con sectores regresivos y lúmpenes. La GPP, «Guerra Popular Prolongada», que tenía los cuadros más sólidos, dispuesta a esperar lo que hubiese que esperar, a condición de que el triunfo fuese más puro políticamente, y en consecuencia más radical y definitivo. Con relación al tercer grupo, los «Proletarios», nunca los conocí bien y prefiero no opinar.

Yo pienso que, con la perspectiva de los años, cada vez se ve más claro que ambos grupos tenían la razón, aunque ninguno de los dos toda la razón. No hace mucho me decía un compañero que había militado en la GPP: «Nosotros somos mejores, pero los que ganan la guerra son ellos.» Afortunadamente todo eso pertenece ya al pasado.

Gracias sobre todo a Fidel Castro, que desde siempre les pedía que se unieran.

Y gracias también al General Torrijos, que también les aconsejaba lo mismo, sin condicionarles la ayuda que les daba a esa unidad que les pedía. El General Torrijos sabía bien que la pelea era de los nicaragüenses y que su lugar en ella, por el que les estuvo siempre muy agradecido, era el de colaborador, no el de dirigente.

Es importante dejar esto claro, porque algunos, sin duda bien intencionados, han querido darle al General Torrijos un papel más decisivo en la unificación de las tendencias.

A quien también hay que darle las gracias por haber colaborado, por supuesto que queriendo lo contrario, en la unificación inonolítica del pueblo nicaragüense y sus dirigentes, es a Ronald Reagan, «el hombre a quien da gusto odiar», y que le ha hecho justicia al imperialismo dándole el gobernante que se merece. A lo mejor algún día le haremos una estatua, como decía mi General Torrijos que habría que hacérsela a Macarthy, «en reconocimiento a su colaboración con los cambios sociales. Porque cuando es tanta la represión, la respuesta es mucha. Porque cuando se acusa o tiñe de rojo, o de cualquier otro color, a quienes propician la erradicación de la injusticia y el advenimiento de una sociedad más justa y más distributiva, uno llega entonces a la conclusión de que ese color es sano, de que ese color es bueno, porque son buenas y sanas las aspiraciones y las intenciones de los hombres a quienes se les ha teñido con él».

Incluso a nivel personal Ronald Reagan sirve. Muchas veces me ha pasado que estando políticamente abúlico, cuando nada tiene peso o importancia y la vida se desliza trivialmente y sin sentido, entonces recuerdo a Reagan, el rostro feo, arrugado y obsceno de Reagan, y se me carga el corazón de odio. De odio al imperialismo y de amor a la humanidad, y es como si mi vida levantara la cabeza.

El «servicio» a la revolución prestado por Panamá en la década de los setenta, es algo más que una triste extensión del tipo de economía determinado por su condición geográfica transitista. Y desde luego mucho más que un acto de generosa solidaridad desinteresada.

Es todo eso, pero también más. El General Torrijos lo veía como una inteligente inversión en el futuro de su país, en la medida en que los cambios sociales en la región fatalmente, por dicha, repercutirán dentro de nuestra propia estructura. Incluso se puede defender la tesis de que para el

General Torrijos la Revolución panameña pasa por toda la región.

El hecho es que sus aportes, importantes, concretos, estratégicos, son como una pelota que se tira hacia fuera pero para que rebote. Por supuesto que se requieren condiciones para poder «apañar» la pelota en su rebote, pero esas condiciones pueden ser compatibles con los factores específicos nuestros, históricos y económicos, sin que lo sean con un proyecto revolucionario más directo.

TEORÍA DE LA PELOTA

No sé si fui yo, o él mismo, quien le llamó así: «Teoría de la Pelota». Es una concepción, y a veces yo pienso que incluso un estado de ánimo, según la cual Panamá juega un papel político muy particular en la región. Lo que sí recuerdo bien es que fue en las Islas Bahamas donde se refirió bien explícitamente al asunto.

Veníamos de un viaje largo y paramos a pernoctar allí, para no llegar de noche a Panamá. Camino al hotel pasamos por unos cocoteros en los que las palmeras formaban unas hileras perfectamente rectas. Cuando alguien que venía con nosotros se preguntó en voz alta si habrían nacido así, naturalmente, o si las habían plantado artificialmente en esa forma, el General repitió un pensamiento suyo que en ese momento tenía un doble sentido: «Nada natural es en línea recta.»

Él pensaba en el camino natural que debían seguir nuestros pueblos hacia la conquista de su liberación, y por ende de la justicia y de la felicidad. Él pensaba incluso en la forma natural de exponer un tema, comunicar una idea, enamorar a una mujer o hacer una revolución.

Allí, en esa isla turística, que creo era Nassau, esa noche en la que no había otra cosa que hacer más que dejarla pasar anónimamente, se puso a meditar, así, en borrador, como decía él, sobre el servilismo.

Esa isla producía servicio solamente, servicio a los ricos, a turistas ricos. Haciendo de todos sus habitantes sirvientes, «waiters», con la mentalidad y la personalidad característica del waiter, del servil, cuya remuneración más importante es la propina, es decir, la caridad.

Y qué parecido era eso a la economía de Panamá, cuya condición geográfica la había dispuesto, casi que condenado,

al transitismo y a la economía basada en servir a lo que transita por nosotros: venderle sandías a los que atravesaban el Istmo camino del oro de California en el siglo pasado, venderle agua a los barcos que transitan por el Canal, venderle sexo a los marineros borrachos norteamericanos, alquilar nuestra bandera a los barcos, como una cosa de «conveniencia»... En fin, vender, alquilar, sonreír, soportar, y encima de todo eso, agradecer.

Desde las Ferias de Portobelo hasta la Zona Libre de Colón, en Panamá lo que no se vende se alquila. Y el panameño, o vende la mula, o alquila la mula, o los explotadores de siempre hacen que haga de mula él mismo.

Con el explícito propósito de inculcarle al panameño esa dignidad que para él tenía un contenido tan político como moral, según ya hemos señalado, el General Torrijos quiso desarrollar proyectos estatales, fábricas, ingenios... que hicieran de un país de sirvientes, uno de productores. Chocó contra los alma-de-waiters que practican el servilismo por necesidad pero también por vocación y oficio. Porque lo harían gratis, e incluso pagando. No, no lo hacen gratis. Cobran. No serían tan ricos si no cobraran.

Yo los he visto cuando llegan a los Estados Unidos. Se les ilumina el rostro. Se le aguan los ojos. Están en la casa del patrón y lo encuentran perfecto todo: la comida, el servicio telefónico, la televisión...

Recuerdo que una vez paramos en Las Vegas para ver una pelea de campeonato. Las Vegas es un centro de juego. Sin exageración, hay maquinitas tragamonedas hasta en los servicios de excusado. Todo lo demás, los restaurantes, los cabarets, los hoteles, no hacen más que formar el cuadro, el ambiente lujurioso, superficial y asqueroso para los juegos de azar y las apuestas.

No es lo mismo la apuesta que hace un pobre cuando compra su billetito de lotería, que la que hace el rico para el cual el dinero no significa sobrevivir sino super-vivir. La gula crematística, la libido por el dinero, el hambre por el poder, por el poder joder a otros, sonríe en esos rostros re-

chonchos y redondos de los norteamericanos que van a Las Vegas.

El General Torrijos no tuvo ningún interés en asomarse a ese mundo superficial y perverso de Las Vegas. Ni por curiosidad apostó cinco centavos. En cambio no vaciló en compartir la alegría barata, el vicio inocente de los pobres, viendo alguna telenovela cursi venezolana. Porque aunque sea un medio que el sistema emplea para domesticar a nuestra gente, su popularidad ha llegado a un punto en que ya no se puede hablar con la gente si no se sigue la telenovela en curso.

Una vez estaba el General en su casa de Farallón, a orillas del mar, reunido con el Presidente de Costa Rica, cuando entonces entró la abuela y le dijo: «Perdone que lo interrumpa, mi General, pero ya va a comenzar la novela».

Me comentó después: «¡Qué vergüenza, Chuchú! Oduber habrá pensado que yo veo eso». Pero es mentira, no le daba ninguna vergüenza. Más bien estaba orgulloso. Porque le gustaba compartir con su pueblo hasta sus pequeños vicios, sus errores incluso, sus supersticiones.

Por ejemplo, el General Torrijos nunca dejó de ir, cuando podía, a ese barrio popular del Chorrillo, cerca de la Comandancia, a buscar sus billetitos de lotería. Y nunca dejó de ganar, porque lo que buscaba no era dinero, sino instalarse en el mundo de los pobres, en cuyo bando se enlistó.

Para quitarle el mal sabor que le había dejado Las Vegas, lo llevaron a ver una represa famosa que hay por allí cerca: la represa Hoover. Es la más grande del mundo, según nos dijeron. O la más algo del mundo. La cosa es que nos la presentaron como una muestra de la tecnología norteamericana, en una abierta invitación a que la admiráramos. «Sí» —dijo el General—, «pero toda esa tecnología es para alumbrar un garito». Y estaba literalmente en lo cierto.

Ya anteriormente había hecho una observación semejante cuando alguien, en el hotel, le llama la atención sobre la nitidez de la imagen del televisor y la belleza de sus colores: «Es una tecnología al servicio de la producción de programas y propagandas comerciales que imbecilizan a la

gente». Es una parte del proyecto capitalista de hacer «gente para las cosas, en lugar de cosas para la gente», como lo dijo él una vez.

Son los mismos que le alegaban que las empresas estatales perdían dinero, que eran «un mal negocio». Nunca las vieron en la óptica del General, que era la de la liberación de la servidumbre, no la óptica del negocio. Y son los mismos que, muerto el General, corrieron a venderle al sector privado las empresas estatales, poniendo de manifiesto lo que todo el mundo sabe y que el General señalaba cuando decía: «Para nosotros es el himno nacional. Para ellos, el sonido de sus cajas registradoras.» Y en otra ocasión: «La oligarquía no tiene nacionalidad.» Pero no porque estuviese por encima de ella, como la clase obrera, sino porque estaba por debajo de ella, en el subsuelo, como las ratas, pelechando de las sobras que el imperialismo le tira.

El General Torrijos fue perfectamente consciente de que su modelo político y económico se estrellaría fatalmente contra los años de servidumbre y el alma de siervo inculcada, cincelada, por una economía determinada por nuestra famosa condición geográfica, dizque privilegiada, pero que sólo maldades nos ha traído. Por ser estrechos de cintura nos zanjaron en dos con un Canal, y con el Canal vino la presencia norteamericana, física, psicológica, económica, cualitativa, cuantitativa, cultural, lingüística..., y de sus intereses, y de su tecnología a veces grosera, pero a veces muy sofisticada, para crear mentalidad de siervos.

Fue muy consciente de eso y es la razón por la que su alegría revolucionaria tuvo siempre como contrapunto la tristeza del fracaso de dos alternativas heroicas en favor de caminos más inteligentes: la de la confrontación armada con el imperialismo, que cedió su puesto a la negociación diplomática, y la de una insurrección popular que se tomara el poder que le correspondía al pueblo. Esta última, para la cual en la época de Torrijos no había condiciones en Panamá, le cede su puesto a la decisión del General de convertir nuestro país en la retaguardia de la revolución regional, a

cuyo triunfo entonces, y solamente entonces, podremos sumarnos pacíficamente.

En ambos casos, tanto en la liberación internacional como en la doméstica, estamos pagando el menor costo social posible. Y en el segundo, es la única alternativa viable. La geografía y la historia de Panamá han determinado una economía de servicios y una mentalidad de sirvientes en muchos panameños que ya es tradicional.

Entre los documentos todavía inéditos que guardo del General, está un pequeño ensayo sobre Mano de Piedra Durán, el gran boxeador panameño. Es interesante porque el tema lo hace arrancar desde ese contexto social que es la calle del pobre, donde lo único que protege al niño son sus puños, «Durán tuvo que ganarse el real abriéndose paso desde pequeño en un mercado de trabajo donde las peleas a puño limpio jerarquizan atemorizando», escribe el General. Y porque el General sabe que gran parte de la fuerza que Durán pone en los puños le viene de una larga tradición.

Lo que a los panameños nos falta en tradición de lucha social organizada, nos sobra en tradición boxística. Proporcionalmente a nuestra población, Panamá es el país que más campeones de boxeo ha tenido en el mundo. En eso es campeona invicta. En un momento dado, cuatro campeones mundiales eran panameños.

Si pudiéramos dirimir nuestros problemas con el imperialismo a puñetazo limpio, hace tiempo que los tendríamos ya resueltos, y por la vía rápida. Claro, habría que tener en cuenta el peso, porque todos nuestros campeones han sido de una categoría liviana: peso mosca, peso gallo, peso ligero, peso desnutrido de país subdesarrollado. Pero con una fortaleza, física y moral, que les llega desde la prehistoria de la infancia a través de una «selección social» más cruel y rigurosa que la natural. La calle perdona menos que la selva.

Es muy conmovedor ver corriendo por las calles, en la mañanita, a los jóvenes boxeadores que se están entrenando. Si un cholito panameño igual que ellos, Mano de Piedra Durán, ha logrado alcanzar ese puesto y prestigio mundia-

les, entonces ¿por qué no ellos? Ese es el papel que juega la tradición.

Decía Unamuno que cuando un químico inglés está haciendo una investigación científica, él siente que tiene detrás suyo a toda la armada británica. Y por eso se siente protegido y se lanza a tener ideas audaces, y descubre cosas, y hace avanzar la ciencia. Pero, y la ironía es de Unamuno, no mía, un químico español, o peor aún, un argentino, o, todavía peor, esto sí lo añadimos nosotros, un panameño, ¿de dónde va a sacar el coraje, la confianza, para lanzarse al vacío persiguiendo una idea nueva?

Donde sí nos sentimos avalados es en el boxeo. Durán, Panamá Al Brown, Ismael Laguna, Pedroza, y tantos otros, están ahí, en la primera fila, aupando y gritándole sus consejos al joven boxeador que suéa al ring por primera vez.

Yo pienso que a los nicas les pasa lo mismo con la poesía. Por eso tienen tantos poetas en la actualidad, y tan buenos: porque los han tenido en el pasado. Y por eso los tendrán en el futuro: porque los tienen en la actualidad. Es un círculo que, en este caso, habría que llamar «virtuoso». La tradición se autoalimenta.

Desgraciadamente también juega ese mismo papel la tradición del siervo, girando en un círculo, éste sí, vicioso. Si todos mis padres, si todo mi pueblo siempre ha sido sirviente de los yanquis, ¿quién soy yo para pretender no serlo?

Estoy siendo injusto con mi país. Resentimiento, quizás. Quizás despecho. La verdad es que sí tenemos una tradición de lucha, y con los dos enemigos, el de dentro y el de fuera. Precisamente el General Torrijos es hijo de esa tradición. Porque no nació del aire ni por generación espontánea. Fue la conclusión natural de una tradición que parte de Felipillo, el negro, de Urracá, el indio, de Bayano, el negro, de Prestán, el mulato, de Victoriano Lorenzo, el cholo, del humilde vendedor de sandías de 1856 que provocó una ola de odio anticolonialista justamente en los tiempos de William Walker y su invasión a Nicaragua... Por no decir nada de los movimientos obreros del siglo pasado, de

la huelga inquilinaria de 1925, y sobre todo, de los mártires de enero de 1964.

El General Torrijos, el cholo, con su teoría del «alpinismo generacional», por una parte está reconociendo agradecido, la herencia revolucionaria que recibió, pero por la otra, le está anunciando a las futuras generaciones la responsabilidad de recibir y continuar la tradición revolucionaria.

El problema es que basta que haya un solo negro que vote por Arnulfo Arias, el de la constitución racista de 1941, o por cualquiera otro de su calaña, para que esté justificada la tristeza y la decepción, el resentimiento y el despecho. Los del General Torrijos fueron profundos, porque están en relación directa con el amor, igualmente profundo, que le tuvo a su pueblo. Por eso le dolía tanto la mentalidad deformada del esclavo que él quiso educar y liberar.

Esa es la mentalidad que echa por tierra la Reforma Educativa, alegando que es comunismo. Que ataca los Centros de Orientación Infantiles, alegando que es comunismo, las Empresas Estatales, el Código del Trabajo, la Ley de la Vivienda, alegando que es comunismo. Incluso los Tratados del Canal, alegando cínicamente, que no son lo suficientemente patrióticos, exactamente como en su oportunidad alegaron que no era patriótica la nacionalización de la empresa norteamericana Fuerza y Luz.

Allí, en Nassau, en ocasión de alguna referencia que se hizo a un servicio que le prestábamos a un movimiento revolucionario, y que podíamos hacerlo porque tenemos un Centro Financiero, el General se extendió largamente y con tristeza, yo creo que también con decepción, sobre nuestra corta, pero intensa historia de sojuzgamiento y, cosa terrible, envilecimiento. «Los negros que Arnulfo mandó a capturar, son arnulfistas». volvía a decir.

Yo le comentaba, objetándole con amargura, que una política revolucionaria «de servicio» no puede más que permitir que los revolucionarios pasen por nuestro país, tengan en él un pequeño espacio operativo en el que poder moverse, y a lo sumo darle un par de pistolitas, como lo estábamos haciendo en el caso de Nicaragua. ¡Por un plato de

lentejas bien pequeño habíamos cambiado nuestra propia revolución!

Yo no estaba del todo de acuerdo conmigo. En primer lugar, no era un par de pistolitas sólo. Era bastante más. Y en segundo lugar, ¿cómo se le puede llamar «plato pequeño de lentejas» a la vida de Ricardo Lara Parada, que habíamos salvado? ¿Al rescate de Germán Pomares, y de tantos otros, que se había podido hacer gracias a nuestra aparente neutralidad que nos permite hablar hasta con Pinochet? Pero de esto yo no le decía nada.

Él, entonces, habló de cómo en Panamá no habría cambios revolucionarios hasta que el peso de la región entera no la tirara en esa dirección. En Panamá la revolución se la hace ayudando a que se la haga en otros países. Por eso el nombre: «Teoría de la Pelota»: tirarla afuera para que rebote.

Por supuesto que hay pesimismo en esta teoría, justificado o no. Pero no es un pesimismo radical: puede que seamos los últimos en llegar, pero vamos a llegar.

Para el General Torrijos el papel, estratégico, que Panamá debe jugar en la región, es el de ser la retaguardia de la revolución centroamericana. Darle servicio a la revolución es una forma de hacer la revolución. Una forma modesta, pero de gran valor estratégico.

Esto no quiere decir que en ese servicio se agote nuestro quehacer revolucionario. Muy por el contrario, hay mucho que hacer. De nada serviría que la pelota rebotara si no hay una capacidad panameña de recepción. Debemos, por lo menos, estar en condiciones de poder «apañar» esa pelota.

Esa fue, fundamentalmente, la teoría estratégica del General Torrijos para la revolución panameña. Por eso, cuando decide «replegarse», abandonar la vida pública, no hace más que cambiar de trinchera: la doméstica, donde tantos contratiempos tuvo para implantar su modelo, por la internacional.

También ésa era una patria. «Patria internacional», la llamaba él. No está abandonando la lucha. Por el contrario,

la está intensificando. El enemigo esto lo entendió bien, porque es el momento en que decide matarlo.

Nunca estuve totalmente de acuerdo con esta teoría. Ser torrijista no significa ser torrijito.

Me decía el General que yo era el mejor asesor que él tenía, porque bastaba que él hiciera exactamente lo contrario de lo que yo le aconsejaba, para no equivocarse nunca.

Como me lo decía en broma, yo no le contestaba. Hoy sí podría hacerlo. Y perfectamente en serio. No como torrijito, ni siquiera como Torrijos, como torrijista, que es Torrijos creciendo «en la correcta dirección histórica». Esto es, «recogiendo su bandera y llevándola hacia adelante», porque él mismo nos pidió que lo superásemos.

XI

PRINCIPIO DE OMAR

«If something can go wrong, it will.»

Peter's Principle

Tarde, bien tarde en la noche, caminábamos despacio por los pasillos oscuros de la Casa Blanca. Si a algo en el mundo se le podía llamar «las entrañas del monstruo», sus intestinos, sus celdas mentales, sin estar haciendo ninguna metáfora, era a esas oficinas, esos pasillos largos, con recovecos, divisiones y subdivisiones.

Nos habían dejado en una de las oficinas, creo que la de Bob Pastor, un joven integrante del Consejo de Seguridad Nacional. Y nos impresionó por lo modesta. Una modestia más indicativa de la eficiencia con la que manejan el mundo que de una supuesta virtud moral de sus ocupantes. Veíamos los mapas que colgaban de las paredes, los libros de consulta, una flor en un florero, fotos de familiares... ¿Así, pues, también ellos son humanitos? Pero después de un rato, el General prefirió caminar.

En Nicaragua, la guerra rugía. Uno tenía la certeza de que ese silencio de tantas máquinas de escribir, y teléfonos, y teletipos..., todos ellos mudos a esa hora, con los labios apretados, callando, era un silencio nicaragüense.

Quiero decir, que lo que no oíamos, pero sí veíamos con la imaginación, eran las bombas de 500 libras que Somoza había ordenado dejar caer desde helicópteros sobre los barrios populares de Managua, donde el pueblo insurrecto se había atrincherado. Lo que no oíamos, era ese crepitar tostado característico que hacen los incendios, como de cucaracha inmensa que se arrastra sobre papeles. No oíamos los gritos de la gente. Pero con la imaginación veíamos las bocas abiertas, a las que se les añadía, a la angustia del grito, la de la absoluta impotencia de su mudez... Fogonazos de fusiles disparando en silencio... Casas derrumbándose en cá-

mara lenta... Esa clase de silencio era. Lo comparo solamente con el que produce el Guernica de Picasso.

Dos días atrás, el General me había llamado a su dormitorio. El nunca separaba demasiado las diferentes partes de la vida. El dormitorio, la sala o la cocina, podían servir, indistintamente, para comer, dormir o trabajar. De manera que en su trabajo estaban presentes también sus otras actividades, al igual que había una presencia de su trabajo en todo lo que hacía: fumar, caminar, descansar, comer... Por eso comía rápidamente, la mayor parte de las veces de pie, sin ni siquiera sentarse, como quien estaba en la mitad de una faena, y trabajaba despacio, como quien estuviese comiendo o reposando.

Todo estaba en todo. No había parcelas o cercas en su vida, ni era especialista en sentir, como él mismo lo habría querido, o pensar, o hablar, o hacer. Podía pensar con el corazón y el hígado, querer con la inteligencia y la razón, hablar con sus obras, con sus manos, y construir con sus palabras.

Allí, en su aposento-oficina, estaban también Rory González y Gabriel Lewis, dos asesores suyos especialmente con relación a los Estados Unidos. En cuanto entré, me dijo: «Yo sé que no tengo necesidad de decirle esto, mi Sargento, pero Carter me lo ha pedido y quiero cumplirle. Vamos a hacer un viaje a los Estados Unidos pero nadie debe saberlo.» Asentí y me fui inmediatamente a mi casa a preparar un maletín.

Llegamos a Washington después del mediodía, en el jetsito de la Fuerza Aérea. Allí nos recibieron, con mucho misterio unos oficiales de la base de Andrews, y nos dieron dos autos. Rory y Gabriel se fueron en uno de ellos, y el otro lo tomamos mi General, la secretaria y yo. En un tercer viaje los agentes del Servicio Secreto asignados como escoltas de seguridad.

En un momento dado, seguramente para cubrir el cruce de una esquina, el auto de la seguridad iba por delante del nuestro. Entonces el General le pidió súbitamente al chofer que girara hacia la izquierda. Nos perdimos de los dos

automóviles y entonces la secretaria, por indicación del General, fue guiando al chofer hacia la casa de una familia amiga del General, una señora llamada Argentina viuda de Vial, cuya dirección no conocía, pero a la cual sí podía llegar.

No era la primera vez que el General jugaba a perderse de la seguridad norteamericana. Algún tiempo antes, por ejemplo, en una recepción de la Embajada de Panamá en Washington, de pronto nos pidió a su escolta que lo sacáramos de allí sin que se dieran cuenta los agentes del Servicio Secreto. Había como sesenta de éstos, en todas las salidas, por todas partes. Realmente era una orden imposible de cumplir.

Un oficial nuestro, entonces, le telefonó al Coronel Noriega, que se hospedaba en un hotel, para preguntarle qué podíamos o debíamos hacer, esperando de él, como Jefe de la Seguridad panameña, el permiso de exonerarnos de una tarea imposible.

Me dio mucho gusto cuando me enteré de que el Coronel le había respondido: «Cumplan la orden.»

Y quisimos cumplirla. Incluso hasta consideramos sacar al General escondido en el maletero de un automóvil. Pero no hubo forma. Para él fue una gran frustración. Y para mí también.

Hay que recordar que la carta más fuerte que usó el General Torrijos en la negociación de los Tratados fue la amenaza de destruir el Canal. Y quien puede destruir el Canal debe también estar en capacidad de burlar la vigilancia de unos agentes del *Secret Service*.

Así llegamos a la casa de esta familia y entonces llamé por teléfono a la Casa Blanca, para informarles que ya estábamos en Washington. Me preguntaron entonces la dirección del sitio en donde estábamos, para mandar a buscarlos. Y el General me dijo que les explicara que como Carter había pedido mucho secreto, ni él mismo sabía dónde estaba.

El lo dijo con humor, pero la verdad es que era rigurosamente cierto, porque en la casa no había más que un niño y una empleada humilde panameña que no sabía la

dirección de la casa. No fue sino hasta que llegó la señora de Vial que pude informar dónde podían venir a buscarnos.

Carter recibió al General Torrijos en la entrada de la Casa Blanca. Tuvieron una entrevista larga, a la que no asistí, ni yo ni nadie, porque como Carter hablaba español, no necesitaban intérprete.

Creo que fue una entrevista puramente formal. El grueso de la negociación lo harían los asesores. Ellos eran los que pelearían. Carter y Torrijos se reservaban para sí el papel de los buenos, los cariñosos, los personales.

Por supuesto, lo que estaba sobre el tapete era la guerra de Nicaragua.

Los sandinistas y el pueblo en armas tenían ya militarmente derrotado al ejército de Somoza. Lo que se iba a negociar era la rendición de Somoza. Los Estados Unidos, que desde siempre apoyaron a Somoza, y que en ese momento seguían apoyándolo, querían para el bastardo, hijo legítimo de ellos, y para su ejército, una rendición condicional. Y los sandinistas, para detener de una vez la hemorragia masiva de su pueblo, estaban dispuestos a dársela.

Eduardo Contreras había dicho una vez que ellos, los sandinistas, eran «implacables en el combate y generosos en la victoria». Y lo son realmente, las dos cosas. La guerra de Nicaragua, como la civil española, tiene mucha poesía, mucha canción, muchas frases y gestos y anécdotas. No que se hayan hecho sobre ella sino que han surgido de ella misma, de su naturaleza patriótica y popular.

La cosa es que Estados Unidos no quería que se repitiera el precedente cubano de mostrarle a los pobres de América un ejército de los ricos derrotado. Además, la derrota militar de Somoza era también una derrota militar de ellos. Hasta última hora, desde su base aérea de Howard en Panamá, estuvieron enviando los pertrechos de guerra con los que el ejército de Somoza masacraba al pueblo.

Yo recuerdo que en un momento dado el G-2 nuestro amenazó a los Estados Unidos con hacer pública una relación detallada del suministro bélico que le hacían a Somoza. Eso salió en la prensa. No recuerdo los detalles, pero

quedó bien claro que la inteligencia panameña tenía bastante información al respecto.

Se iba a negociar, pues, eso: la rendición condicional del ejército de Somoza. Los Estados Unidos pondrían el cese inmediato del apoyo militar a Somoza, y los sandinistas pondrían generosidad en la victoria.

Carter sabe las relaciones estrechas que tiene el General Torrijos con los sandinistas, sabe que su credibilidad entre ellos no tiene límites, cuenta también, yo estoy seguro, con la teoría del General de que no son los ejércitos los enemigos naturales del pueblo. Y cuenta también, igualmente de esto estoy seguro, con cierta lealtad que él, Torrijos, como militar de carrera, debe profesarle a la institución militar.

Lo que Carter no sabe es que Torrijos le tiene un odio visceral a Somoza. Precisamente porque Somoza y su guardia pretoriana son el mejor argumento contra su teoría de que los ejércitos pueden jugar un papel revolucionario, como casi lo hace el del Perú y como quería él que lo hiciera el de Panamá. Y yo no creo que Carter haya sabido tampoco cuán entrañable era el amor que el General le tenía a esos muchachos sandinistas suyos.

El equipo panameño estaba sentado, con una mesa grande y larga de por medio, frente, y contra, el equipo norteamericano. En el bando de ellos, y como capitán del equipo, estaba Brzezinski, que ocupa en la administración de Carter el puesto que dejó Kissinger: Asesor de Seguridad Nacional, Jefe del Consejo de Seguridad Nacional, y en consecuencia de todas las ramas de inteligencia. Tenía un rostro helado de gangster duro e inmisericorde.

Comentaba el General después que como Brzezinski era polaco de origen, tenía que ser más realista que el rey, más gringo que el chicle. Él tenía que demostrar que era norteamericano, y eso lo hacía un negociador difícil.

Esta descripción de Brzezinski puede parecer exagerada y parcializada. Pero la verdad es que realmente son así, como en las caricaturas. Siempre que he ido a los Estados Unidos y he tenido que compartir, por ejemplo, el automóvil con los agentes de seguridad gringos, me he hecho el

que no hablo ni entiendo inglés, con el propósito de oírlos en su intimidad. Son tan estúpidos que caen en una trampa tan elemental como ésa. O a lo mejor es que, desde su prepotencia, no les importa un carajo. El hecho es que así he comprobado que las caricaturas políticas que de ellos hacen son bien realistas. Por ejemplo, si ven a un negro por la calle, dicen: «Mira, ahí va ese *mother fucker* hijo de la gran puta.»

Cuando el conflicto que tuvo el General Torrijos con la Chiriquí Land Company llegaron a Panamá unos miembros de la compañía que incluso tenían la cara cortada y el cigarrillo terciado, como en las películas. Yo tampoco lo creería, de no haberlo visto con mis propios ojos.

Los norteamericanos, ahora ya hablando en concreto, en dólares y centavos, como dicen ellos, además de que se salvaguardara el ejército de Somoza, que ya estaba vencido militarmente, querían que se nombrara a dos miembros más en la Junta de Gobierno que tomaría el lugar de Somoza. Por supuesto, ellos mismos decidirían quiénes iban a ser esos dos nuevos miembros. No les bastaban la Violeta Chamorro y el Alfonso Robelo, a pesar de que en este último tenían un peón incondicional, como se comprobó después.

Ya estaban todos sentados cuando llegó Marcel Salamiá, ayudante del General, procedente de Costa Rica. Allí se había entrevistado con Sergio Ramírez, y traía la última palabra de los nicaragüenses: «No.»

Los nicaragüenses no daban el brazo a torcer. Y no lo dieron, a pesar de que el General les decía: «No dos más. Veinte, si quieren. Lo importante es el poder.»

Tengo entendido que Fidel Castro les aconsejaba lo mismo, pero los nicaragüenses, desde un principio, aceptaban consejos, pero nada más que consejos. Para que el triunfo fuese de ellos, tenían que arriesgar que lo fuese también la derrota.

En un momento dado de la negociación, el General se levantó y nos llevaron a una oficina. Como dije al inicio,

creo que la de Bob Pastor, del Consejo de Seguridad Nacional. Después nos pusimos a caminar por los pasillos oscuros de la Casa Blanca, en medio de un silencio al borde de estallar y hacerse añicos él mismo.

Entonces le pregunté: «Mi General, ¿qué estamos cediéndole a esta gente?» Porque en toda negociación uno cede ciertas cosas para óntener ciertas otras. Y de pronto tuve miedo de que los norteamericanos fuesen a robarse lo que ya le había costado a los nicaragüenses las mejores vidas de su mejor generación. El propio Sandino, cuya presencia era espesa, casi concreta, en esa habitación donde se llevaban a cabo las «negociaciones», había dicho que «La soberanía no se discute. Se la defiende con las armas en la mano».

Además, recordé una discusión que tuvo el General con unos jóvenes revolucionarios salvadoreños. Él los incitaba a que conversaran, a que negociaran, aunque buscaran alianzas, a que triunfaran primero, y después, todo lo demás. Incluso les trajo al Coronel Majano, del ejército salvadoreño, para que hablaran con él.

Recuerdo una noche, en la casa de la Calle 50, en la que después de una de las conversaciones, que dicho sea de paso nunca llegaron a nada, por el carácter pusilánime de Majano, se despidió la dirigente guerrillera Ana Guadalupe Martínez del Coronel Majano diciéndole, con muchísima dulzura: «¡Cuídese!», al tiempo que le daba la mano.

Ella, que había sido torturada y violada por la gente de Majano, le pedía, con toda sinceridad, que se cuidara, que es la forma usual y cariñosa de despedirse que tienen los revolucionarios. Al General Torrijos le impresionó mucho la dulzura y la generosidad de la «Mariíta», como también la llaman, y me lo comentó bien satisfecho, bien orgulloso de ella.

En estas conversaciones que el General Torrijos auspiciaba no se sacrificaba nunca, por supuesto, ni la revolución, ni la dignidad. Si eso era el objetivo final, ningún medio podía contradecirlo, porque él nunca pensó que el fin justifica los medios. Al revés, los medios son los que pueden envilecer el fin.

El hecho es que uno de los dirigentes revolucionarios salvadoreños lo acusó de querer «mediatizar» la revolución.

Más me dolió a mí que al General. En un aparte, y a solas, le dije que debía explicarles lo que él entendía por «negociación». Así lo hizo y la sangre no llegó al río. El malentendido se disipó completamente.

Pero dicen que de la calumnia siempre queda algo. Y a mí, aparentemente, algo me había quedado de aquella. Algo que me afloraba entonces, a unos cuantos metros de donde se estaba regateando el triunfo de la revolución nicaragüense mía.

Mi fe en el General Torrijos, cuando lo hube conocido, era absoluta. Y sé exactamente lo que la palabra «absoluta» quiere decir. Pero también lo era mi confianza, quiero decir, mi posibilidad de hablar con absoluta sinceridad. Y por eso mismo me atreví a hacerle una pregunta que había que entenderla, en el fondo, como entendía él las cosas, y por el contexto ése en el que estábamos, como una especie de reproche de estar mediatizando una revolución que tanto y tanto estaba costando, y que tan nuestra era.

El no se ofendió, y tomó muy en serio mi observación, porque la entendió bien, sabía que no era una pregunta. Y me llamó «Chuchú», algo más bien insólito en él. Nuestras relaciones fueron profundamente políticas y profundamente personales, pero sólo muy pocas veces íntimas. Por lo general me llamaba «Sargento». Y cuando quería expresarme cariño, o respeto por los valores académicos que represento, me decía: «Mi Sargento.»

Una vez, en Cuba, estaba él con Fidel Castro, y al pasar por donde yo estaba, se me cuadró militarmente. Quién sabe que habrá pensado Fidel, que se me quedó mirando. Yo estaba uniformado y apenas si lucía dos humildes rayitas de cabo. No es cualquier General que se le cuadra a un cabo. Pero bueno, como ya dije más atrás, también he visto al General de Brigada Omar Torrijos cuadrársele militarmente a un niño desarrapado al borde de la carretera.

La cosa es que esa vez, allí, en la mitad de la noche, y en la boca misma del lobo, me dijo: «Mira, Chuchú, en esa

mesa no solamente estamos sentados nosotros y los gringos. Hay alguien más.»

Me gustaría recordar con rigor cada una de las palabras que dijo, pero desgraciadamente no puedo. Y no quiero alterar en lo más mínimo una de las lecciones más profundas que recibí de él. Lo que sí recuerdo bien es que yo le cité un pensamiento de André Gide, en el que dice que en toda gran obra literaria está metida la mano de Dios.

Lo que quiere decir André Gide es que no es solamente el proyecto del escritor lo que se plasma en una obra maestra, sino más, muchas veces lo que el escritor ni siquiera sospecha. El caso clásico es Don Quijote. Hasta el punto de que Unamuno dijo que Cervantes no lo había entendido nunca.

«Sí» —me dijo el General—, «pero no es la mano de Dios. Es la de la historia». Y de allí pasó a hablarme de que había que contar con esa mano, porque era una mano amiga. Cuando lo es. No al extremo de dejarle toda la responsabilidad de la obra, pero sí «contabilizarla» dentro de los aliados. Citó el aforismo de los cristianos: «A Dios rogando y con el mazo dando», pero cambiado a: «En la historia confiando y con el mazo dando.»

En esta conciencia histórica fundaba Torrijos su siempre presente optimismo político, y ese ritmo pausado, sin prisas, de su manera de ser y de caminar hacia esa «especie de socialismo» que tenía propuesto como meta.

«Si hay alguna forma de que las cosas salgan bien, se puede confiar en que saldrán bien.» Es exactamente la posición opuesta a la del célebre principio de Peter: «Si hay alguna forma de que las cosas salgan mal, saldrán mal.»

Más o menos por esa época al General le dio por leer el libro de Peter, que por razones no literarias pero muy profundas, estaba teniendo un gran éxito en los Estados Unidos. De alguna manera, el libro había dado en el clavo. Por eso, no es casual la semejanza y dualidad del pensamiento del General con el de Peter. El General Torrijos ve en el principio de Peter el reflejo, por lo demás correcto, de que el imperalismo no solamente no puede contar con la historia, sino que puede contar con que la va a tener en su contra, con que, si

le da la más mínima oportunidad, va a hacer que las cosas le salgan mal. Peter había descubierto lo que ni los generales ni los dirigentes del imperio podían reconocer: Que son enemigos de la historia. Que no tienen razón.

El imperialismo no puede negociar, pero tampoco puede reconocerlo. El conocimiento profundo de esto fue una de las armas más poderosas con las que el General enfrentó los problemas de su país y del área centroamericana en general. Y una de las razones por las que, como se deja entrever claramente en el Documento de Santa Fe, había que eliminarlo.

Si bien el proyecto de Contadora y la agudización de las contradicciones del imperialismo con Nicaragua no se habían aún materializado, se podían prever fácilmente y había que prepararse para las batallas del futuro. Había que contabilizar las armas a nuestro favor. Y también las que estaban en contra nuestra. Porque ellos saben, y desgraciadamente no se equivocan en esto, que precisamente por ser enemigos de la historia y de la humanidad, están en condiciones mentales y materiales de aniquilar a la humanidad y por ende acabar la historia. No es lo descable ni lo probable. Pero de que pueden, pueden. El optimismo político debe ser regulado. «En la historia confiando y con el mazo dando.» Y está bien que así sea, para que el triunfo sea nuestro, no de Dios.

Lo que no pueden es ganar. Pero yo no creo que tengan una conciencia clara de eso. Si la tuvieran, serían protagonistas trágicos, en el sentido griego, y quienes los han tratado saben que lo que son es gangsters, con la cara cortada y el cigarrillo terciado.

Torrijos, pues, había descubierto el talón de Aquiles del águila imperial: no pueden negociar. Pero tampoco pueden reconocer que no pueden negociar. Y por eso mismo se les puede obligar a negociar, y a perder. Esta es la filosofía con la que se hicieron las negociaciones de los Tratados del Canal de Panamá, e igualmente las relativas a Nicaragua, esa noche profunda, para mí inolvidable, en Washington.

Allí se pactó el cese inmediato del apoyo logístico a Somoza, contra la promesa de los sandinistas de que la Cruz

Roja, y no la ira del pueblo, desarmarían a la Guardia de Somoza.

Además, los sandinistas se comprometieron a nombrar como Ministro de Defensa a un Coronel Bernardino Larios, que por lo visto no estaba tan manchado de las atrocidades de esa Guardia Nacional, la «genocida», como la llamaba el pueblo, de la que sin embargo formaba parte.

Sucedió entonces que los restos del gobierno nicaragüense que dejó Somoza en su huida, con un tal Urcuyo a la cabeza, cínica e inesperadamente desconocen los acuerdos de Washington.

Y sin embargo los sandinistas cumplen con esos acuerdos, a pesar de que habrían podido alegar que ya no estaban en obligación de hacerlo. Pero cumplen.

En efecto, es la Cruz Roja la que acoge al ejército derrotado del títere del imperio, en unos campamentos creados ad hoc. Hasta que hubo que eliminar estos campamentos, porque los exguardias los habían convertido en santuarios de criminales. De noche se escapaban los asesinos del bastardo de los Estados Unidos para asesinar a los muchachos sandinistas, y al amanecer volvían a su refugio de la Cruz Roja.

No estarían hoy en Honduras, recibiendo los millones de Reagan para comprar cuchillos con que degollar a los niños y a los campesinos, si los sandinistas no hubiesen sido «generosos en la victoria».

También cumplen el otro acuerdo, nombrando al tal Coronel Larios Ministro de la Defensa, hasta que lo cogen con las manos en la masa, conspirando contra el Estado, como agente de una potencia extranjera enemiga, los Estados Unidos de Norteamérica.

Y cumplen porque el pacto fue con los Estados Unidos, no con Somoza. Es decir, con el amo, no con el siervo.

La situación tiene parecido con la que se da en nuestros días, en la que los sandinistas, que no están dispuestos a negociar con la llamada *contra*, sí lo están para hablar con los amos de ella.

Habría parecido providencial el exabrupto de Urcuyo, cuando, tras la fuga de Somoza, en lugar de cumplir con lo que se había pactado en Washington, el señor Urcuyo rompe el acuerdo y se autoproclama, de sus huevos, Presidente.

Se ve clarito por la televisión la cara de sorpresa y de disgusto que pone el Embajador de los Estados Unidos en Managua, Lawrence Pezzullo. No contaba con la torpeza de ese señor, ni con los caminos imprevisibles, las trochitas, las grietas por donde se cuele la historia. Dejaron una forma de que las cosas les salieran mal, y les salieron requetemal. El ejército somocista se desbandó, ratificándose así el triunfo armado de los sandinistas. «La mano de Dios», habría dicho André Gide. «La de la historia», le corrige el General Torrijos.

Pero contar con la historia, y esto hay que repetirlo, para el General Torrijos no es contar con el destino. Los enemigos de la humanidad están en condiciones materiales y mentales no sólo de ir contra la historia, sino que de acabar con el mundo, y en consecuencia con la historia misma. Su optimismo político, que tanto le gustaba lucir, era una forma de abordar y realizar tareas, pero nunca una sustitución de esas tareas, ni tampoco una subestimación del enemigo.

Confundir lo posible o lo probable, con lo fatal, no tener bien presente la distinción entre la historia y el destino, le daría a ellos la grandeza de la tragedia, en el sentido clásico griego. Estarían luchando contra lo que irremediablemente terminará venciéndolos, a pesar de que íntimamente se saóen condenados a la derrota. Serían héroes trágicos y no los gangsters miserables que son.

Y por otra parte, esa confusión haría de nosotros alegres y confiados espectadores de una obra cuyo «happy ending» ya conocemos, sólo para enterarnos a la salida del teatro que mientras estábamos divirtiéndonos, festejando el triunfo, el enemigo nos ha derrotado.

Torrijos nunca tenía prisa. Los que le conocieron recuerdan esa velocidad lenta, pero sostenida, con la que vivía, pensaba y hacía todas sus cosas. Sabía que el tiempo era su mejor aliado y que mientras más tiempo le tomaba realizar

una tarea, más oportunidad le estaba dando para que también el tiempo «metiera su mano».

Cosa importante, porque la magnitud de la tarea lo requería. Eso explica «esa» velocidad con la que conducía «la máquina de cambios sociales». Imprimirle una mayor, como le pedían los jóvenes, tenía el riesgo de que «se desmantelara la carrocería». No importa que lo acusaran de ir despacio. Lo que contaba era llegar.

De lo que sí no podía acusársele era de estar simplemente modernizando el statu quo, emparchándolo, curándolo. Por el contrario, a esos mismos jóvenes los exhortaba a que fuesen radicales, a que arrancasen de raíz la hierba mala, no a que la podasen. «Al sistema hay que matarlo» —les decía—. «Aunque sea de poquito en poquito, para que no patalee demasiado.»

Y para conseguir tiempo tenía un gran instrumento: la negociación. Porque el General Torrijos siempre concibió la negociación como un medio, un instrumento, nunca un fin. Su propósito era «darle tiempo al tiempo», tenderle un puente al tiempo, a la historia amiga, para que ésta lo pudiese caminar holgadamente y llegar a su propia realización: el triunfo.

El triunfo radical, nunca la mediatización, nunca una sustitución del triunfo por un triunfito parcial o un premio de consolación. Así se lo dejó bien en claro a los jóvenes revolucionarios salvadoreños que no le habían entendido bien al principio, cuando él los incitaba a la negociación.

Años después, convencidos por sus propias razones o por las de Torrijos, ellos mismos buscaron las negociaciones con el Presidente Napoleón Duarte. Sólo que entonces el enemigo no quiere negociar. Se ha dado cuenta de que no le conviene, y busca cualquier pretexto para no tener que reconocerlo.

Y así también se lo oí explicar a Maurice Bishop, Primer Ministro de Granada, cuando lo conoció en Cuba y yo le serví de traductor. Al General Torrijos le gustaba que yo le sirviera de traductor porque, decía él, mi inglés era el único que él entendía perfectamente.

Lo decía en broma. Si le gustaba que yo le tradujese es porque él sabía que yo sabía lo que quería decir, y que se lo

respetaba al pie de la letra. Jamás haría, ni se me ocurriría hacer, lo que un traductor oficial hizo en Israel con la traducción simultánea de un discurso suyo. El General Torrijos se refirió, ante el pleno del gobierno judío, a su «gran amistad con Kadafi y Boumedienne», y el traductor, un señor muy gordo llamado Carrasco, no lo dijo. Por supuesto que lo acusé.

Pero quiero volver a Bishop, en cuya revolución el General había puesto mucho cariño, y por cuya conducción se preocupaba. Desgraciadamente no se equivocó.

Como digo, se conocieron en La Habana, para la Sexta Reunión Cumbre de Países No Alineados. Bishop fue a visitarlo para pedir el apoyo de Panamá en la consecución de lo que yo sé que era un puesto para Nicaragua.

No llegaron a ningún acuerdo. Por supuesto no porque el General no fuese un entusiasta del proyecto nicaragüense, sino precisamente por serlo, pero con otro ritmo.

¿Cómo va Panamá a regatearle un puesto a los sandinistas en un organismo internacional! ¿Acaso no incluyó a Miguel D'Escoto, antes del triunfo nicaragüense, en la delegación panameña en la OEA, para que desde ella denunciara la intervención que los Estados Unidos, a través de ese organismo títere, maquinaba contra la revolución sandinista? Esa fue una invitación expresa del General Torrijos al actual Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua revolucionaria, que en aquellos momentos no tenía ni siquiera gobierno. Por supuesto que Torrijos no le dijo nada de esto a Bishop.

Bishop, entonces, en voz baja pero con intención, le reprochó al General su política «doble»: progresista en el exterior, pero en el interior sujeta al capital financiero.

Como no pude traducir la saña subterránea de sus palabras, en lugar de traducirla, se la comenté. No movió un músculo del rostro. Por el contrario, lo invitó a Panamá y le preguntó qué podía hacer por su proceso.

Entonces Bishop, sin retractarse, porque lo pobre no quita lo elegante, y con esa sencillez que Torrijos permitía, porque

con él era bien fácil ser sincero. le pidió unos *walkie talkies* y unos revólveres para su policía.

Además de eso, Torrijos le dio entrenamiento a su policía. Recuerdo que asistió al acto de su graduación en el cuartel de Tinajita. Era conmovedor ver la fibra, como se dice en la jerga militar, de esos policías populares que algún tiempo después se enfrentarían a los marines yanquis. Ya para entonces, la amistad que había comenzado con ironía y saña inglesa (Bishop estudió en Inglaterra), se había consolidado profundamente sobre la base de la confianza y el respeto mutuo, y la mutua admiración.

El General, como he dicho anteriormente, tenía clara conciencia de que por la misma razón que él podía negociar, el enemigo no podía hacerlo. No cuenta con la historia quien sabe que si hay una forma de que las cosas salgan mal, las cosas van a buscar, y encontrar, esa forma, por muy escondida que esté, para salir efectivamente mal. Con lo que sí puede contar es con que la tiene en contra. No tienen a Dios a su favor, y encima de eso tienen al Diablo en contra.

No pueden negociar. Pero sí se puede obligarlos a negociar. En primer lugar, porque no pueden reconocer que no pueden negociar, sin admitir que son los enemigos de la humanidad. Y en segundo lugar porque, desamparados de la razón, se sienten débiles y son cobardes.

Esto es, hay que negociar amenazándolos.

Que es exactamente como lo hizo el General Torrijos en relación con los Tratados del Canal. Y porque nunca consideró estas negociaciones como el final del asunto, declaró públicamente al pueblo panameño, por la radio y la televisión, precisamente el día en que se ratifican en Estados Unidos los Tratados, que ni nuestras Fuerzas Armadas, ni los estudiantes, ni el pueblo en general, «deben perder nunca la capacidad de destruir el Canal».

Así lo dijo la noche del 18 de Abril de 1978, en el Holiday Inn, cuando llega la noticia de que el Senado norte-

americano había ratificado, apenas por dos votos, los nuevos Tratados:

Las Fuerzas Armadas habían decidido que si el Tratado era rechazado o enmendado bajo condiciones de no aceptación, no íbamos a negociar más. Se iba a comenzar hoy mismo, hoy en la madrugada, una lucha de liberación y mañana el Canal no iba a estar funcionando. Nosotros estamos en condiciones de destruirlo aunque tenga Comando Sur, Comando Norte, Comando Este, Comando Oeste..., todos los comandos. La Guardia Nacional está en condiciones de destruirlo, y esa capacidad no la pensamos perder. Al no destruirlo, somos los únicos que estamos defendiendo, y por eso no nos asustan mucho ciertas bravuconerías de machismo e irrespeto a la dignidad de los pueblos débiles que se utilizaron en el Senado. Porque ellos pusieron el Canal a dos votos de no ser operable. Era una decisión tomada, muy pensada, y tenemos ya 10 años que nos estamos preparando para eso.

Jugué un papel pequeño en el proceso de conseguir los medios para destruir el Canal. Desgraciadamente todavía no se puede dar mucho detalle sobre eso. Pero que nadie dude de que todo estaba dispuesto, y bien técnicamente además, para hacer buena la palabra del General: Si el Senado norteamericano no ratificaba los Tratados, «al día siguiente no iba a ver Canal». Esa fue la granada con la que se negociaron los Tratados. Y era una granada real, con espoleta y detonante listos.

El tiempo de los pueblos y el de los hombres tienen escalas diferentes. Un año en la vida de un hombre, que puede estar pletórico de acontecimientos, es apenas una fracción de segundo en la de un pueblo. Sólo una profunda conciencia de clase puede premiarnos con la superación de nuestra individualidad para pensar en la escala del pueblo.

Torrijos sabía que no llegaría a ese año 2000, eje fundamental de los Tratados en el que el Canal debe revertir completamente a Panamá y salir de nuestra patria el último soldado yanqui. Y no porque contara con la eficiencia de sus asesinos. Como los constructores de catedrales y pirámides, sabía que no llegaría nunca a ver su obra terminada, porque no era él quien la hacía. La hacía su pueblo. Él se consideró solamente un «vocero» de él, nunca su «protagonista». Pero nunca dejó de estar profundamente orgulloso de que el pueblo lo había hecho su vocero. Siempre estuvo bien consciente de la importancia y la distinción histórica que esa misión conllevaba. No fue un gobernante electo por el pueblo, fue un dirigente que el pueblo mismo hizo.

La filosofía individualista, tan elogiada y practicada por los detractores de la filosofía de los pueblos, fue siempre objeto de menosprecio por parte del General. Un poco como el «machismo», que no es cosa de hombre precisamente, el individualismo se da en individuos débiles que, para poder sonar de alguna manera, le ponen tilde a la palabra «yo». Cuando el General Torrijos me daba sus escritos para que se los pasara en limpio, me pedía siempre que le eliminara, en los casos en que eso era posible, la palabra «yo». Él hablaba de «alpinismo generacional», de clases sociales, de pueblos, de comunidades... Y los concebía no como una suma aritmética de unidades individuales, sino como un todo que se inyectaba en el individuo.

Al caso, recuerdo un ejemplo que puso para ilustrar esto. El ejemplo se lo ponía a una organización guerrillera que pretendía disolver completamente, a la hora del triunfo con el que ya contaban, al ejército enemigo que combatía:

Una cosa es un grupo, una clase, una organización, y otra muy distinta es la suma de los individuos que lo componen. El todo del grupo, la clase, etc..., no es la suma de las partes. Es más.

Por ejemplo, un matrimonio no es $1+1$, un hombre más una mujer. Es mucho más que eso, y que puede disolverse sin que le pase nada al hombre ni a la mujer. Es un hombre, más una mujer, más un mundo de relaciones bien

especiales. Se puede matar un matrimonio sin hacerle daño a los esposos. Y se le puede hacer mucho daño a los esposos sin que el matrimonio sufra absolutamente nada.

Un error del movimiento revolucionario salvadoreño, en un principio, fue no hacer esta distinción. Destruir al ejército dando de baja, es decir, licenciando, a todas sus unidades, no es la mejor forma de destruir la función del ejército como brazo armado de la oligarquía. Además, el ejército nunca va a negociar su licenciamiento. En principio, se debe poder destruir la función del ejército sin dar de baja a ninguna unidad. Y esto sí debe poder ser negociable. Pero con el mazo dando.

«Los Macho 'e Monte son mucho más, otra cosa, que cien soldados campesinos. Hasta el punto de que se puede cambiar a cada uno de esos soldados, y la brigada especial sobrevive el cambio», decía el General, que siempre estuvo muy orgulloso de ella. Su uniforme de guerra es la ropa humilde del hombre de nuestro campo, sombrerito de paja su casco, y el machete siempre en la cintura. O entre los brazos, como un niño recién nacido, porque así cargan los campesinos esa arma, contra hombre o naturaleza, de corto alcance pero fulminante y terrible.

Es la conciencia de que se es Macho 'e Monte, la conciencia de que se pertenece al pueblo, o a una clase social, la que nos permite vivir en el tiempo, la historia y el ritmo de ese pueblo..., de pensar en su escala y de negociar con la paciencia y el optimismo propios del principio de Omar.

XII

AGUDIZACIÓN Y NEGOCIACIÓN DE CONTRADICCIONES

He hablado mucho de Nicaragua, y hablaré más. Y sin embargo poco de los Tratados. Parecería injusto, desproporcionado. Pero debemos considerar dos cosas. En primer lugar, no es uno quien decide qué se recuerda y qué no. Freud decía que no hay olvido involuntario, que cuando uno olvida algo, por algo es. Pero como uno no sabe, al menos conscientemente, la razón, el motivo, por lo que olvidamos esto y recordamos aquello, es como si nada.

Claro, uno puede «ponerse a recordar». Pero a mí eso no me gusta. Da la impresión de que es como escarbar en un tinaco de basura. Y también de que uno se está preparando para morir, haciendo el equipaje para llevarnos todo lo que nos pertenece. Y eso es de mal agüero.

De un tiempo para acá me sucede con frecuencia que me cogen los recuerdos, en cuanto me descuido, y comienzan a pasarme por el corazón en una especie de desfile desordenado y a veces hasta arbitrario. No me sorprendería demasiado si me encontrara con algún recuerdo que ni siquiera es mío. Lo interesante es que la sensación que uno tiene es que «vienen» del olvido. Pero entonces, ¿hacia dónde es que van? ¿De qué huyen?

Y la otra razón que debemos considerar, es que yo estoy casi convencido de que tiene más peso histórico, para la región pero también para Panamá, el aporte del General Torrijos a la revolución nicaragüense que la consecución de unos Tratados que todavía no sabemos cómo van a terminar.

Además, su concepto de negociación y su metodología, que constituyen una parte central de la teoría y práctica política del General, quedan mucho mejor ilustrados con la revolución nicaragüense que con los Tratados del Canal.

Al General Torrijos no le gustaba ir a la Zona del Canal. Y no iba. Por eso es una canallada haberlo enterrado ahí. No fue sino al final de su vida que visitó el Canal un par de veces, como ya lo contaré más adelante. Todo buen panameño que se precie de serlo, y él lo era más que ninguno, tiene un complejo en la casa del yanqui. Yo no sé de qué es ese complejo, ni me importa saberlo, pero uno allí se siente mal, consciente de cada pedacito del cuerpo, de la ropa..., y uno se siente mirado, ninguniado.

Era bien desagradable ir a la Zona del Canal. Ahora ya no lo es tanto. Por lo menos en las áreas revertidas, gracias precisamente a los Tratados. Por eso decía Gabriel García Márquez, en su bello discurso ante el Rey de Suecia en ocasión del Premio Nobel que recibía, que Torrijos le había «devuelto la dignidad a su pueblo».

Por supuesto que hay muchos que siempre se sintieron bien en la Zona del Canal. Allí estudiaban, jugaban, y aspiraban a casarse y mimetizarse con los gringos. No hablo de esos.

Hace mucho tiempo, una vez, en Farallón, habían ido los muchachos del Grupo Experimental del Cine Universitario a visitar al General. Seguramente a mostrarle una de sus películas. Allí estaban Pedro Rivera, Javier Medina, Rafael Guiraud, creo que Luisito Franco también, y yo. El General estaba echado en su hamaca, meciéndose, y yo no sé por qué de pronto dejó de mecerse y nos contó un anécdota de cuando era niño. Parece que venía con su mamá en autobús y al llegar a la Zona del Canal un policía yanqui los detuvo y maltrató e irrespetó a su madre, a quien el General Torrijos le tenía un cariño reverencial, decimonónico. Allí hizo una pausa.

¡De pronto nos dimos cuenta de que el General estaba llorando! Era un llanto llanto, feo, arrugado, de hombre hombre. Al ver esa cosa tremenda, todos los que estaban allí comenzaron a llorar también. Cuando el General se sintió así querido y acompañado por esos jóvenes, les dijo: «No se preocupen, muchachos. Yo, aunque esté llorando, tengo buena

puntería». A mí no me importa lo que diga Freud, jamás voy a olvidar ese momento.

El hecho, que algo tiene que ver con esa experiencia de niño, es que él nunca iba al Canal. Y una prueba de que él jamás pensó que los Tratados solos nos iban a liberar, es que tampoco iba después de firmados.

¿Quién no recuerda aquel primer primero de Octubre en el que la Zona comenzó a revertir en virtud de los Tratados? Todos lo esperaron en el aeropuerto viejo de Albrook para festejar el triunfo que se supone él mismo había logrado. Y se quedaron esperando, porque no fue.

El General Torrijos no se movió de Farallón ese día. Se la pasó leyendo, tranquilo, frente al mar. Habría querido que me comentara su ausencia de allí donde incluso había un Presidente extranjero esperándolo. López Portillo, de México, pero no quise perturbar ese silencio en el que se había metido, esa «amiga soledad», como una vez lo oí llamarla, y con la que podía estar cómodamente acompañado días enteros.

Ahora voy a contar cómo fue que por primera vez visitó el Canal.

Aquí a Panamá había venido un fotógrafo norteamericano llamado Tom Zimberoff. Alguien, creo que fue el difunto Fabián Velarde, de relaciones públicas, me dijo una vez, en casa del General, que acompañara al gringo por nuestro interior del país para que tomara fotos. En esa época yo no era más que sargento segundo, y cualquiera le da una orden a un sargento segundo. Pero como yo me consideraba algo especial, volví a ver al General para que me rescatara de ese trabajo, un poco humillante, que se me estaba encomendando. No lo hizo. De manera que al día siguiente fui a buscar al gringo y me lo llevé a mostrarle los pueblitos y los indios que quería retratar.

En el auto en el que viajábamos me dijo que también quería retratar a la gente de nuestro gobierno: Rómulo Escobar Bethancourt, principal asesor del General, los ministros de Estado, y hasta al propio General. Porque, y esto me

lo explicaba él mismo, él podía captar la forma íntima de ser de esos políticos, incluso su pensamiento, con su cámara. Inmediatamente pensé yo, que ya estaba predispuerto contra él, que el tipo era CIA. Pero seguimos nuestro viaje.

En un momento dado quiso retratar a una mujer pobre lavando en un río con un teleobjetivo, para que no se diera cuenta. Yo, que ya estaba cansado de verlo convertir en objetos a los campesinos y los indios, le dije que no. Que antes tenía que pedirle permiso a la señora. Entonces él se puso furioso conmigo y me dijo que yo no era más que un sargento cualquiera y que me iba a acusar ante el General Torrijos, de quien dijo ser muy amigo. Yo sabía que eso no era cierto pero en lugar de conmovirme, me dio más rabia. Le dije que nos íbamos para Panamá y di media vuelta.

Al pasar por un pueblo bajé a telefonar. Le dije que yo mismo le iba a poner al General Torrijos al teléfono para que me acusara.

Él comenzó a sospechar algo y no dijo nada. Da la casualidad que con el primer número que marco consigo al General, y entonces le digo que ese gringo desgraciado estaba retratando nuestra gente pobre y que me había dicho que...

Allí mismo me interrumpió el General, y en un gesto muy de él, se solidarizó conmigo y comenzó a insultar al fotógrafo. Tom, que no sabía bien lo que estaba pasando, me miraba con una cara de muchacho superficial pero inocente, mientras yo oía por teléfono los insultos desproporcionados que el General le estaba propinando. Me sentí mal. No era para tanto. No había contado yo con ese apoyo incondicional que el General le daba a sus amigos.

Para redimirme, comencé a tratar bien a Tom y hasta logré que el General lo recibiera para que le tomara un par de fotos. El día que llegó a la casa de la Calle 50 me preguntó Tom, mientras esperábamos al General, que dónde podía pedirle que posara para las fotos. Y yo le dije: «Frente al Canal. Pideselo».

Era una recaída en mi canallismo, porque, conociendo al General como le conocía yo, sabía que jamás iba a acceder. Más bien se iba a enojar.

Tom se quedó extrañado, pero como ya no sabía qué pensar de mí, cuando entró el General a la sala, uniformado y pistola al cinto, me dijo que se lo pidiera. «Dice Tom que si puede usted posar para él frente al Canal», le dije. El General se me quedó viendo, seguramente se dio cuenta de todo, y dijo: «Bueno, pues. Vamos». Y fuimos.

Y las fotos que salieron de allí son excelentes. Especialmente una en la que el General, con cara de odio y venganza, hace un gesto grosero con las manos que, para mí, le estaba dedicando al policía yanqui que le irrespetó a su madre.

Los católicos lo dicen del Señor: que sus caminos son impredecibles. Yo quiero decirlo de la historia, porque es admirable verla aprovecharse de cualquier resquicio para colarse, de cualquier pretexto para realizarse. Parece mentira que acontecimientos importantes, como esa ida al Canal, tenga su origen, en apariencia al menos, en cosas bien triviales.

No muy diferente fue el caso del 11 de Octubre de 1968, en el que el General Torrijos, y otros, dan un golpe de Estado apoyándose, en apariencia al menos, en cosas bien triviales. La historia se disfraza de cualquier cosa, con tal de abrirse paso y poder entrar.

Esa fue la primera vez. Después volvió a ir al Canal un par de veces. Una con Hamilton Jordan, el asesor de Carter. Después con un yugoeslavo. Y una tercera vez no recuerdo con quién.

El cuento de Tom Zimberoff no termina allí. Algún tiempo después, subiendo por las gradas no sé si de la OEA o de la Casa Blanca, lo identifiqué entre un montón de fotógrafos que disparaban sus flashes. Le dije a la seguridad gringa que Tom trabajaba con nosotros, para que lo dejaran entrar. Cosa que hicieron.

Tom logró tomar fotos del General con Carter, una de las cuales salió en la portada de la revista *Time*. De allí nos fuimos a la Embajada nuestra, y resultó natural que Tom se viniera con nosotros. Después de un rato en la Embajada, el General se levantó, dándose una palmada en las piernas y diciendo: «Nos fuimos». Porque íbamos de viaje a Europa. Y todos nos levantamos también.

Cuando entramos en el avión, un jet pequeño, ejecutivo, como para unas seis personas, nos encontramos dentro, ya sentado, a Tom. El General me volvió a ver a mí, como preguntándome con la mirada qué hacía él allí. Yo levanté los hombros. No tenía la menor idea. Como Tom no hablaba español, lo más probable es que se vino detrás de nosotros de una forma automática. Al General Torrijos seguramente le dio vergüenza hacerlo bajar del avión, y Tom Zimberoff se vino con nosotros por toda Europa hasta Israel. Con dos camaritas sólo, que le colgaban del cuello, y la ropa que llevaba puesta. Gracias, sin embargo, a la ignorancia del español de Tom, y a la timidez del General, hoy existen fotos muy buenas de ese viaje, en el que el General se entrevistó con un gran número de Jefes de Estado europeos.

Lo primerísimo que hay que decir de las negociaciones de los Tratados, que es un caso particular, pero esencial, del concepto torrijista de negociación, es que él nunca pensó en lo más mínimo que esas negociaciones iban a terminar en los Tratados, o en otras negociaciones. La negociación, y los Tratados también, son solamente un medio para lograr el objetivo final. El objetivo final del General Torrijos era la liberación, con toda la carga semántica, política, económica, filosófica, humanista, de la que es capaz el término. Todo lo demás es un medio.

A pesar de que, como es natural, tuvo que abogar en favor de la ratificación popular de esos Tratados en un plebiscito nacional, él decía, después, que nadie sabía cómo había votado él. Era un gesto de coquetería. Yo le decía que sí sabía cómo había votado: que había votado que «Sí, pero no mucho». «Sí, pero no tanto.» «Sí, porque qué le vamos a hacer.» «Sí a regañadientes.»

Por supuesto que votó que sí. En su caso, era lo correcto. La única vez que lo vi hacer campaña fue en ocasión del plebiscito. En un camión, como un político cualquiera, saludando a la gente, recorrimos los barrios más populares y populosos de la ciudad.

El que sí votó que no, fui yo. Y él lo sabía, porque yo se lo dije. En mi caso, lo correcto era eso. Claro, yo voté que no, porque sabía que el «sí» iba a ganar. Y al General Torrijos le interesaba que el «sí» ganara, pero no con mucho margen.

En esa ocasión la ultraizquierda jugó un papel muy buco. Mejor incluso que el de los jóvenes torrijistas, cuyo apoyo a Torrijos a veces era demasiado acritico e incondicionado. Yo los vi llegar para esa ocasión a la Calle 50 a consultar con él, y el General no quiso recibirlos, porque la línea era justamente esa, la de no recibirlos, la de incitarlos a que lo ataquen.

En esos momentos necesitaba demostrarle a los gringos que ya no aguantaba ni una enmienda más. Justamente yo lo había oído conversar con Rómulo Escobar Bethancourt, su asesor más cercano, sobre qué podía decir éste, en un discurso que iba a hacer por la televisión esa misma tarde, para ofender a la gente y que salieran a la calle a protestar, a tirar piedras. Pero la gente no salió, por amor a Torrijos. Y nos zamparon las enmiendas.

Otros, derechistas, que adversaron los Tratados no merecen la pena ni de considerarlos. Con un patriotismo hipócrita y cínico que nunca llegó a ponerlos en peligro ni su vida ni su dinero, alegaban que los Tratados legalizaban la intervención después del año 2 000. A lo que el General contestaba que era «menos mala» una intervención *potencial* que una *actual*. O, como dice Ricaurte Soler, el profesor de historia y filosofía, y amigo mío, de quien ya he hablado anteriormente: «E.U. se aseguran jurídicamente derechos de intervención para la defensa del Canal después del año 2 000. Pero la invasión física de ahora desaparece para dar paso al “derecho” a la invasión física. Es claro que en los Tratados Torrijos-Carter, los Estados Unidos recorren el camino inverso de concesiones cada vez más concretas a cambio de derechos cada vez más abstractos». En todo caso, no merece la pena discutir con los que no cuentan con un solo muerto por patriotismo.

La alternativa de la negociación era la agudización de nuestras contradicciones con los yanquis y resolver el problema ya, de una vez por todas. Como se hizo en Chile. Como se hizo en Granada. Es la opción de la ultraizquierda, que ha demostrado ser «infalible en el error», como dice Soler, mi amigo Ricaurte, recientemente citado.

El ejemplo de Chile es injusto. Allende cae por no radicalizarse y no por radicalizarse. Pero la verdad es que si hay una buena definición de la ultraizquierda era esa, la de pensar que «tanto peor es tanto mejor», citando una vez más a Ricaurte Soler.

El General Torrijos los definía como «los que con el propósito de no hacer la revolución actual, se reservan para una revolución del futuro que no va a llegar nunca». Es un poco la idea de la «huida hacia adelante» que algunos autores han comentado. Hacia adelante, pero para huir.

El General Torrijos, que era un hombre muy emotivo a veces, tuvo que luchar contra las tentaciones románticas de la alternativa ultraizquierdista. A cada rato nos recordaba que su paciencia «tenía un límite», y que ya estaba llegando a él. La confrontación inmediata tenía ese olor a pólvora y ese carácter heroico que tanto le atrajo a un militar.

Una noche estaba reunido con una gente en la sala de la casa de la Calle 50; Rory González, amigo del General, Pérez Balladares, Ministro de Hacienda y Tesoro, Pedro Rivera, poeta y director del GECU, Grupo Experimental del Cine Universitario, Rómulo Escobar Bethancourt, jefe de los negociadores panameños con los Estados Unidos, y el Canciller, Nicolás González Revilla. No recuerdo de qué se hablaba. De pronto el General se levantó y, en una prueba contundente y sorpresiva de que quién sabe desde cuándo su pensamiento no había estado allí con nosotros, dijo: «¿Qué tal si ataco?»

Nadie comprendió bien. Nadie quiso comprender. A todos nos cogió fuera de base. Poco a poco, sin embargo, ante su mirada y su silencio, se fue haciendo claro que lo que había dicho era: «¿Qué tal si ataco el Canal, y lo destruyo?»

Fue pasando lista con la mirada, para recoger los votos. Seguramente quería saber qué opinábamos, por supuesto que no era para decidirse. El hecho es que todos respondimos, con palabras, o con silencio, o con un pequeño gesto: «Lo que usted ordene, mi General». Menos uno: Pedro Rivera, que dijo: «General, eso es una locura».

Pedro fue como el niño del cuento, que ve al emperador desnudo y es el único que se atreve a decírselo. Porque, en ese momento, habría sido una locura efectivamente. Y el General lo sabía bien.

Afortunadamente para Rómulo, le tocó dar su voto después del de Pedro, con el que coincidió. Pero además dio una explicación con ese rigor dialéctico que le conozco desde muchacho. Estudiante de la secundaria era todavía cuando se ganó en México un premio internacional de oratoria. Y cuando Rómulo habla bien es porque piensa bien.

Gente como Pedro Rivera, Rómulo Escobar Bethancourt, Fidel Castro, es decir, la gente de izquierda, le recomendaban al General moderación. Es justamente lo contrario de lo que equivocadamente se piensa cuando se confunde izquierda con siniestra.

El General Torrijos también sabía que, por otro lado, la negociación tenía las virtudes siguientes: le daba la oportunidad al tiempo y a la historia para que nos echara un hombro, ahorra sangre preciosa de pueblo y juventud que sobresiente la patria, y por último, nos daba la oportunidad para seguir negociando, y con el mazo dando.

Porque es verdad que dijo que con los Tratados «habíamos cambiado una estaca en el corazón por una piedrecita en el zapato», pero también es verdad que tampoco estaba dispuesto a aguantarse esa piedra en el zapato hasta el año 2000. Pensaban seguir «jodiendo y jodiendo y jodiendo» como lo dijo García Márquez, que sí tiene derecho a usar malas palabras, porque es pariente del diccionario entero.

De todos modos, le vi de cerca la cara que puso cuando firmaba los Tratados en Washington y era una cara de profundo disgusto, para con los Tratados y para consigo mismo. Hay una foto en la que se ven claritos los sentimientos con-

tradictorios que en ese momento tenía, pero nunca la he podido conseguir.

Cuando se ratifican los Tratados en el Senado norteamericano, el General Torrijos, con una frase clave que dice por la radio, desactiva el operativo que está sólo esperando la orden de «fuego cuando listo» para volar el Canal. Después regresa a su casa en Farallón, y está triste, bien triste.

A la mañana siguiente todavía estaba comiendo la canganga de la noche anterior, y entonces toda su escolta decidió desfilar frente a él para darle la mano y «felicitarlo», decían.

Pero no era para felicitarlo, era para acompañarlo, y que él lo supiera. No se le saludaba a lo militar, se le daba la mano fraternalmente. El único que dijo algo diferente del «Lo felicito, mi General», fue el cabo Machasek, que le dijo: «Es usted un hombre bien berraco, mi General».

Después le dije al cabo que sus palabras sonaron mal, que no debía tomarse tanta confianza. Pero hoy, recordando que Machasek fue uno de los que murió con él en el avión, aquellas palabras tuyas, que todavía oigo con la imaginación, me suenan a lealtad sin precio ni duda, y a cariño de hombre a hombre.

Machasek y yo hicimos juntos el reclutamiento, estuvimos en la misma compañía e incluso en el mismo pelotón. Le tuve siempre una gran estima. Era alto y rubio, con una pinta de militar prusiano que había heredado de su padre, que era alemán. Lo único que los otros compañeros de pelotón le reprochábamos, es que tenía las piernas largas. Cuando trotábamos por la madrugada, como él iba por delante y marcaba la velocidad, a nosotros nos tocaba estirar más los pasos para poder llevar el suyo.

También a mí me llegó el turno, le di la mano, igual que todos, y le dije, igual que todos: «Lo felicito, mi General». Pero entonces me fui a la oficina y le escribí una carta de la que el otro día me encontré una copia, y que quiero transcribir, porque yo se la mandé con Lupita, la secretaria, y ella me dijo que a mi General se le habían salido las lágrimas cuando la leía.

Mi General:

También yo quiero darle mi felicitación. Y me gustaría que la mía fuese la más grande y calurosa, porque es de las más sinceras. Pero en dársela, quería acompañarla de una reflexión. Y es ésta: La vida de las naciones, como la de los hombres, tiene una particularidad que debe emanar de la misma definición de su vida. A saber: cada uno de sus pasos, cada uno de sus acontecimientos, está determinado y adquiere naturaleza, por los pasos y acontecimientos posteriores.

Por ejemplo, lo que sucedió el 11 de Octubre de 1968 es lo que es, por lo que después se ha hecho de ello. Igualmente los grandes acontecimientos de nuestra vida, es sólo después, con el tiempo, que se convierten en eso. Estamos, pues, en condiciones de crear, desde el futuro, nuestro pasado. El pasado no pasa. Permanece, presente y modificable a lo largo del futuro. Hoy, las negociaciones del Tratado, y su ratificación, son ya parte del pasado. A partir de ahora, pues, tenemos la responsabilidad de darle carta de naturaleza, de decidir qué fue lo que hicimos.

Yo pienso que podemos haber hecho dos cosas, tan diferentes entre sí como lo negro de lo blanco, como lo malo de lo bueno. En primer lugar, podemos haberle dado a los mercaderes paso expedito a sus ambiciones de convertir nuestro país en un gran supermercado y a cada panameño en un cliente feliz, con un alto estándar de vida pero de baja calidad, como usted mismo decía. Para estos la chispa de la vida es un vaso de Coca-Cola, y la soberanía, una marca de cerveza. Pero, por otra parte, podemos haber dado un paso en dirección a esa realización material y espiritual que sólo puede darse en el socialismo panameño.

Hemos tocado los primeros acordes, del Himno Nacional o de un jingle comercial. Todavía no se sabe. Pero depende de nosotros y de las futuras generaciones.

Me preocupo por usted y por la patria, y por mí mismo. Por usted, porque el mejor de los caminos que puede seguir es el más minado y peligroso para su seguridad, a cuyo servicio estoy. Por la patria, porque da dolor y vergüenza verla sumida en tantas y tan graves necesidades. Y me preocupo por mí, porque usted es la primera carta política que juego, y será la última. Y lo estoy apostando todo.

Nunca me contestó con palabras, ni hacía falta que lo hiciera, porque él tenía muchas formas de decir las cosas. Pero si nos dijo a los panameños en una ocasión, que «bien pendejos seríamos si nos dejamos arrebatar lo que logramos con los Tratados». Y la verdad es que actualmente, muerto él ya hace cinco años, no solamente no hemos avanzado, sino que estamos compelidos a «avanzar conservando», y bien pronto se hablará de «avanzar retrocediendo poco».

A pesar de todo, el General salió convencido de que la negociación de contradicciones es un método más inteligente que el de su agudización, que es el que predica el izquierdismo senil. He dicho «senil» porque infantil sería solamente si fuese inocente, y lo que es, es impaciente, como si ya estuviese viejo y no cuenta con mucho tiempo por delante. Y más inteligente no para llegar a una componenda mediocre, sino para lograr el triunfo total.

El General Torrijos quiso aportar su experiencia en otros problemas internacionales, incluso de otras latitudes. En particular, se interesó mucho en el Oriente Medio y es posible que algo habría podido hacer si no le truncan la vida. Por lo menos estaba en capacidad de hablar con Begin, Primer Ministro de Israel, por un lado, y con Kadafi por el otro.

Cuando estuvimos en Libia se redactó una declaración en la que el General Torrijos pedía que se sentaran a negociar sus contradicciones todas las partes interesadas del área e integrantes del problema, haciendo explícita mención de la OLP. Como los israelitas han decretado que los palestinos no

existen, algunos panameños que siguen la línea sionista y que formaban parte de la comitiva, se opusieron a esa mención. Entre ellos nuestro querido, y realmente admirado, Diógenes de la Rosa, cuya profesión y oficio ha sido siempre la de ser un hombre culto.

Se salieron con la suya. Cuando al bajar por una escalera me encuentro con Diógenes, le digo: «Adiós, siervo de los sionistas». No me contestó nada. Pero después, cuando nos volvimos a encontrar, me dijo: «Adiós, maletero del General».

¡Si por lo menos me hubiera llamado «escudero del General»!

Diógenes me lo dijo en el calor de la ofensa que yo mismo había iniciado, y seguramente también un poco en el de la vergüenza que le daba el papel que tenía que representar. Otros, sin embargo, sí llegaron a pensar, y decirme, que servirle al General Torrijos era rebajar la dignidad de ser catedrático de la Universidad.

Una vez estaba uniformado en la Calle 50, esperando que saliera el General Torrijos. Porque siempre que él salía se ponía una unidad en la calle para asegurarse de que su automóvil no tuviese problema con el tráfico, que en esa calle suele ser intenso. Y esa vez me tocó a mí. Pues pasó René Brenes, en esa época decano de la facultad de arquitectura y al verme frenó, chirriaron las llantas, reculó y me dijo: «¡Repugnante! ¡Un catedrático de la Universidad dirigiendo el tránsito!» Asimismo como vino, se fue, rápidamente, pisando el acelerador.

René siempre me ha caído bien. Es un hombre amargado, «con todas las razones para serlo». Pero eso a él le luce.

Quiero contar ahora algo que viene al caso.

En Panamá hay un oligarca, sin señas particulares, que se llama Bobby Eisenmann Junior. Bobby se compró un puesto en la oposición a Torrijos financiando un periódico llamado, perfectamente adrede, como su colega nicaragüense, *La Prensa*.

No conozco bien la historia, pero parece que Bobby juega un poco a conspirador y el General Torrijos lo embarca al Ecuador. Pero él, naturalmente, termina en Miami. De él, y de otros como él, dijo Torrijos que ellos allí, en Miami, no estaban exilados. Que exilados estaban en Panamá. Todos sus intereses, su cultura, su lenguaje, lo tienen allá. Aquí lo que tienen son tiendas, negocios, y a eso no se le puede llamar patria.

Pues bien, yo le trabajé a ese señor. Mucho antes del 11 de Octubre del 68, antes de Torrijos, quiero decir, en una de mis frecuentes quedadas sin trabajo en la Universidad y en la secundaria, esa vez creo que por haber ido a Cuba a un festival de teatro, yo le trabajé a Bobby como piloto de un avión que tenía y que hacía vuelos a Playa Coronado, un proyecto urbanístico de casas de playa para la gente rica.

Nadie me dijo que estaba denigrando mi dignidad de catedrático universitario sirviéndole de chofer, porque un piloto no es otra cosa, a un oligarca. Todo el mundo lo vio como una cosa perfectamente natural.

Nunca llegué a entrar a la casa de Bobby. Si me daban ganas de orinar, lo hacía detrás de un árbol. Una vez pedí un vaso de agua, y me lo dieron a través de una de las ventanas de la cocina.

En tanto que en la casa de mi General Torrijos comía en la mesa con él. Con Torrijos mi oficio era «repugnante», un oficio revolucionario, histórico, de grandes satisfacciones. Con el otro, en cambio, no, porque ser sirviente del sirviente del yanqui, nos hace, por transitividad, sirvientes también del yanqui, que para ellos es un honor.

De ese viaje a Libia hay muchas cosas que recordar. En primer lugar la amistad que se genera entre el General Torrijos y Moammar Kadafi. Asistí a algunas de las reuniones que tuvieron y fueron muy cordiales y humanas.

Y es que Kadafi mismo es una persona muy cordial y muy humana. Yo recuerdo que cuando lo conocí, en un

viaje anterior, salió a la puerta de su casa a recibirme, y allí me presentó a su papá, un viejo beduino con la cara curtidada por el sol, el viento y las arenas del desierto. Es el único papá de Jefe de Estado que he conocido en mi vida.

La otra cosa que recuerdo muy bien del viaje a Libia con el General, fue una caminata que hicimos por el desierto. Al General le preguntaron qué le gustaría hacer, y él dijo que una caminata de quince kilómetros por el desierto, con una compañía libia de infantería.

Yo le llamé aparte y le expliqué que allí la arena, que yo ya conocía, no es como la de nuestras playas. Allí la arena es como un talco fino. Los pies se hunden en ella y es difícil caminar. Pero el General no me hizo caso y los libios lo complacieron.

Primero nos metieron desierto adentro, como una hora en jet. Aterrizamos... mejor dicho, arenizamos en pleno desierto, y arrancó la caminata. Pérez Balladares, Rory González, y otros inteligentes, que no sentían la necesidad de demostrarle nada a nadie, prefirieran hacerla en jeep. Otros se bajaban del jeep para tomarse una foto caminando e inmediatamente volvían a su jeep. Y otros caminamos.

Caminar en el desierto da claustrofobia. Uno camina y camina y camina, y no se mueve de donde está. Hay muchas moscas. Y hace calor, y sed. Los panameños llevábamos cantimplora y en un momento dado le ofrecí agua a un joven soldado libio que iba a mi lado. O sea lo habían prohibido o no es conveniente beber agua en esas condiciones. La cosa es que no quiso.

El General Torrijos se quitó la camisa. Cambió de botas con un libio. Ya estaba cansado, pero él iba a hacer sus quince kilómetros. Entonces le preguntó al traductor si los soldados libios no cantaban en sus caminatas. Yo estoy seguro de que él esperaba que le dijeran que no para entonces pedirnos a los militares panameños que lo hiciéramos nosotros.

Pero el tiro le salió por la culata, porque sí, también ellos cantaban. Sacaron entonces de alguna parte un alto-

parlante y comenzaron a cantar marchando, y aceleraron el paso. Allí fue donde los panameños nos reventamos.

Ibamos a llegar arrastrándonos. Pero íbamos a llegar, sólo que los libios, con mucho tacto, encontraron un pretexto para terminar la caminata en un proyecto agrícola, en pleno centro del desierto, por el que pasábamos. Y salvamos el honor.

Era un proyecto bien interesante. Básicamente consistía en apoyar millonariamente a los campesinos, si es que se les puede llamar así a esa gente del desierto, con tractores, una casa grande, y todas las facilidades. Claro, quedaban endeudados de por vida. Por supuesto que en unas condiciones muy particulares, en un Estado popular que los protegía, pero de todos modos endeudados hasta la coronilla.

Cuando le comenté eso al General, y que yo no estaba de acuerdo con esos proyectos, él me dijo: «Es que están diseñados para fracasar, y que reviertan al Estado». El «socialismo espiritual» de Kadafi es una especie de socialismo, pero montado en camello y con la idiosincrasia de los árabes.

Algún tiempo después el General Torrijos hizo un viaje a Israel, pero antes de ir mandó a Trípoli una delegación encabezada por su primo hermano, Coronel Roberto Díaz Herrera, y compuesta por un hermano y otro primo hermano suyo. Su misión era la de informarle, y explicarle, al hermano Kadafi su viaje a Israel. Se necesitaba atraer el lobby judío de Washington hacia la ratificación de los Tratados. Panamá tenía que tocar todas las puertas.

Kadafi mencionó, en un discurso que hizo, ese gesto de solidaridad diciendo que ojalá la hubiese así entre todos los árabes.

Después, en su viaje a Israel, el General Torrijos no perdió una sola oportunidad de hablar, a todos los niveles, sobre la posibilidad de entendimiento entre los hermanos semitas.

No es que el General Torrijos pensó nunca que había descubierto el mediterráneo o la pólvora, pero sí se dio per-

fecta cuenta de que la forma como concebía y practicaba la negociación era original y, sobre todo, eficaz y muy necesaria en nuestros días y nuestros países.

Por supuesto, eso sí, cuando se cuenta en la retaguardia con el apoyo de la historia. Es decir, cuando se está en el bando de los justos. Es decir, de los pobres.

XIII

LA GUERRA DEL BANANO

Otra negociación en la que se embarca el General Torrijos, cuyo resultado puede ser discutible en términos económicos, pero jamás en términos políticos, fue la llamada *Guerra del Banano*, ensayo general de la que después se libraria por los Tratados del Canal.

En ella hay una confrontación entre nuestro país, capitaneado por el General Torrijos, y una empresa transnacional norteamericana, la Chiriquí Land Company, filial de la United Brands Company. Tiene mucho interés porque es una instancia concreta de una contradicción muy general que en último término se reduce a la que hay entre los buenos y los malos, entre los indios y los vaqueros. Por supuesto, nosotros somos los indios. Es decir, los buenos.

Además, porque la United Fruit Company ha podido concentrar un enorme poder económico y político. Basta recordar el papel protagónico que jugó en el derrocamiento de Arbenz, en Guatemala, y el que todavía juega, en todos los niveles, en nuestros países. Los campesinos centroamericanos la llaman «Mamita Yunai», no porque haya ningún tipo de cariño o cuidado de ella hacia ellos, sino por su infuista dependendencia de ella.

En Panamá la Compañía ha tenido una presencia negra y larga desde la última década del siglo pasado. En esa época nuestro país estaba anexo a Colombia, y Colombia le hace concesiones leoninas a la Compañía para que se instale entre nosotros.

Lograda nuestra independencia de Colombia, en 1903, el gobierno oligárquico panameño confirma y amplía esas concesiones, confirmando también de ese modo el pensamiento del General Torrijos cuando dice que «la oligarquía no tiene nacionalidad».

Comentaba Torrijos de nuestra «independencia», lograda a la sombra de las cañoneras yanquis, que los Estados Unidos se portaron como «la partera que, como pago por su labor, quiere quedarse con la criatura».

Los contratos vigentes en 1974, que es cuando se desarrolla la historia que estoy contando, se habían firmado en el año de 1927. Justamente dos años después de que el gobierno oligárquico, presidido por Rodolfo Chiari, solicitara formalmente al ejército norteamericano la invasión de nuestro país para sofocar un movimiento de reivindicaciones sociales. A lo que el ejército norteamericano accedió gustoso.

En este contexto es que la Compañía y el gobierno panameño firman el contrato que debía regir por treinta años, es decir, hasta 1957. Pero siete años antes de que expire el contrato, en 1950, la Compañía le «presta» al gobierno oligárquico, presidido por Arnulfo Arias Madrid, 3 millones de dólares, y obtiene, automáticamente, una prórroga por 30 años más, es decir, hasta 1987.

Ese contrato le crea a la Compañía una barrera de protección donde no permea la legislación panameña. La convierte, literalmente, en un Estado dentro de otro Estado. La frontera entre Costa Rica y Panamá, cuando pasa por las fincas de la Compañía, desaparece absolutamente. A nadie se le ocurre preguntarse en cuál de los dos países está, si en Panamá o en Costa Rica, porque en realidad está en un tercer país.

A Harmodio Arias Madrid, hermano de Arnulfo y que igualmente fue Presidente de la República, también hay que recordarlo como empleado de la Chiriquí Land Company, para la que trabajó durante muchos años percibiendo un sueldo de la Compañía en concepto de abogado defensor de sus intereses frente —y contra— los de la clase obrera y los de la Nación panameña.

Harmodito Arias, hijo de Harmodio, el expresidente, y dueño de la empresa Corrugados S. A., fabrica durante mucho tiempo las cajas de cartón en las que la Compañía transporta los bananos. Este mismo Harmodito Arias, de la fá-

órica de las cajas de cartón, le propuso en una ocasión a la Compañía el negocio de hacerle para los obreros ataúdes de cartón. Ni nacionalidad, ni alma, ni vergüenza, ni asco para hacer dinero.

Esa mano dura, inhumana y cruel del capitalismo, ha determinado un movimiento obrero importante en el que han descollado héroes y mártires, como Dionisio Arrocha, por ejemplo, asesinado el 18 de noviembre de 1960. Y como Rodolfo Aguilar Delgado, torturado y asesinado el 24 de octubre de 1963, ambos en la zona bananera de la provincia de Chiriquí.

Cuando la guardia asesina a Rodolfo Aguilar Delgado, el Comandante de esa zona militar es el Capitán Omar Torrijos. Si bien los propios copartidarios políticos del obrero heroico, los comunistas, nunca le reprocharon nada al General, algunos sí han querido hacerlo responsable. Precisamente esos que no se distinguen por su militancia proletaria, sino al revés. Esos mismos que unos años después pegaron el grito al cielo cuando el General nombra como gobernador de la provincia a un dirigente del partido comunista.

Algo semejante ocurre con el asesinato del sacerdote progresista Héctor Gallegos, con cuya labor el General explícitamente se identificó alguna vez.

No se puede ignorar el carácter heterogéneo de una institución tan compleja como es la Guardia Nacional. No se puede ignorar lo incontrolables que pueden ser algunos acontecimientos cuando se está desarrollando un proceso revolucionario. Y una buena prueba de esto es el golpe de Estado que en una ocasión, en el año de 1969, le dan al General Torrijos, estando él en México, desde el mismo seno de la Guardia Nacional.

Estoy explicando, no justificando.

En todo caso, el que estas cosas hayan sucedido le da más mérito al proyecto del General Torrijos de poner los fusiles de esa misma Guardia, a quien se le imputan estos crímenes, al servicio de los obreros compañeros de Rodolfo Aguilar Delgado y de los campesinos de Santa Fe que seguían al sacerdote Gallegos.

Volviendo a las bananeras, hay que decir que su sindicato es el mejor organizado del país. Sólo así ha podido conquistar algunas reivindicaciones elementales.

Por ejemplo en el campo de la salud ha logrado que sea el Seguro Social, y no «el médico de la Compañía» quien lo atienda en su desgracia y decida cuándo un accidente de trabajo no es una enfermedad que exonera a la Compañía de pagarle indemnización. Y también quien decida sobre la cantidad de días que debe permanecer en cama.

Todavía hoy, el cementerio de Puerto Armuelles donde por fin descansan los obreros bananeros, queda dentro de las tierras de la Compañía, de manera que ni de muertos pueden escapar de la tutela de esa madrastra cruel que es la Yunai.

Todavía hoy, las tiendas donde se vende la comida y la ropa, y donde se le permite y se le ayuda al obrero a endeudarse, son tiendas de la Compañía, diseñadas para succionar mucho más que dinero. Es celebre un calipso de un obrero bananero que traducido dice:

*San Pedro, no me llames, yo no puedo morir.
El alma se la debo a la tienda de la Compañía.*

En el campo de la educación, ha logrado que las escuelas sean dirigidas por el Estado, y no por la Compañía, quitándole así, por lo menos en parte, un instrumento poderoso de penetración ideológica en los niños.

Recuerdo que allá por el año de 1974, recién llegado de Europa, fui con el Frente de los Trabajadores de la Cultura a Finca Blanco, en tierras de la Compañía. Celebrábamos un acto político-cultural en ocasión del Primero de Mayo. Yo le había cambiado la letra a una canción española muy conocida, de la guerra civil, para adaptarla al caso nuestro. Una estrofa decía:

*¿Qué culpa tiene el banano
de estar tranquilo en su tallo?
Si llega un gringo hijueputa*

*y lo mete en un vagón
y lo manda a Nueva York.*

Un niño bananero, seguramente hermano del yunterito del poema de Miguel Hernández, se había acercado a nosotros, y cuando nos oyó cantar la canción, abrió los ojos desmesuradamente, se tapó la boca, bien abierta, como si estuviese lanzando un grito mudo, y con una cara de espanto que yo no había visto antes, salió corriendo de allí. Seguramente era la primera vez que este niño oía que alguien insultaba al patrón blanco, al patrón gringo.

Este es el marco en el que, una tarde del mes de enero de 1974, el General Torrijos, sin estar pensando en nada de esto, hojea una revista norteamericana en la terracita de su casa en Farallón.

Yo no estoy con él. Ya pertenezco a las Fuerzas Armadas, pero ando metido en los Macho 'e Monte o en Fuerte Cimarrón, no recuerdo. Pero algunas de las cosas él me las cuenta después, otras yo las veo, y otras las leo. La cosa es que en esa revista se anuncia una sociedad «caritativa» norteamericana. He puesto entre comillas la palabra porque pareciera que los ricos, para poder practicar la caridad, fomentan la pobreza. Y la sociedad esa se anuncia con la foto de una niña india guaymí que lleva el siguiente pie: «Esta niña come menos que un perro». Yo también he visto el anuncio.

El General fue hombre muy orgulloso. Quizás no de él, pero sí de su pueblo. La foto tiene que haberle dolido. Pero sigue hojeando la revista y se topa ahora con un anuncio de la United Brands Company, donde se proclama abiertamente, jactándose de ello, que su banano Chiquita Brands «es el único producto que, en veinte años, no ha subido de precio». Es el banano que se produce donde los niños comen menos que los perros.

Para el obrero bananero, todo ha subido de precio, menos lo que él produce. Entonces el General Torrijos suma esto con la foto de la niña, y repentinamente llega a una deci-

sión: «Se le impondrá a la Compañía un impuesto de un balboa por cada caja de banano de 40 libras que exporte.»

El 5 de marzo de ese año se reúnen en Panamá los representantes de los países bananeros y la idea panameña es acogida con entusiasmo. Veintidós días después de esta reunión, el 27 de marzo, Panamá establece el impuesto que propone. Poco después, el 8 de abril, lo establece Honduras. Poco tiempo después, lo establece Costa Rica.

El Ecuador, cuyo Gobierno está infiltrado por hombres de la Compañía, alega condiciones particulares propias y no grava el impuesto. Somoza, a quien la Compañía le da una suma de dinero con el pretexto de aliviar los daños a Managua ocasionados por el terremoto, no grava ningún impuesto. Guatemala tampoco.

La Compañía inicia inmediatamente una campaña de soborno descarado. Es célebre el caso de Honduras, donde se comprueba el soborno con un millón de dólares al tristemente célebre Abraham Benaton, Ministro de Economía. Fundamentalmente de la economía suya.

Al propio Presidente de Honduras, General López Arellano, se le acusa de estar implicado en el escándalo. Parece que la Compañía, a través del *Wall Street Journal*, periódico que sirve los intereses de las transnacionales, publica la denuncia y lo destituyen. López Arellano se perfilaba como un militar progresista.

A Panamá la tratan de un modo deferencial. Viene el propio Presidente de la United Brands, Eli Black, y le ofrece al General Torrijos tres millones de dólares. La respuesta del General fue en un lenguaje cuartelario que no se puede reproducir aquí.

El resultado no se dejó esperar. Inmediatamente Honduras baja el impuesto de un dólar a cincuenta centavos. Costa Rica patalea un poco, pero lo baja a veinticinco centavos.

Anteriormente a esta campaña, la Compañía había intentado una de chantaje alegando que el impuesto iba a precipitar su ruina, y con la de ella la nuestra. Es siempre

la misma teoría que ya comenté anteriormente y que en definitiva consiste en afirmar que para que no le vaya muy mal a los pobres tiene que irle requetebién a los ricos.

Antes del impuesto, sin embargo, la fruta la vendían a 2.70 dólar la caja a los intermediarios. Cuando apenas se comenzó a hablar del impuesto, subieron la caja de 2.70 a 5 dólares. Con ese precio podían pagar el impuesto de un dólar y ganar, a pesar de él, un dólar 30 más que antes.

El consumidor, que antes pagaba 11 centavos la libra, comenzó a pagar 18 centavos sin que disminuyera el consumo. Las profecías de las transnacionales del caos en el mercado y en el consumo, quedaron al descubierto como lo que eran: vulgar chantaje. A pesar del impuesto, el gran pulpo gana 1 dólar 30 más por caja.

Panamá produce anualmente, en esos momentos, 39 millones de cajas. El nuevo impuesto le reporta a la Compañía, pues, 51 millones de dólares más al año. Estados Unidos pagaba a Panamá por el Canal algo menos de dos millones de dólares anuales. Esa nueva ganancia de la Compañía, en consecuencia, es equivalente a lo que le produciría a Panamá 25 canales. Estos son datos.

Panamá responde creando su propia compañía bananera. Su banano no se llama «Chiquita», se llama «Panamá». Y a las objeciones, incluso de muchos panameños, de que el negocio no está en la producción sino en el mercado, el General responde que él no está haciendo negocio. Pero, además, también va a intentar el mercadeo, porque «la dignidad incluso es rentable».

El día primero de agosto de 1974 el General Torrijos le habla a los representantes del Sindicato de Trabajadores Bananeros en Puerto Armuelles.

Compañeros todos:

Cuando nos enfrentamos sabíamos que venía este tipo de consecuencias, pero nos enfrentamos no sólo sintiendo sino pensando. Y habíamos mantenido cierta capacidad de respuesta para los problemas previstos y

no previstos. El empeño de hacer fracasar a Panamá va mucho más allá. Quieren doblegar al eslabón más fuerte en esta cadena y quieren doblegar al país, que más lejos ha ido en este tipo de lucha, hasta el extremo que nos hemos convertido en un símbolo de esta lucha y de los diferentes sindicatos de los países que producen banano.

Yo estaba deseando que esta situación se presentara porque hasta hoy la lucha se estaba presentando muy fácil. Y las cosas fáciles se reciben como dádivas y no como consecuencias de una línea de acción de lucha decidida. Esta situación nos pone en condiciones de comprobar que ante los intereses del país el pueblo panameño adopta esa causa con la misma fe con la que adopta su propia religión.

Tenemos el apoyo. En nosotros se están mirando todos los dirigentes sindicales de los países productores de bananos. A esa Compañía que trabaja con nosotros la mandaron a resquebrajar el eslabón más fuerte de la lucha. A otra compañía la mandaron a resquebrajar el eslabón más débil, a quien ellos consideran que es Honduras. Porque es el país que en esta lucha ha manifestado mucha dignidad. Es mucho más dependiente de la exportación del banano la economía de ellos. Y da lástima decirlo, muchos connacionales se orquestaron en favor de los peores intereses de su Patria.

Y esos señores comerciantes, que por favor, antes que nos obliguen a que la furia del pueblo tome decisiones, por favor, que sepan esta vez que el himno de la Patria no puede confundirse con la máquina registradora de sus establecimientos comerciales.

La Compañía amenaza con irse, y el General Torrijos negocia con una granada en la mano: «No tenemos que discutir sobre si se van o no. Porque de que se van, se van. Lo único que tenemos que discutir es de qué forma es que se van».

El 25 de julio de 1974, la Chiriquí Land Company decide castigar a Panamá suspendiendo el corte y la exportación del banano panameño. En Panamá se funda el Comité Central de la Dignidad Nacional.

El General informa:

Cuando uno aprieta un poco a la Compañía, ella dice: «Me voy». Cuando los llamé, los apreté y me dijeron eso. Les contesté: «Nosotros los llamamos para que se vayan». Entonces no quisieron irse. Dicen que ningún minero abandona sus minas.

Así quedó claro que no querían irse, que en medio de esa lucha, había la presión del engaño.

A partir de allí comenzamos.

El 31 de agosto se recibe una información terrible: antes de ceder a sus obligaciones legales, la Chiriquí Land Company tira al mar dos millones de cajas de bananos.

En cada caja de bananos hay aproximadamente 80 bananos. Dos millones de cajas de bananos son el equivalente alimenticio de 53 millones de litros de leche, de 160 millones de huevos. Todo eso tirado al mar, ante la mirada atónita del hambre.

Por lo menos quedó clarito. Aquí sí se radiografió. Estamos mirando de la piel para adentro lo que es una compañía transnacional. Aquí sí está pero bien radiografiado lo que es una compañía transnacional.

En un acto realmente hermoso por lo unánime y patriótico, todos los empleados públicos deciden aportar el sueldo de un día de trabajo para apoyar a los obreros que la Compañía tenía situados en el desempleo.

Comienzan a llegar entonces mensajes de solidaridad con el pueblo y el gobierno panameños que respondían a las objeciones de que nosotros no podíamos hacernos cargo del mercadeo de la fruta. Argelia ofrece comprar banano panameño. Cuba ofrece comprar banano panameño. Y Bulgaria también. Y Polonia también. Y también China Po-

pular. Y también la República Popular de Corea. Y Yugoslavia también. Panamá no está sola.

La Compañía cede. El 4 de septiembre, cuarentidós días después de haber iniciado su paro, la Chiriqui Land Company reanuda sus operaciones. Cuatro días después, en su condición de Jefe de Estado, el General Torrijos firma un comunicado oficial que termina con estas palabras:

Deseo expresar al Comité de la Dignidad, a los Sindicatos, a los estudiantes, a los empleados públicos, empresas privadas y todos los grupos y personas que han acuerpado y respaldado la decisión del Gobierno respecto a las bananeras, que la lucha por la dignidad y soberanía nacionales no ha terminado; apenas comenzó el primer reclutamiento. Mantengamos la organización hasta ahora lograda.

Y no terminó entonces, ni después, con los Tratados del Canal, ni todavía, cuando el enemigo está embistiendo con más fuerza que nunca, queriendo aprovechar la coyuntura de la gran ausencia de nuestro líder.

Como decía anteriormente, en esa época yo no pertenecía a su escolta y lo veía poco. Por eso son pocos los recuerdos personales que guardó de esa etapa tan decisiva. Si recuerdo que una noche le telefoneó a Marcos, de Filipinas, sobre algo relacionado con la guerra del banano. Creo que él pensaba que Marcos hablaba español. Pero ante el poco español de Marcos y las malas comunicaciones de una distancia tan larga, el General le dio el teléfono a Rory González, su amigo, diciéndole que fingiera ser él, «para que él piense que yo hablo inglés».

Muchos años después yo lo acompañaría a las Filipinas en un viaje con muy pocos comentarios. Recuerdo solamente un Marcos con la cara estirada, en un ambiente lujoso, ridículo, y recuerdo a un Viceministro de Agricultura que nos dio unos coquitos, y recuerdo al oficial de enlace que una vez, en el ascensor, eructó.

Mi personaje inolvidable de la guerra del banano fue el Presidente de la United Brands, Eli Black. Un hombre sobrio, muy austero, que cuando le preguntaban qué quería beber, respondía invariablemente que un poco de té, con una gotita de limón.

En alguna ocasión le oí citar a Rilke, con una naturalidad cotidiana exenta de toda pedantería o afectación. En ese sentido, Eli Black era un hombre sencillo. La gran cultura le era cotidiana y natural.

El Ministro Manfredo me comentó que Eli Black quería ayudarnos a que hiciéramos en Panamá una especie de *Lincoln Center*, para que los panameños tuviésemos ocasión de alternar con Haydn, con Mozart, con Johann Sebastian Bach. Para que viésemos la gran pintura. Para vivir a la altura de Platón, de Aristóteles, de Santo Tomás de Aquino.

Evadir la realidad, resolver el problema sobre la base de no planteárselo, es un forma de insultar la cultura cuando se le da esa función. Porque es *invadir* la realidad, res-tregárnosla en los ojos y en el alma, la función revolucionaria de la cultura.

Es un problema de actitud, de si nos vamos a arrodillar ante la cultura, o si le pedimos que nos muestre a los desempleados de la ciudad de Colón, a los niños vendiendo periódicos y a las putas que tienen al hijo enfermo.

Yo sé, y todo el mundo sabe, que cuando ellos nos piden que miremos el cielo, o las nubes, es para poder meternos la mano en los bolsillos. Pero en el caso de Eli Black había, parecía que había, cierta sinceridad.

A mí me recordaba una teoría, basada en Marx y en Weber, que un profesor, José Luis Aranguren, a quien yo le debo muchísimo, nos explicaba en su cátedra universitaria de Madrid. De acuerdo con esta teoría, frente a la ética católica del fracaso, donde el camino al cielo está lleno de espinas, se levanta, con Lutero y Calvino, en los inicios de la modernidad, la ética del éxito, mucho más cónsona con la mentalidad y los intereses de la naciente burguesía.

Según esta concepción, la única forma que tenemos de saber que estamos entre los elegidos, que estamos en gracia de Dios, es a través del resultado de nuestras empresas. No es, pues, dinero o poder lo que persigue el rico. Lo que persigue es saberse amado por Dios.

Eso será para Marx y Weber, y para los ricos de principios de la época moderna, porque lo que son los ricos panameños lo único que buscan es el chimbilín, el vil metal. En ellos no hay en absoluto ninguna connotación religiosa. En todo caso, creo que se aproxima más a su realidad la interpretación del psicólogo Adler, según la cual el amor al dinero es la prolongación del amor a la mierda. Porque así como el niño puede ejercer cierto poder sobre los adultos a través de su mierda, dependiendo de si la pone en la bacinilla o en la alfombra, el adulto pretende lo mismo con el dinero.

Eli Black era otra cosa. Uno sentía detrás de él una tradición que desde luego incluía la Revolución Francesa, pero también la Industrial, y el jansenismo de Pascal, y los supuestos, y las consecuencias, de la tecnología moderna. Eli Black era un señor burgués, con empaque...

Yo no sé por qué, pero siempre tuve la impresión de que Eli Black sabía todo esto que pienso de él, que estaba condenado a la derrota, pero que a pesar de eso, y cuidado que justamente por eso, él iba a dar la pelea.

Eso lo convierte en un héroe trágico. Porque el hijo de puta tenía empaque, calibre de héroe trágico. Iba a ser aplastado por una ola de obreros que cantaban la Internacional, pero él lo sabía, y eso hace toda la diferencia.

Pero ¿qué sucede? Que entonces la United Brands considera obsoleta su cultura y sus métodos, y lo destituyen, sustituyéndolo por otro tipo de gangster, más actualizado, sin ningún sentido de elegancia ni espiritualidad. En algún capítulo anterior hablé de ellos, con la cara cortada y el cigarrillo doblado. Aquí a Panamá llegaron y yo los vi.

La tragedia sofocleana de Eli Black se la convierten en un drama policiaco o en una opereta bufa. El capitalismo ya no está para leer a Rilke. Ahora quiere hacer negocio

fabricando ataúdes de cartón. Pesan menos. Son más higiénicos. Y mucho más baratos.

Entonces Eli Black da repentinamente un giro de 180 grados en su conducta personal. Se dedica masivamente al licor, él, que no probaba gota. Se dice que incluso a la prostitución, él, rabino ordenado luego de ocho años de estudio en el Colegio Yeshiba de Nueva York, donde se gradúa *magna cum laude*. Y se dice también que al homosexualismo y a la droga, él, vestido de negro, con su maletita de ejecutivo, heredero de la austeridad de Pascal. Yo pienso que se debe haber sentido desclasado, desnudo y solo en plena calle.

El 3 de febrero de 1975 hacía frío en Nueva York. Como era domingo, el edificio de la Pan American, donde la United Brands Company tiene sus oficinas, estaba cerrado, pero a él lo dejan entrar. Todavía tiene las llaves de la oficina.

Entra. Con esa maletita negra de ejecutivo que siempre llevaba consigo, rompe el vidrio de la ventana. Quita todos los pedazos y los acomoda con mucho cuidado en una esquina de la habitación, y se lanza a la muerte desde el piso 44. Lleva su maletita en la mano.

Nunca le hablé, pero lo observaba de cerca, detenidamente, y lo comparaba con el General Torrijos. Eran dos cantidades de signo contrario, pero homogéneas. Seguramente que no se podían sumar, pero sí restar y dividir. Ambos eran representantes de dos fuerzas sociales en una lucha a muerte y sin cuartel. Lo mejor que se puede decir de la de Eli Black es que es trágica.

Un poco antes de la guerra del banano hay otra experiencia política que se debe mencionar para ayudarnos a formar un retrato del General Torrijos. Es el llamado «chiricanazo».

Sucede que el General Torrijos nombra como Gobernador de Chiriquí a Ornel Urriola, poeta y profesor, conspicuo miembro activo del Partido Comunista. Y una gran persona.

Chiriquí es una provincia bananera que, como ya vimos, cuenta con el movimiento obrero mejor organizado del país. Pero es también la provincia de los latifundistas y de una pequeña burguesía aún más ridícula y estúpida que la de la ciudad de Panamá. Con decir que los jovencitos burgueses se reúnen en el Kentucky Fried Chicken y en el McDonald. También tienen su clubcito Unión, que imita al de la ciudad de Panamá, y que incluso lo supera en superficial y en cursi.

El General decía que en Chiriquí «hasta los pobres son reaccionarios». Y allí nombra el General Torrijos de gobernador a Urnel Urriola. En esa época yo no estoy en la Guardia ni hablo con el General, de manera que no tengo ni idea de qué diablos se proponía él.

Además, por esos días se querían organizar unos actos para conmemorar el Festival de la Juventud próximo a realizarse en Berlín socialista. ¿Y adónde se les ocurre ir a nuestra brillante juventud? A David, por supuesto, capital de Chiriquí.

Tengo el derecho de hablar con ironía porque entre los que van estoy yo. Me piden que tire hojas volantes desde mi avión. Es la época de la avioneta de la cual hablé al principio, pero las autoridades de aeronáutica no me dan permiso.

Había que estar allí. Por todas las calles de David, pandillas de muchachos y muchachas con boinas rojas cantando la Internacional. Avanti Popolo. La Hierba de los Caminos, el Tío Caimán... Nos tomamos la ciudad. Realmente fue alegre.

Pero entonces la reacción chiricana, que ya veía manchado de su sangre el paredón del que los muchachos hablaban, desgraciadamente sólo medio en serio, se dejaba venir encima, con todo lo que tenía. Y al General Torrijos no le quedó más remedio que sacarle la tabla a los comunistas. Y aprender una lección que después él mismo propagaría: «El poder no se da, se toma». «No se puede hacer una revolución de arriba para abajo. Tiene que ser de abajo para arriba.»

Yo no sé si los comunistas se la aprendieron, porque a mí algunos me dan a veces la impresión de que esperan la revolución como quien espera un tren, o como quien espera que llueva, mirando hacia arriba. Pero para el General fue decisiva. «El que quiere celeste, que le cueste.» El problema era que quien más celeste quería era él mismo.

XIV

UN SHA

Recordar significa, literalmente, «volver a pasar por el corazón». Su etimología, su árbol genealógico latino, es bien claro y directo. Viene de «cor, cordis»: «corazón». De donde «cordialmente». Es decir, «corazonadamente».

Pero igualmente en otros idiomas el verbo «recordar» tiene una estirpe lingüística que le da un significado literal muy poético y profundo. En francés, por ejemplo, «recordar» se dice «souvenir», que literalmente significa «venir por abajo». En alemán, se dice «erinnern», que significa «desadentrar», con esa capacidad por lo abstracto que sólo el espíritu alemán tiene.

La única excepción es el idioma inglés. Recordar se dice «remember», que quiere decir «pasar nuevamente por el miembro». El problema es que no se especifica cuál miembro, pero debemos suponer que es el cordial.

Recordar al General Torrijos, volver a pasarlo por el corazón, desadentrarlo, verlo llegar por debajo de las cosas, descubrirlo, con cualquier pretexto, es una secuencia, una procesión que, cuando comienza, ya no termina por sí sola. Un recuerdo trae otro, y éste, otro y éste otro, otro, proliferándose y dividiéndose y subdividiéndose, como esas enredaderas que cubren rápidamente un muro.

Así me pasa a mí, en mis paredes interiores. Con el agravante de que me cuesta discriminar entre lo histórico y lo biográfico. En un gran hombre como él, no hay mucha diferencia. Pero es que también me cuesta a veces distinguirme de él, separar mi vida, en la que él jugó un papel decisivo, de la suya, que incide profundamente en la historia de nuestro país.

En Las Vegas estábamos todavía cuando, una mañana, al momento de estarle traduciendo los titulares de los pe-

riódicos, nos encontramos con la noticia de que el Presidente de México le negaba al Sha de Irán, en su exilio, permiso para reingresar al país. El Sha había ido por razones médicas a los Estados Unidos, que estaba dispuesto a darle esa clase de asistencia, pero no asilo, y a la hora de regresar a México, le cerraban las puertas en las narices. Un poco al estilo de la crítica que le hiciera Bishop a él mismo, el General criticó la política dual mexicana.

En Las Vegas es bien fácil pensar en póker, en cartas, y entonces yo le sugerí que invitara al Sha a Panamá. «Es una carta que ese la puede negociar, jugar políticamente.» «Sí» —me dijo él—, «ya lo había pensado y le mandé un mensaje cuando él estaba en las Bermudas, con don Gabriel, pero ni siquiera se dignó contestarme».

Quiero decir dos cosas. Una es que, aunque él ahí no me dijo nada, yo estoy seguro de que estaba pensando en los rehenes de la Embajada norteamericana en Teherán, en la reelección de Carter que se avecinaba, y que dependía de la liberación de esos rehenes, y en el peligro monstruoso que Reagan significaba para Panamá, Nicaragua, la región y el mundo entero.

Reagan había publicado unos artículos contra el General Torrijos con esa ironía amariconada que por lo visto es la favorita de sus detractores. Y aunque Torrijos no hubiese sido el gran analista político que fue, se habría dado cuenta de todas maneras de lo importante que era tener al Sha en las manos. Estaba claro.

Los que no lo vieron claro y salieron a la calle a protestar, no deberían tener derecho a denunciar la invasión de Granada, la amenaza de invasión a Nicaragua, y la invasión disimulada a Honduras, ni el bombardeo de Trípoli, ni el saqueo a los pobres, los ancianos y los enfermos de su propio país, ni todas esas cosas que Reagan ha hecho «agudizando las contradicciones», como le gusta a la ultraizquierda. La reputación de Reagan permitía prever todo eso.

Con el Sha se podía obtener, en principio, la liberación de los rehenes, y con la liberación de los rehenes se le podía obstaculizar el paso a Reagan. Y con Reagan fuera de

la escena política mundial, los movimientos de liberación ganaban tiempo para crecer y fortalecerse.

La otra cosa que quería decir es que si bien el Sha no respondió a la invitación del General, sí la aceptó para que su hijo, el príncipe heredero, y una hermana suya, pasaran unos días en Contadora.

Era un espectáculo digno de verse: el Shacito corriendo en vestido de baño por la playa, la gente del G-2, con saco y corbata, corriendo detrás del Shacito, ocultando torpemente las armas dentro de chaquetas que llevaban envueltas en los brazos. Y detrás de ellos, las niñas oligarcas nuestras, en bikini, corriendo también y pegando grititos, hipnotizadas por el olor a aristocracia.

Es interesante cómo la burguesía le corta la cabeza a la nobleza, pero quién sabe por qué complejo de exsirviente, no pierde nunca la fascinación de la aristocracia. Por ejemplo, sus automóviles se llaman el Delfín, el Barón, Cardinal, Princesa.

En esos días estaba en Contadora Patricia Hearst, la célebre millonaria norteamericana que fue secuestrada por un grupo guerrillero con el cual ella al final se identifica. O por lo menos los ayuda en el asalto de un banco. La Patricia había salido de la cárcel, indultada por Carter, y se había casado justamente con el policía encargado de vigilarla. Ya se sabe que las cárceles no están hechas para los ricos.

Pasaban su luna de miel en Contadora y ven al Shacito corriendo por la playa perseguido por nuestras oligarquitas del Club Unión. Patricia Hearst sonríe, con un poco de burla pero también con algo de compasión y simpatía.

Unos días más tarde la invitan a comer al Club Unión precisamente, junto con su esposo que, dicho sea de paso, se llamaba, o se llama, mejor dicho, Bernard Shaw, y allí sucede un incidente.

Nuevamente las oligarquitas, las mismas o equivalentes, fascinadas por la guerrillera célebre, le ordenan a los cocineros del restaurante del Club que le demoren la comida a Patricia Hearst, para darle oportunidad a que lleguen sus

amiguitas, a quienes les están telefoneando para que corran a ver a Patricia. La Patricia se entera y se emputa. Y se va sin comer.

Cuando le pone la queja al General Torrijos, le dice que si algún día va a Los Ángeles, ella lo va a llevar a un Club de oligarcas para que vea la diferencia. El General acepta y ríe. No le da vergüenza que nuestra oligarquía sea más mezquina y ridícula que la de sus patrones.

Con el tiempo la Patricia Hearst cumplió su promesa. En una ocasión, pasando por los Ángeles, le invitó al General a comer, junto con su padre, Randolph Hearst, dueño famoso de muchos periódicos, a un restaurante muy exclusivo.

Patricia tenía razón. La oligarquía norteamericana es mala. La nuestra, además de mala, es ridícula, cursi y vacía. Como para demostrarle su punto, en ningún momento de la cena le recordó la Patricia la razón por la cual originalmente lo había invitado. O a lo mejor es que se dio cuenta de que el General Torrijos pensaba lo mismo que ella.

Es una mujer interesante, Patricia Hearst. Pequeña, muy hermosa, y muy inteligente. Recuerdo que una vez me pidió ver una metralleta que yo tenía y la desarmó y armó con una pericia profesional.

Recuerdo también una vez que me dijo, en ocasión de una conversación sobre política, que ella era «absolutamente de derecha». Pero lo dijo de una forma que no lo dice ningún derechista, con una terquedad y una agresividad dirigida más a ella misma que a otra persona, como si se estuviese imponiendo a la fuerza una filiación política que rechazaba igualmente a la fuerza.

Volviendo a Las Vegas, con el General, la mañana esa en la que le traducía los periódicos y le recomendaba que invitara al Sha, yo pensé que allí había terminado el asunto. Una semana después, sin embargo, llega a Panamá Hamilton Jordan, Secretario General de la Casa Blanca y principal

asesor de Carter, y le pide al General Torrijos, en nombre de su Presidente, que le conceda asilo al Sha.

En cuanto que se fue de la casa de la Calle 50 Jordan, el General me pidió que transcribiera lo fundamental de esa conversación, cosa que hice y que a continuación copio.

Panamá, 11 de Diciembre de 1979

El señor Embajador de los Estados Unidos, Ambler Moss, se presentó a las 9:10 p.m. con un invitado, cuyo nombre no quiso decirnos por teléfono, y que resultó ser Hamilton Jordan. Dijo mi General que muy importante debía ser el mensaje que traía, a juzgar por la importancia del mensajero. Jordan comentó, chisteando, que con ese criterio lo que debía esperar es un mensaje tonto.

Ya hablando muy seriamente, Hamilton Jordan le dijo a mi General que, en nombre de la paz mundial, en nombre del pueblo norteamericano, y en nombre del Presidente Jimmy Carter, quería presentarle una solicitud: Que Panamá recibiera al Sha temporalmente para superar una de las crisis más graves que ha sufrido el mundo desde la Segunda Guerra Mundial. El Gobierno norteamericano comprometía su palabra ofreciendo todo el apoyo que Panamá pueda necesitar, e igualmente en seguir buscando un asilo permanente para el monarca depuesto. Alegó que los servicios de inteligencia norteamericanos, y ciertos contactos discretos, les permiten esperar que la crisis se resolvería favorablemente con la salida del Sha de los Estados Unidos. Hamilton Jordan manifestó deseos de hablar igualmente con nuestro Presidente Royo para presentarle la solicitud, pero se le explicó que en ese momento nuestro Presidente estaba en una cena. Y tres cuartos de hora más tarde, Jordan volaba a Texas a entrevistarse con el Sha.

Nuestra respuesta fue la siguiente: Accedemos a la solicitud, podemos tenerlo todo preparado para cuan-

do pueda venir, y esto sin poner nosotros ninguna condición.

Hamilton Jordan llamó por teléfono al Presidente Carter para comunicarle el resultado de su gestión. Le habló en clave, poniendo de manifiesto el grado de secreticidad que le están dando a la operación. Posteriormente el Presidente Carter y nuestro General hablaron por teléfono en un español que, a juicio de este último, ha mejorado mucho.

Se le explicó a Jordan que en Boquete, una especie de paraíso musulmán, por lo del clima y el agua, contamos con una casa apropiada para el Sha. La de los González. El Sha puede llegar directamente al aeropuerto de David, a unos pocos kilómetros de la residencia. Igualmente puede contar con nuestro servicio de seguridad, y con el Sargento Martínez como seguridad y edecán.

El General le sugirió a Jordan que le hablara fuertemente al Sha. pues ya en una ocasión anterior nosotros le ofrecimos asilo y casi que ni nos contestó. Jordan le dijo que ya ha perdido toda su arrogancia, muy particularmente con la negativa de México. Tanto Jordan como mi General estuvieron de acuerdo en que López Portillo se había enanizado con el gesto de retirar un asilo ya acordado.

Jordan está seguro de que, pasada la crisis, no habrá mayor problema en encontrar un país, sin los cojones del nuestro, que le dé asilo permanente al Sha. Incluso los propios Estados Unidos podrían volver a aceptarlo bajo razones médicas.

El General propuso a la Argentina, recordando que este país está queriendo comprar 600 millones de dólares en piezas de repuestos para aviones. El Sha podría ser el precio de la autorización de esa compra que actualmente se ha prohibido. Además, con esta medida el Presidente Carter se granjearía la simpatía de los capitalistas de su país, cosa muy conveniente en esta época de elecciones.

Parte de la vehemencia que Jordan puso en la solicitud se debe, según él mismo lo confesó, a que la reelección de Carter depende de la solución de esta crisis. El General Torrijos comentó que en su reciente viaje por los Estados Unidos pudo percibir la tensión del problema que, sin embargo, ha unificado a todo el pueblo norteamericano. Efectivamente, dijo Jordan, no solamente es posible superar esta crisis sino que incluso, si se manobra bien, puede dejar un saldo positivo.

En este punto le dijo el General: «No cometan el error de pensar. Este es un problema de dignidad, no de lógica. Si los iraníes le hacen daño a un solo rehén, los Estados Unidos se van a ver obligados a responder». Jordan, que estuvo de acuerdo, añadió que eso era así incluso con el peligro de empujar a Irán a los brazos de la Unión Soviética. Jordan recordó la frase del Presidente Carter: «El último rehén es tan importante como el primero.»

El General preguntó por el estado real de la salud del Sha, a lo que Jordan respondió que tenía informes confidenciales de que, con dos clases diferentes de cáncer, ningún médico le daba al Sha más de 16 meses de vida. Sobre todo porque el Sha ha perdido ya la voluntad de vivir. Parece que lo de México le afectó mucho. De todos modos, los médicos del ex-monarca podrían venir periódicamente a Panamá, donde, recordó el General, contamos con tres bombas de cobalto.

Mi General se despidió muy cordialmente del asesor de Carter, que se dirigía al aeropuerto con sus seis latas de cerveza en la mano. La cerveza panameña le gusta mucho y, le advirtió al General, al día siguiente volvería a Panamá, después de su diligencia en Texas, a beber mucha. El General le prometió tenerle una buena provisión. Le dijo también que con sus seis latas en la mano estaba listo para una foto que habría que enviarle a la revista *Time*. Por su parte, Jordan comentó que el General le había quitado mucho peso

al Senado norteamericano (haciendo caminar a los senadores por los montes de Coclesito). También hizo chiste sobre el regalo de Navidad que Carter le enviaba: Un Sha.

Ya al final, en la puerta, y dejando todo chiste aparte, Hamilton Jordan manifestó un agradecimiento muy sincero y conmovedor ante quien llamó «uno de los hombres más grandes que he conocido».

Hasta ahí el informe sobre la visita de Jordan. La actuación y las palabras del General, hay que verlas en su contexto. Sobre todo porque a él lo que le interesaba fundamentalmente era mover los acontecimientos hacia determinada dirección, y no andar diciendo cosas profundas que nada más sirven para publicarse y ser citadas. Por eso las cosas que dice cambian mucho de un contexto a otro, de un interlocutor a otro.

Por ejemplo, en un mensaje grabado en cinta que le manda al General Policarpo Paz, entonces Presidente de Honduras, le pide comprensión para «esos muchachos sandinistas que están faltos de experiencia».

Por supuesto, lo que quiere es neutralizar a Honduras con relación a la revolución nicaraguense. No es que piense que los sandinistas necesitan los consejos de un militar hondureño de derecha, o que les haga falta una experiencia que para el General nunca fue demasiado importante. Los sandinistas no tenían ninguna experiencia en el arte de gobernar, pero sí carretadas y carretadas de esperanza. Y «la esperanza es mucho más importante que la experiencia», decía el General.

Desde aquellos días el General ha previsto el papel que el imperialismo le iba a dar a Honduras y desde el inicio se propone salirle al paso. Recuerdo un viaje que hicimos a Toncontin, el aeropuerto de Tegucigalpa, sin otro propósito que el de entrevistarse con Policarpo para ganárselo al afecto de los sandinistas.

Es muy fundamental, pues, especialmente en el caso del General Torrijos, tener en cuenta el marco en que habla

y sobre todo, la persona o personas a quienes les habla. La verdad, la profundidad, él la reservaba para los campesinos, los trabajadores, los estudiantes. Nunca habló para la historia. No por modestia, sino porque prefirió hacer algo más importante: trabajar la realidad.

Y cuando se dirigía a las futuras generaciones, cuando escribía para ellas, lo hacía siempre en el espíritu de proyectar al futuro su capacidad de trabajar la realidad. Nunca en el de ponerse en pose para la historia.

Dijo, y lo dijo varias veces: «Yo no quiero entrar a la historia, yo quiero entrar a la Zona del Canal». Por supuesto que sabía que no son cosas excluyentes. Entrar al Canal implica entrar a la historia. Pero *querer* entrar al Canal no implica *querer* entrar a la historia. Querer es cosa de corazón, no de implicación, y en consecuencia de libertad, no de causalidad.

Y como la historia corona con sus laureles justamente a quienes no se lo solicitan, el General Torrijos ha entrado en la historia sin que todavía haya podido entrar plenamente en la Zona del Canal.

Varias veces me pidió que tomara nota sobre algún acontecimiento. Por ejemplo, sobre la reunión que tuvo con los indios y que aparece en uno de los primeros capítulos de este libro. Igualmente me pidió que escribiera algo sobre la guerra del banano. Y sobre la entrevista con Hamilton Jordan.

Él tenía perfecta conciencia de que la historia lo iba a mirar, de que lo estaba ya mirando. Pero nunca se puso en pose. A lo sumo, se echaba para atrás, con un gesto natural y sencillo, un mechón de pelo rebelde que siempre le caía sobre la frente.

La venida del Sha fue una carta que se podía jugar, y que se jugó. Los iraníes tenían los rehenes de la Embajada norteamericana en Teherán y estaban jugando al gato y al ratón con Carter, y de pronto Torrijos se sienta tam-

bién en esa mesa y pide cartas para él, porque él también va a jugar. Va a jugar contra la elección de Reagan.

La ultraizquierda, generalmente bien corazonada, pero políticamente superficial y en consecuencia fácilmente manejable, a pesar de adversar al General Torrijos le hizo un buen servicio llevando su protesta a las calles. Eso capitalizaba más la carta del General, porque ponía en evidencia cuánto estaba pagando él por tenerla. La factura que se le pasaría a Carter, si ganaba las elecciones, era mayor.

Torrijos jugaba contra Reagan, pero también contra Carter, porque jugaba a favor de unos intereses contradictorios a los de los Estados Unidos.

Recuerdo también que en otra ocasión, durante las negociaciones de los Tratados del Canal, la ultraizquierda fue abiertamente provocada para que se tirara a la calle a protestar contra el General. El General tenía necesidad de demostrarle a los gringos que, en determinado punto, ya no podía ceder más. Pero esa vez, como si estuviesen fatalmente condenados a servirle al imperialismo, se quedaron extrañamente tranquilos en sus casas.

Estoy siendo injusto y no quiero caer en la misma intransigencia dogmática que le reprocho a ellos. Además, tengo en el General Torrijos un ejemplo vivo (¿vivo?), vivo, de ecuanimidad y de profunda sabiduría política. La verdad es que, por lo menos en Panamá, la ultraizquierda ha juzgado un papel que deja un saldo positivo. Un papel crítico, mordaz, pero que deja un saldo positivo.

Recuerdo que el General Torrijos viaja a Suecia para entrevistarse con su Primer Ministro, pero, y esto era típico de él, también con Olof Palme, que en ese momento estaba en la oposición.

Andaba por el mundo exponiendo la causa panameña... Más bien ofreciéndola, para que tuviesen el honor de militar con ella. Después, ya por la nochecita, se entrevistó también con un grupo de asilados panameños, todos de la llamada ultraizquierda.

Fue bien tensa esa reunión. De parte del General había ecuanimidad. Pero en algunos de esos muchachos había un

odio irreconciliable. En un momento dado el General le preguntó a uno de ellos por su padre. «Está muerto» —le contestó—. «La Guardia lo tiró desde un helicóptero».

Al final el General los invitó a que regresaran al país. «O halan la carreta conmigo, o me serruchan la mesa» —les dijo—. «Pero las dos cosas son allí».

Daba pena ver tanta calidad en bandos tan opuestos.

Al día siguiente sucedió un incidente realmente notable. Justamente venía de entrevistarse con Olof Palme, y estaba contento. Él siempre le tuvo mucha simpatía. En lugar de regresarnos al hotel en auto, decidió caminar, conocer la ciudad siquiera un poco directamente, en carne propia.

Desde el día anterior la seguridad sueca nos había hablado de una manifestación contra Torrijos que los asilados panameños, y de otros países latinoamericanos, pensaban hacer. Pero no hubo nada. Al contrario, los asilados panameños habían conversado con el General.

No hubo ningún acuerdo, por supuesto. Quedaron solamente en que pensarían sobre la invitación que el General les había hecho de que volvieran a su país. No se despidieron con un abrazo, pero sí con una sonrisa, un poco adolorida y triste pero sonrisa al fin y al cabo.

Entonces, de buenas a primeras, al dar la vuelta a una esquina, no nos encontramos con la manifestación contra Torrijos, sino que dentro de la misma manifestación. Tardamos unos segundos en reaccionar, porque los letreros estaban en sueco y no los entendíamos. Lo único extraño fue el gran nerviosismo que de pronto manifestaron el par de agentes suecos que nos acompañaban.

Vimos que uno de los letreros llevaba el nombre de Torrijos y que los manifestantes gritaban: «¡Viva Aragón!» Leopoldo Aragón fue un panameño que se inmoló quemándose vivo frente a la Embajada nuestra en Estocolmo como protesta por los Tratados que entonces se negociaban.

Los manifestantes, al reconocer al General Torrijos, se quedaron de pronto mudos, tan sorprendidos como nosotros,

o más. Muy suavemente los agentes suecos fueron sacando poco a poco al General de su propia manifestación.

Cuando ya estaba a unos veinte metros de ella, la gente, que dicho sea de paso no era mucha, recuperó la voz y el sentido político y comenzó a gritar nuevamente: «¡Viva Aragón! ¡Viva Aragón!»

El General entonces se volvió hacia ellos y quiso hablarles. Pero ni la seguridad sueca ni los gritos de los manifestantes lo dejaron. Nos tiraban gritos, no piedras. No había tanta agresividad. Y se resignaron a que nos alejáramos, caminando despacio.

Lo único que el General Torrijos le reprochó a los ultrazquierdistas, en rigor, es que no fueran revolucionarios, que «por querer hacer la revolución del futuro, no hacen la del presente», que es la que les corresponde. Por lo demás, siempre estuvo muy consciente del papel positivo que podían jugar en Panamá. y que jugaron. Si bien, como lo anotaba anteriormente, en algunas ocasiones no estuvieron a la altura de su posición crítica contra el gobierno y contra él mismo. Con el Sha no. Con el Sha hicieron todo lo que tenían que hacer, y una cuarta más.

El Sha no llega a Panamá. Llega a Howard, una base aérea norteamericana en la Zona del Canal de Panamá. Y llega nada menos que en un avión presidencial de los Estados Unidos. Allí, en medio de mucho misterio, lo esperan autoridades norteamericanas, y yo, a quien me ha pedido el General que sirva de seguridad y de enlace.

Cuando vi al Sha bajar las escaleras del avión, confirmé en su rostro que no solamente hospedaba la muerte sino que era más bien ella, y no él, la que habitaba su cuerpo. La muerte lo hospedaba a él, y no al revés.

Es famosa la frase de Lord Acton: «El poder corrompe, y el poder absoluto, corrompe absolutamente.» Tuve entonces que darle vuelta al pensamiento de Lord Acton: «La pérdida del poder purifica. Y la pérdida absoluta del poder, purifica absolutamente.»

Yo soy de los que creen en el odio. Incluso en el odio cultivado, propuesto, consciente. Me encanta la frase de Tomás Borge: «Solamente ama al pueblo quien odia a sus enemigos.» Y si hay una persona a quien era bien fácil odiar, ése es el Sha de Irán. La fama de su policía secreta era mundial y no se podía verlo sin pensar en ella.

Pero cuando bajaba las escaleras, con todo su cáncer auestas, disimuladamente apoyándose en el pasamanos, realmente estaba bajando. De su trono, de su país, de la vida, de los Estados Unidos...

Farah Diba, la Reina, venía detrás de él, y lo miraba, y yo estoy seguro de que estaba pensando lo mismo que yo.

Inmediatamente entramos a un helicóptero. Tuve un pequeño altercado con un Coronel norteamericano que quería seguir tratando al Sha como si fuese cosa suya.

Seguramente tenía razón, porque el Sha realmente era de ellos, pero tengo la sensibilidad nacionalista a ras de piel y bien irritada, y el Coronel tuvo que bajarse del helicóptero y venirse en otro con el equipaje.

Sentado detrás del Sha y la Reina, vi cuando ésta, emperatriz ya solamente de él, le puso la mano en la nuca y se la acarició con el pulgar. Un gesto humilde, proletario, que me convenció en ese momento de que esa mujer amaba a ese hombre.

La residencia de los González en Boquete no le había gustado a uno de los ayudantes del Sha. Alegó razones de seguridad, porque la casa, lujosa y cómoda por otra parte, estaba rodeada de unos terrenos altos desde donde se podía hacer un atentado. El Coronel Noriega, que estaba con nosotros, le explicó que hay equipos especiales, sensores electrónicos, que podrían subsanar en parte ese defecto, pero el ayudante no quiso.

Recuerdo que estaba allí también un Coronel iraní, Jahanbini, jefe de la seguridad del Sha, y él no era tan exigente como el ayudante.

El Coronel, por quien llegué a sentir simpatía, con el perdón de todos los que habrá torturado y asesinado, era un hombre de una gran lealtad al Sha pero que había asimilado conscientemente la derrota absoluta.

El Sha pensaba, por lo menos al principio, que llegaba a un apéndice de los Estados Unidos. Todo lo que necesitaba se lo pedía al Embajador de los Estados Unidos. Éste llegaba constantemente en helicópteros gringos a Contadora, donde se había instalado al Sha.

Como aparentemente no le bastaba al Sha el equipo telefónico que Panamá le había instalado, llegó un técnico de la CIA a instalarle un servicio sofisticado de comunicación. En un momento dado un muchacho de nuestro G-2 vino a decirme que el hombre de la CIA estaba retratando a las unidades de la seguridad panameña.

Eso colmó mi medida. Fui a una tienda en la zona libre de impuestos que hay en Contadora y, no teniendo dinero para comprarla, pedí prestada una cámara fotográfica. Entonces fui donde el gringo y comencé a tomarle fotos a quemarropa. Más bien, fingiendo que lo hacía, porque la cámara no tenía película.

Luego, en la primera ocasión que tuve, le dije al Sha que estaba en Panamá, no en los Estados Unidos, y que no podía esperar lo que no teníamos. Por ejemplo, nieve, o un servicio telefónico sofisticado. Además, que debía pedírmelo a mí, no al Embajador de los Estados Unidos. A éste, le dije que si quería venir en helicóptero a Contadora, que se lo pidiera a nuestra Fuerza Aérea, porque las unidades tenían órdenes de dispararle a cualquiera otra aeronave que sobrevolara la casa del Sha.

Un ayudante del Sha, entonces, me pidió en ese momento una máquina de escribir eléctrica. «En media hora se la traigo», le dije. Era domingo por la tarde y no había dónde poder conseguir la máquina. No hubo más remedio que mandar a traer la que el General tenía en el despacho de su casa, el «bunker» del que ya he hablado. «¡Qué generoso eres con lo ajeno!». me dijo el General. Pero en

broma, porque él sabía que había sido un acto político y no de generosidad.

El Sha había sido educado para monarca y se movía por todas partes con la naturalidad de quien está en su propia casa. Incluso en su exilio, en su enfermedad incluso, estaba en su propia casa. Era un exilio y una enfermedad, y una humillación, hechas a su medida, a la medida de su soberbia. Y le quedaban bien. Y él sabía que le quedaban bien. Y las lucía.

Una vez llegó el General a visitarlo y yo le advertí que el Sha estaba enfermo, con una gripe fuerte y bastante fiebre. Pero él optó por quedarse de todos modos, para hablar con la Reina.

La Reina no bajó. Quien sí lo hizo fue el propio Sha, ardiendo en calentura, con una guayabera panameña bien almidonada, y echando mano a toda su educación de monarca para disimular la fiebre y la enfermedad.

Yo sé que eso es soberbia, no dignidad. Son dos cosas diferentes. La primera es una relación con los otros. La segunda, una relación con uno mismo. Un hombre solo, por ejemplo, no puede ser soberbio, pero sí digno. La soberbia, así, es una pose, un desplante taurino, es decir, vanidad de pavo real, que justamente fue el símbolo oficial del Sha.

Pero la verdad es que, por muy vanidad que sea, tiene su gracia. ¿No es, por ejemplo, más admirable y varonil la actitud de Luzbel, cuando dice: «Prefiero reinar en los infiernos que servir en el cielo», según lo cuenta Milton, que la del Arcángel Miguel, victorioso en la batalla pero con el apoyo de Dios? Por supuesto que sí.

¿No es igualmente admirable el gesto del noble venido a menos para quien trabajaba el Lazarillo de Tormes, cuando se echaba migas de pan en la barba al medio día para que la gente pensara que ya había comido? Por supuesto que sí. No otra cosa estaba haciendo el Sha, monarca desposeído, rey venido a menos, que echándose migas en la barba.

Entonces el General Torrijos, sin duda impresionado, tuvo para con el Sha el único gesto de simpatía y de cariño

que yo le vi. Se echó hacia adelante, sentándose en el borde de la silla y le preguntó, casi que con estas mismas palabras, que por qué no cogía un caballo blanco, se hacía seguir de unos veinte hombres leales, que sin duda los habría, e invadía así Irán, empuñando en el aire su sable y a galope tendido. Claro que moriría, pero en un caballo blanco y empuñando un sable. Y no así, enfermo como estaba y en un país extraño.

La respuesta del Sha fue decepcionante. Dijo que él no podía hacer eso, para asegurar la continuidad de la corona.

Ni el General ni yo comprendimos por qué esa muerte shakespeareana iba a poner en peligro la continuidad de la corona. El General asintió levemente, en un gesto de cortesía y de decepción, se echó para atrás y no le hizo ningún comentario.

Yo le había contado al General un incidente que seguramente le había afectado al Sha. Una tarde, como era costumbre suya, daba un paseo como para hacer ejercicio o como para ahuyentar la melancolía de la hora. En general se procuraba esquivar los sitios con gente, pero esa vez nos acercamos inadvertidamente a una playa.

De pronto, y antes de que nadie pudiera reaccionar, una mujer gordita y bajita, con el vestido de baño mojado, se puso al lado del Sha, y lo abrazó, para que una compañera le tomara una foto con una Instamatic.

La modesta turista panameña le mojó los pantalones al Rey de Reyes, al monarca a quien sus súbditos le besaban las rodillas. ¿No era mejor invadir Irán con su caballo blanco, y blandiendo su sable con empuñadura de diamantes?

Otra humillación debe haber sido la de los gallinazos que llegaban a Contadora a ver cuánto le faltaba al moribundo para caerle encima a la Reina, hermosa todavía, joven, y con una gran fortuna. Príncipes, noñes, casi todos en el exilio político o histórico, llegaban a visitarlo y a hablar con él, pero mirando a la Reina con el rabillo del ojo.

El Sha era un hombre celoso, y la Reina, desenvuelta, moderna, fácil de celar. Aunque yo estoy convencido de que lo quería. ¿Por responsabilidad?, ¿por lástima?, ¿por lealtad?, ¿por amor? No lo sé. Pero lo quería.

Seguramente el Sha pensó que también el General miraba a su Reina con ojos en función de boca, de boca sucia, desdentada y salivosa. Esa debe haber sido la razón por la que bajó a atenderlo con su calentura a cuestras, y que no se viera obligada la Reina a hacerlo. El General, sin embargo, la trató siempre con una cortesía sencilla y campechana y, sobre todo, respetuosa, muy propia de su manera de ser.

No le estoy encubriendo nada. Los hombres humanos sabemos que existen ocasiones en las que respetar a una mujer significa enamorarla, y él siempre fue respetuoso, en todas las ocasiones. Incluso, por supuesto, en las que había que sacrificar esa tendencia odiosa al machismo tan propia, sin embargo, de los latinoamericanos. «Ser muy macho es un rango» —decía—. «Pero ser muy humano una jerarquía.»

La soberbia del Sha contradecía un componente suyo muy poco real y realmente deleznable: era roñoso, avaro con el dinero. Una vez me mandaron a comprar un abanico para la cocina. Parece ser que el cocinero, que era negro además, sudaba mucho, y pringaba, condimentaba con su sudor plebeyo la comida del Sha. O por lo menos había el peligro de que lo hiciera. Entonces yo compré dos abanicos, uno para la cocina y otro para un cuartito de empleada que había en la parte de atrás de la casa, muy caliente, y en donde estaban dos unilades de nuestro G-2.

Pues me regañaron. Muy disimuladamente, pero me regañaron. Que por qué había comprado dos, si sólo me habían encargado uno.

En otra ocasión, cansado de estar en Contadora sin ver a mi familia, se me ocurrió un truco para darme una escapadita a la ciudad. Fui donde la Reina y le dije que iba a Panamá a hacer una diligencia, que si se le ofrecía cualquier cosa. Entonces, tal y como supuse, me dio una lis-

tita de esos productos de belleza que las mujeres usan. Cuando llegué a Panamá dije que me había mandado la Reina a comprarle esas cosas. Me tomaron un poco el pelo, pero el truco funcionó perfectamente.

A la vuelta, la Reina me pidió los recibos de lo que le había comprado. Yo me acostumbré, trabajando con el General, a no dar, ni pedir, nunca, ningún recibo. Además era bien poco. No creo que llegara a los 25 dólares.

Yo le dije que no se preocupara por eso, sin darme cuenta en ese momento de la situación ridícula que estaba ocasionando: un modesto sargentito le estaba perdonando a una Reina una deuda de 25 dólares. Me molestó un poco cogerla fuera de base. Sobre todo porque, aunque sin saberlo, me había permitido hacer una visita a Panamá.

Dentro del mejor espíritu de la sentencia de *Sic transit gloria mundi*, el General observaba cómo todo un imperio se había reducido a una comitiva de seis personas y dos perros.

Uno era un poodle inglés sin ninguna personalidad. Un perrito perrito, superficial, que ni cuenta se dio de lo que había pasado. Pero el otro era un perro grande que, a lo mejor por viejo, tenía unos movimientos lentos y abandonados, y una expresión en la cara que reflejaba la tristeza de su amo, a cuyos pies siempre estaba echado.

No, no reflejaba esa tristeza. La compartía. Era la misma. «Tristeza de gran Señor» —la llamó Pascal, refiriéndose a la humana—, «de Rey desposeído».

Otro que siempre compartió el silencio del Sha y su melancolía, viendo más allá del mar, era el Coronel iraní al servicio de su seguridad. Me impresionó esa lealtad suya que no necesitaba decirse, pero que se manifestaba en gestos tan pequeños y cotidianos que ya ni los recuerdo.

Y en otras ocasiones, el Sha se parecía más bien al poodle inglés, en la medida en que daba la impresión de que no se había dado cuenta de lo que le había pasado, ni por qué.

A veces, en nuestros paseos del atardecer, el coronel iraní me pedía que caminara al lado del Sha. Él sabía que

mi conversación le distraía. Por lo menos era en francés, y el francés y no el persa era el idioma natural del Shu. Cuando hablaba por teléfono con su hermana, hablaba en francés. Incluso con la Farah Diba misma.

Además, yo le hablaba de arte. Le conté que el General Torrijos era un admirador del arte persa. Que juntos habíamos visto y admirado, en el Museo Británico, los famosos relieves de la leona y el león herido por las flechas de Asurbanipal.

Eso era mentira. Conozco los relieves, pero no estaba con el General cuando los fui a ver. Se lo dije únicamente para darle lustre al General. Por cierto que a los pocos días le mandó un libro muy hermoso de arte persa.

En una de esas conversaciones, el Sha me explicó su teoría de lo que había pasado. Yo no sé todavía si es que un mecanismo mental le bloqueó una parte de su inteligencia, para hacerle aceptable su derrota, o si es que, como le hablaba a un sargento, sin duda culto, pero sólo sargento, y latinoamericano nada más, se sintió en la necesidad de explicármelo en términos elementales casi de fábula.

La cosa es que él le echaba la culpa de todo al Diablo, que era la Unión Soviética, y que se valía de Khomeini como un mero instrumento de su plan diabólico.

Definitivamente odiaba más a los comunistas que a los chiítas. Y lo decía con tanta convicción que por un momento yo pensé, seguramente quise pensar, que tenía razón, y que en Irán se daba una revolución político-filosófica, de izquierda, y no religiosa. El tiempo desgraciadamente, ha demostrado que ese no fue el caso. Seguramente análisis equivocados como ése fueron los que precipitaron la caída del Sha.

Una vez lo vimos, mi General y yo, en Teherán. Íbamos en un avión ejecutivo a Sri Lanka, a una Cumbre de Países No Alineados, y paramos en Teherán para una escala técnica. Conforme entrábamos al aeropuerto, el Sha llegaba en un helicóptero. El Rey de Reyes no se dignó ni saludarnos. Inmediatamente lo rodearon los agentes de su seguridad, aislándolo de su gente y de la realidad.

Ahora era solamente una ficha, una carta, y él sabía que lo era y que se lo estaba negociando. Ya no solamente no mandaba, lo usaban sin decirle nada. Cada vez desconfiaba más. No cesó nunca de buscar otro asilo. Aquí no se sentía seguro, y probablemente tenía razón.

Recuerdo que en una ocasión Ricardo de la Espriella, entonces vicepresidente de la Nación, me dijo que me uniformara para comunicarle al Sha oficialmente que estaba arrestado. Fui a la casa a uniformarme, y cuando regresé a cumplir esa misión, que me era muy desagradable, se me dio contraorden. Estaba claro que la negociación era intensa. Y que yo no manejaba toda la información.

A Panamá vinieron un francés. Bourguet, y un argentino, Villalón, que estaban fungiendo de intermediarios. A Irán fueron dos panañemos, Rómulo Escobar Bethancourt y Marcel Salamin. A esas alturas ya estaba claro que la elección de Carter dependía en gran parte de la liberación negociada de los rehenes de su embajada en Irán. Y era o Carter o Reagan. Y todos sabíamos qué significaba eso para Panamá. Y para Nicaragua, y para el mundo entero.

Los iraníes «decían» que querían al Sha. Pero no es verdad. Preferían retener a los rehenes. Aunque es posible también que entre ellos mismos no haya habido unanimidad de criterio. Recuerdo haber visto una carta de Ghotbzadeh, Ministro de Relaciones Exteriores del Irán, en donde manifiesta solidaridad con la causa panameña y gran admiración por el General Torrijos. Algún tiempo después, a Ghotbzadeh lo fusilan.

El hecho es que esa partida la perdió el General. Creo que la jugó bien, y definitivamente que hizo bien en jugarla, pero la perdió. La perdimos. El Sha se fue huyendo para Egipto, Carter perdió las elecciones, Reagan desde un comienzo apunta sus cañones contra Nicaragua, y al General lo matan en un atentado que no se puede esclarecer públicamente sin dejar de manifiesto nuestra impotencia, nuestra dependencia, nuestra servidumbre al verdadero imperio del mal.

CEMENTERIO DE PAPEL

«Compañero» es la persona con la que compartimos el pan. Los cubanos usan mucho la palabra. Los nicaragüenses, en cambio, usan «compadre», «compa», «compita», que es la persona con la que compartimos los hijos. Eso es más que compañero.

Pero la palabra con la que yo quisiera llamar al General Torrijos tendría que significar «persona con la que compartimos los muertos». Y yo no creo que la haya. Y menos mal que no la hay. Y no importa que no la haya. Porque la persona con la que compartimos nuestros muertos no hay que llamarla, ni de esa ni de ninguna forma. Es una relación de silencio, de miradas, de acuerdos tácitos, de sobrentendidos.

El hecho es que teníamos muchas cruces en común, y más de una vez nos encontramos de casualidad, cuando de pronto nos quedábamos callados, visitando la misma cruz.

Nuestro primer gran muerto fue Eduardo Contreras, como ya lo dije anteriormente. Yo no sé por qué el General le tuvo tanto cariño. Claro que sé por qué, si yo también se lo tuve. Pero quiero decir, no sé cómo se le creció tanto, porque no lo quiso en la misma escala en la que lo vio. Lo vio muy pocas veces.

Cuando me dijo: «Mataron a nuestro amigo», tenía esa cara la más parecida a él y próxima al llanto radical de animal hombre que le he visto desbordarse en ocasiones como esas, y de las que no me gusta hablar.

Una de ellas fue cuando cayó Allende. Cuatro, cinco días después de ese fatídico 11 de septiembre, el GECU, Grupo de Cine Experimental Universitario, ya había hecho una película sobre el acontecimiento, llamada *¡Viva Chile*,

mierda! Como hacían siempre que terminaban una película, fueron a mostrársela al General.

En esa ocasión estaban con él el Vicerrector de la Universidad de Chile, el músico Sergio Ortega, y otros chilenos recién rescatados de la embajada de Panamá en Santiago de Chile ese mismo día por un avión de nuestra Fuerza Aérea.

Por cierto que Sergio Ortega, el autor de la canción famosa *Venceremos*, himno de la Unidad Popular, y también de *El pueblo unido jamás será vencido*, entre muchas otras tan hermosas como éstas, le escribe una al General cuando éste muere.

Sergio Ortega, Aníbal Sampayo, Luis Mejía Godoy, para mencionar sólo a los más famosos, han hecho música y sentimiento el nombre del General Torrijos poniéndolo en canciones que de noche salen de fiestas de jóvenes revolucionarios, de campos de refugiados, de los frentes de guerra y de cárceles.

Aníbal Sampayo me contó que la canción suya al General Torrijos la compuso en la cárcel.

Cuando terminó la película y se encendieron las luces, tanto el General como los chilenos se levantaron de la primera fila en la que estaban y cada uno eligió un punto cardinal diferente hacia donde dirigirse. Todos al mismo tiempo, como si lo hubiesen convenido previamente. Querían estar solos.

Menos uno, el Vicerrector de la Universidad de Santiago de Chile. Se había cubierto la cara con las dos manos y la tenía recostada sobre las piernas. Qué difícil era en ese momento participar del optimismo revolucionario.

El General Torrijos se había ido a recostar a uno de los postes más lejanos del jorón en el que estábamos y daba la impresión que de otra manera se habría caído. Nunca más volví a verlo así, tan golpeado y débil.

Eduardo Contreras no fue el primer gran muerto del General Torrijos, como anteriormente dije, fue Salvador Allende, el compañero Presidente.

Sólo que a Eduardo, «Marcos», para nosotros, lo conoció y quiso no sólo conceptualmente, como a Allende, sino que también en carne y hueso, en persona, y por eso lo recordaba con tanta frecuencia.

Cuando me llevaron a ver la esquina de Managua en la que había caído, yo se lo conté a él, y él se bebía con los ojos cada detallito que le daba, pero sin hacerme en absoluto ningún comentario.

Pero también le conté lo que Tomás Borge me dijo en una ocasión: que cuando capturaron en el sur, cerca de la frontera, al que había delatado a Marcos, un tipo llamado Chéster infiltrado en el FSLN, lo fusilaron de espaldas, viendo hacia la frontera, para que no se llevara la imagen de Nicaragua.

Otro muerto nuestro, muy ilustre y muy querido, fue Julio Suárez, «el gordo». Julio era montonero y vino aquí a Panamá a conservar las relaciones cordiales que el General estableció con ese grupo peronista en su viaje a la Argentina. Después vino a Panamá un grupo grande de esa organización, y después Julio.

Yo recuerdo que en ocasión de una visita que le hizo al General en Farallón, le regaló una manta vieja, rota, descolorida, alegando que era un recuerdo que tenía de su padre y que la estimaba tanto que se la quería obsequiar.

Puede que sea verdad, pero es que si no lo fuera, la manta seguiría siendo tan valiosa, o más, ahora que Julio está muerto.

La vez esa que salió de su entrevista con el General, en Farallón, Julio estaba muy contento. No me dijo por qué razón, pero obviamente por algo relacionado con la entrevista que acababa de tener. Me pidió que paráramos a tomar una cerveza, porque tenía mucha sed. Y entonces me preguntó por qué me había metido a militar.

Ahora bien, esa pregunta, que frecuentemente me hacían, yo siempre la contestaba con una mentira. Con una media verdad, que es dos veces una mentira. Yo decía que

iba a ir al África, con una directora de cine, Sarah Maldoror, que andaba por aquí porque el General le iba a financiar una película sobre Almícar Cabral. Yo iba como asistente de la directora, y me había metido a militar para adquirir condiciones físicas.

Eso es lo que yo decía, y como digo, era medio verdad. Porque sí formaba parte del grupo que iría con ella. Pero no era cierto que fue para obtener condiciones físicas que me hice guardia.

La verdad redonda y llana, de que me había entusiasmado con los cantos de los reclutas, me daba vergüenza decirla. Pero a Julio sí se la dije esa tarde, porque me inspiraba mucha confianza.

Entonces, cuando hube terminado, me dijo Julio, levantándose de la mesa de la cantinita donde habíamos parado a tomarnos la cerveza: «¡Pero, che, pibe, vos sí que sos revolucionario!» Y me dio un abrazo que me dejó todo confundido, porque resultaba ahora que un acto, que yo siempre pensé irresponsable, era revolucionario. El hecho es que a partir de entonces, y ya con el aval de Julio, cuento abiertamente las razones por las que ingresé a las Fuerzas Armadas de mi país.

Julio venía con frecuencia a Panamá. Algunas veces se hospedaba conmigo, si estaba yo solo. Porque mi apartamento tenía tres habitaciones, que era un espacio enorme para la persona sola que yo era.

Y sin embargo, en una ocasión logré hospedar casi ochenta personas en esas tres habitaciones. Cuando yo llegaba de noche, no podía caminar entre el reguero de gente tirada por el suelo. Era el trasiego de revolucionarios, el tráfico de héroes.

La última vez que Julio estuvo por aquí lo acompañé a comprar un equipo fotográfico. Estaba regateando con el vendedor porque no le alcanzaba el dinero para comprar todo lo que quería. En ese momento yo andaba con dinero del General y le compré todo lo que necesitaba.

Quince días después me enteré de que lo habían «desaparecido», pero que a los tres días lo aparecieron, tan destrozado tan destrozado, que dijeron que había muerto en un accidente automovilístico.

El General me dijo que averiguara por su mujer y sus hijos, que vivían en el sur de la Argentina, y que los trajera a Panamá, si la señora quería. Hice gestiones, incluso llegué a mandar los pasajes, pero no vino nunca.

Los muertos son como los hijos. Todos son iguales pero a la vez cada uno de ellos es especial y único, y el mejor de todos. A los grandes poetas les pasa lo mismo. El mejor de todos es el que uno está leyendo en esos momentos. Cada uno de ellos es el mejor de todos y de todos los tiempos.

Eduardo Contreras es el mejor. Julio Suárez es el mejor. Ricardo Lara Parada es el mejor. Luis Guagnini es el mejor de todos. Y tantos otros a quienes la muerte tuvo que matar conforme a lo que eran: héroes de la humanidad, novios de la vida, defensores de los pobres. Y aun otros tantos que no han muerto todavía pero no por culpa suya. La muerte les tiene miedo.

Desde el primer capítulo de este libro hablé de Ricardo Lara Parada. Fue Gabriel García Márquez quien contó al General Torrijos la historia del guerrillero colombiano a quien los militares de su país andaban buscando, con particular odio y saña, para matarlo.

Por supuesto que admiro la obra del gran escritor colombiano. El mejor piropo que puedo hacer de sus cosas es que muchas veces no sé si las he leído en un libro suyo o si de niño me las contó mi abuela.

Pero también admiro mucho la forma como ha subordinado su fama a la causa política de lo justo. En otros escritores famosos, su fama les sirve para abanicarles la vanidad. La fama de García Márquez tiene un oficio más no-

ble. Es revolucionaria ella misma. Por eso se llevan tan bien, García Márquez y su fama: son compañeros.

La cosa es que rápidamente se hicieron arreglos y en una conversación por teléfono nos pusimos de acuerdo Lara Parada y yo en que vendría de polizón en un avión. Yo iría a buscarlo al avión. Y cuando pensamos la forma de identificarlo, él me dijo que traería puesta una bufanda con colores escoceses. Él estaba en Bogotá en esos momentos y una bufanda le pareció, y es, natural. En Panamá, pleno trópico, no lo es. Pero en ese momento no pensé, y con bufanda llega a Panamá el guerrillero heroico. No habría podido hacerlo en una forma más conspicua.

Después rescatamos también a su mujer, Rocío, y sus dos hijos, Mónica y Fernando. Rogelio Rosas, mi amigo, había ido a Colombia a traerlos clandestinamente y yo debía recogerlos en mi avión en Puerto Obaldía, población fronteriza. Creo que llegué uniformado, para que nadie me hiciera preguntas, porque ellos venían sin ninguna clase de papeles.

Todo salió bien y despegamos hacia Panamá. En pleno vuelo veníamos, a unos diez mil pies, Rogelio sentado al lado mío, cargando en sus brazos uno de los niños, Rocío y la niña, y un montón de maletas, atrás. Los pobres siempre tienen mucho equipaje. No porque tengan muchas cosas, sino por una especie de solidaridad de clase con las cosas viejas, rotas y humildes, y no botan nunca nada, por muy inservible que sea. Les parecería un acto cruel de deslealtad, y cargan con ello.

De pronto se abrió la puerta al lado de Rogelio. No pasó nada. La misma corriente del viento impide que se abra mucho. Pero el susto fue grande. El viento habría podido despegar la puerta y ésta romper la cola del avión.

El encuentro de Ricardo y Rocío fue muy hermoso. Como gente humilde que eran, y verdaderos, y profundos, no hubo alharaca ni melodrama. Ni siquiera un beso. Sólo un: «¿Estás bien, china?» Y un; «Estoy bien, negro.»

García Márquez, Lara Parada y el General se reunieron una noche en la ciudad de Panamá, y recuerdo que García

Márquez le decía a Ricardo que debía ir a «reciclarse» a Europa. Que él se lo pagaba todo. París, Londres, Madrid, Roma... Creo que eran nueve años que se había pasado guerreando en el monte y cuatro años preso. Tenía mucha cultura, mucha vida que reponer.

El General estaba de acuerdo con García Márquez, pero también habló de la alternativa de Coclesito, y a él, al General, no le vendría mal un hombre de confianza allí. Eso lo decidió a Ricardo. En favor de Coclesito, por supuesto.

Allí, en Coclesito, se dedicó al cultivo de la piña y a la cacería. Se hizo muy amigo de toda la gente, entre la que pasaba como venezolano, con el nombre de Gerardo Martínez Rosas, y quiso mucho y fue querido. Fue un gran colaborador, y un gran amigo, de Hugo Guiraud, el director del proyecto y también hombre de mucha confianza del General.

Por esa época vino a visitarme un hijo mío que vivía en los Estados Unidos. Conoció Coclesito, conoció a Julio, conoció a Gerardo, conoció un mundo diferente al de Kentuncky Fried Chicken, al de McDonald, y quiso seguir sus estudios en Coclesito. Debe haber tenido unos catorce años. Lo que me interesa decir es que Gerardo me lo educó, le dio otros valores, le dio una manera de ser que yo espero sea ya incompatible con cualquiera otra.

Del otro lado, la hijita de Ricardo y Rocío, Mónica, me quería tanto tanto que bastaba que alguien me pusiera mala cara o fingiera que me estaba regañando, para que ella le saltara encima gritándole: «¡Jueputa! ¡Jueputa!»

A Rocío no le gustaba esa broma, pero lo disimulaba con una sonrisa, porque también ella me tenía cariño. Es sorprendente la delicadeza que tienen esas mujeres que saben empuñar los fierros.

Otro revolucionario a quien el General Torrijos ayuda también es Lenín Cerna, el comandante sandinista actualmente Jefe de la Seguridad de Estado de Nicaragua. Algo he dicho de él anteriormente, y mucho más me gustaría

decir. Es uno en los que pensaba cuando dije que algunos de los héroes de la guerra nicaragüense están vivos todavía, pero no por culpa suya.

Cuando sale de la cárcel, rescatado por la acción de Eduardo Contreras, viene a Panamá y vive en la casa de Rogelio Rosas. Allí nos contaba anécdotas divertidas de su largo encierro. Creo que fue un enoierro de seis años. Porque el revolucionario, como sabe que está cumpliendo con su deber, sabe también que tiene derecho a una tajadita de esa felicidad por la que lucha para los pobres, y encuentra espacio para comérsela y estar alegre aun en las condiciones más adversas.

Un día se desapareció de Panamá. Pero no tardó en volver a aparecer. Llamó por teléfono desde Honduras, adonde había llegado de Nicaragua, pasando mil peripecias y con una pierna quebrada. Parece que en un enfrentamiento con la Guardia de Somoza tuvo que tirarse por un barranco, rompiéndose una pierna. Iba con un compañero, que matan.

Me contó que, huyendo, volvió a pasar por ese mismo sitio, y vio la carretera manchada con la sangre de su amigo. Ver la sangre derramada de un amigo es lo más cercano a ver la propia. Y me lo contó con detalles, como se recuerda lo que se ha recogido de la memoria, de pedacito en pedacito, para guardarlo en una cajita especial.

Se lo informé al General Torrijos y éste manda a Lidia, la mujer de Rogelio, a que lo rescate en Honduras. Y Ernesto, que así se llama entre nosotros Lenin Cerna, vuelve a la casa de los Rosas hasta que se le cura la pierna. De día se la pasaba leyendo, y de noche contando anécdotas y bebiendo vino.

Recuerdo que una noche el General Torrijos estaba reunido con un grupo de revolucionarios nicaragüenses, entre los que estaba Ernesto. En un momento dado dijo algo así como que «el revolucionario debe saber administrar los espacios políticos». Ernesto asintió con la cabeza y repitió: «Administrar los espacios políticos», como admirándose de la profundidad del concepto. El general lo volvió a ver y quedó extrañado. «¿Qué cosa profunda habré dicho sin

darme cuenta?», parece que pensó. Y Ernesto, es decir, Lenin Cerna, le volvió a asentir con la cabeza.

Cuando todos ellos se fueron, me dijo el General, muy satisfecho y orgulloso: «Ese muchacho es torrijista». Lo dijo con el candor y la inmodestia que sólo los inocentes y los humildes tienen.

Ricardo Lara Parada, nuestro Gerardo, se va para Nicaragua a raíz del triunfo sandinista, y allí trabaja en la escuela de Tomás Borge y en una escuela de militares donde enseña lo que mejor sabía: la guerra de guerrillas. Los nicaragüenses primero ganaron la guerra y después se dedicaron a estudiar cómo se la hacía. Luego se acoge a una amnistía que dan en su país y, un tiempo después, es electo concejal en Barrancabermeja, Colombia.

Una tarde, al anochecer, cuando los esposos regresan a su hogar, Rocío oye lo que parecen unos tiros, pero no le da demasiada importancia. Entonces llega la niña, Mónica, y le dice que en la puerta hay un hombre muerto. Era su papá, con cuatro tiros, dos de ellos en la cabeza.

Y no fue el enemigo quien lo mató. Fue su propia gente. No eran suficientes Roque Dalton, Ana María... También había que matar a Ricardo Lara Parada para que gozara el enemigo y que la lucha por la justicia fuese más larga y dolorosa. Y también para que a los que no tenemos tanta madurez política como deberíamos, nos dé a veces ganas de decirle a Reagan que se coja al mundo y que se lo harte de una vez, y a mí que me lleve el diablo, qué carajo, si han matado a Gerardo en la puerta de su casa y han sido los propios compañeros.

Estuvo en mi casa, de regreso de un viaje a Nicaragua, apenas unos cuantos días antes. Le trajo a mi hija una muñeca muy linda de trapo que él dijo se llamaba Nicaragüita.

Si el General Torrijos hubiese estado vivo, se habría asqueado. Uno de los mejores hombres que he conocido en mi vida. Hermano, padre, compañero..., con unos brazos

enormes capaz de abrazar a toda su gente al mismo tiempo. Tirado allí, en la puerta de su casa, con un hilo de sangre saliéndole de la boca, según me cuentan.

Quiero también recordar a Luis Guagnini. Con Torrijos, o en ocasión de Torrijos, o gracias a Torrijos, nuestro país adquiere una calidad y un prestigio de gran Nación reconocido por el mundo entero. Y eso se debe, fundamentalmente, a tres cosas.

En primer lugar, la participación popular en los organismos y las tribunas del Estado. En segundo lugar, nuestra confrontación diplomática con el imperio. Y en tercer lugar, a la gente como Guagnini que vinieron a Panamá por diversos motivos. Revolucionarios, exilados, refugiados, intelectuales, dirigentes obreros, gente perseguida..., todos ellos encontraron en nuestro país casa, santuario, refugio, espacio en el que coger aliento para embestir de nuevo.

Realmente quien trajo a Guagnini a Panamá fue el Coronel Díaz. Lo trajo como periodista para que se informara del proyecto panameño. Guagnini había estado en el Perú en la época de Velasco Alvarado y había escrito un ensayo titulado *El modelo peruano*. A los pocos días de estar aquí, y sobre todo por unas conversaciones largas que tuvo con Ascanio Villalaz, que entonces dirigía el proyecto monumental de desarrollo integral del Bayano, iba a escribir también un libro con el título *El modelo panameño*. Llegó a escribir, y publicar, en la revista *Tareas*, dos de sus capítulos, que yo creo son de lo mejor que se ha pensado del proceso panameño. Lo mataron cuando estaba escribiendo el tercero.

El Coronel Díaz me pidió que condujera al argentino a conocer lo que él quisiera de nuestro país. Yo, pensando que Luis Guagnini sería un pedante, como tienen fama de serlo los argentinos, le pedí al General Torrijos que me quitara esa misión. Y lo hizo. Sólo que después, cuando llegó a conocer la persona que era el argentino, tuve que

pedir que por favor me dejaran acompañarlo. E hice una gran amistad con él.

Una vez lo llevé a Farallón porque había venido su mujer y un hijito que tenía y él quería presentárselos al General. Lo que el hijito hizo fue darle una patada al General en plena espinilla. Pero ése es el precio que debe pagar todo chiquillero como lo era él.

Otra experiencia graciosa que tuvo el General con un niño es la siguiente. En un campamento de pioneros, en Cuba, el General ve a una niña muy linda como de unos cinco años, no más. Se agacha y la levanta hablándole en chiquito: «¿Y qué cocha es esta niña tan linda y tan pechocha?» Y la niña le respondió, con una pronunciación perfecta y filosa como navaja: «marxista-leninista». El General la volvió a poner en el suelo, con mucho cuidado, como quien está agarrando un explosivo, y siguió su camino. ¿Quién lo manda a ser chiquillero?

Cuando Guagnini regresa a la Argentina, lo desaparecen. Yo ni siquiera estaba muy seguro de que era montonero. Inteligente solamente. Pero eso es suficiente para que el fascismo lo considere enemigo. Y no se equivoca el fascismo.

Después me he enterado de que sí era montonero, y con un puesto muy importante, en el área de propaganda y publicaciones.

El General hace todo lo que puede por salvarlo. Al final manda a un primo suyo, hermano del Coronel Díaz, Efebo, a que se entreviste con Galtieri, el de la guerra de las Malvinas, y la noticia que Efebo trae es que, casi con seguridad, a Luis Guagnini lo habían asesinado.

Otro muerto más, mi General. Ya casi que da vergüenza estar vivo.

Luis era un hombre de una gran elegancia, de una gran dignidad, pero a la vez con una gran capacidad para el entusiasmo político. De todos mis muertos, es el único que no me visita, como si, resentido por la forma en que lo matan, se hace el que la vida no le interesa.

Miento, hay otro que tampoco me visita, y es el propio General Torrijos. Quizás sea por la misma razón de Guagnini,

o quizás sea porque la tierra en la que está le interesa y gusta más que los gustitos que yo podría ofrecerle, yendo a correr al antiguo club de golf, tomándome un vaso de vino, o haciendo el amor.

No así Germán Pomares, que desde el principio me llegaba a visitar casi todos los días para sentir un poco también él lo que yo sentía. Pero debo reconocer que conforme pasa el tiempo, y se acostumbra a la muerte, viene cada vez menos.

Al mismo Eduardo Contreras, demasiado orgulloso para comer sobras, de cuando en cuando lo sorprendo mirándome, con esa misma sonrisita de siempre que tantos años de estar muerto no le han cambiado.

Y no digo nada de otros, como mi padre, que dan la impresión de que solamente me tienen a mí como cuchara, y que no compiten conmigo en todo lo que hago y siento, solamente porque yo no compito con ellos y se los dejo todo.

En la época del General Torrijos había en nuestro país un intenso trasiego de revolucionarios, como decía más arriba, un tráfico de héroes y de combatientes. Y de refugiados.

Al principio bastaban las casas de algunos amigos para hospedarlos: Rogelio Rosas, Juan Jované y otros. Pero poco a poco fueron aumentando hasta que hubo que alquilar casas enteras para alojarlos. Les llamábamos «palomares» a estas casas. Pero eran palomas revolucionarias que se podían bajar a cualquier halcón.

Que yo recuerde, nunca visitó ninguna de ellas el General Torrijos, pero sí oía con avidez y hasta con un poco de envidia cuando yo le contaba la vida que llevaban nuestras palomitas en los palomares.

Era una vida alegre. Todos sabían tocar guitarra, cantar canciones, bailar, cocinar platos humildes pero exóticos, beber vino barato pero solidario con la pena, y hablar, hablar de política, de poesía, de todo, menos del infierno por el que casi todos habían pasado.

Era tan alegre esa vida que yo dejé mi apartamento y me mudé a un palomar. Una niña chilena Margarita Cabello de unos once años era la única autorizada a tocar mis cosas. Yo escondía mi ropa sucia debajo del colchón, pero ella me la sacaba de allí para lavarla. Todas las mañanas, a la hora de levantarme, tenía una gran taza de café con leche esperándome al pie de la puerta.

Un día andaba por aquí Graham Greene y le conté lo de los palomares. Él se interesó en conocer alguno, y yo lo llevé. Entonces comenzó a entrevistar a la gente. Y esa misma gente que yo estaba acostumbrando a ver cantar y reír comenzaron a contarle sus historias. A una le habían metido una bayoneta por la vagina. A otro lo dejaron sordo golpeándole las orejas. A otra la mantuvieron encapuchada yo no sé cuánto tiempo. A otro le habían muerto a todos sus hermanos, le quedaba solamente uno, pero a ese también lo habían matado, y él no lo sabía todavía, pero yo sí, Dios mío, fue terrible.

Algunas de las palomas eran gente fuera de lo común. Hubo un capitán de navío, Manuel Benza Chacón, un contralmirante, Humberto Delliepiani, y un general, Leonidas Rodríguez Figueroa, todos ellos peruanos. En ocasión de una cena solemne, pero en el suelo, porque no teníamos mesa, el General Leonidas Rodríguez Figueroa me nombró *General Honoris Causa*. Debo ser el único sargento en el mundo con ese título. Había también un gran pintor de la escuela de Salentiname de Ernesto Cardenal, que ahora me dicen es capitán del ejército sandinista. Rosario Murillo, la poetisa, esposa del Presidente de Nicaragua, Daniel Ortega, es la encapuchada de más arriba y que hasta la fecha ha conservado una gran amistad con Graham Greene. Incluso un panameño, Juan Jované, durante un tiempo fue paloma.

¡Y qué paloma! A Juan Jované lo acusan de ser el enmascarado que amenazó con una pistola 45 al candidato presidencial de la Democracia Cristiana. Testigos oculares del atentado y miembros de ese partido vieron cómo el enmascarado salía huyendo en un auto cuya placa alcanzan a ver. Recuerdan los tres últimos números, y coinciden exactamente con los tres últimos números de la placa del auto de Juan.

El G-2 sale a buscar a Juan para pedirle cuentas de ese atentado. Juan se esconde pero se pone en contacto conmigo, y yo se lo cuento al General Torrijos. Obviamente es una calumnia. El General Torrijos le manda a decir conmigo que elija la embajada en la que quiere asilarse, pero que lo que él le recomienda es que se entregue al G-2, porque él sabe que es inocente.

Juan opta por esto último. Se entrega, y me lo dan a mí para que yo sea responsable de él mientras duran las investigaciones. Y yo le doy un palomar por cárcel. De manera que hasta un preso panameño tuvimos. Preso de consideración, con derecho a cantar y a tomar vino con el resto de las palomas.

Yo no creo que en ninguna otra época se haya vivido en Panamá una vida tan intensa como la de esos días. Muchos se la perdieron porque, cegados por el antimilitarismo, fueron también antitorrijistas. Como si el enemigo fueran los militares y no los amos de los militares. Por no poder superar el odio inmediato hacia los militares, tampoco pudieron ayudar, de una manera inmediata y concreta, a la causa en la que creen. Perdieron ellos emoción, y sobre todo educación política. Y también perdió, y esto es lo imperdonable, la causa de la justicia. Porque algunos de ellos son muy buenos cuadros.

En cambio otros, más modestos, vieron la necesidad inmediata y concreta, y así mismo la atendieron. Como Donald Williams, por ejemplo, el dentista, del que tanta necesidad tienen los pobres, y sobre todo si son combatientes y vienen del monte.

Recuerdo que en relación a una dentadura completa que le estaba poniendo a un joven guerrillero nicaragüense, yo le dije a Donald en broma, en broma de muy mal gusto, lo reconozco, que lo emparapetara de cualquier modo, porque no valía la pena hacerle un trabajo fino a quien iban a matar en pocos meses.

Donald se me quedó viendo extrañado. Yo le expliqué que por supuesto era una broma. Que esa gente era la sal

del mundo y que merecían lo mejor de lo mejor. A los tres meses mataron al muchacho.

Recuerdo también haberle llevado a Donaldo otro fuerte dolor de muelas, nada menos que de Tomás Borge. Parece que era una de esas muelas de indio cementada al hueso que no quería salir. Como Donaldo estaba sin ayudante, y era media noche, y se puso nervioso, no pudo sacarle la muela. A lo mejor todavía la anda Tomás.

Una vez yo le mandé un regalo a Cayetano Carpio, «Marcial», Primer Comandante de las Fuerzas Populares de Liberación «Farabundo Martí», diciéndole que era el General Torrijos quien se lo mandaba. Era una pistola muy bonita.

Una de las maneras, supongo yo que más corrientes, de querer a una persona, es haciendo que los demás también la quieran, compartiéndola con las demás, como si de esa forma el pedazo de cariño que nos toca fuese mayor. Lo dijo un santo: «El que más da, más tiene, matemáticas de Dios».

Yo quería así al General, y me gustaba darlo, quería que Marcial lo quisiera, y por eso le mandé la pistola.

Se la mandé con un compañero que también es muerto. A ese le cortaron la cabeza. Lo recuerdo con mucho cariño. Yo lo llamaba a él «Agustín», y él a mí me llamaba «Barraobás». Supongo, y espero, que por la barba.

Es difícil seguir el curso de un río cuando hay tantos afluentes, divisiones, subdivisiones, recuerdos, subrecuerdos...

Lo que quiero decir es que una vez iba a venir Marcial a Panamá. Entonces yo, temeroso de que le agradeciera la pistola al General, quise advertírselo. «Vea, mi General. Yo le mandé un arma a Marcial en su nombre. Ya lo sabe, pues, si se lo menciona.» «¿Y qué arma le mandaste?», me preguntó. «Una Luger parabellum», le dije. un poco preocupado, porque ¿por qué me hacía esa pregunta? «Debiste haberle mandado una ametralladora», me dijo. Y yo habría querido preguntarle que de dónde iba a sacar yo una ametralladora si no me la daba él.

Una tarde Marcial se pasó como seis horas hablándome de esas cosas sin importancia que sin embargo son la materia cruda, pero preciosa. de que está hecha la vida. Y esa es una prueba de afecto. Sólo a la persona que uno quiere bien, se le habla de cosas que no son importantes más que para la vida cotidiana e íntima. Yo no sé por qué me cogió cariño. Si me jacto de eso es sólo porque considero que ocupar un puesto así en gente así, es desde luego lo más valioso que hay en mi vida.

Otra vez, ya muerto el General, hablando Marcial con Graham Greene que le ofreció un dinero para el proyecto de Poder Popular que Marcial y su gente desarrollaban en las áreas liberadas, Marcial le dijo: «Déselo a Chuchú, que él sabrá gastarlo de la mejor forma».

Y Graham Greene, que ya anteriormente había dado dinero para comprar «un puñado de balas contra Somoza», dio una buena cantidad para un proyecto de desarrollo popular en las áreas liberadas de El Salvador. Como el dinero salió de los derechos de autor de su libro sobre Torrijos, a todos nos pareció que también era un homenaje silencioso y póstumo a Omar Torrijos, nuestro General. De alguna manera él seguía luchando, amarrado a su caballo como el Cid Campeador, que incluso después de muerto combatió contra los moros.

La historia de Marcial no termina aquí. En una ocasión me mandaron a buscarlo, supongo que con la intención de «heredar» los contactos del General Torrijos. Recuerdo que cuando vino y se le preguntó qué era él, una pregunta cuya respuesta se esperaba que fuese algo así como: «Primer Comandante de las Fuerzas Populares de Liberación "Farabundo Martí"», Salvador Cayetano Carpio, Marcial, dijo: «Bueno, yo lo que soy es panadero». Pero inmediatamente comenzó a dar una visión de la guerra en El Salvador abundante en tecnicismos políticos y militares.

Poco tiempo después Marcial se suicida en Managua con una pistola que le regalan aquí en Panamá por sugerencia mía. Era una especie de revólver sin tambor pero con cuatro cañones. Un arma rara, como si fuese un mensajero fatídico,

secreto y disfrazado. Yo mismo le di la bala, una 357 magnum, con la que se destrozó el corazón.

Me es demasiado doloroso seguir esta historia. Pertenece a esas profundidades del corazón humano donde se debe guardar respetuoso silencio.

Y como ese muerto ilustre, enorme y cariñoso, hay tantos otros, tantos tantos, que ya pronto llegará el día en que serán los vivos los que nos asusten.

XVI

EL DÍA QUE MATARON AL GENERAL

Ahora voy a recordar el día que mataron al General.

Poco tiempo antes habíamos ido a Colombia a ver un proyecto ganadero. Fundamentalmente consistía en coger una vaca fina, inseminarla artificialmente con el semen de un toro canadiense, igualmente fino. Una vez fecundado el óvulo de la vaca fina, se lo sacan y se lo implantan en el vientre a una vaca runcha. De esta manera la vaca fina puede estar produciendo mucho ganado al mismo tiempo, y esto sin pagar el precio de desgaste y dolor que la maternidad exige. Es una especie de maternidad por poder.

Por supuesto que el General Torrijos no pudo dejar de pensar en la nodriza pobre que priva de su leche al hijo propio para vendérsela a la madre rica. Por unos centavos la rica impide que se le arruinen las tetas.

Por unos centavos más, bien pronto va a poder protegerse el vientre entero. La fecunda el marido, sacan el óvulo y se lo implantan a una mujer pobre. El hijo es absolutamente, desde el punto de vista genético, de la mujer rica y su marido. La mujer pobre solamente lo gesta durante nueve meses, lo alimenta con su sangre, lo pare con su dolor, lo amamanta con su pecho, y lo ama. Entonces llega la mujer rica, le da unos cuantos centavos, y se lo quita.

Yo sé que esto no es así, todavía. Ojalá no lo sea nunca. Pero el hecho es que la nodriza existe. En todo caso, lo que yo quería era poner el marco para la reflexión que tuvo el General, en broma y en serio, cuando ante esta tecnología de maternidad a control remoto, dijo: «Ay, cholita de mi tierra, lo que te está esperando en el futuro».

Esa noche, saliendo del hotel, el General tiene la impresión de haber reconocido en el loby a una unidad de su

escolta que no había venido con él. «¿Ése no es Chemena?», me pregunta. Yo le dije que sí lo era.

Hay que tener en cuenta que al General se le daba más protección de la que se le informaba a él explícitamente. Esto a mí siempre me pareció normal. Incluso yo mismo, cuando llegaba a un país extranjero, contrataba los servicios de policía de civil, y no se lo decía a él. Yo suponía que él suponía.

Pero esa vez, en Colombia, se enojó conmigo y con el jefe de la escolta de ese momento, el Mayor Purcell. Yo me sentí muy mal. Como si hubiese perdido algo de esa confianza absoluta que yo sé que me tuvo siempre. Pero regresamos a Panamá y el asunto se diluye completamente.

Hay que saber también que yo había ido a Francia con Gerardo González, Secretario General del partido oficialista, el PRD, para hablar con Mitterrand, que en esa época era candidato a Presidente. Nos habló con mucho entusiasmo del General Torrijos y de la revolución nicaragüense. Y dijo una cosa que me impresionó mucho. Dijo que las trincheras más avanzadas de la historia estaban en Centroamérica. Dicho eso por un francés, y los franceses no sufren el vicio de la modestia, y en París, que siempre se ha supuesto ser la punta de la civilización, la proa del barco de la historia, ese pensamiento era bien audaz. Y yo estoy plenamente convencido que verdadero. Nos regaló un ejemplar de su libro *Ici et Maintenant* y le mandó uno dedicado al General.

Pues bien, en esos días extraños, calenturientos, que preceden inmediatamente a la muerte del General, se está preparando un viaje a Francia. Para sorpresa de todos, seguramente hasta de los franceses, pero no para el General, Mitterrand había sido electo Presidente.

Como yo hablaba francés, y había estado con Mitterrand, y había ido en todos los viajes acompañando al General como su seguridad más cercana, era obvio, natural, que fuera con él también en este viaje. Pero no me decía nada. Faltaban unos pocos días para el viaje y aún no me decía nada. El maldito incidente ése de Colombia me hacía pensar que a lo mejor yo no iba a ir.

En el momento en el que el General Torrijos se levanta para tomar el avión que lo va a llevar, primero a Farallón, y de allí a la muerte, camino de Coclesito, me dijo que trajera el libro de Mitterrand. Quería que se lo tradujera. Por lo menos las partes esenciales.

Eso me alegró mucho, por supuesto, por lo que a mí me parecía que implicaba. Hablaríamos de Francia. La recordaríamos de viajes anteriores. Yo le daría un informe más detallado de la personalidad de Mitterrand. Y él me diría el día en que íbamos a partir.

Pero entonces me dijo Martín, su hijo, si por favor no podía ir yo al aeropuerto a recoger a José Figueres, expresidente de Costa Rica. Venía a entrevistarse con Edén Pastora, y como no todo el mundo sabía dónde se hospedaba el tristemente célebre Pastora, no pude delegar en otro la diligencia.

Alguna cosa dije, no recuerdo qué, para que el General le dijera a Martín: «Manda a otro, que Chuchú tiene algo importante que hacer en Coclesito».

Pero no dijo nada y lo vi irse. Fue la última vez que lo veía. Algo debo de haber sospechado o presentido, porque recuerdo que me lo quedé mirando conforme se iba y me dejaba atrás.

Días antes, el 21 de junio, cuando sólo le quedaban diez días de vida a nuestro General, estábamos igualmente en la casa nueva de Los Altos del Golf. A él nunca le gustó esa casa. Desde luego no la habitó nunca. Se la usaba solamente para hospedar allí a huéspedes distinguidos. Y para oficina del Teniente Camargo, del Ingeniero Blandón y de Dalys Vargas, todos ellos asistentes del General Torrijos. Pienso que a lo mejor no le gustaba el barrio, completamente oligárquico, en el que la casa estaba.

El martes 21 de julio, repito, en la noche, estábamos en esa casa el General, Gabriel García Márquez, el Teniente Camargo, Dalys Vargas, la cúpula del movimiento guerrillero guatemalteco, y yo, en ese momento acompañando a

García Márquez. Entonces, a causa de una presencia misteriosa que tenía días de estar flotando en el ambiente, comencé a tomar masivamente hasta que me emborraché a fondo. Cosa que yo nunca hice frente al General Torrijos, salvo en esa ocasión y en otra igualmente excepcional. Cuando estuve bien borracho, empecé a decirle al General, allí, frente a todos: «Lo van a matar, mi General». «Lo van a matar, mi General». «Lo van a matar, mi General». Hasta que perdí el conocimiento.

Pepe Figueres vino acompañado de otro tico. Me dijo que después de ver a Edén Pastora quería entrevistarse con el General. Lo llevé donde estaba Pastora y le llamé al General por teléfono para decirle que Figueres quería verlo, pero que yo pensaba que no era nada importante, porque el que lo acompañaba era un comerciante. A la salida de su reunión con Pastora, me dice Figueres: «Ahora sí es importante que yo vea al General». Como si sospechara lo que yo le había dicho al General minutos antes.

No sé lo que habló con Figueres, pero, definitivamente, Pastora ya estaba raro. Comenzaba a tener un tufillo. Recién salido de Nicaragua hablaba mucho de revolución y de lealtad. Ahora pienso que quizás demasiado. Sospechosamente demasiado. Pero lo pienso ahora, no entonces. Es en mi casa que se reúne con la gente del Ejército Guerrillero de los Pobres guatemalteco.

Cuando el General Torrijos le dice: «Tú vas a ser el Hubert Matos de la revolución nicaragüense», quién sabe a cuál de los dos está despreciando más. A Torrijos no lo engañó.

A mí sí, completamente. Incluso después de la muerte del General me entrevisto con Pastora en Cuba, en septiembre de 1981, y yo sigo pensando que es revolucionario. Me dijo en La Habana: «El día que yo le sea desleal a la revolución, que me maten, Chuchú, que con mi propia pistola me den un tiro». Y se ponía dos dedos en la sien, simulando el ca-

ñón de una pistola. Porque Edén habla con mucha pasión y muchos gestos.

A mí sí me engañó completamente, pero a Torrijos no. Lo que sí aprendí con él es cuán poco vale la pasión cuando es estúpida.

Ya era tarde para llamar a esa hora y le dije a Figueres que al día siguiente temprano le informaría al General.

Al día siguiente, desde la casa de Carlos Duque, un hombre de negocios muy torrijista, hablo con el General, que está en Farallón, y le digo lo de Figueres. Como oigo que no me dice nada, y como sé que tiene un problema con un puente en la boca, a pesar de que me interesa muchísimo ir allá con él, le digo: «Si usted quiere, se lo chifeo, mi General». Después de un silencio largo, me dice: «Sí, chiféame».

Fue la última vez que oí su voz y su silencio. Esto es como una hora antes de que muriera.

Esa noche tengo un sueño. Un sueño raro. Y se lo cuento a Silvana, mi mujer. Sueño que el General se va de viaje. Le digo a Silvana que seguramente es el viaje a Francia. Y que no me lleva. Eso me entristece muchísimo. Voy a despedirlo al aeropuerto. Lo cual es muy raro. Y lo abrazo. Eso es más raro aún. Y lloro. Me desperté llorando.

Contándole estoy el sueño a Silvana cuando suena el teléfono. El Teniente Camargo me llama para informarme que hay una situación de emergencia y que debo reportarme, no sé ahora mismo si al G-2 o a la residencia de la escolta.

Como indio que soy, desconfío y pienso inmediatamente: golpe de Estado. Le están dando un golpe a mi General. Entonces le digo una mentira al Teniente. Le digo que acabo de hablar con el General y que no podía ir porque tenía una misión suya. El Teniente me dijo que hiciera lo que me diera la gana y me tiró el teléfono. Yo me vestí rápidamente, me fui al aeropuerto de Paitilla, despegué en mi avión y me fui a buscar al General.

Al primer sitio donde tenía que ir, por supuesto, era Farallón, Río Hato. Allí estaban la Brigada de los Macho 'e

Monte y la Sexta Compañía, en los que el General Torrijos podía confiar en una situación de emergencia.

Con el pensamiento confuso aterrizo en Río Hato y me encuentro con mi Capitán Garibaldi, de la escolta de seguridad del General Torrijos, sentado en el suelo, al borde de la pista, y con una expresión increíble de tristeza y preocupación. Él me lo dice. El avión del General está perdido desde el día anterior a las once de la mañana.

Pienso únicamente la cáscara del problema. No me atrevo a entender bien lo que me han dicho. Veo que hay mucha actividad en el aeropuerto y sé que me van pedir que me sume a ellos en la búsqueda del avión perdido. Pero sé también que si yo veo desde arriba el avión de mi General estrellado, no voy a poder resistir el deseo de bajar inmediatamente. Y digo una segunda mentira.

Digo que Carmen Alicia, la hija de mi General, que yo sé que está en la casa de Farallón, me ha mandado a llamar. Con ella estoy cuando de pronto llega la noticia. Han encontrado el avión de mi General. ¡A la gran puta!

Me fui caminando hasta la pista. El Capitán del Cid, jefe de los Macho 'e Monte, me pidió que no volara. Igualmente el Capitán Carrizo, piloto personal del General. Sin responderles nada, me metí en mi avión y me fui a Panamá.

En el camino me cogió la tormenta eléctrica más grande que he visto en mi vida. Pero no estaba contra mí. Me estaba acompañando. Supongo que fue por esa sensación que la atravesé tranquilo a pesar de que los truenos reventaban por todas partes.

Me metí en mi casa y ya no quise salir. Me pasaba el día entero viendo la televisión. Pensando que a lo mejor estar muerto era eso. Que de un momento a otro vería pasar mi ataúd por la pantalla. Porque la otra posibilidad, la de que yo estaba vivo, me daba vergüenza.

Nunca fue un dolor agudo. Sí profundo, como pozo, y hondo, como cuando uno piensa en las profundidades del mar, pero no intenso. Porque nunca pensé frontalmente, de golpe, que él se había muerto. Sólo porque mastiqué la idea de trocito en trocito es que llegó un momento en el que.

casi sin darme cuenta, la había asimilado. Por lo menos en parte. Del todo, creo que no lo lograré nunca.

Unos días después, cuando ya comenzaba a salir, fui a presentarle al Capitán Garibaldi mi solicitud para que me dieran de baja. Entendió perfectamente y aprobó mi decisión. Un par de días después, sin embargo, me mandó a llamar al Coronel Díaz y me sugirió que postergara por un tiempo mi solicitud. Yo le dije que bueno. Y entonces él me preguntó: «¿Usted se toma unos tragos conmigo?» Yo le dije que sí.

Fuimos a su casa y nos tomamos un vaso de vodka. Y después otro. Y después otro. Sin decirnos una sola palabra. Cada uno pensando por su lado. El Coronel Díaz, además, era primo hermano del General Torrijos. Yo me limitaba a dejarme llevar por las sensaciones humildes de ver el vaso, las cortinas, de tocarme el pelo, las piernas. Y seguimos bebiendo. Y seguimos bebiendo. Hasta que al final perdí la conciencia y me fueron a llevar a mi casa.

Casi inmediatamente el país comienza a encogerse a su escala enana de antes. El único mérito que tienen los encargados de darle la puntilla al General, de enterrar con él todo lo que hizo, fue el de no haberlo hecho inmediatamente. Se sentían seguros, quizás, y sabían que podían hacerlo despacio y holgadamente.

Puede que esté siendo injusto. Es posible que las presiones del enemigo por dismantelar el andamiaje del proceso torrijista fueron demasiado fuertes para poder resistirse. Quizás el propio General Torrijos es responsable de no haber dejado sus proyectos y sus ideas más enraizados en un movimiento popular que, llegada la hora, que llegó, pudiera defenderlos con más éxito. O quizás las cosas no estén tan mal como yo pienso. O quizás estén peor.

Desde luego, yo estoy seguro de que al General Torrijos no le habría sorprendido nada de lo que pasó después de su muerte. Nunca se engañó sobre la calidad de los cuadros que trabajaron con él y que esperó de ellos «según lo que eran. No lo que habría querido que fuesen», como lo dijo él mismo en un ensayo.

Esa conciencia lúcida que siempre tuvo sobre las limitaciones revolucionarias de Panamá en su época, fue lo que le dio ese pathos trágico al que ya me referí anteriormente. Por supuesto que contó con el triunfo, pero a largo plazo y siguiendo una trocha que culebreaba mucho y que pasaba primero por toda Centroamérica.

Al mismo tiempo, otros se dedicaron a dismantelar al propio Torrijos, a mentirle a la historia. No se me ocurre otro propósito de esto que el de justificar su propia nulidad: sólo porque Torrijos no fue nadie es que no pudieron ellos hacer nada. No dicen «nadie», dicen «populista». Porque prefieren ser hijos que revolucionarios, y echarle la culpa al papá, es más fácil.

Ser torrijista con moderación es una forma bien cabrona de ser antitorrijista. Antitorrijista y reaccionario, porque le están quitando al pueblo su mejor bandera revolucionaria.

Paradójicamente, con la muerte de mi General Torrijos se me ofreció la felicidad. De pronto tenía otra vez tiempo para la lectura, el deporte, la aviación, la familia, la universidad. Fue como si quisieran comprarme con la felicidad, sobornarme, a cambio de mi trabajo con el General.

Por eso decidí entonces no salirme de la Guardia. Decidí seguir trabajando para el General Torrijos en la medida de mis posibilidades, porque ya no contaba con el respaldo material de él. Me daba gusto decir que continuaba en la seguridad del General, cuidándolo, como siempre, y ayudándolo. Incluso con más fervor que antes, porque ahora me necesitaba más.

Siempre que volaba hacia Chiriquí, Nicaragua o Costa Rica, y pasaba cerca del Cerro Marta donde cayó su avión, yo volvía la vista hacia el otro lado, porque me daba miedo ver el cerro. Hasta que un día viene a Panamá su amigo, nuestro amigo Graham Greene, ¡y pide ver el cerro!

No me quedó más remedio que llevarlo, y fuimos en helicóptero. Y entonces pasó una cosa muy hermosa. En lugar de ver un paisaje enemigo, un cerro que lo mató a él, vi que el General Torrijos se había regado por toda la selva, que estaba en todas partes y que todo era él. Una especie de pan-

humanismo. Paz, seguridad, amor, me inspiraba ese paisaje que anteriormente no me atrevía a ver.

En el siguiente viaje a Nicaragua, entonces, al pasar en mi avión cerca del cerro, volví a verlo tranquilamente con toda confianza y seguridad.

¡Dios mío, qué cosa terrible sentí! Me dio un vértigo sin fondo en la boca del estómago. Era un cerro negro, enemigo, asesino. Rápidamente le quité los ojos y no lo he vuelto a ver desde entonces, porque ahora le tengo más miedo que nunca. Quién sabe qué pasó ese día que fui a verlo con Graham Greene.

Quiero contar ahora la reacción de tres diferentes personas ante la muerte del General Torrijos: Gabriel García Márquez, Fidel Castro y un campesino panameño.

Comienzo con este último.

Antes me gustaría pedir disculpas por esta manera mecánica y fría con la que estoy presentando la muerte del General. De otra forma podría desbocarme. Y disculparme también, en estas páginas finales, por las veces que, a lo largo del libro, he distraído sobre mi persona una atención que debería haberse concentrado exclusivamente en el General Torrijos. El único pretexto que tengo es que cuando hablo de él, como cuando lo hacía con él, siento que no solamente cuento con la posibilidad de ser libre y sincero, sino que incluso tengo la obligación moral de serlo.

«No sea usted tan pendejo, homb'ee» —me dijo el campesino—, «él no ha muerto. Anda por ahí, con una hembra». «Vea, Saturnino» —le dije yo—, «se ha encontrado incluso su dentadura, enterrada debajo de uno de los motores». «Están ustedes bien agüevaos» —me contestó—. «Eso lo puso él mismo, para engañarlos, y que no lo busquen. Le digo que él está vivo todavía».

El General y Saturnino, el campesino de quien estoy hablando, se quisieron mucho, y se aconsejaban. Sobre todo Saturnino le aconsejaba al General, y le enseñaba. Hablaba con muchos refranes, y el General se los aprendía. A veces

cambiándolos un poco. Por ejemplo, decía el General: «Cuando el imperialismo va de culo, no hay barranco que lo ataje». Y eso venía del refrán de Saturnino: «Cuando el pobre va de culo, no hay barranco que lo ataje».

El General recordaba mucho el consejo que Saturnino le daba de no tomar nunca, cuando lo invitaban, sino del pico mismo de la botella, para evitar que lo envenenen. Cuando el General le argumentó que era lo mismo envenenar un vaso que una botella, Saturnino respondió con su lógica de pobre: «Nadie va a echar a perder una botella entera para matar a un pendejo. Usted beba del pico mismo de la botella».

Igualmente citaba el General una ley que Saturnino le propuso, y que era ejemplo de claridad y precisión: «El que tenga ganado en soltura, que lo amarre. Y el que no, no».

Recuerdo también una vez que Saturnino estaba enfermo de los testículos. Parece que una mujer le hizo algún tipo de macuá, la brujería de los campesinos. Le dijo Saturnino a nuestro General, bajándose los pantalones: «Vea, mi General. Tóqueme usted los huevos para que vea cómo los tengo: aguaitos».

«Bueno» —le dijo el General, que rápidamente ideó su estratagema—, «yo te los toco, pero te advierto que tengo la mano dura: todo lo que toco se seca». «Ah, no. Entonces no», dijo Saturnino, subiéndose rápidamente los pantalones.

La de García Márquez ahora.

Algún tiempo después de la muerte del General, no mucho, un par de meses quizás, fui a Cuba a un congreso de intelectuales. Estaba hablando yo con García Márquez en sus habitaciones del Hotel Riviera cuando de pronto se inclinó hacia adelante, sentándose en el borde del sillón, y me dijo: «Lo que yo necesito, Chuchú, es que tú le digas a Omar...»

Y se detuvo en seco. ¡Se le había olvidado que el General estaba muerto! Con el rostro y el gesto de las manos congelados, se me quedó viendo en silencio. De repente sus ojos estallaron como dos bombitas de agua, y puso ese rostro feo

que los hombres tienen cuando lloran. Se levantó rápidamente y se fue corriendo a una habitación de al lado. Después de un rato regresó, y no se dijo ni una sola palabra del asunto.

Por último la de Fidel Castro. Yo no estaba ahí. Me lo contó el Comandante Piñeiro. Que cuando le dan la noticia a Fidel de la muerte del General, Fidel suspiró hondo. Y después otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Hasta que asimiló el golpe.

Lo que sí me consta, porque sí estaba ahí, es el cariño personal y político que mutuamente se tenían. Recuerdo que en su primer viaje a Cuba, lo llevaron al Valle de Picadura, que así creo que se llama, a visitar un proyecto lechero que administraba Ramón, el hermano mayor de Fidel. Después del almuerzo los dos Jefes de Estado se retiraron, se supone que para hablar de cosas importantes y secretas.

Pero de lo que hablaron fue de la infancia. Fidel se pasó hablando de su infancia por lo menos dos horas.

Todo el que haya sido niño, y lo recuerde, sabe que no hay tesoro más íntimo y precioso y secreto que los recuerdos de la infancia, y que eso no se comparte así no más, sino con la persona que se quiere y en la que se confía. Uno como que teme que nos roben al niño que fuimos, o que piensen que nosotros lo robamos y quieran quitárnoslo. No es a cualquiera a quien uno se le entrega así, desde la infancia.

Como el General fumaba puros, Fidel Castro lo mantenía bien provisto de la marca que le gustaba, Cohiba, con su nombre impreso en el cintillo. Después de muerto el General, Fidel Castro ha seguido enviándole sus puros puntualmente.

Se le ha mandado a decir a Fidel que ya no mande más puros, pero hasta el día de hoy, cinco años después de la muerte del General, Fidel Castro sigue enviándole los puros.

Pero igualmente cinco años después de la explosión en el FAP-205, Saturnino, el campesino humilde de Santa Fe, todavía piensa que su General, de quien fue amigo y maestro, está vivo, escondido en la montaña, con una mujer, y dedicado a la agricultura.

Cinco años después de muerto el General, Rogelio Sinán, gloria de las letras nacionales, cuando habla, u oye hablar, del General Torrijos, llora.

Otro gesto de Fidel que recuerdo es el siguiente. Cuando fuimos a la isla la primera vez, los de la escolta íbamos uniformados de fatiga, con zambrón y cantimplora, pero sin armas. El General Torrijos las había prohibido. «A la casa de un amigo» —nos dijo— «no se llevan armas».

Parece que Fidel Castro observó el hecho y, para corresponderle el gesto al General, nos regaló a cada miembro de la escolta un fusil y una pistola.

Entonces el G-2 nuestro, para corresponderle el gesto a Fidel Castro, nos confiscó las armas en regresando a Panamá. Cosa con la que no nos quedó más remedio que estar de acuerdo. Si el imperialismo había armado una gran historia por un fusil que Fidel le da a Allende, qué no habría podido hacer con los que nos dio a nosotros. El imperialismo lo tenía vigilado al General, esperando que cometiera el primer error, esperando pacientemente que cayera en una trampa. Hasta que caímos. Cayó.

Desde Penonomé hasta Coclesito, hay once minutos de vuelo en el Tin Oter, un avión canadiense famoso por lo seguro. A los cinco minutos de haber despegado, se debe poder ver el aeropuerto de Coclesito. No hay forma de que en un intervalo tan corto nos «sorprenda» el mal tiempo. Es como si nos cogiera una tormenta cruzando una calle. Puede que cruzando una plaza, pero no una calle. Cinco minutos de vuelo son una calle. No una plaza.

Los pilotos de la Fuerza Aérea se jactaban de que el General Torrijos no volaba en tiempo malo aun cuando éste mismo lo ordenara.

Recuerdo varias veces en las que el General quería volar en contra de las recomendaciones de sus pilotos. Los pilotos hacían el vuelo y regresaban, con el pretexto de que habían ido a ver de cerca las condiciones meteorológicas. En el fondo era para probarle al General que no era por miedo que se

negaban a cumplir su orden, sino por motivos de su propia seguridad. A mí mismo me tocó hacer algunos de esos vuelos de «prueba».

Hay que descartar, pues, la posibilidad de que el piloto se haya metido adrede en el mal tiempo.

En la radio de la casa de la escolta, se oyó cuando el capitán Adames, comandante de la aeronave, cerró el plan de vuelo. Un piloto hace eso cuando tiene el aeropuerto a la vista, y sabe que llegó sin problema. Para no complicar más las tareas del descenso y el aterrizaje con la de estar hablando por radio.

En esa misma radio se oyó cuando el escolta Machasek, a bordo del avión, solicitaba dos autos en la pista. Habían llegado. Y eso fue lo último que se oyó.

Después unos campesinos dijeron que oyeron dos explosiones. Como si una hubiese sido cuando el avión estaba en vuelo, y la segunda al momento del impacto con el cerro. Unos cuantos días antes Hugo Guiraud, el director del proyecto de Coclesito, había visto, y denunciado, aviones gringos sobrevolando el área. Alegaron que «se habían perdido».

La fábrica canadiense del avión mandó a sus técnicos a investigar los restos del avión. Se descartó absolutamente la posibilidad de que hubiese sido un fallo de máquina.

Existe una tecnología del asesinato tan sofisticada y eficiente como la que puede poner a un hombre en la luna. Me consta que hay bombas especiales, capaces de inutilizar a la gente sin matarla y sin producir daños materiales. Se las tiene para el caso de secuestros. Esto lo digo porque el avión del General no se despedazó en el aire. Quedó más o menos concentrado en un mismo sitio.

No hay necesidad de referirse a la «coincidencia» de la muerte, igualmente por «accidente» aéreo, del Presidente Roldós, del Ecuador, y del General Hoyos, del Perú, justamente en momentos en que al imperialismo le conviene que estos dirigentes desaparezcan.

Aquí mismo en Panamá, y en un lapso de tiempo muy reducido, mueren, por «accidente» aéreo también, o «aviona-

zo», como se ha dado en llamarlos, los dirigentes guerrilleros Jovel, de El Salvador, y Bateman, de Colombia.

Desde el punto de vista matemático, la probabilidad de que todo estos «accidentes» hayan sido tales, es tan pequeña que debemos considerarla nula.

Seguramente todavía no se han descubierto las evidencias físicas conclusivas que demuestran que el imperialismo mata a sus enemigos. ¡Como si hubiese que demostrarlo! Y en particular las que se refieren a la muerte del General Torrijos. Como si no se hubiesen descubierto, y hecho público en los propios Estados Unidos, planes concretos de la CIA para asesinar a Torrijos. Pero yo pienso que las evidencias políticas son tan convincentes como cualesquiera otra. Y los norteamericanos tenían razones políticas de sobra para asesinar al General.

El mismo General Torrijos me lo dijo, comentando un documento oficial de los norteamericanos, los *Dissent Papers*, que pudimos interceptar. «Mira, Chuchú, aquí dicen que soy “visceralmente anti-norteamericano” que soy “borracho” y que puedo “destruir el Canal”. Suma esas tres cosas». Y se me quedaba viendo, para ver si a mí me daba el mismo resultado que a él: «Hay que eliminar a Torrijos».

Quizás no se pueda probar directamente, todavía, que fue la CIA quien lo eliminó, pero sí indirectamente, porque se puede probar que no fue un accidente. No lo mató una falla mecánica del avión. No lo mató un mal tiempo sorpresivo. No lo mató una imprudencia ni una falta de pericia del piloto. Entonces, ¿quién lo mató?

Cuando el escándalo de Watergate, en 1973, entre las porquerías que salieron a flote del fondo de la política norteamericana, fue un proyecto de la CIA de asesinar a Torrijos. El proyecto aborta, porque se hizo oficialmente público, pero el odio siguió incubado, madurando para una mejor ocasión. Y esto en 1973, cuando el patriotismo de Torrijos comenzaba a despuntar con actos modestos pero significativos, como su convocatoria, en Panamá, del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

El *Documento de Santa Fe* y los *Dissent Papers* dicen bien clarito, incluso para quien no quiere oír, que el 31 de julio de 1981 había razones políticas de sobra para eliminar de la escena centroamericana al dirigente que con más fuerza, y eficacia, podía oponerse a la estrategia imperialista para la región. La prueba de que nadie más que ellos pudieron haber sido, es una prueba de que fueron ellos. Estoy seguro de que después vendrán otras.

Una tarde, le dice el General Torrijos a su hijo Martín: «Está el mar encrespado». Y a Dalys Vargas, que trabajaba con el General: «Ahora sí que tengo miedo». Esto fue apenas unos días antes de su muerte.

La noche anterior vio una película de boxeo. La mañana del día fatidico no comió su fruta. Cosa rara. Le dijo a su secretaria que se quedara allí, en Farallón, porque como estaba vestida de blanco, se podía ensuciar en Coclesito. Habló por teléfono con el Sargento Martínez sobre Pepe Figueres y se fue para Penonomé, en automóvil.

En el camino el Sargento Arosemena, el mismo «Chemen» del incidente de Colombia, vio cómo el General, que iba en un auto por delante, desenrolló la cinta de una cassette y la fue dejando por la carretera, como una serpentina larga y oscura, tétrica.

Llegan a Penonomé y hacen el cambio de escolta. Le toca al cabo Machasek, que llegó tarde y que casi se pierde el viaje.

En Penonomé despega el General para Coclesito. Era un vuelo de once minutos. No llegó nunca. El enemigo estaba en mitad del camino, esperándolo con una bomba.

Desde entonces la oigo, la explosión de la bomba, dormido, despierto, como si hubiera estado ahí, como debía haber estado, como yo estoy seguro que él habría querido que yo estuviese. Porque cuando yo le reprochaba algo con relación a su seguridad, él me decía que quien se iba a poner la «piyama de pino» era él. Y entonces yo le decía que también yo tendría que ponérmela. Se lo decía con intención, como para que no fuera egoísta con su muerte. Y él no tenía nada que contestar, porque se daba por descontado que, con o sin su consentimiento, yo no podía faltar en ese viaje.

Pero se fue solo. Se lo llevaron. Y el argumento de San Agustín que cité al principio de este libro, a veces sirve y a veces no. Si él está vivo porque yo lo estoy, y yo estoy muerto porque él lo está, entonces él está muerto, porque tiene más peso, más realidad, su muerte que mi vida.

Rafael Sarró, un hermano de toda la vida, me escribió desde España una carta muy hermosa en donde me da el pésame, no porque haya muerto el General, sino porque no morí con él.

No había ningún reproche en la carta de Rafael, pero lo que él no me decía, me lo decía yo. Pareciera que meterse el dedo en la llaga alivia, porque el dolor se gasta, pareciera. Por eso piensa uno que llorar sirve.

Pero todo eso no es más que una esperanza de alivio y no un alivio. El dolor, como buen toro de lidia, se crece con el castigo, y las cornadas que pega, conforme se va cansando, son más hondas y dolorosas.

El único alivio posible mío, sólo él habría podido dármelo. Como cuando invitó a que se sentara junto a él al guardia que accidentalmente mató a un compañero, para que viera una película que le proyectaban los muchachos del Cine Experimental Universitario. Yo estoy seguro de que también a mí me habría hecho un lugar al lado suyo, si hubiera sabido que le iban a estallar el avión, porque me quería bien.

No estoy hablando de mí. O puede que esté hablando de mí, pero de quien estoy diciendo cosas es de él. Y lo que estoy diciendo de él cuando hablo de mi pena es la gran capacidad, la capacidad enorme que tenía de ser querido.

A veces, cuando uno pensaba que ya se le había dado todo el afecto, salía él con una nueva preocupación social, o un pequeño gesto humano, que hacían espacio para quererlo más. Esa capacidad que tuvo de ser querido es sólo comparable a la que él tenía para querer. Claro, bien podría ser que ambas sean la misma.

Nunca voy a olvidar la vez que, después de una conferencia internacional en la que había hablado, regresó al hotel muy cansado y nos dijo a los miembros de su escolta que no quería ver absolutamente a nadie. Entonces llegó una

empleada humilde, la encargada de hacer las camas, y dijo que ella nunca en su vida había visto a un presidente, y que si no podía, por favor, ver al Presidente Torrijos.

Por supuesto que lo vio. Y lo que no voy a olvidar nunca es la sonrisa que el Presidente Torrijos se puso encima de su cansancio para que la empleadita se la viera. Era como la del campesino, que el domingo va a la plaza y allí se toma una foto, y se pone en una pose artificial, con una sonrisa de gato de Alicia en el país de las maravillas, infinitamente más natural, sin embargo, que la del que posa que no está posando. La empleadita lo miraba maravillada. Y el General se dejaba mirar.

Había que matarlo. El enemigo considera la calidad moral como una ofensa personal, como un insulto a su ruindad. Y encima de bueno era poderoso, porque contaba con esa fuente de fuerza y convicción que da el pueblo. Y encima de eso, además, tenía razón. Razón, historia, paciencia, talento. Había que matarlo, definitivamente. Y lo mataron.

Pero no definitivamente. No contaron con el árbol del cual Torrijos fue fruto, y que tiene raíces profundas, y ramas y más ramas y más ramas. Y que continuará dando frutos, y más frutos, y más frutos. Porque el General Torrijos se va a multiplicar como una ola de aplausos. Primero es un solo hombre que se levanta y aplaude. Después son dos, cuatro, dieciséis, quinientos, dos mil, y al final es una multitud rugiendo que ya nada puede detener.

Eso fue lo que yo oí en la Catedral, viendo desde lejos su ataúd rodeado de gente humilde inquieta, moviéndose sin un sentido aparente: como un rumor de aplausos y de mar, como una ola creciendo, más bien que amenazaba crecer, que amenazaba.

Allí comencé a reconstruirlo todo, mi General, a coger aliento, a saber, aunque no pudiera creerlo, que mi General Torrijos había muerto, pero yo no, y que había todavía un pedazo de vida por vivir, y un montón de diligencias por hacer, modestas pero provechosas para la revolución.

Son esos «pasitos» de los que usted hablaba, pequeños pero en la «correcta dirección histórica».

Dentro de unos minutos iba a amanecer. Ya estaba en pie ese vientecito fresco que siempre madruga para anunciar el nuevo día. Se habían ido ya esos días largos y vacíos en los que me quedaba sentado frente al televisor, esperando ver que mi ataúd pasara. Hasta que el domingo, ya bien entrada la noche, llegaron Raúl Rolando y su mujer, Elda y Paulo Cannabrava.

ÍNDICE

I	
Yo nunca le llamé Omar / 7	
II	
Rango y jerarquía / 13	
III	
Yo no creo en las brujas / 42	
IV	
Reunión en Farallón / 54	
V	
Mi General Omar / 63	
VI	
Pensar en borrador / 72	
VII	
Torrijistas versus torrijitos / 95	
VIII	
Memorias de un sargento ilustrado / 105	
IX	
Nicaragua, Nicaragua / 127	
X	
Teoría de la pelota / 158	
XI	
Principio de Omar / 167	
XII	
Agudización y negociación de contradicciones / 185	
XIII	
La guerra del banano / 202	
XIV	
Un Sha / 217	

XV

Cementerio de papel / 237

XVI

El día que mataron al General / 254

JOSE DE JESUS MARTINEZ nació en Nicaragua en 1929, y reside desde niño en Panamá. Dramaturgo, poeta, ensayista, realizó estudios en universidades de México, Chile, Munich, Panamá y Madrid, obteniendo en esta última el doctorado en Filosofía. Desde 1964 es profesor de Filosofía en la Universidad de Panamá, y pertenece al equipo de dirección de la revista *Tareas*. En 1952 recibió en España el Premio Nacional de Teatro por su obra *La perrera*. En Panamá ha sido galardonado en tres ocasiones con el Premio Ricardo Miró por sus obras *Cero y van tres* (teatro, 1969), *Estudios filosóficos* (ensayo, 1971, en colaboración con Ricaurte Soler) y *La guerra del banano* (teatro, 1975).

Ha publicado además entre otros libros: *Juicio final* (teatro, 1962), *Ideas para rodar* (ensayo, 1963), *One way* (poesía, 1967), *Medio siglo* (1979), volumen que recoge lo más representativo de su obra poética.

